



TELEVISION

PRIMERA MITAD DE LA NOVELA
"ENTRAÑAS DE NIÑO"
DE TOMAS CARRASQUILLA

Y
DOS CUENTOS CRISTINA
EAFIT
Nº 58



Abierta al mundo
20c



CARLOS E. CAMPOS
(Campitos)

formidable cómico, humorista, imitador y caricaturista vocal que triunfa rotundamente en la Cía. Nal. de Revistas, de la cual es eje y primera atracción.



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

MICRO

Nº 58 — Junio 1944 — Año V

"La verdad no se casa con nadie".

Esta publicación no hace política de partido. Su idea es desarrollar permanente campaña en pro de lo autóctono.

Es propiedad de la Editora Nuevamérica, de Medellín, Colombia. Director-gerente Camilo Correa. Oficina edificio la Bastilla 215, teléfono 169-83. Registro Nº 827, diciembre 27 de 1940, en el Ministerio de Correos y Telégrafos.

De esta edición se imprimieron portada y primeras 66 páginas en la Tip. Bedout, y las restantes en "El Colombiano" S. A.

Sumario:

EL ZAMBO, relato de Jaime Sanín Echeverri.—Pág. 6.

EXPOSICIONES DE ARIZA Y BARBA, por Guillermo Abadia.—Pág. 8

GUSTAVO DORE, por Sergio Bazzetti. (Trad.).—Pág. 9.

3 HOMBRES Y LA MONTAÑA, cuento de Rafael Pérez Rodríguez.—Pág. 10.

LAS INDUSTRIAS FOLKLORICAS, por Andrés Pardo Tovar.—Pág. 12.

QUEDA FALTANDO EL CENSOR y COMISION CINEMATOGRAFICA, notas de radio y cine por Camilo Correa.—Pgs. 16 y 17.

COLOMBIANOS QUE SE ABREN PASO, (Trascrip.).—Pág. 18.

AMELIA BENCE, semblanza por Carmelo Santiago.—Pág. 19.

UN CORRESPONSAL COLOMBIANO EN EUROPA, AÑO DE 1883.—Pág. 32.

"ARMISTICIO", pasillo moderno por L. M. de ZULATEGI. (Partitura).—Págs. 20 y 21.

GRAFOLOGIA y GRAFOTERAPIA, por Carlos Julio Rodríguez.—Pág. 22.

UN HEROE DE LOS DE DURA CERVIZ, por Camilo Botero Guerra. (Trascrip.).—Pág. 24.

TRASCRIPCION DEL BAMBUCO, colaboración de J. Bermúdez Silva.—Pág. 26.

ESQUEMA Y SILUETAS DEL PUEBLO BOYACENSE, por Ernesto Ospina Rodríguez.—Pág. 28.

SU MAJESTAD LA CHIRIMIA, por Luis Miguel de Zulategi.—Pág. 34.

RINCON DE LOS POETAS: 3 DEL FINO MUMOUR.—Pág. 38.

DE LA VIDA Y DEL CORAZON. (Trascrip.).—Pág. 40.

ENTRANAS DE NIÑO, novela de Tomás Carrasquilla. (Se inicia en este número para ser terminada en el próximo).—Pág. 66 a 82.

SECCIONES FIJAS:

ALÍNEOS DE ESTE NUMERO.—Pág. 42.

EFEMERIDES DEL ARTE EN JUNIO.—Pág. 46

VIDA ARTISTICA EN BOGOTA.—Pág. 50.

GUIA DE LECTORES.—Pág. 54

NOTAS DEL DIRECTOR.—Pág. 58.

SI TIENE TIEMPO...—Pág. 64.

Dibujos de: Anibal Upegui, Hernando Escobar, Hernán Merino, Rubén Henao, Ramón Vásquez.

Fotos de: Luis B. Ramos, Arturo Puerta, Gabriel Carvajal y otros.



MONTERIA PINTORESCA

En nuestra próxima entrega publicaremos un interesante reportaje gráfico realizado por Arturo Puerta. Serán cinco páginas de bellas fotografías donde está de cuerpo entero el aspecto pintoresco de "la perla del Sinú".

\$ 2.00

Vale la suscripción a 12 números de esta revista.—Toda correspondencia debe dirigirse a LA BASTILLA 215 Medellín (Col.)

La Editora Nuevamérica hace saber, a quien interese, que los agentes, corresponsales y redactores de MICRO están provistos del correspondiente carnet que los acredita como tales.



"ANTONIA".—Aquí está, ante su cámara, el señor Castelló, fotógrafo español que tuvo a su cargo la lente en la primera película de Patria Films; "Antonia Santos". Esta pose fue obtenida por Puerta hace algún tiempo, aprovechando la venida del cameraman a la capital antioqueña. Hemos creído que a los lectores les gustaría tener la vera efigie del señor Castelló, así, junto a su "instrumento" y con todo y la boina y el puro que enmarcan su personalidad.



DUO.—Ramón Carrasquilla y Camilo García se constituyeron en sociedad para revivir, cultivar y conservar las canciones de la patria. El "Duetto de Antaño"—como se hacen llamar estos artistas para sus presentaciones radiales y teatrales—ha alcanzado gran popularidad merced a su agradable combinación vocal, a su estilo personal y al bello repertorio de canciones antiguas que interpreta.

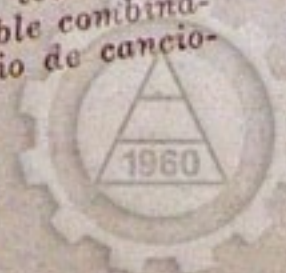


TEATRO.—Marcos Eusse, uno de los tres locutores buenos que hay en Medellín, se ha iniciado recientemente, y con gran éxito, como director de un cuadro radio-teatral en la emisora Siglo XX. Sigue actuando como colaborador de Marina Ughetti en La Voz de Antioquia y perifonea los programas de la C.C. de T. en esa misma emisora.



ROMANCE.—De aquí para allá y de allá para acá hemos tenido en los últimos días al amigo Rafael Salazar tras el palmito de... lo decimos...? ...Celeste Grijó. Rafa es un magnífico violinista bogotano que echó raíces en la vinya. Lo que ahora ejecuta para los lectores no es —creemos— una fuga sino algo más prosaico: una natilla. La fuga la hizo Celeste...

TENOR.—Se halla completamente repuesto de las dolencias que lo aquejaron, el eficaz tenor y cumplido caballero don Luis Macía. De lo cual nos complacemos.





BALLET.—Jacinto Jaramillo sigue empeñado en sostener para el país una escuela de baile de carácter autóctono. Pese a la indiferencia —y en veces hasta del obstruccionismo de los órganos oficiales— este caballero marcha adelante en la tarea auto-impuesta. El tiempo dirá el valor de este trabajo titánico y relievárá la injusticia actual del gobierno con el artista.



U. R. R. S.—El de cara angelical es el amigo Pablito Balcázar, hasta hace dos semanas de la redacción del "Diario Popular". El otro —aborigen sin lugar a dudas— es el eufórico Luis Martel, director de "Gong". Ambos dan sus pedazos por la revolución social... con gran disgusto de Rubayata y José Mejía. Balcázar regresó de Bogotá para colaborar en la alcaldía. (!)



OTRO... que también estuvo encamado: Fernando Gutiérrez Riaño, locutor popularísimo y de gran prestigio. (Aún no tiene edad para el don, pero sí para que nos alegremos de su mejoría).



"GOLPES".—Y como acá tratamos de hacer todo "por parejo", en cuanto nos sea posible, igual espacio que Castelló ocupa otro cameraman: el señor Juan Bruckner, responsable de la fotografía —y en parte de la dirección— en "Golpes de Gracia", primera película producida por el sello Ducrane Films. También fue Puerta el fotógrafo de fotografías esta vez, con ocasión de un viaje que el amigo Bruckner hizo a Medellín para filmar a los alumnos de meteorología.



DUETO.—Y no que lo hagan permanente como artistas, pues cantan divorciados. Son pareja inseparable solamente a horas libres: Pepe León y Magola Pizarro... de Pepe, es decir, de León. Aplaudido tenor él, no menos aplaudida como soprano ella. Ambos bogotanos y trabajando para la radio capitalina. Su matrimonio se hizo en Medellín... pero las consecuencias llegaron en Bogotá.

UNIVERSIDAD
FIT
Abierta al mundo

El Zambo

“CORAZÓN” llamaban al más viejo del pueblo, hombre suave y limpio. Nadie, ni uno solo de sus dieciocho hijos legítimos habidos de sus tres mujeres legítimas, supo nunca de sus días añejos. Cuando acaso un nieto lo visitaba, al inquirirle por los hazañosos pretéritos, las fechas heroicas y los empenachados guerreros, “tengo tan mala memoria —decía— que ni recuerdo si estoy joven o viejo”. Si hablaba de los innumerables yerros de su juventud, aludía a sus tres matrimonios. Si de sus vicios inveterados, eran el de seguir con la vista el itinerario de las volutas de humo familiar, el de rasgar la guitarra tensa con sonos de añoranza y pastorio, y el de suspirar muy a menudo por mudar su casita de bahareques y tierra pisada por la ancha, larga y alta del Padre Celestial.

Porque vivía “Corazón” en trance de ausencia; sus hijos e hijas, sus nietos y biznietos, muertos los unos, los otros andando el mundo tras el pan, tras la mujer, tras la muerte.

Sólo Francisco lo acompañaba. Moreno y rubio. Rosalía, la segunda esposa, lo trajo en su vientre como aporte único a los bienes comunes. Por presunción era hijo legítimo, nacido en matrimonio. Rosalía era negra de azabache como “Corazón” y como todas sus mujeres. Al morir en su parto, lo dejó como único legado. No bien crecido, Francisco tomó por esposa a Carmen, clara también y legítima. E hicieron vida matrimonial sin hijos en casa de “Corazón”, quien no comulgaba con ellos ni en sangre, ni en costumbres, ni en ambiciones.

Pero nunca, hasta aquel día, les riñó. Sabía que le deseaban la muerte para consumir la posesión del sitio exiguo que ocupaba su cuerpo, al sol de día y a la sombra —al calor del rescoldo— en la noche. Su ropa escasa y su guitarra, atada con un fique, pendientes de la viga. Así estaba bien. No valía la pena quejarse por ello.

El cura le había mandado tabacos aquella mañana. “Corazón” saboreaba el primero, sentado en el suelo, reclinado al tronco del mango coposo que en medio del patiecillo había.

Entró el rubio en casa, imponente, marcial, el hacha filuda al hombro. Dio vuelta reposadamente al árbol. Midió su abrazadera y la encontró corta. Se despojó de vestimenta cintura arriba; y la armonía pujante sus músculos comenzó la obra:

—“Alto ahí”, exclamó “Corazón”, los ojos en ascuas y la firmeza de un guerrillero civil. El hacha, descrita la primera parábola, se volvía al cielo. El viejo se fue derecho a ella, la sujetó por la empuñadura y la retuvo un instante entre sus manos sarmentosas.

—“Se acabó hoy su chochera, papá”, dijo Francisco. Con leve esfuerzo libertó su herramienta y recommenzó su labor. Nuevamente “Corazón” intentó asir el

instrumento, y el joven se vio obligado a recurrir a la violencia para lanzarlo sobre el pavimento de la ahumada cocina. Sin otra defensa el padre que la palabra, dijo, todavía dulce y suplicante:

—Para qué corta, hijo, mi árbol? Y su voz se hizo trémolo y treno en el posesivo.

—Para que deje ver el reloj de la parroquia.

—Blanco y malnacido —replicó ira-

cundo por única vez el padre—. Antes de que hubiera relojes había árboles, y los negros sabemos la hora porque la sombra del árbol amado es más breve o más larga. Señala el reloj siempre las mismas doce horas, según me dicen. El reloj ciego y torpe, el reloj insensible señala siempre lo mismo. El día que murió mi madre dio las nueve con la misma risa burlona. Y el árbol había amanecido amarillento porque nosotros estábamos pálidos. Y lloró de todas sus hojas cuando hizo viento. Arbol en en que mi madre armó mi cuna, cesta de los bejuocos que aún trepan por su ramada, en que me columpié, suspendido de un lazo, mejor que un príncipe se mece. Faltó el pan en



... casa, y el hermano mayor, Pedro, hacía trompos y pirinolas de ese árbol mismo. Y así, en cosecha nos alimentaba con sus frutos y el resto del año con sus ramas, que es tanto como cortarse uno las manos para que sus hijos coman carne y roan hueso. Cuando nació, mi padre era muerto. Pero el mango, ese mismo mango, me alimentó, me enseñó, me corrigió, me dio ejemplo y estado conveniente. Porque en mis tres matrimonios, a su sombra les di a mis compañeras los besos y les hice las caricias primeras. Lo mirábamos por la gatera al engendrar nuestros hijos: los pedía fuertes y duraderos, serenos y fructuosos como él.

—Usted, viejo chocho, es hijo del árbol, interrumpe burlón el mancebo. Por eso su existencia es vegetal. Fuera yo su hijo y estaría cosido con la tierra, como los árboles. Hay algo que me permite vo-



lar, que me deja ser ambicioso y progresista, pero que usted no entenderá nunca: soy hijo de un blanco.

—Por eso es usted lo que es. Hijo de un pecado y de dos traiciones. Su padre, blanco, traidor de su blancura, engaña a su madre y la abandona. Su madre, negra, traidora de la negrerie, en contubernio, y con un blanco. Usted no es blanco de España ni negro del Africa. Entre España y Africa, usted es un pirata en el mar de la sangre. Enemigo de los blancos porque es negro. Enemigo de los negros porque es blanco. Incapaz de ser blanco e incapaz de ser negro. Le importa el reloj porque no encuentra nada en lo pasado, no tiene tradición, y entonces quiere hallar algo en lo futuro: nuevo engaño, el porvenir es flaco si no sucede a un pretérito robusto. Es imposible que sepa usted lo que es un árbol plantado. Sabe si cuánto vale un árbol derribado entre mercachifles. El árbol guardián de la honestidad del hogar no vale nada, porque la honestidad no la aprecia usted ni la posee. En ese árbol se balancearon de niños mis diecisiete hijos, y todos fueron mejores que usted, que estaba en la cuna porque dizque era de color delicado y le hacía mal el sol y el aire libre: el sol que tiñó nuestra epidermis: Mentira! Yo no podía irrespetar a mis mayores, que sembraron el árbol de la tradición con el que había de hollarla, con el que irremediabilmente había de cortar ese árbol.

Francisco era leñador. El árbol ya no daba frutos. Con el producto de sus maderos fundaría un taller de carpintería. Traería un obrero a trabajarle muy barato. Lo haría trabajar de seis a seis, por reloj. Caído el árbol, habría más luz en el taller. Según sus cálculos, dos horas después vendría a tierra. De dónde habrían venido los mangos: ¿Acaso del Africa, a estorbar, como aquel viejo astroso?

Pero Corazón se repuso del quebranto sufrido por los golpes primeros. Cobró brío y se fue derecho al árbol amado, donde justamente estaban cayendo las heridas del fierro destructor. Impediría, interponiéndose, que el árbol sufriera más. Le aliviaría con desvelo filial, su llaga profunda. Le vendaría sus lesiones. Le daría sal y agua. El árbol tutelar duraría así los días contados que al viejo le restaran.

—“Maté este viejo por animal”: exclamó Francisco, cuando el hacha describió la parábola tantas veces dibujada con línea imaginaria.

—“Nosotros vimos que se te atravesó”, exclamaron en coro Carmen y Alfredo, amigo del matrimonio que allí estaba.

El cuerpo exangüe de Miguel Angel Murillo (como apareció según la fe de bautismo, que se llamaba), cayó en tierra antes que el árbol. Su herida tenía la forma misma de la herida del árbol.

—“Le diste en el propio mango”, dijo Alfredo.

—“En el corazón de “Corazón”, exclamó Carmen.

Y hoy tiene Francisco una ebanistería. Fue absuelto porque dizque no hubo ni dolo ni culpa. No falta quien haya dicho que el viejo “Corazón” dizque se suicidó a sus noventa y tres años.

Jaime SANIN ECHEVERRI



TOMAS CARRASQUILLA

(foto de Puerta)

“El Maestro de maestros”, como en frase genial llamó Guillermo Valencia al escritor de la Montaña, es el primero en el desfile de novelistas que MICRO inicia en esta entrega. **Entrañas de Niño**, “escrito sacado de unos papeles viejos y ajenos” —según palabras del genial novelista— es una de las obras más bellas, perfectas y... desconocidas de este escritor-cumbre; nuestra intención, al darla a publicidad, no es otra que suplir —así sea malamente— la incapacidad editorial de nuestro país, llevando a los colombianos, en forma fácil de adquirir, esta pura joya de las letras patrias. En solamente dos entregas —este número 58 y el siguiente— tendrán los lectores la totalidad de **Entrañas de Niño**, tomada con todo el cuidado que nuestro cariño hacia el viejo glorioso pudo poner en la exactitud de la transcripción. Las pruebas fueron corregidas sobre la publicación que el propio escritor hizo de su obra en la revista “Alpha” (Nros. 4 y siguientes, Medellín 1906), galantemente dada ahora en préstamo por el poeta Ernesto González a nuestro magazine.

Nos gustaría saber la opinión del público lector sobre este servicio bibliográfico que MICRO inicia hoy bajo tan comprometedores auspicios. A **Entrañas de Niño** seguirá otra obra no menos bella ni menos desconocida por la generalidad de los nacionales. Pero de la opinión de quienes leen esta revista dependerá la continuación de este esfuerzo —que lo es, y muy grande— o su clausura.

Entrañas de Niño

Página 66

1960

MICRO - 7 -

Abierta al mundo

GONZALO ARIZA Y RAMON BARBA

PARA MICRO



GONZALO ARIZA
(dibujo de Foujita)

En el pasado mes de mayo fueron exhibidas en los salones de la Biblioteca Nacional de Bogotá las últimas obras pictóricas de Gonzalo Ariza y algunas esculturas y tallas de Ramón Barba.

Gonzalo Ariza.—Son características esenciales en la personalidad artística de Gonzalo Ariza, su profunda sensibilidad que le hace introspectivo, parco de palabras, egocéntrico, y por otra parte su noción objetiva del mundo en función pictórica, visual, ocular pudiéramos decir. En Ariza más que en cualquiera otro pintor nuestro se hace patente aquello de que "los ojos son la boca nutricia del pintor". La dotación excepcional del ojo pictórico de Ariza le permite realizar una percepción casi matemática del fenómeno energético luz-color que le presta toda esa libertad de dominio en el desarrollo de los problemas pictóricos de toda índole: luminosidad, matices, perspectiva de planos y, por sobre toda otra cualidad, una comprensión del fenómeno material energético que provoca la apariencia fenoménica sensible; vale decir, pinta la cosa tal cual es en sí, subyaciendo en el fenómeno plástico. Lo que Rivera dice del maestro José María Velasco: "descubrió una geometría en el espacio, por el color", puede aplicarse con gran exactitud a Ariza. Ariza cuando pinta el agua, pinta el fluido mismo con sus cualidades de transparencia, luminosidad y reflexibilidad, no la transparencia sola ni el mundo objetivo simple que se refleja en el agua. Esto es lo que todos vemos en Ariza y calificamos de "técnica excepcional".

Si pudiera concederse la noción abstracta de "pintura pura" como teóricamente se habla de "poesía pura" o de

"música pura" (concebidas como el mundo de los vocablos rítmicos, de la palabra o del sonido armónicos por sí mismos) Gonzalo Ariza sería el cultivador afortunado de la "pintura pura". Pero aquí aparece la falla esencial que los ideólogos hallamos en la pintura de Ariza. Vemos la técnica, la maestría, la destreza en transformar el material primo de la pintura en fenómeno luminoso, plástico, cromático. Pero la expresión de la pintura de Ariza carece casi sistemáticamente de concepto estético; parece que tuviera horror a las ideas, temor de pensar y expresar su drama vital, su concepción artística-científica del mundo que le rodea. Únicamente nos plantea problemas de técnica resueltos. Esto es mucho ya, pero no basta. Nadie sabe qué piensa el pintor de su realidad biológica, vital, directa. Pintura pura. No se trata, claro está, de realizar una pintura de clase en desarrollo de un ideal político en profesión de fe a un credo doctrinario, pero sí se trata de expresar la realidad misma inmediata, sociológica que vive el hombre-pintor: humanizar el arte, si pudiéramos decir sin redundancia.

Hay quienes critican la pintura de Ariza, particularmente las últimas obras expuestas, como ociosidades o ejercicios de técnica que no deben ser expuestos, de igual modo como un músico no publica todos sus ejercicios como obras cumplidas. La realidad es esta: Ariza expone lo que ha expuesto; la crítica juzga y el público compra o no compra.

Hay quienes se quejan del éxito favorable obtenido por Ariza al vender casi la totalidad de las obras expuestas y alegan que el pintor se adocenó para lograr dar al público lo que éste comprara. En tal caso los envidiosos pueden escoger entre pintar como Ariza para vender o pintar como ellos mismos y llevarse toda la gloria.

Entre las últimas obras expuestas por Ariza podemos destacar algunos paisajes sabaneros de extraordinario logro. Creo que nadie ha sabido pintar nuestra luz, nuestro aire brumoso del altiplano con la perfección que Ariza da al ambiente de sus paisajes de la Sabana. Nadie conoce en función pictórica los fenómenos luminosos atmosféricos que se engendran en este rincón de cerros, nubes rapidísimas, espejismos de nieblas, temperatura y peso del aire que capta magistralmente este pintor.

Ya al sacar a la máquina estos borradores hemos leído con estupor una especie de comentario escrito en embolismos o en bable, aparecido en el último número de la revista "Espiral" con pretensión de nota de crítica pictórica. Así nos hemos evitado la lectura del comentario a las obras de Ramón Barba que pasan a la siguiente consideración.

Ramón Barba.—La discutidísima personalidad —un poco ambigua en su profesión— del señor Barba parece preocupar hoy por hoy, mucho



RAMON BARBA
(Foto "Pan")

más a los hombres de estado que a los artistas. El señor Ministro de Gobierno inauguró la exposición de tallas y obras escultóricas con un pesado discurso de protocolo muy desabrido y desorientado. Las obras expuestas comprenden una mitad de trabajos presentados en diversas épocas y en diferentes lugares.

Ante todo se hace notoria al observador desprevenido una manera "sui generis" que tiene el señor Barba para tratar en su técnica con el material madera los cabellos de sus engendros: ya son hojas secas, cáscaras de frutas tropicales, ya amontonamientos de bloquecitos cúbicos o masas rígidas, posiblemente estilizadas.

Generalmente trata a la madera con un revestimiento de barniz patinoso que le transforma la propia cualidad de madera en una pasta convencional. La pintura parece entrar en juego (color) para buscar tonos y calidades en la carne noble de la madera. Observando a Jacob el Mendigo, vemos cómo se apiñan sobre su cabeza unos enredos amorfos que sugieren productos de bizcochería, grumos de extrañas substancias pero no cabellos.

Pero Jacob se consuela viendo al genio de Bonn plasmado en piedra gris con un humorístico rostro plano, tragicómico, una cabeza en forma de rectángulo, fríatruculenta. La parte posterior de la cabeza está sin terminar, metida a medias en el "soverchio". Los cabellos son una gran esponja en forma de peluca, recortada con exacta precisión. Tal parece que el espectro beethoveniano acabara de salir de manos del barbero. Hay también un torso de hombre en granito gris, anatómico pero antiestético en su expresión conceptual; se explica que la estatua griega fragmentada, mutila, enseñe a la percepción la belleza suya y la del res-

GUSTAVO DORÉ

Por
SERGIO
BARAZZETTI

TRADUCCION DE MICRO

porque los demás, ajenos a sus visiones, nada percibían y exclamaba: —“Pero si yo lo veo, si lo estoy escuchando...”

Este dón visionario persistió en él. A los nueve años ya dibujaba y quería entregarse al arte. Encantada, su joven y deliciosa mamá creyó firmemente en su vocación; no así el padre, que se negaba a aceptar que alguno de sus tres hijos “se condenara voluntariamente a la miseria”.

Sin embargo, la emocionante sinrazón del pequeño artista acabó por vencer los prejuicios del ingeniero, quien presentó los dibujos del niño a Philipon, impresor de París. A los quince años de edad, Gustavo Doré colaboró en el *Journal pour Rire*, a tiempo que seguía sus estudios en el Liceo Carlomagno.

Terminado su primer contrato, firmó por encargo albums de moda e ilustró —a razón de dos céntimos por fascículo— una obra de Rabelais. Tenía entonces veinte años.

Con *Fierabrás* y la *Leyenda del Caballero JaiFRE* orientó definitivamente su estilo descriptivo y fantasista: frenesí de épicas luchas, oleadas de guerreros que avanzan en la noche, paisajes inundados de luz, claridades de plata o efectos de luna y espectrales livideces sobre fondos de profundo negror.

Con los *Cuentos picarescos* retorna a su manera rabelesiana; en *El Judío Errante* su romanticismo se enriquece con la herencia de Callot, Durero y Breughel y en los *Cuentos de Perrault* su fantasía se reviste de pálidos velos, brillo de pedrerías, siluetas exquisitas, miradas indescifrables que surgen a través de largas pestañas y cabelleras ligeras e inmateriales como una brisa primaveral.

Por su facilidad para cristalizar los sueños y plasmar lo impalpable, Doré es el intérprete por excelencia del Dante y de Milton, del Ariosto y de Shakespeare. Ilustró maravillosamente *El Quijote* y *Un viaje por España*.

Londres, el Londres de los docks y de los bosques de mástiles sobre el Támesis, el Londres de Hyde Park y de la City, de las inglesitas románticas de largos cabellos rubios y de los pintorescos mendigos, tuvo también en Doré un exégeta admirable.

En las *Fábulas* de Lafontaine expresó, mejor que los argumentos, la decoración costumbrista: sembrados y barbechos, acémilas cargadas de haces de leña y bosques de invierno entre la bruma.

Cuando Doré quiso convertirse en pintor y en escultor, el éxito no correspondió a sus esfuerzos, porque para su bien y para nuestro propio placer, su fuerza imaginativa hacia de él nada más y nada menos que el primer ilustrador de su siglo.

EL 6 de enero de 1832 nació Gustavo Doré en Estrasburgo. Su padre, ingeniero de puentes y calzadas, estaba ausente de su hogar. Su madre, en aquella noche de tormenta y vestisca, sólo estaba acompañada por la buena y abnegada Francisca, a quien el médico, hacia las seis de la mañana, entregó el recién nacido con estas palabras: “Tóma, Francisca; he aquí a vuestro pequeño; envuélvelo en tu delantal...”

Doré creía haber nacido el primero de enero. “Tonterías, replicaba Francisca; esa idea se le ha metido en la cabeza porque lo llamamos nuestro aguinaldo. Fue el seis, no hay duda...”

Y efectivamente, la partida de bautismo, sentada el día nueve, confirma las palabras de la buena sirvienta.

Mimado y encantador, el pequeño disfrutó de una infancia privilegiada. Y desde entonces se reveló excesivo y contradictorio, apasionadamente afectuoso, dulce y altivo, exigente, confiado e inquieto a la vez.

Creció en una casa vecina de la catedral. Le contaron la leyenda de Ewin de Steinbach y de su hija Sabina, a quienes había dictado un ángel el milagroso plano de la iglesia. El niño vivió profundamente esta bella conseja: en los rayos luminosos que caían desde los grandes vitrales veía un ángel de alas sonrosadas y de pálido rostro de cera: sus cabellos ondulaban al viento y brillaba en su mano un lápiz de oro. Disgustábase el niño

to desaparecido eventualmente; pero construir fragmentos de escultura es lo mismo que edificar ruinas.

Una sola obra nos compensa del tiempo perdido en esta contemplación: el Comunero de Socorro, premiada en la Exposición javeriana y realizada en 1941. Pero no por expresar vida sino casualmente por la lección que entraña el hecho de que el tallista hubiera querido expresar la vitalidad y rebelión del campesino socorran y hubiera resultado esta momia que provoca una gran sensación nauseabunda. Hemos pensado que tal vez Barba en posesión de una técnica artesanal no despreciable pudiera expresar mejor las sensaciones de lo muerto; pero ahí está esa cosa sin ausencia de vida, ese objeto inerte que no nos hace preguntar: a dónde huyó la vida? sino: acaso alguna vez esto tuvo vida? Es la figura de Fray Rafael Almansa. Los pliegues exactos del sayal, rígidos, no obedecen a la ley de la gravedad, pesan en una dirección falsa; todo el cuerpo carece de reposo; los pliegues del capuchón son arbitrarios, no consultan la posición del cuerpo. Todo es allí acomodaticio; la cruz que está sobre el pecho no cae al suelo porque está pegada al busto, pero su desequilibrio es angustioso. La estatua fue hecha en posición vertical, de pies, y luego acostada en decúbito dorsal. Toda la expresión es de “pose”, de acomodo deliberado.

También vimos allí la comentada cabeza en mármol de Jaime Jaramillo Aran-

go que, según muchos críticos, posee una gran belleza clásica. La culpa es del Dr. Jaramillo por poseer una cabeza realmente hermosa. Lo demás es un retrato en mármol.

No conocí a Ricardo Rendón en vida; le ví muerto pero no tanto como en esta segunda muerte. Se parece repentinamente al sabio Caldas. Las orejas pegadas en los lóbulos, el cabello como caña picada, la amplitud de los hombros no guarda proporción con el tamaño del cuello y las muñecas. Sólo los ojos están recordando al Ricardo Rendón del Nocturno N° 13.

Hay un mármol, premio 1940 de la Exposición: mujer joven. El peinado es matemáticamente exacto, perfecto hasta la incomodidad. Todo el busto da la sensación de cosa nueva, sin usar, incontaminada.

El mármol adquiere su mejor esplendor con la pátina que le presta el tiempo, dándole calor vital y quitándole esa blancura cruda, fría.

Hay una madre en granito gris, muy viva, sencilla, agradable, bien lograda. Pero en medio de la sala se eleva la figura desahogada de Manuela Beltrán, gigantesca, desmesurada, en madera rojiza. La figura avanza en paso de baile. La masa de los cabellos es un solo bloque rígido, monumental. Creo que se trata de un encargo porque la construcción de

una obra de tales dimensiones consulta de todos modos su acondicionamiento en una determinada arquitectura. El comunero jurando da mucho qué pensar de la realidad somática de nuestros comuneros anémicos, desnutridos. Este gran leñador vasco, este nativo hércules será colombiano? Tampoco consulta el mero símbolo, a causa de su atuendo típico. El pitón o botón areolado de los pechos en esta figura y en las femeninas tiene una forma bastante convencional; parece más bien uno de esos sombrerillos de charro mejicano que usan las muchachas en las solapas. El sujeto este —comunero jurando— está asexual bajo su ropa. No se pronuncia ningún abultamiento del pubis.

Hay una muchacha en madera amarilla, terminada a la altura del sexo. El vello del pubis simula un adorno geométrico que afecta forma de hojas, no sabemos por qué.

Finalmente hay una serie de dibujos anatómicos y cabezas de estudio que nada agregan ni quitan al autor de tales trabajos.

Guillermo ABADIA

3 Hombres

UNO

Un mozuelo gallardo, con sus 14 años maduros de pubertad. Allí en el ajetreo de la labranza. Sobre el ajedrez del surco. En el rastrojo lleno de música de hojas que se resquebrajan tostadas al sol, y de música de trinos. Y de música de aguas cantarinas. Y de música de coplas montañeras, tarareadas por las mozuelas en sazón. Por esas mismas, que mirando a Toño Sarmiento, sentían "algo" raro, y le huían sin saber por qué.

Pero el ajetreo del labrantío, iba entreteniendo hasta ahora sus 14 años vividos entre el monte. Allí hermanado con "los dulces hermanos" de Asís. Bajo el techo pajizo circuido por la corraleja; frente la "trocha" serpenteadera, que va pegada —como un "bolero"— a la "falda" de la montaña.

Desde ella, atalaya de rocas vivas sobre el panorama ciudadano— miraba la vida de "a llá"... No obstante, nunca antes había pensado bajar por la trocha que al camino real había de llegar, y por él, llegar "allá". Al mundo. A la vida. A la aventura. Diabliño maldito, que hizo nacer en la cabeza de Toño Sarmiento semejante idea dislocada! Pero hablaba el ancestro; y por la sangre que tenía ya calorías de pubertad, vino la voz... Ah, el afán migratorio de los hombres!

Aquel día —entre el rastrojo— una chamiza desgarróle la camisa tatuada de remiendos multicolores. Toño miró. Nada dijo a nadie; pero aquel arañetazo del monte, lo sufrió en el alma, mucho más que en la carne. Mas, era acaso el primero? No tenía sus piernas desgarradas desde cuando sacaba del "varejusticial" ese helecho áspero para cubrir los abonos aporcados? Y mil veces mil, la piedra dura no hirió sus hombros durante la tarea, ahí frente al "portillo" derruido? Sí; no podía negarlo. Pero la voz seguía llamándolo con un afán de promesa.

—Ya quiero largáme d'este monte! Allá tará lo güeno! Yo envideo a mi primo Agustín, que salió d'ésta rastrojera

Ni han se pa onde, pero me largo. Por ésta!

Y selló con su amenaza el palabrerío callado de su angustia. Callado! Pero acaso el monte pródigo de sus abuelos y de sus padres no le estaba escuchando? Sí. Los pensamientos, que más bien salieron

Y

Hojas de mi Libro inédito intitulado "Recuas y Machetes".

La Montaña

a los ojos que a los labios, quedáronse agazapados entre los matojos del barbecho...

Se iba... No sabía para dónde

—Que me largo, taita...

—Estás loco, muchacho?

Silencio.

—Me voy d'este monte, amaneciendo.

—Que no te vas, Toño.

—Que me voy...

Y se fue a la ciudad maldita. Se fue Toño Sarmiento con su idea de mejor venturanza. Con su camisa hecha hilachas y remiendos. Se fue, con sus catorce años cargados de musculatura atlética. Con sus 14 años maduros de pubertad.

DOS

Juan Gabriel; tú eres feliz en la montaña. Lo sé. Brioso potro cerrero, tu juventud se encabrita con un brote de sangre. Qué dulzura la tuya, envuelta en las cuatro pautas de la copla. Yo oí dos coplas tuyas, muy tuyas, las recuerdas? Ahí las copio. Se las cantaste a tu María de la Luz, cuando la viste por primera vez. Tenías 21 años, y ella 19. Recuerdas?

Bajo frondas de cafetos,
ví yo cosas placenteras:
más que grano en los abetos
"cosecha" de "chapoleras"

Y María de la Luz te guiñó el ojo. Y tú le "largaste" esta otra copla dulzarrona:

Agua de coco maduro
—por fresca—, pa tu voz, morena.
Y yo siempre eso lo juro:
bebérmela por lo buena.

No me niegues que eras feliz.

Ayer me dieron la noticia: dizque abandonaste su sementera por venirte a la Ciudad. A qué, Juan Gabriel...

Yo te aseguro que nunca más desde

tu venida— has vuelto a gozar lo que gozabas, a horcajadas sobre tu potro "Martell".

Yo lo "bauticé" en una ceremonia humedecida con "tapetusa". Recuerdas como le pusimos enredada en la "frentera" una rama de "sietecuecos", florecida?

Y el amor de María de la Luz?, no lo crees tú más sincero que el de cualquiera de "ésas"...? Más puro? Más fresco? Menos agostador de juventud, y más, mucho más vivificante para el alma que ama?

Ahora dime: el cafetín extramuro lleno de olores capitosos y de engaños atroces; ése, no te parece peor que la "parrandita" semanal con tus amigos verdaderos, cuando ibas a llevar flor de coplas a tu María de la Luz? Dime también si no está muy descentrada tu vida en esta vorágine viciosa y empedernida. Donde no hay amigos. Los amigos? que desengañó!!! Mientras uno puede servirles, darles, ayudarles, bueno; después? Después... dónde están los amigos? Los tuyos, allá. Allá en la montaña ubérrima, madura de gérmenes nutricios, al sol. El caballo de encabritamientos alegres y de remos firmes y de belfos palpitantes. El roble recio, majestuoso, monumental entre la selva cuajada; el hacha sonora; el perro bueno de cariños no falsificados ni hipócritas; el surco; la sementera reverdecida, el fruto, la mazorca; la quebrada que queda entre mortiñales y "maraboyes"; tu quebrada para el baño matinal. Todo eso. Todos éstos son tus amigos buenos Juan Gabriel

Vuélvete a la montaña. El sarmiento de dos brazos que tiemblan, ya serán sendo imán para atraerte y el bejuco de la huer-ta que cuelga del arrayán al "guasco", será un arco triunfal para que pases.

Vuélve a la montaña madre. Allá se encabritará mejor el potro cerrero de tu juventud encendida

Vuélvete!



TRES

—Sí, Hermanita: hace 60 años me vine de mi rancho. Y ya ve usted... He sido un desgraciao! Pero tuve la culpa...

—Por qué, don Faustino?
—Porque de muchacho —tenía 16 años— me largué izque a conocer la ciudad. Y élla me desconoció. Claro! Aquí es naide un montañero. Mismitamente un perro

—Cálmese usted...
—Quiero contarle algo de mi vida, hermanita; dicíle, tan siquiera un peacito d'esta angustia tan agria que me aprieta el corazón...

—.....!!!

Y en el Asilo de ancianos, Faustino Beltrán, abrió el libro de su vida. Mientras estuvo en la Montaña, fue feliz. Su mercado de huevos y chirimoyas en el pueblecito vecino, sustituía sus necesidades. Suficientemente. Abastecíalo. Pero cuando se le "metió largáse", encontró la miseria. Donde creyó encontrar oro, encontró miseria. Y no quiso volverse. No quiso. Por miedo "al que dirán" del fracasado. Todo, para que años más tarde, la angustia le apretara el corazón.

Cuando iba contando el hilo de la Vida, la Hermana Virginia de la Cruz tuvo el

pensamiento de gritarle estas palabras: "En el Cielo encontrará su Montaña!..."

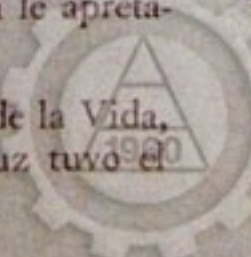
CUATRO

Detrás de ellos. De Toño Sarmiento; de Juan Gabriel y el anciano Beltrán, se erguía siempre magnífico el monumento milenario de la Montaña pródiga. Solemne. Sólido. Majestuoso.

Y por los caminos del Alba, seguía retozando la algarabía de los cacareos

Escribió:

Rafael PEREZ RODRIGUEZ



DE LAS INDUSTRIAS FOLKLORICAS POPULARES

Fotos de

LUIS B. RAMOS

He aquí, lector amigo, una extensa zona del folk-lore colombiano que día por día va menguando y perdiendo sus límites y su contenido autóctono. De aquí el interés de fijarla en algunos de sus aspectos, para librarla del olvido cuando ya no sea otra cosa que un recuerdo arqueológico, una tradición desaparecida y lejana.

Porque ante el avance incesante e impiadoso de una pseudo-civilización mecánica de esencia citadina y capitalista, las pequeñas industrias artísticas de nuestros campesinos se van limitando cada vez más a sus zonas de producción, siendo apenas objeto de un comercio local, cerrándose sobre sí mismas por así decirlo y cediendo el campo a los productos de la grande industria fabril.

De una especie de Instituto de Fomento Industrial Terrígena, en que nadie ha pensado y que nunca podrá ser una realidad en nuestro medio, podrían derivarse —sin embargo— positivos beneficios en el sentido de robustecer la pequeña economía campesina y aldeana, enriqueciendo de paso los motivos de las distiintas industrias artísticas populares, abriendo nuevos mercados a sus productos y defendiendo así un aspecto interesantísimo del alma vernácula colombiana.

Vano ensueño, porque todo conspira en esta hora para arrebatarnos nuestra entidad psicológica de pueblo libre y porque a tiempo que México, Chile, Argentina, el Perú y otras naciones hispano-americanas se orientan por los senderos de un bien entendido y radical nacionalismo artístico y económico —única base estable para alcanzar un verdadero estado de panamericanismo integral, dicho sea de paso— nosotros continuamos menospreciando lo propio y poniendo en manos de extranjeros ignorantes y audaces la dirección de nuestros asuntos folk-lóricos y estéticos: la danza, la música, e incluso la pintura y la escultura. Para no hablar de la arquitectura, campo propicio a la aventura capitalista capitaneada por elementos extraños a nuestro paisaje, a nuestra psicología y a nuestra humilde, pero no por ello menos respetable e interesante realidad humana.

Abandonemos este campo en que el comentario tiende naturalmente a la formulación de amargas quejas, y veamos de

fijar algunos aspectos del tema enfocado en el presente estudio.

LA CERAMICA ABORIGEN

De todas nuestras industrias artísticas populares, ninguna que como el trabajo de las arcillas nos ofrezca un abolengo tradicional tan interesante, en cuanto su origen se pierde en la noche de la prehistoria americana. Ceramistas fueron la mayor parte de las naciones indígenas que poblaron nuestro país, y ceramistas continúan siendo cabalmente, aquellos núcleos campesinos en que mejor se perciben los rasgos indígenas.

Existe en el departamento de Boyacá una región accidentada y sugestiva, vasto paisaje en ocre y rojo a trechos matizado por grupos de cañaverales, raques y sauces: pequeños riachuelos de cantarino y transparente caudal, por entre guijos azulencos, amarillos y grises, rubrican el panorama. De loma en loma y de valle en valle, blanquean alquerías y caseríos. Y por todas partes, surgiendo del verde compacto de los pastizales y sembrados, salpican el panorama encantador los eternos barrancos arcillosos en ocre claro y en ve-teado rojo que en millonarias gamas oscila del rosa pálido al siena y al escarlata. Esta región se extiende desde el admirable Desierto de la Candelaria hasta la llanura de la Villa de Leiva y encierra en su seno, engastada en los meandros de su río bullicioso y los naranjales de sus márgenes, una de las más bellas y sugestivas poblaciones boyacenses: Ráquira, la del recuerdo y la melancolía.

Henos aquí en la sede sencilla de una industria campesina que ocupa a la mayor parte de los habitantes de la comarca: la alfarería. Ora en los aledaños del Convento de la Candelaria y de la villa de Ráquira, ora a la orilla de los senderos y caminos vecinales, ora en medio a los sembrados o en lo alto de una loma, vense aquí las redondas y robustas siluetas de los hornos en donde se endurecen los objetos de arcilla, que el alfarero trabaja en tornos rudimentarios, modelando con sus manos callosas las pastas multicolores, que transforma amorosamente en calderos, fuentes, tazones, "chorotes" y

ollas y "olletas", "múcuras" y botijos de variadas formas y aspectos.

La mujer y las hijas mayores del alfarero, en tanto, trabajan las "locitas" y los juguetes de arcilla, encanto de los niños aldeanos y de los turistas ingenuos: así naçen esos deliciosos "caballitos" de Ráquira, figurinas de retablo campesino, y esas "alcancías" que fingiendo las formas esquemáticas de cerdos y de aves de corral, acogerán en su oquedad la hucha, el ahorro familiar acuñado diariamente en pequeñas monedas de níquel y de cobre.

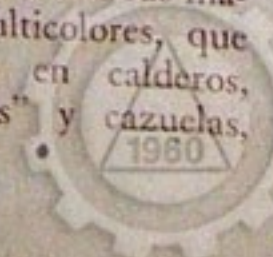
Después de abierta la "hornada", ceremonia sencilla y emocionante, viene la prueba de los cacharros: y aquí de un tintinear seco de las diferentes piezas de arcilla, cuyo timbre claro y compacto, al ser suavemente golpeadas con los nudillos de la mano, anuncia que el trabajo empleado en su modelado y cocción ha cuajado en una nueva forma, útil, sugestiva y sencilla.

En redes fabricadas con cordeles de fique, y entre paja seca y morena, los cacharros viajarán luego hacia los mercados pueblerinos a lomo de humildes caballerías o a espaldas de viejecitos temblorosos —buídos pantalones de "manta", camisa de lienzo crudo, raída "ruana" y sombrero de "jipa" — o de robustas campesinas —múltiple falda de "frisa", blusa blanca con arandelas rojas, mantellina negra, dientes muy blancos y pie pequeño.

LAS ESTERILLAS DE JUNCO

El viajero que cruza la Sabana de Bogotá siguiendo la línea del ferrocarril de Cundinamarca, divisa desde su ventanilla los pantanos de Tres Esquinas, en las proximidades de la población de Funza: aguas quietas, de las que emana un ligero vapor tembloroso que vibra en horas de sol, y de las que surgen las hojas glaucas de los juncos en compacto escuadrón.

Toda una tribu campesina habita en las márgenes de esta vasta zona pantanosa, entregada a una industria típica: la recolección de las hojas del junco y la fabricación casera de esterillas de variados tamaños y de distinto espesor que en los mercados sabaneros se conocen con el nombre genérico de "juncos".





LOS JUNCOS

Figúrese el lector lo que sería una película fotografiada por Luis B. Ramos en un escenario de éstos.

suscita el recuerdo del paisaje sabanero y el ambiente lacustre del juncal.

LAS CONSERVAS DE VELEZ

Visitemos una de esas casonas coloniales de la villa de Vélez, cabeza de una rica y hermosa provincia santandereana: nada denuncia en su exterior la actividad industrial de sus moradores, como no sea —en las horas del mediodía y también al atardecer— el sabroso perfume que se desprende de las grandes pailas de cobre donde el jugo de la guayaba, previamente endulzado con blancos y morenos terrones

de azúcar *de pilón*, es sometido cuidadosamente a cocción suavemente ritmada, calculada con diligente y amoroso afán.

En una gran paila de cobre bulle el jugo de la guayaba roja; en otra, más pequeña, la pulpa de la variedad blanca. Con el rojo y el blanco de la popular mirtácea contrasta la verde ebullición de los limones y el amarillo pajizo de las cidras.

Y cuando, ya avanzada la tarea, los líquidos frutales comienzan a espesarse a compás de incesante meneo de cucharones y bateas, viértense los contenidos de las pailas sobre frescas hojas de plátano, o en moldes de madera. En ocasiones, las distintas pastas se superponen en capas de diverso gusto y color, que recortadas en cuadro se empacan cuidadosamente en ho-

Son los "juncos", amigo lector de luegas tierras, el único adorno y el única *confort* de la choza campesina: a un mismo tiempo, colchón y cortinaje, alfombra y dosel. Su tejido, en que cada hilo mide de dos a tres centímetros de anchura, es regular y compacto, y su color moreno corresponde exactamente a su perfume, que sabe a tierra y a bondad humilde.

En casa de un arquitecto amigo, perito en artes de decoración de interiores, he visto complacido que los "juncos" han sido empleados con hermosos resultados para tapizar las paredes de un exquisito y sedante estudio-biblioteca. Allí, sobre el obscuro tinte uniforme de los "juncos", óleos y acuarelas de artistas colombianos se destacan bellamente y un vago aroma



CERAMICA ABORIGEN

jas secas de *payaca* y en pequeños cajoncillos de madera.

En las estanterías de la bodega familiar se inicia entonces el proceso de *curación* de la exquisita conserva que va impregnándose del perfume evocador de la hoja seca de la *payaca* y acendrando sus deliciosos sabores.

Hasta los últimos límites del país suelen llegar así, mensajeras de un pueblo industrial y acogedor y semblanza golosa de un paisaje frutal, las conservas y *bocadillos* de Vélez.

LAS MANTAS DE LENGUAZAQUE

Camino de Chiquinquirá —la ciudad milagrosa— y viajando por la línea del ferrocarril del Norte, los pasajeros se ven solicitados desde los andenes de la estación de Lenguazaque por mujeres del pueblo que, pulcramente vestidas de negro, ofrecen el producto de su industria casera: mantas de lana, tejidas con exquisito esmero, cardadas y pulidas a perfección y bellamente rematadas en un doble fleco aborlonado. Son productos dignos de la industria inglesa de lanas: a grandes cuadros —en ajedrez— o a rayas de distintos grosores y perfiles, se han combinado en ellas, armoniosamente, los más bellos colores.

En una, el marfil y el verde claro; en otra, el rojo con el gris; en aquella que desde lejos atrae nuestra atención, el amarillo oscuro con el carmelita.

Si visitamos cualquiera de las viviendas pueblerinas en donde se tejen estas preciosas mantas, nos encontramos con un cuadro de costumbres de idílico sabor: los abuelos hilan los copos de lana en primitivos husos; los pequeños fabrican con los hilos grandes pelotas grises, blancas y mo-

renas y las mujeres trenzan los hilos, tienen las madejas y manejan con habilidad infalible los primitivos telares de mano.

Estampa medieval o barroca, que nos recuerda el trabajo corporativo de los gremios obreros de la época feudal y los tiempos anteriores a la invención de la máquina. Industria noble y útil que suscita el recuerdo del *chibcha*, tejedor de algodón, habitante ingenuo del país de Bochica.

LA CESTERIA DE FUSAGASUGA

En los contrafuertes meridionales de la Sabana de Bogotá, duerme la villa de Fusagasugá, muellemente escalonada en los meandros de su dulce y benigno paisaje.

Hasta los alrededores de la población llegaban, hasta hace algunos años, los montes azules y rumorosos de nuestros climas medios: los cedros y nogales, los caobos y los *palos de sangre* se desarrollaban allí y empinaban sus ramazones a lo más alto de la bóveda vegetal, en busca de luz y de calor. Grandes festones, en infinita red, descendían de las frondas enroscándose en los troncos y enlazándose con múltiples ligaduras florecidas. Lianas y *bejuco*s flexibles y resistentes, mimbres multicolores que los montañeses solían cortar en época de luna menguante para, después de una cuidadosa preparación, tejer con ellos cestos y canastas de formas variadísimas.

Perfume y color solían fundirse en una unidad perfecta en estos productos de la cestería campesina de Fusagasugá, que en altísimos almacigos eran transportados a espaldas de sus fabricantes hasta las calles del Bogotá centenarista y pregonados de puerta en puerta.

Cuando las dueñas de casa resolvían renovar su cestería, agolpábase la chiquillería en torno al vendedor, barbudo y sencillo. Y mientras la señora escogía los cestos asesorada por la "sirvienta de adentro", los pequeños registraban un gran cesto

LOS CABALLITOS DE RAQUIRA



que de ordinario llevaba en la mano el campesino: de su inquietante fondo iba surgiendo —maravilla de ingenua gracia— la cestería de juguete, la cestería en miniatura, delicia de nuestros primeros años.

CHIQUINQUIRA Y SUS TIPLEROS

Sede y santuario de nuestro folk-lore instrumental es la ciudad de Chiquinquirá, donde numerosos obreros especialistas, que de padres a hijos han heredado la técnica de su oficio, preparan las maderas más finas de la región, fabricando con ellas los cuerpos vibrantes de tiples, bandolas y guitarras.

Son sus talleres a manera de santuarios perfumados en que surgen al canto nuestros instrumentos populares típicos. Salido de su cintra o molde atornillable, el nuevo instrumento es encordado, afinado y, en instante solemne, "razgueado" por vez primera por su creador. De la pureza de su timbre y de su bella sonoridad se comenta animadamente en el grupo de amigos y familiares.

Estampas y "calcomanías" candorosas suelen adornar más tarde las caderas sonoras del instrumento, que tocado con un rojo lazo de cinta, colgará bien pronto del cielo raso del taller, en espera del comprador que lo ha de llevar a lejanas ciudades o a escondidos villorrios para que acompañe el canto y alivie la soledad del labriego y del trovador popular.

Los "tipleros" de Chiquinquirá son remotos herederos del arte de aquellos *luthiers* españoles del Renacimiento que asombraron al mundo con sus admirables y nobilísimos laúdes. Su industria hace de la ciudad milagrosa una villa elegida que, guardadas proporciones, podríamos comparar con Cremona, patria de Amati, Stradivarius y Guarnerio.

PROPOSITO

Quédense por hoy entre el tintero mil pequeñas y grandes industrias artísticas colombianas, que en grande o reducida escala contribuyen a robustecer nuestra economía rural y prestan a nuestro pueblo carácter, acento y fisonomía peculiares.

Porque al proponernos continuar evocando estas industrias folk-lóricas, antojáenos creer que con ello contribuimos, no sólo a despertar la curiosidad ambiente sobre estos tópicos de tan intenso colorido nacionalista, sino también a sondear en el espíritu de nuestro pueblo que, al igual que todo conglomerado humano, revélase plenamente en sus obras, en sus dichos y costumbres, que son —cabalmente— los tres grandes temas de la ciencia folk-lórica.

Andrés PARDO TOVAR

UNA PELICULA NACIONAL

Antonia Santos

(Tomado de "EL LIBERAL")

La filmación de "Antonia Santos" duró ocho meses, casi exactos, por una diferencia de dos días, pues se comenzó el rodaje el 20 de agosto de 1943 y terminó el 18 de abril del presente año. La primera escena filmada aparece en la película al final del tercer rollo, y muestra un elegante baile que se supone tuvo lugar en la hacienda El Hatillo, de propiedad de don Pedro Santos.

ESCENAS HISTORICAS

Entre las muchas escenas históricas que se reprodujeron con estricta fidelidad en la película se destacan las siguientes:

La firma del acta de independencia, acto trascendental en la historia colombiana, y que se realizó tomando como base el famoso cuadro de Coriolano Leudo que está colocado en la gobernación.

La prisión del Virrey Amar, tomada también del notable cuadro que existe en la gobernación, y que se hizo con gran propiedad.

La memorable reyerta entre Morales y Llorente, conocida como "la reyerta del florero", que dio origen al movimiento de independencia.

Las guerrillas que se efectuaron en Comodoro, entre patriotas y realistas.

El levantamiento de los socorranos, al mando de Antonia Santos.

Las sentencias ordenadas por el tristemente célebre Pacificador Morillo.

EL PERSONAL

Entre artistas y extras, sin contar los técnicos que son muchos, figuran en la película 500 personas, lo que da idea del notable despliegue de masas realizado.

EL SONIDO

De la parte técnica merece destacarse especialmente el sonido, —teniendo en cuenta que la fotografía y la iluminación son excelentes—, pudiéndose asegurar que será esta la primera película colombiana con sonido puro e impecable. El "recording" para grabación del sonido fue construido totalmente en Bogotá, por el ingeniero de sonido Guillermo Schroeder.

LA PARTE MUSICAL

Además de que la música de fondo se escogió cuidadosamente, en la película figuran cuatro números musicales, a saber: "La Queja del Boga", lamento negro de José Barros.



Lily Alvarez, Gabriel Martínez, Soledad Sierra, Humberto Onetto y otros intérpretes de "Antonia Santos".

"Una Gota de Rocío", canción que canta Maruja Yepes.

"No hay como mi morena", torbellino de Jorge Añez, que cantan las hermanas Chaves, y

"Gavota Santaferña", bailada por ocho parejas.

LOS INTERPRETES

Los principales intérpretes de la película son:

Lily Alvarez, hace de Antonia Santos; Raúl Otto Burgos, encarna el primer galán, Pedro Monsalve; Guillermo Beltrán, hace de segundo galán, Juan José Monsalve; Carlos Emilio Campos hace de Pacificador Morillo; Humberto Onetto, hace de Oficial Lucas González; Gabriel Martínez, hace de Antonio de Fominalla; Maruja Yepes hace de Margarita Santos; Carlota Uribe hace de Doña María Plata; Soledad Sierra hace de El Ama Carlota (Aya de Antonia Santos); Roxane del Valle hace de Virreyna de Amar; Clara Inés Lozano hace de Elvira Santos.

ESCENARIOS

La película se ha rodado íntegramente en Bogotá, en su parte de interiores.

Exteriores en el río Magdalena.

Fusilamientos, en Usme.

Las guerrillas y batallas se filmaron en Bosa.

Hay escenas como la prisión del Virrey, filmadas en el museo La Casa Colonial.

(Sírvese pasar a la página 65)

QUEDA FALTANDO EL CENSOR

UNA rara coincidencia hizo que el gobierno preparara nuevo decreto sobre locutores al tiempo que nosotros escribíamos un artículo en igual sentido. Más aún, que la armazón del dicho decreto consultara varios de los puntos por nosotros propuestos, a saber: clasificación de los locutores en tres categorías, etc.

Como la tal coincidencia ha sido evidenciada en órganos de la prensa diaria y como muchos elementos de la radio han reconocido —unos con manifestación de su agrado, otros tratando de hacernos saber que fue solamente eso: coincidencia— no podemos por menos de mencionarla en esta nota, siquiera para que quede constancia de ella en el archivo de MICRO.

No que estemos envanecidos. Nuestra ambición es muy grande en esto del mejoramiento radiotelefónico, y se necesitaría un vuelco total de la maquinaria radiofónica para que exteriorizáramos satisfacción personal por alguna "culpa" en el benéfico resultado final. Lo que sí tenemos que confesar es la alegría que sentimos al ver que ya el gobierno ha puesto sus ojos en la radio: era tiempo!

Lógicamente no hay que pensar que el decreto reciente va a resolver por sí solo el problema creado en años de anarquía. No. Pero como principio quieren las cosas, debemos aceptar que algo se ha ganado. Mucho es haber conseguido que las gentes de la radio se sintieran vigiladas. Como realmente se han sentido a partir de la fecha en que se dio a conocer el decreto. No sólo vigiladas sino "amenazadas": porque una característica común de los mediocres es el delirio de persecución. Los simuladores de cultura, los que han llegado a edificarse un pedestal —muy deleznable, pero para ellos verdadero cimiento de eternidad— a fuerza de canjear publicidad con sus compañeros de infortunio, temen con sobrada razón cada vez que oyen rumores de investigación, peligro de calificación de servicios en la actividad a la cual vienen dedicados con sobra de incapacidad. Así que el solo hecho de que se les ponga en zozobra ya implica saludable agitación del ambiente, "peligro" de mejoramiento para las programaciones nacionales y de revaluación para quienes realmente están llamados, por su capacidad, a ocupar los puestos de responsabilidad en labor tan delicada.

Lo importante ahora es que el gobierno haga cumplir sin consideraciones el tan esperado decreto. Que con éste no suceda

lo que con los anteriores, todos burlados a ciencia de los interesados y paciencia del ministro del ramo. La aplicación total y exacta de esta disposición sería por lo menos un precedente sentado para obras de higienización planeadas y realizadas paulatinamente. Si en este caso llegan a repetirse las ocurrencias de veces anteriores —cuando las licencias fueron entregadas por simpatía personal, por "atracción sexual" o por intrigas políticas— se habrá asegurado un buen lapso de estancamiento en la radio, aparte de la garantía de inmunidad e impunidad que se dará a quienes por ningún concepto son dignos de formar en las huestes artístico-intelectuales del *broadcasting* nacional.

Y luego que piense el señor Jefe de Radiocomunicaciones en la urgente necesidad de crear el puesto de Censor para la radiotelefonía comercial. Hay mucha cosa que el señor Jefe no puede controlar directamente, aun en las emisoras capitalinas. Detalles triviales si se toman por separado —aunque en veces no son tan triviales que digamos— y que forman el *todo* mediocre en la gran mayoría de las emisoras, o notorios lunares en empresas ya organizadas en serio. Un Censor de Radio —con autorizaciones bien definidas y plena autonomía para dictaminar basado en esas autorizaciones— en cada una de las ciudades y poblaciones donde haya emisoras, será representante y personero del gobierno, suficiente a mantener las programaciones caminando derecho. Se acabaría así la propalación de "canciones" que, so capa de novedad y exotismo, llevan permanentemente a los hogares la suciedad de letras donde los malos instintos y las peores pasiones están de cuerpo entero; no podrían ya más hacer uso de los micrófonos los conferencistas improvisados que a cada rato sientan cátedra de ignorancia en perjuicio de radioescuchas cándidos; los llamados radioperiodistas no tendrán el cobijo del descontrol bajo el cual hoy cometen toda clase de atropellos, sin siquiera verse obligados a la rectificación formal como los escritores de la prensa; tampoco podrán expandirse esos atentados contra la estética y la ética que varios "animadores" presentan en diversas emisoras con el nombre de Programas Humorísticos: todo el mundo y todas las empresas sabrán que hay en la ciudad correspondiente un individuo con instrucciones para llamarles la atención o para imponerles las sanciones en caso necesario. Será entonces

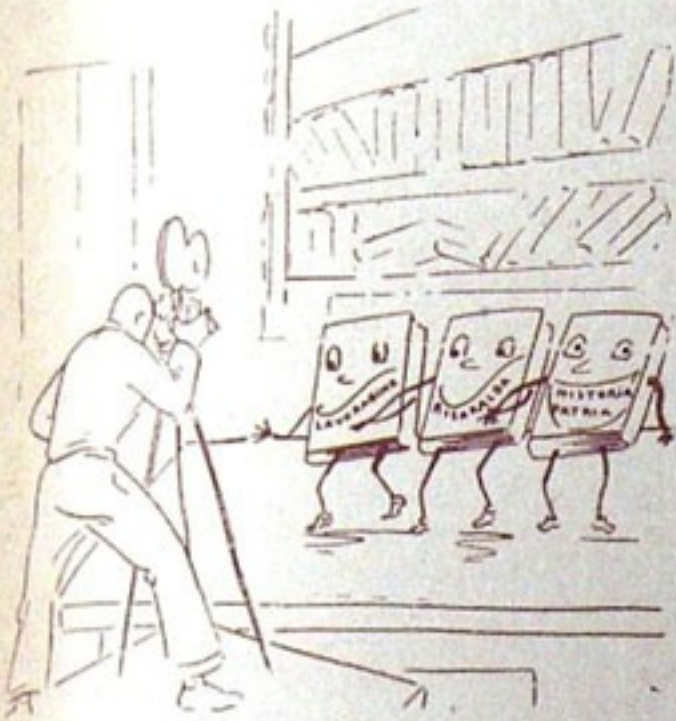


cuando cada quien mida sus palabras ante el micrófono, cuando cada gerente examine la idoneidad de los empleados a contratar, cuando cada Director Artístico tenga que pensar siquiera un segundo antes de ordenar los números de los programas.

Los trabajadores de la radio son ya miles en este país. Muchos de ellos presentan excepcionales condiciones para el desempeño de sus labores, pero la mayoría está formada por analfabetos integrales, trogloditas absolutos, irresponsables peligrosos, voces ultra-ingratas, comentaristas de infame incapacidad. Es tiempo de que se haga una limpieza general que sitúe en su punto a los elementos de valía y mande a los otros, a los advenedizos, a emplear sus fuerzas e iniciativas en otros campos. El escalafón de los locutores —motivo principal del reciente decreto— es el principio de esa limpieza: así lo hemos entendido todos, desde los gerentes a quienes esa arma viene a facilitar la expulsión de elementos indeseables que habían echado raíces en sus empresas, hasta los trabajadores que salen beneficiados con la medida y esperan su cumplimiento, y éstos que ya ven que será imposible seguir simulando y empiezan a mirar a su alrededor, en busca de la vacante burocrática o comercial que les suministre honestamente el pan que en la radio han estado cogiendo a manofuerte.

NOTA: hasta el momento de entrar en prensa este pliego, nada se ha sabido en concreto sobre la actividad de los señores examinadores. Y por los altavoces sigue saliendo cada cosa que cripa los nervios. (Junio 30).

COMISION CINEMATOGRAFICA!



como acabamos de verlo al por menor en la popular y casi simbólica página "El Trapiche" de Emilio Murillo, en el poema inmortal de Guillermo Valencia intitulado "Anarkos" y, finalmente, en un retazo de nuestra gloriosa gesta libertadora, "Antonia Santos", en películas ridículas, atroces, verdaderos índices de la irresponsabilidad de ciudadanos desligados por completo de cuanto signifique amor a esta tierra o solidaridad con los principios de soberanía espiritual que en ella deben imperar. La última de las cintas dichas —"Antonia Santos"— aun no se ha dado a conocer: pero puede descontarse su fracaso artístico y el insulto que implica contra la admirable mujer cuya vida —rubricada con muerte heroicamente bella a manos del tirano— no merece el insulto de ser "tratada" por el primer advenedizo que, con una mala cámara, se declare en émulo nacional de Mr. Orson Welles o Mr. Charles Chaplin en todas y cada una de las actividades que ellos tan admirablemente han desempeñado: producción, guión, dirección y primeros roles.

Que se conozcan hasta la fecha, tenemos 5 presuntas compañías filmadoras: **DUCRANE, TEQUENDAMA, PATRIA, COFILMA** y una antioqueña aun sin nombre. Es decir, si marchan bien las cosas veremos salir al mercado 5 películas nacionales cada tres meses por ahora, para luego ir acelerando el ritmo hasta cinco mensuales... quizás quincenales. Tanto los propietarios de los *studios* como los productores que los tomen en arrendamiento, se tirarán a saco sobre la bibliografía nacional. Naturalmente, a menos que el gobierno y los propietarios de derechos literarios tomen medidas en contrario. Medidas que ya debieran estar vigentes: por parte del gobierno prohibiendo el uso inconsulto de temas históricos, geográficos, sociales y folklóricos; por parte de los literatos o sus herederos exigiendo perfectas condiciones de técnica, actuación y dirección antes de ceder los derechos de filmación de obras notables.

No faltará quien piense que esto sería crear un perjudicial intervencionismo en materia de libre especulación. Pero aunque así pueda tomarse, sólo esta medida del organismo oficial y esta precaución de quienes tienen propiedades literarias pueden salvarnos de lo que sucedió en Chile, Perú y Venezuela, países donde el gobierno tuvo que decomisar películas y clausurar *studios* para atajar males que no supo prever. Si desde ahora crea el Ministerio de Educación la Comisión Cinematográfica

—con elementos capaces, no con fichas politiqueras o parientes de las notabilidades burocráticas— nuestra cinematografía nacerá débil pero en firme, y llegará a un pleno desarrollo en poco tiempo por haberse evitado las crisis de calidad que en el público pueden traducirse en desconfianza sistemática.

La historia patria es rica en episodios épicos, románticos, trágicos y pintorescos, capaces de surtir por mucho tiempo a los argumentistas. El acervo folklórico está intocado y alcanza para abastecer durante años la voracidad de los públicos. Novelas y cuentos tenemos en calidad y cantidad para prescindir de literatura importada en las primeras 500 películas; aparte de que los escritores nacionales se encargarán de que el venero no se agote, cuando se den cuenta de que en el cine tienen, al fin, el justo pago a su talento. Tenemos, pues, la manera de hacer cine genuinamente autóctono, siempre que los cinematografistas sepan unir a sus intereses económicos los muy sagrados y legítimos derechos que el nombre de la patria tiene sobre ellos. Colombia no puede salir a las pantallas de América en caricaturas firmadas por cuanto negociante inescrupuloso vea en la ramplonería fílmica un pingüe negocio. Nuestra patria tiene un cierto nombre intelectual que aun "no ha podido" perder pese a los esfuerzos que algunas emisoras vienen haciendo hace tiempos. El cine debe volver por ese prestigio: aumentarlo mediante los amplios medios de que dispone. Pero no lo hará espontáneamente: disposiciones oficiales deben suplir la falta de tal espontaneidad asegurando que los resultados —a buenas o a malas— sean brillantes.

El gobierno argentino aseguró la buena calidad de las películas nacionales; los del Perú, de Chile y de Venezuela atajaron a tiempo los errores de sus productores irresponsables; el de nuestro país debe echar las bases a una producción limpia en todo sentido, no sea que los pelliculeros —como en Méjico— tomen ventaja y aleguen derechos adquiridos para lanzar a los mercados película tras película de clase ínfima, en criminal labor de embrutecimiento popular contra su país y contra los que se hagan clientes de su celloide. Una revisión previa de argumento, música y diálogos, efectuada por la Comisión Cinematográfica del Ministerio de Educación, pondría a la incipiente industria a cubierto de los "bodrios" que muchos directores y productores querrían hacer amparados en la disculpa de que apenas empiezan.

El cine nacional es ya una realidad a corto plazo. Tal como todo el mundo lo pensaba, bastó que alguien tomara la iniciativa para que uno, dos, tres, cuatro más le siguieran en la fundación de empresas filmadoras más o menos en grande, más o menos en serio. Y a la fecha de hoy el país entero hierve en interés por la industria cinematográfica autóctona que se avecina, como la paz, "con todos sus horrores".

Y cuenta que no somos nosotros enemigos de que el séptimo arte tenga sus expresiones en esta patria. Por el contrario, siempre y desde muchos años hemos venido preconizando la urgencia de hacer cine criollo, no sólo para poder mostrar al exterior lo que somos, lo que valemos, lo que hacemos y cómo vivimos en Colombia, sino para restar equis cantidad de pesos a las ingentes sumas que diariamente salen de nuestro público para ir a engrosar las utilidades de productores foráneos.

Pero ello no obsta para que veamos con horror lo que ha de suceder en los primeros "revuelos" de nuestro cine. Algo de lo que ya tenemos convincentes muestras en "Allá en el Trapiche" y "Anarkos", películas señeras de la industria en su aspecto comercial pero también iniciadoras del desbarajuste artístico, del ridículo intelectual del país que bien podría —mediante intervención decidida del organismo cultural del gobierno— ponerse de una vez en un plano elevado de calidad fílmica.

Los productores —esos individuos generalmente sin idealismo, que proyectan y realizan películas con la mira puesta en la taquilla exclusivamente— surgirán de todos los rincones. Las más respetables obras de nuestra literatura, de nuestra música, aun de la vernácula, serán atropelladas sin consideraciones de patriotismo, tal

Berta Cardona en Caracas

¿Cómo imagina el público "distante" a las estrellas de la radio o del séptimo arte? Qué supone de ellas? ¿Cómo son fuera del estudio o fuera del "set"?

Cada radioescucha o cada espectador tiene un ideal a su antojo.

Nosotros que por una razón de cercanía no tenemos necesidad de dar trabajo a la imaginación, vamos a pintar a nuestros lectores la personalidad de Mariposa Valencia, la encantadora cantante colombiana que actúa con cada día mayor éxito por "Radio Continente":

En verdad es simpatiquísima. De una belleza natural. No necesita recurrir a artificios.

Siempre amable y atenta. Elegante. No defrauda con sombreros y peinados ridículos. Su carácter es dulce. Jamás grita.

Pero dejemos que hable Mariposa. Nuestra primera pregunta fue:

—Cuánto tiempo tiene cantando?

—12 años.

—Como va a ser! Entonces empezó casi en pañales!...

Una simpática sonrisa de la gentil visitante del país hermano interrumpe la charla apenas comenzada.

—No tanto. Debuté a los 9 años en la emisora "La Voz Catia" en Medellín, donde nací.

Poco después de empezar con el canto actué también como locutora, ayudando a mi madre la que tenía igual cargo en la mencionada difusora.

—Qué clase de repertorio cultivó Ud. entonces?

—De todo, pero con preferencia música popular. Mi especialidad: tango y canción española.

—Ya lo notamos y... sin exagerar, linda Mariposita, lo hace muy bien.

—Gracias. Es Ud. muy galante...

—Haciendo justicia, nada más. Cómo se le ocurrió cantar Mariposa?

—Porque me educé en un convento... y como allá me ponían a cantar en los coros, las hermanitas me dijeron que tenía muy bonita voz... y como las hermanas siempre dicen la verdad...

—Y este salto gigante de un convento a una radiodifusora?

—Porque yo no tenía vocación de monja...

—Menos mal, porque esta vocación nos hubiera privado de poder admirar a Mariposa Valencia... A propósito, cuando llegó Ud. la conocimos como Berta Cardona Valencia y ahora... este cambio de nombre... no es que venimos de la investigación... por si acaso... pero nos interesa...

—Indiscretos!...

—Es verdad... pero nuestros lectores lo quieren así!...

—Pues le diré: Rafael W. Camejo, el fecundo autor de la Radio Continente, a quien admiro ya hoy como gran compañero y excelente amigo me bautizó "Mariposa", me gustó la idea, mis demás compañeros la aceptaron con simpatía... y ahora ya me anuncian así... el público saluda "Adiós Mariposa"... y con este nombre me quedaré...

—Regresemos ahora a Medellín. Después de la "Voz Catia" actué en todas las estaciones que había, de las que hoy quedan seis. Luego trabajé en la emisora "Nueva Granada" de Bogotá, la primera de Colombia, el Teatro Co-

"Yo soñaba con conocer esta tierra", declara en Venezuela nuestra estilista. De la patria de Bolívar pasará a Panamá, Cuba, Puerto Rico y México.

(Una entrevista de BIG-BEN para "Mi Film" de Caracas).



Berta Cardona.

lombia y el famoso cabaret "Monte Blanco"...

—Siempre sola?

—Sí, sola.

—¿Acompañada de guitarras?

—No, de orquesta.

—Ha cantado melodías venezolanas?

—En Colombia canté "Josefina" de Lorenzo Herrera, a quien conocí personalmente. Y aquí en Caracas, en la "Radio Continente" pienso estrenar varios joropos criollos. Esta melodía me encanta, me trastorna... es tan alegre como yo... se parece a mí. Mire BIG BEN: No hay persona más alegre en el mundo que yo... si la alegría desapareciera del mundo... yo me moriría...

—Nos tildó de "indiscretos"! Mariposa. Vamos a comprobar que lo somos de verdad! Tiene novio?...

—No lo tengo. Es mi opinión que nosotros los artistas no podemos tenerlo. Nuestro único novio es el arte...

—Mariposa: Por primera vez Ud. sale de Colombia al exterior?

—Exacto... pero créame, para mí el exterior era Venezuela... yo soñaba con conocer esa tierra... y ahora veo que no me encuentro en el exterior... que estoy como en Colombia... qué dicha más grande para mí...!

—Se lo creemos Mariposa. Ojos como los suyos no pueden mentir!...

—Después de Caracas debo ir a Panamá, Cuba, Puerto Rico y México... y después, —si fuera posible,— volver a Caracas y quedarme a vivir aquí...

—Olvidándose de Colombia?...

—Esto no. Vivir aquí y hacer de vez en cuando una escapadita a mi patria... la quiero tanto...

—¿Nunca pensó en trabajar en el cine?

—Ya actué en una película en Colombia. Su título: "Apariencias que enga-

nan". Es una linda película musical y además de hacer un rol principal me toca cantar tres tangos... uno de estos bailados. El film vendrá seguramente a Venezuela.

—Ud. va a México. ¿No querrá ensayarse en la pantalla azteca?

—Cómo no. Tengo una oferta de la importante productora "Clasa Films" Cuando esté allá, veremos...

—¿Qué clase de "roles" le agrada interpretar?...

—Sentimentales, melodramáticos...

—¿Y como partner ideal?...

—Emilio Tuero... es para mí el actor perfecto. Y canta tan bonito.

—Emilio es colombiano. Cuánto le agradecería conocer su elección... (1).

—No me diga... es compatriota! Pensaba que Emilio Tuero nació en México. Me dio una gran noticia! Entonces mayor admiración hacia él.

—¿Y de Caracas qué es lo que más la atrae...?

—Ay señor, no me haga esas preguntas... de Caracas nada me gusta, ni Loreto Mata... ni Rafael Camejo...

—Afortunados ellos... porque en sus ojos, linda Mariposita, vimos que por primera vez no nos dijo la verdad!...

—¿Ud. cree, señor Scherlok Holmes?...

—Mariposa: Ya le queda poco tiempo para MI FILM. Pero unas cuantas preguntas más y ya estará libre, para alzar su vuelo hacia regiones que la esperan!...

—Diga, que hace Ud. cuando no hace nada?...

—Voy al cine y leo. Mi poeta predilecto es Pablo Neruda, mi compositor favorito Agustín Lara, porque este último me hace sentir lo que escribe, igual que Pablo Neruda... Y del cine le diré que admiro a Libertad Lamarque, Pedro López Lagar y —ya lo sabe— Emilio Tuero. De los del norte me atrae mucho Víctor Mature... (2).

—Y del público de Caracas, ¿qué nos dice?...

—Difícil me es expresar mi gratitud hacia el público venezolano. Tan atento, tan cortés, tan fino...; mis compañeros de "Radio Continente" de igual manera...; igual la prensa. Juzgue por Ud. mismo...

—¿Ya conoció Ud. MI FILM anteriormente?

—Cómo no. Leí su Revista a menudo en Colombia... Me gusta mucho, especialmente la última entrega con la portada de Pedro López Lagar.

—Mariposa: ¿qué es lo que más le ha gustado de este público, que en verdad la admira?

—Los versos. Diariamente me llegan muchos versos... y bien hechos. Parece que la gente adivinó que me encantaban. No hay nada más agradable que recibir éstos y cartas de gente que me escuchan. Pero ahora, Big-Ben, ya es tarde —nos dice cerrando el tema.

Y cuando se va, nos queda la impresión de que hemos, charlado un rato largo con una amiga gentil y sincera.

Con una amiga que se llama ahora Mariposa Valencia.

(1).—De dónde sacaría Big-Ben este dato? (N. de MICRO).

(2).—A que no es capaz Berta de decir por qué? (N. de MICRO).

RODEADA DE APLAUSOS

La infancia de Amelia.—Amelia no tiene inconveniente en confesarle a quien se lo quiera preguntar, “que tuvo una niñez feliz, sin la más leve sombra de contrariedad o dolor”. Ya de pequeña contrariedad o dolor”. Ya de pequeña grupo de las mieles del triunfo como acsupo de la Compañía de Teatro Infantil triz de la Compañía de Teatro Infantil Labardén, que mantiene el Municipio de la Ciudad de Buenos Aires, cuya finalidad es llevar la alegría a los niños mednesteros. Eran sus compañeritas de juegos y de actividad, Berta y Paulina Singerman. Amelia Bence recuerda que debutó en la obra “Juanita” bajo la dirección de la malograda poetisa Alfonsina Storni y junto a dos figuras populares de la Argentina: Ernesto Famá y Dringue Farías. Amelia amaba entrañablemente el teatro y su ambición máxima era consagrarse por entero a las actividades escénicas.

Su debut como profesional.—Con un pequeño “bocadillo” debutó, se puede decir, profesionalmente, en el Gran Teatro Opera con el afortunado espectáculo presentado por Enrique Santos Discépolo intitulado “Wunder Bar”. 1933 señalaba su iniciación “en serio” dentro del teatro argentino... ¡y 1933, marcaba el año inicial en la etapa definitiva de la industria cinematográfica argentina!... Su nombre, en lenta pero firme ascensión, se fue vinculando a “Ta bouche” en el teatro Odeón, más tarde en “Los malos tiempos” de Bourdet, “Superficie” de Martínez Cuitiño y “Un baile en el Savoy” con Florencio Parravicini. Su actuación escénica le fue dando cierta nombradía al punto de que su físico y cualidades interpretativas llamaron poderosamente la atención de un director en cuyo historial se registran los nombres de numerosas figuras por él consagradas. Nos hemos referido a Moglia Barth.

Su carrera cinematográfica.—Moglia Barth, desde el primer instante de su iniciación “como director serio” le brindó oportunidad de lucimiento a Amelia Bence, en “Dancing”, que le valió su inclusión en “La fuga”, más tarde “El forastero”, “Adiós Buenos Aires”, “Los ranchos de la Florida”, “Hermanos”. “El matrero”, “El haragán de la familia”, “Novios para las muchachas”, “La casa de los cuervos”, “En el viejo Buenos Aires”, “Cruza”, “Los ojos más lindos del mundo”, “El tercer beso”, “Son cartas de amor” y otras producciones actualmente en filmación. Todos estos títulos le han dado a Amelia Bence sobrada experiencia y por lo tanto jerarquía artística de significación, al punto que su

De nuestra redacción en
— BUENOS AIRES —



nombre constituye en la actualidad una garantía de éxito para todo espectáculo

Amelia

Bence

CUMPLE SU DESTINO DE ARTE

lo o programa radiotelefónico. Amelia Bence, es en la actualidad, lo que en términos cinematográficos se llama “un cartel taquillero”. Su popularidad es grande y sus presentaciones personales, en todos los casos, significan una inmediata corriente de público dispuesto a festejar sus cualidades interpretativas.

Amelia, la de la intimidad.—Amelucha, como dicen sus íntimos, no se ha envanecido. Es generosa, cordial y dada. Su éxito no le ha hecho perder simpatía, —cosa tan común—, ni espontaneidad. Con su coche recorre triunfalmente las calles de Buenos Aires, pues no puede substraerse al embrujo de la gran ciudad. También ella, como Luis César Amadori, Alicia Vignoli, Pedro López Lagar, Roberto Airaldi, Lucio Demares, Lucas Demare, Norma Castillo, Bruno Boval, y tantísimos otros, tiene su regia residencia en el villorrio cinematográfico, el pueblo de Martínez, pero invariablemente recorre tiendas y visita amigas en pleno centro de Buenos Aires. Amelia Bence es solterita..., no se le conocen amores ni amoríos... Su vida se desenvuelve mansamente..., dulcemente... Concurre a fiestas y reuniones de gente de arte y suele vérsela en compañía de su hermanita que actúa en teatro bajo otro nombre. En los últimos tiempos se ha murmurado que Amelia estaba a punto de contraer enlace secretamente con un fuerte industrial..., pero de eso, amigos lectores..., ¡ya hablaremos!

SIRVE USTED O NO SIRVE PARA EL CINE

HE AHI EL DILEMA QUE LE RESOLVERA EL FICHERO FOTOGENICO DE MICRO.

SOLICITE INMEDIATAMENTE UNA PRUEBA DE SUS POSIBILIDADES EN EL CINE!

Edificio LA BASTILLA No. 215
TELEFONO 169-83

1960

Abierta al mundo

"ARMISTICIO"

- Pasillo -

Luis Miguel de ZULATEGI

Allegro giubiloso

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef with a 6/8 time signature and a key signature of one sharp (F#). The lower staff is in bass clef with a 4/4 time signature. The music features a rhythmic melody in the upper staff and a supporting bass line in the lower staff.

The second system of musical notation continues the piece. It features a change in the upper staff's time signature to 3/4. The lower staff continues with a steady bass line. The music is marked with various dynamics and articulation marks.

The third system of musical notation shows a change in the upper staff's time signature to 6/8. The lower staff continues with a consistent bass line. The music is marked with various dynamics and articulation marks.

The fourth system of musical notation features a change in the upper staff's time signature to 3/4. The lower staff continues with a consistent bass line. The music is marked with various dynamics and articulation marks.

FA

The fifth system of musical notation concludes the piece. It features a change in the upper staff's time signature to 3/4. The lower staff continues with a consistent bass line. The music is marked with various dynamics and articulation marks.

D.C. hasta
☩ y sigue TRIO,

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and contains a melodic line with eighth-note patterns. The lower staff is in bass clef and contains a bass line with quarter and eighth notes. The key signature has one sharp (F#).

The second system of musical notation consists of two staves, continuing the melodic and bass lines from the first system.

The third system of musical notation consists of two staves, continuing the melodic and bass lines.

The fourth system of musical notation consists of two staves. A box labeled "I." is positioned above the right end of the system, indicating the first ending.

The fifth system of musical notation consists of two staves. A box labeled "II." is positioned above the left end of the system, indicating the second ending. The notation includes sixteenth-note patterns and rests.

The sixth system of musical notation consists of two staves, concluding the piece. The word "FIN" is written at the end of the system. A watermark for "UNIVERSIDAD del mundo" is visible in the background.

NOTA: La melodía del Trío es el "Himno a la Amistad" de Beethoven, sobre la "Oda a la Alegría" de Schiller.

GRAFOLOGIA Y GRAFOTERAPIA

Las personas sensatas saben la importancia de "conocerse a sí mismas para conocer a los demás", en todos los negocios de la vida. Pero los sistemas de conocimiento, si no son directos y objetivos, pueden prestarse a mixtificaciones. De lo cual deriva su inmensa aplicación la ciencia y arte de leer en los rasgos de la escritura el carácter, las cualidades y defectos de cada uno de los individuos de la especie humana.

La GRAFOLOGIA, catalogada hasta hace poco tiempo entre las actividades ocultistas, hoy ha venido a situarse en la vanguardia de los sistemas para llegar hasta los dominios de la subconsciencia, donde se almacenan mil imágenes que, con el andar del tiempo, han de convertirse en resortes, cuando no en madejas enredadas que entorpecen la urdimbre de los actos.

Ningún vínculo más estrecho puede darse que el que existe entre el individuo y los rasgos de su escritura, grabados con absoluta espontaneidad. En cualquiera otra manifestación puede intervenir una influencia extraña, como ambiente, contagio y sugestión, en forma decisiva.

Por otra parte, el rasgo escrito, mucho más que el gesto, el movimiento y la palabra, permanece inalterable a la vista del observador, todo el tiempo que éste necesita para establecer el nexo natural que existe entre la escritura y la personalidad de su autor.

Para el psicólogo un acto cualesquiera puede ser índice de la personalidad, aplicando el axioma de que por el fruto se conoce al árbol; pero tal acto revelará unas veces un aspecto de la conducta humana, otras veces el conjunto de la estructura.

Tal vez no hay acto más sintético que el del signo escrito, síntesis de la materia, la psiquis y el ambiente; del individuo y de la especie; pues el signo escrito de un idioma es culminación de todo un proceso histórico en donde han intervenido todas las grandes fuerzas que presiden la evolución del hombre.

Hay entre el mundo del espíritu y el de la materia una tan estrecha conexión, que es fácil interpretar las leyes de la síquis conforme al carácter que preside a las leyes físicas; existe, por ejemplo, una gravedad espiritual por la cual son atraídas hacia un núcleo los valores que andan en la periferia y en el ambiente; y puede también construirse en el plano del alma el paralelogramo de sus propias fuerzas.

En los renglones arriba escritos, aparecen diversos tipos de escritura que se diferencian por el tamaño, por la inclinación, por el vigor, por la extensión etc. Es fácil observar que deben corresponder a estados de ánimo distintos o a diversas personas que seguramente han de encontrarse en distintas situaciones. No graba el niño su rasgo lo mismo que el adulto, ni la mujer lo mismo que el varón. Hay un fenómeno en toda escri-

*Dime con quien andas.
Era muy fuerte el impulso*

*Con la más grande humildad
En medio de la selva*

*Conócete a ti mismo
muy dedicado es mi hogar*

El entusiasmo
14879603477 947806

Muy leu. mis

tura que podría llamarse la idiosincrasia de la línea. Es ésta, por tanto, con sus situaciones de intensidad, espacio, inclinación etc. la base de este estudio.

La recta, el camino más corto para llegar a un punto, es preferida por los que van derecho hacia su objetivo y la rapidez de sus movimientos responde a la de la fantasía y facultades de ejecución. Los de temperamento artístico que se detienen en la forma de las cosas y voluptuosamente aspiran a vivir el presente en el ritmo de las cosas, van por la curva, que envuelve, que suaviza, que deleita.

En el acervo idiomático hay rasgos que revelan un estado de alma colectivo, en cuanto el ancestro hace acto de presencia en el individuo. Hay movimientos del ánimo que no escapan a la observación del grafólogo experto, como cuando en el arco adivina el anhelo recóndito del triunfo epopéyico, y un significado preciso tienen la flecha, el gancho y el rasgo envolvente. Los que ponen una recta debajo de su firma, como si fuese pedestal, no viven en permanente afán de destacarse, a más no poder, subrayando su mediocridad?

La interpretación del carácter por los rasgos de la escritura exige una técnica: el papel blanco y sin líneas, la tinta de buena calidad, la ausencia total de espíritu de imitación, son condiciones esenciales. La firma, fecha y dirección tienen una importancia excepcional, por-

que en estos detalles se pone un cuidado especial que no se pone en el resto del escrito. Porque no debe olvidarse que lo primero que incumbe al grafólogo es averiguar el grado de naturalidad empleado en el autógrafo puesto a su estudio.

A lo largo de esta teoría grafológica, se viene hablando de cualidades y defectos, nomenclatura que se relaciona con la clásica contraposición del bien y el mal. Pero como este último no es otra cosa que la carencia del bien que esperamos debiera existir, como escala de valores, se destaca y predomina una que se conforma con el carácter de la materia de que venimos tratando, que se llamará del "más y el menos". Se hablará, por tanto de más o menos sensibilidad, más o menos capacidad intelectual, capacidad artística, originalidad, etc. Así podremos definir qué tanta sensibilidad existe en el individuo, pero nunca podremos afirmar dónde concluye el bien y comienza el mal, porque es un concepto relativo. Para un sér que exige la sensibilidad como elemento esencial, sería tan malo que careciese de ella como que la poseyera en grado exagerado; pero quién podrá decir dónde comienza la exageración?

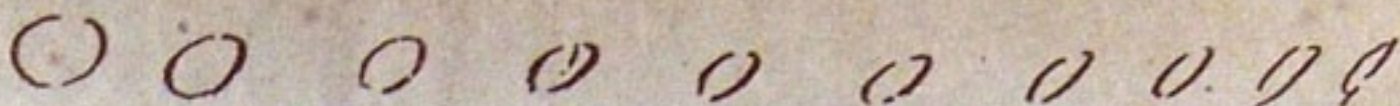
SENSIBILIDAD GENERAL

Constituiría petulancia embarcarnos en una definición trascendental de esta calidad del sér, dentro de una teoría como la presente, por lo cual nos limitare-

mos a observar lo pertinente a nuestro estudio, de una manera experimental y sin pretensiones filosóficas.

Un sér es más o menos sensible cuando reacciona más o menos a los estímulos que lo invitan a funcionar en los distintos sentidos en que eso es posible.

El ojo es sensible a la luz en distintos grados para los seres que poseen este gran sentido, el oído al sonido y sucesivamente cada sentido responde al estímulo del correspondiente objetivo. Hay personas extraordinariamente sensibles a los estímulos intelectuales y al propio tiempo sordas a los estímulos morales y sociales.



El sentido común, no más, nos dice claramente que este proceso de la O corresponde a un proceso de depresión que va desde el máximun hasta el mínimun.

El grado de sensibilidad

No te preocupes por esa fetería

Los dos renglones de arriba, que por otra parte, pueden ser del mismo autor, indica el primero preocupaciones caligráficas y el segundo un ánimo ajeno a preocupaciones de esa índole.

Hay un proceso del interior a lo exterior en la manifestación de los caracteres que posee una persona y otro contrario que va de lo interior a lo exterior.

Alguien ha venido a descubrir por los rasgos de su escritura que su sensibilidad es exagerada; resuelve corregir esta anomalía por cuantos medios tiene a su alcance; de donde se origina una campaña verdadera y sistemática para llevar al sér la cualidad contraria al defecto que ha sido descubierto. Por ley de reacción, porque a la tesis se opone la antítesis, el nuevo procedimiento va encabezado por una serie de entrenamientos con el objeto de corregir la exagerada inclinación. He ahí el origen y razón de la GRAFOTERAPIA.

Es tiempo de que esta disciplina deje su carácter de mero entretenimiento y se convierta en ciencia auxiliar en la gran tarea de conocer el carácter propio

y el de los demás, no para quedarse con los brazos cruzados ante la fatalidad, sino para acudir con un remedio allí donde aparezcan fallas de la personalidad.

Tanto en Grafología como en Grafoterapia tiene una capital importancia la ley de asociación. Porque los caracteres no van aislados sino asociados, no puede tenerse en cuenta el significado de un rasgo sin atender al significado de los otros. Y no puede pensarse en un diagnóstico acertado sino cuando del análisis comparativo de los distintos rasgos aparezca el conjunto nítido y que constituya un retrato auténtico de la personalidad.

El conocimiento del carácter por medio de un acertado diagnóstico grafológico, apenas respondería a un movimiento de curiosidad si no se buscara la corrección de los defectos y el perfeccionamiento de las cualidades. Y es necesario tener presente una escala de valores y un tipo de normalidad para establecer punto de comparación y averiguar lo que falta y lo que sobra en cada individuo.

Carlos J. RODRIGUEZ

Una fecunda experiencia derivada de una juiciosa observación ha conducido a los expertos en la materia a concluir que la sensibilidad está en relación directa de la inclinación en los rasgos de la escritura; fenómeno que seguramente arrancará de una ley biofísica no muy clara hasta el presente. Sensibilidad social se dice que tiene una persona cuando está dispuesta a inclinarse hasta el plano en donde sufren las personas desgraciadas.

ttttt

aaaaa

ddddd

Si el lector está interesado en un diagnóstico grafológico, puede obtenerlo gratuitamente: basta que solicite una suscripción y añada un autógrafo en papel sin líneas, continta, expresando un pensamiento, de su peculio si es posible, con la fima y la fecha, a la Revista "MICRO": en próxima entrega aparecerá un estudio serio y detallado de los caracteres que integran su personalidad.

USTED PUEDE TRABAJAR EN CINE!

PERO NO ANTES DE DESARROLLAR SU TALENTO

LA EDITORA NUEVAMERICA ESTA OFRECIENDO CURSOS POR CORRESPONDENCIA PARA: ACTOR CINEMATOGRAFICO Y: ESCRITOR DE GUIONES

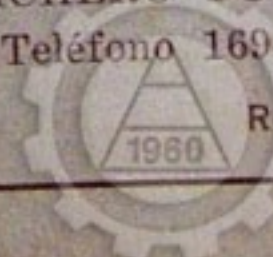
TAMBIEN HA ABIERTO SU ARCHIVO FOTOGENICO PARA ESTABLECER CONEXION ENTRE LOS FUTUROS ARTISTAS Y LA NACIENTE INDUSTRIA.

SOLICITE INFORMES COMPLETOS SOBRE ESTOS INTERESANTES CURSOS EN 20 LECCIONES Y SOBRE LO QUE ES EL FICHERO FOTOGENICO.

Edificio La Bastilla N° 215 — Teléfono 169-83.

CARLOS RAMIREZ

ROSALIND RUSSELL



UN HEROE DE LOS



ta aseguró la mujercita, o sea una vihuela de cedro, a la cual bautizó con aquel nombre, porque ha sido su compañera obligada en viajes y correrías; se echó el lio a la espalda, salió murmurando entre dientes "con yo no se tira sino una jugada", y a aquella hora (empezaba a anochecer) tomó la carretera del Norte. Cinco días después ya estaba en Remedios taladrando rocas y lavando jaguas.

Sucedió que entre las humoradas que en aquellos tiempos se le ocurrían al mulato, le dió la de echar una cana al aire, aunque todavía está negra su encrespada melena de león, y casarse conforme a los ritos de nuestra santa Madre la Iglesia. Sin fórmulas ni rodeos, con voz segura y sonrisa picaresca, le pidió la mano, y con la mano el resto, a una cuarentona esbelta que vivía arriba del Charco de las Perlas, muchacha linda, fresca y seriota, de ojos negros y perturbadores que le dejaron a Manuel "el alma y la conciencia en un tris", como éste dice, de garbo admirable, que todavía pone cristianos a tascar frenos, y de unas carnes "como encargadas pa un mondongo de pascua florida", como suele decir también con extraordinario júbilo, el travieso enamorado mulato.

Sucedió asimismo que el buen Dios de los jornaleros se apresuró a enviarle a éste en el término de la distancia acostumbrada en tales casos, y un día más, el primogénito, un muchacho rollizo, que pesaba casi tanto como la madre, según la opinión de Manuel, y al cual éste designaba cariñosamente con el nombre de "delito del cuerpo de Agustina" (por decir "cuerpo del delito"), cada vez que le daba bromas a su mujer.

Escaso de recursos para hacer frente a esta nueva situación, Manuel que en esos días había concluido un trabajo y que no encontraba ocupación permanente, sino tareas de pocas horas y de producto relativamente insignificante, salió de su casa, pero no para Remedios como antes solía hacerlo, porque ahora la mujercita no era una vihuela de poco peso sino Agustina, la esbelta y fornida Agustina con el ítem de su famoso retoño.

Serio, preocupado, aturdido, sin saber a quién ni a dónde dirigirse ni qué partido tomar, el mulato se halló en media calle cuando menos lo pensó. Era la primera vez que se veía en el estado deplorable del hombre honrado y sin dinero, que necesita éste y se halla en el imperioso deber de conseguirlo pronto y por cualquier medio.

Dicen que las leyes humanas permiten robar cuando la mujer y los hijos tienen hambre y no hay otro recurso para librarlos

de tan terrible situación. Las leyes de Sur-América deben de haber sido dictadas bajo el imperio de las entrañas, más bien que bajo el del cerebro, porque parece que quedaron cargaditas de humanidad; tanto que sus estrechas mallas, aunque tienen la propiedad de resistir a los esfuerzos de los peces pequeños, para los cuales no hay escapatoria posible, se ensanchan y dan paso libre a los que no mascan sino que tragan entero. Por eso vemos Presidentes ladrones que parten para Europa a disfrutar de sus millonajos, Ministros ladrones y hasta rateros que anohecen y no amanecen... en el Panóptico, Magistrados que sacan la tripa de mal año, después de sacar las uñas, y que no por esto han ocupado como lo tenía dispuesto Combises. Para todos hay disimulo, tolerancia, indulgencia con tal que el robo tenga las condiciones de elegancia exigidas por el arte moderno, especialmente la de que el ladrón ocupe elevada posición política y la de que no robe por unidades ni decenas sino por centenas de millares.

Manuel, en atención al apuro en que estaba, pudo haberse acogido a las leyes humanas, ya que no a las de Sur-América. Pero no, señor: ni remotamente se le ocurrió el aristocrático recursillo tan apreciado en "estas" Repúblicas y por eso el mulato empezaba a verlo todo negro y a ahogarse en un vaso de agua.

Robar? Ya dije que por su mente no pasó la idea de este socorrido medio para hacerse propietario acaudalado en el transcurso de un bienio económico y aún menos.

Pedir? Esto sí se le ocurrió, pero para la mente del obrero fue una idea monstruosa y cruel.

Pedir! Pedir, un hombre de pelo en pecho y limpia conciencia, que está sano y tiene dos brazos útiles y vigorosos. ¡Pedir, un hombre con valor de sobra para sacrificarlo todo al trabajo, y cuyo corazón ha aprendido a latir fuertemente en los más profundos socavones de nuestras minas, donde el aire viciado y escaso de oxígeno acelera la respiración y hace adivinar todas las angustias de la asfixia. Pedir, un hombre que nunca ha pedido!

Como un mal pensamiento, semejante al de robar, desechó la idea de pedir, y no pidió.

Qué hacer entonces? Dejemos que hable Manuel.

—Me maluqué tanto —decía, refiriendo sus percances— que en ainiticas que me pongo a llorar como un muchacho destetao con ganas de volverse a resabiarse. Y al acordarme de que aquella Agustina iba a estar fallando de leche por falta de mantención a horas, y que se me iba a desadobar ese hombre

Ahí está el enorme pedrejón que no me dejará mentir: un respetable bloque errático que debe pesar muchos centenares de toneladas.

Y sobre todo ahí está el mulato Manuel, que si quedó vivo fue por milagro y como para que pudiera contar el cuento.

Manuel es un obrero de estos maizales, mozo de genio vivo, con su poquito de socarronería, de figura arrogante y gruesa musculatura, sin pereza para el trabajo y con bríos suficientes para acometer las empresas más duras de su oficio, y una serenidad increíble para afrontar toda clase de peligros. Manuel ha sido hombre de humoradas. Por ejemplo: apenas se les notificó a él y a otros obreros, una tarde, al tiempo de salir del trabajo, que no habría tarea en el resto de la semana, el mozo fué a su casa, descolgó de una estaca del tabique un par de sandalias de cuero crudo y se las calzó y un machete con que puso en fuga en Candebá a tres pendencieros que lo atacaron, el cual se colocó al cinto; llenó de algodón quemado su gran yesquero de táparo, y de cigarros del país su guarniel de piel de perro de monte; puso una muda de ropa y su frazada bogotana en una mochila, encima de és-

P O R C A M I L O B O

1960

Abierta al mundo

DE DURA CERVIZ

tan hermoso y tan puro a su mamá, se me arriscaron todos los nervos y se me amarguó hasta la saliva de la boca. En eso llegué al Puente de La-Toma, y apenas vide la segunda piedra grande, sé me asentó de golpe toda la maluquera y volví a ser dueño de yo.

Cortémosle aquí la palabra a Manuel mientras suministro algunos datos importantes para que el lector comprenda más claramente el resto de esta historia.

El riachuelo Santa Elena ha profundizado su cauce antes de llegar a la ciudad, y cerca del Puente de La-Toma ha dejado descubiertos los pedrejones más grandes que hay en el plan del valle. Uno de éstos quedó como montado al aire, porque además de tener descubiertas tres de sus caras, una violenta avenida del riachuelo le quitó casi la mitad del apoyo de aluvión que lo sostenía. Manuel había tenido ocasión de observar la parte inferior de la cavidad, y por no sé qué indicios seguros para nuestros mineros prácticos, comprendió que allí debía de haber ricas arenas en oro. Pero, ricas o no nadie podía tocar esas arenas, porque el temerario que se atreviera a removerlas, estaba expuesto a perecer bajo la piedra, como el histórico ratón que con sólo oler el tocino de la trampa rompió el equilibrio del ladrillo y pereció aplastado.

Sigue Manuel con la palabra.

—Alabé por dentro al Señor, bajé el battranco en dos trancazos y me le planté delante al demonte de la piedra. Pavorcito me dió, pero siempre me agazapé y encomendándome a toda la carrera a la Virgen del Carmen, me fui metiendo como un lagartijo hasta llegar al frente. A los rasguños, y encumbrando a las ánimas benditas, sin zafar la de mi mamá, pa que me sacaran con bien, saqué arena con qué llenar el sombrero y después volví a salir de para atrás sin atreverme a tocar la piedra ni con el pelo de la cabeza, porque me parecía que ya la maldita iba a corcoviar sobre yo. Me fui a lavar la arena en casa; dió pinta de ceja gruesa, jagüita pura sin pizca de mica; corté el oro, lo ventíe y vide que casi había medio tomin. Ni pal alegrón que me di! Fué como si le hubieran llevao una vaca recién parida al hombre de yo y Agustina.

—Con eso le compró leche? Preguntó una persona a quien Manuel refería su hazaña.

—Escupa esa pendejada, mi amigo, contestó el mulato. Qué iba yo a hacer con esos granitos de oro. La cuestión era tener comida pa una semana entre caía trabajo. Entonces hice una resolución pa entre yo,

y cogiendo el recatón y una batea catiadora salí gritándole a Agustina: pegate, ole, de los santos, que topé qué hacer y ya la suerte como que va a dar tiro. De paso por la casa de mi compadre Ciselo, llamé a Tomás, un niguaterito muy avispa, y me lo llevé. Me desnudé de la cintura p'arriba y le dije: ve, Tomás, yo me voy a meter debajo de la piedra a sacar arena y cascajo; vos te fijás con mucha delicadeza aquí, y no bien viás a la piedra como con ganas de irse de hocicos, me pegás el grito. Con dos piedras de las más grandes que pude arrimar le metí dos puntales y después me metí yo.

—Hombre! exclamó el interlocutor de Manuel, cómo se atrevió a hacer esa barbaridad?

—Y la comida de aquélla? y la leche mermándosele? y el muchacho desmendándose por la falla de la leche? dijo el mulato en tono de réplica.

—Por qué no se robaba aunque fuera un correo de encomiendas, más bien que tentar a Dios?

—Y robando no lo tentaba? Y la cárcel pues? Y el presidio? Y Agustina y mi muchacho sin yo y muriéndose de hambre?

—Pero Ud. no sabe que si la piedra lo hubiera muerto, eso habría sido casi un suicidio?

—Yo me hice el cargo de que mi Dios pa castigarme las culpas no necesita de armar trampas. Asina fué que me metí debajo de la piedra y empecé a cavar una cinta de arena aplomada de más de una cuarta de ancha, que parecía jagua acabadita de sacar del cernidor. Saqué un viajao en la batea, lo puse en la orilla de la quebrada y me dejé ir por otro viajao. Lo saqué también y le pregunté a Tomás si veía alguna rajadura. Me dijo que no, y le metí otro envite a la cinta aplomada, que seguía de a cuarta. De golpe se me tropezó el recatón con una piedra y me puse a rezar, pero de contento, porque me dije pa entre yo: éste es un puntal más seguro que los mios, porque está bien enterrao, que mi Señor Jesucristo me mete pa que la piedra no me junda la cabeza en el buche y me eche al galope y en pelo pa l'otra vida. Y seguí sacando arena con mañita hasta que el puntal de piedra quedó destapao por todas partes. Me dieron ganas y tentaciones de comeme-lo a picos, porque vide que ese puntal era mi ángel de la guardia en persona. Ya había sacao cosa de diez y ocho viajes de arena, y estaba acomodando otro, cuando de golpe oí gritar a Tomás. No sé cómo lo hice, pero de un solo reculón me tiré ajuera como si las ánimas benditas me hubieran jalao

de las patas. Hijeldemonio si se me puso feo el negocio, amigo! María Santísima! Yo que salgo y la condenada piedra que cierra la boca juntando el borde contra la playa como si me fuera a mascar de un boca. Pero permitió la Virgen que sólo se ñongara la maldita y se quedara echada de pa delante como haciéndole una cortesía al mundo; que si no ha sido por eso, quedo hecho un pliego de papel, enterrao de por vida y comiendo cascajo hasta el día del juicio. Lo que es el cabo del recatón sí lo perdí porque lo pañó el bordo de la piedra y quedó hecho guarapo. Caramba, ese día nací yo por segundo tiro! Pero no fue de cabezas, porque más tardé en dale gracias a Dios que en poneme a lavar la arena que había sacao. Amigo, como con pata de mula le saqué mis cinco castellanos, que me sirvieron pa que el muchacho tuviera ubre segura entre yo conseguía trabajo. Y Agustina, pues! Cogió fuerzas y más carnes, y se puso más católica de cuerpo que de anterior. Ya va en tres muchachos, y cuando no está en la cárcel es porque l'andan buscando. Siempre lucida y enterota, amigo, y si busté no la ve criando es porque tá pajariando. Hijue la mujercita pa saber criar hijos!

(Sirvase pasar a la pág. 65)



T E R O G U E R R A

Cómo transcribe Ud. el Bambuco?

Tomando como ejemplo LAS 4 PREGUNTAS de P. Morales Pino

1.—La primera parte, después de la introducción, consta de 18 compases. ¿Qué opina Ud. sobre esto?

2.—Introducción, primera parte, segunda parte y varios versos empiezan en el segundo tiempo del compás. ¿Cómo encuentra Ud. esto?

3.—¿Qué opina Ud. de los silencios de corchea que hay después de "Niegas — asom — quisiste — tris — tu — nom — Dices — cosas mí — y que — engañan — más ¿por — sonrei — sonreías cuando — do él"?

4.—El cierre de la pieza, a la segunda mitad del tercer tiempo del compás, ¿es correcto? ¿Qué opina Ud. sobre el cierre del bambuco: en qué parte o tiempo del compás debe acabar?

5.—Tiene este bambuco compases o pasajes que, en su concepto, son de seis por ocho? ¿Qué opina Ud. sobre la aplicación del seis por ocho al bambuco?

6.—¿Qué opina Ud. sobre los acentos del texto: deberían coincidir con las partes fuertes del ritmo musical, o no? ¿Hay que buscar esta coincidencia:

8.—El compás que sigue a "que son cosas más" — "me estoy engañando" — "te estaba mirando" y el compás final ¿se pueden considerar homogéneos del patrón rítmico de la pieza, es decir, como variante admisible?

9.—¿Cuál es el metro del bambuco? ¿el octosílabo? ¿Qué dice Ud. de la repetición del "sonreías"?

Este cuestionario no es un rompecabezas o problema con solución ya sacada, con la que los opinantes tengan que dar. No se preestablece que las citadas modalidades de este bambuco estén bien o estén mal. Se trata de invitar a los músicos a que opinen sobre estos puntos; a ver si se obtiene luz acerca de la estructura técnica del bambuco.

La redacción de MICRO agradece altamente la colaboración que el maestro Jesús Bermúdez Silva ha querido enviar para nuestra encuesta sobre transcripción del bambuco. Tal como en ediciones anteriores lo manifestamos, cada entrega de esta revista destinará un espacio a la "discusión" de materia tan importante, discusión en la cual tienen la palabra todos los compositores y musicólogos que crean poder arrojar alguna luz sobre la anarquía imperante en la escritura técnica del más bello de nuestros aires autóctonos.

6/8

Niegas con él lo que hiciste y mis sospechas te asombran

o antes hay que evitarla?

7.—¿El patrón rítmico del bajo es correcto? ¿Es ésta su fórmula rítmica:

3/4

etc.?



Cómo transcribe Ud. el Bambuco?

Tomando como ejemplo LAS 4 PREGUNTAS de P. Morales Pino

1.—La primera parte, después de la introducción, consta de 18 compases. ¿Qué opina Ud. sobre esto?

2.—Introducción, primera parte, segunda parte y varios versos empiezan en el segundo tiempo del compás. ¿Cómo encuentra Ud. esto?

3.—¿Qué opina Ud. de los silencios de corchea que hay después de "Niegas — asom — quisiste — tris — tu — nom — Dices — cosas mí — y que — engañan — más ¿por — sonrei — sonreías cuan — do él"?

4.—El cierre de la pieza, a la segunda mitad del tercer tiempo del compás, ¿es correcto? ¿Qué opina Ud. sobre el cierre del bambuco: en qué parte o tiempo del compás debe acabar?

5.—¿Tiene este bambuco compases o pasajes que, en su concepto, son de seis por ocho? ¿Qué opina Ud. sobre la aplicación del seis por ocho al bambuco?

6.—¿Qué opina Ud. sobre los acentos del texto: deberían coincidir con las partes fuertes del ritmo musical, o no? ¿Hay que buscar esta coincidencia?

8.—El compás que sigue a "que son cosas mías" — "me estoy engañando" — "estaba mirando" y el compás final ¿se pueden considerar homogéneos del patrón rítmico de la pieza, es decir, como variación admisible?

9.—¿Cuál es el metro del bambuco? ¿octosílabo? ¿Qué dice Ud. de la repetición del "sonreías"?

Este cuestionario no es un rompecabezas o problema con solución ya sacada, con lo que los opinantes tengan que dar. No se preestablece que las citadas modalidades de este bambuco estén bien o estén mal. Se trata de invitar a los músicos a que opinen sobre estos puntos; a ver si se obtiene luz acerca de la estructura técnica del bambuco.

La redacción de MICRO agradece altamente la colaboración que el maestro Jesús Bermúdez Silva ha querido enviar para nuestra encuesta sobre transcripción del bambuco. Tal como en ediciones anteriores lo manifestamos, cada entrega de esta revista destinará un espacio a la "discusión" de materia tan importante, discusión en la cual tienen la palabra todos los compositores y musicólogos que crean poder arrojar alguna luz sobre la anarquía imperante en la escritura técnica del más bello de nuestros aires autóctonos.

$\frac{6}{8}$ NIégas con él lo que hi-ciste y mis sos-péchas te a-sómbra

o antes hay que evitarla?

7.—¿El patrón rítmico del bajo es correcto? ¿Es ésta su fórmula rítmica:

$\frac{3}{4}$ etc.?



JESUS BERMUDEZ SILVA Contesta:

Sr. Director de la Revista "Micro":

A su interesante encuesta sobre el bambuco, y sin pretender establecer cánones sobre composición musical, matemática sobre honda y delicada, quiero contribuir como colombiano en la resolución de algunos puntos, especialmente en lo que se refiere a la acentuación de las palabras y a su glosa musical. Si acierto o contribuyo, aunque sea en una mínima parte, en esta resolución del problema sobre escritura del bambuco, me sería bien grato ayudar a mis compatriotas con este pequeño trabajo que en hoja pautada acompaño.

En la mayoría de las composiciones musicales basadas sobre palabras de la poesía o simplemente versos o prosa, la música no corresponde a la acentuación de las palabras y esto constituye un grave defecto de construcción, cuyo resultado se comprueba en que los ejecutantes o intérpretes de las obras se ven en grandes dificultades para interpretarlas, y con mucha mayor razón los cantantes, que no pueden emplear una pronunciación clara de las palabras por razón de la divergencia o desacuerdo entre la acentuación de la sílaba literaria y la acentuación de la correspondiente sílaba melódica.

Siendo la música, como el lenguaje hablado, un idioma que se expresa por medio de notas, estos signos están sometidos a la palabra con todas sus características y consecuencias. Así, en las palabras con que empieza el bambuco de "Las 4 preguntas" del notable e inspirado compositor Morales Pino, notamos a primera vista la importancia dramática de la acentuación en la primera palabra del verso "niégas" que debe ser subrayada por la música con su acento rítmico fuerte y bien definido.

Sería estudio muy largo pretender un análisis literario musical sobre todo el texto de la poesía de "Las 4 preguntas" y por hoy quiero limitarme al trabajo pautado para que observadores imparciales y estudiosos tengan sobre qué basarse para llegar a una fórmula que facilite la escritura melódica de los bambucos, ya que el ritmo del acompañamiento siempre es igual y en compás de 6 por 8. Casi no encontraríamos diferencia con el ritmo actual con que hoy se escribe.

A sus preguntas contesto así:

- 1ª.—Puede ser el número de compases 12 o 16 o 20, casi siempre número par.
- 2ª.—En el presente caso hay que usar el tiempo fuerte del compás.
- 3ª.—Esos silencios representan una respiración y nada más. Pueden escribirse o no, porque el cantante, aunque no estén escritos, siempre los hará para dividir la palabra *nie-gas*.
- 4ª.—Depende de la forma cadencial, es decir, de la forma conclusiva del verso, ya sea interrogante, suspensiva o final.

OBSERVACIONES:

A la respuesta N° 1 del Maestro Bermúdez Silva, hacemos nosotros la aclaración de que no solamente debe ser par el número de compases, sino que deben ser periodos uniformes de 4 compases, formando cuerpos compuestos de varios periodos de 4 compases, por regla general cuerpos de 16 compases.

En cuanto a la escritura de un dosillo en compás de seis por ocho, hay que tener presente que no es lo mismo un dosillo en seis por ocho que la segunda parte de un compás de cinco por ocho. En el primer caso las dos corcheas valen exactamente por tres corcheas, y en el segundo por dos. En el primer caso, si se lleva el compás, la mano se detiene el mismo tiempo en el dosillo que en las tres corcheas, mientras que en el cinco por

Nie-gas con el lo que hi-cis-te y mis sos-pe-chas te a-sombran . . . pe-ro si no lo qui-sis-te por que te po-nes tan tris-te cuando en tu ca-sa lo nombran

Di-ces que son co-sas mi-as . . . y que me es-toy en-gañan-do . . . mas por que le son-re-ías son-re-ías cuando el leg-la-ba mi-ran-do . . .

Ritmo acompañante

5ª.—Creo que el ritmo del bambuco se puede acomodar en general al compás de 6 por 8 combinado con grupos irregulares; de esta manera se facilita grandemente la lectura y ejecución de las obras.

El capítulo sobre grupos irregulares es de una extensión enorme y para la música sincopada y caprichosamente melódica, como el bambuco, es conveniente su aplicación a la escritura.

6ª.—No se puede establecer una línea uniforme sobre este punto, porque es a la experiencia y conocimiento del compositor a quien corresponde interpretar todas y cada una de las acentuaciones musicales para que vayan conjuntamente de acuerdo con los diferentes acentos del idioma hablado.

7ª.—El ritmo del acompañamiento es en la música medida o de danza casi siempre uniforme. Lo que caracteriza ciertos aires de ritmo sincopado son los acentos de la melodía.

8ª.—Esta interrupción se debe a que el compositor introdujo una especie de contestación melódica y de carácter instrumental, a modo de puntos suspensivos, después de las palabras "mías" y "engañando" y además para mantener la métrica del número exacto de los compases que son 16.

9ª.—El compositor es libre de interpretar las palabras de la poesía para dar mayor campo de acción al conjunto melódico; y la palabra "sonreías" sí tiene importancia dramática en ese momento para significar la falsía que el protagonista pretende demostrar a la mujer que servía de tema a esa composición.

NOTA FINAL.—En el esquema melódico presentado me he ceñido con exactitud a la melodía del autor. Solamente he cambiado la acentuación y valores de acuerdo con la medida silábica de las palabras acopladas al ritmo del bambuco, ritmo tan variado y caprichoso según sea la ocurrencia melódica de cada compositor.

Jesús BERMUDEZ SILVA

ocho la segunda parte, en que van las dos corcheas, es más breve que la primera, y en ella la mano se detiene menos que en la primera parte. Obsérvense estas dos escrituras:

A Nie-gas — con el lo que hi-

B Nie-gas — con el lo que hi-

Si el bambuco lleva dentro de sí compases de zortziko, es decir de cinco u ocho, como en nuestro concepto los lleva, nunca se podrán expresar con la forma

B de los dos modos que nuestros lectores ven, porque no son equivalentes.

Es posible que ya nuestros lectores músicos que no habían reparado en el problema creado por las malas escrituras del bambuco, se estén dando cuenta de que este rico aire terrigeno no es fácil escribirlo exactamente, pero que sí es posible escribirlo matemáticamente (eso era de sentido común), y de que, siendo esto posible, hay que escribirlo bien.

Ahora, haga la cuenta el que quiera, de cuántos bambucos podrá haber escritos: ¿mil, dos mil, cinco mil? Y no hemos visto el primero bien escrito. Así es como no hay más remedio que aguantarse las interpretaciones de bambucos que nos hacen en las estaciones de radio de Estados Unidos, que son absurdas.



CAMPESINOS BOYACENSES

Esquema y Siluetas del

I — Esquema.

Sugestiva y honda, la psicología del pueblo boyacense ha suscitado siempre múltiples interrogantes. El pródigo filón espera aún la mano experta del sociólogo que vierta a la luz las directrices de su evolución racial, subraye las virtudes que lo exornan y proponga las fórmulas para canalizar los vicios producto del propio temperamento de la raza.

Pueblo formado por el sedimento del

viejo imperio chibcha, se resiente en mucho de la melancólica pasividad de las razas vejadas, primero por el conquistador peninsular y luego por el cacique criollo, ladino, suspicaz y tramoyero.

Emotivo, bajo el peso del ancestro milenar, este conglomerado humano vuelca su emoción por los dominios del arte. Su latente y fina inclinación en este campo se manifiesta en la música con aires tan típicos como el célebre "Guatecano" y con su variada gama de torbellinos y bambu-

cos; en las artes plásticas con exponentes tan logrados como Rómulo Rozo y José Domingo Rodríguez para no citar más, y en el campo de las letras con la espontánea inspiración de Julio Flórez, con la vocación filosófica y la vena poética de Carlos Arturo Torres, o con la lira de José Joaquín Ortiz.

Pero el pueblo boyacense tiene sus características fundamentales. Es un pueblo introvertido. Mira siempre hacia adentro. Se agazapa en su propio yo, de donde re-

sulta que es observador, suspicaz y desconfiado. Estas tres notas dominantes de su carácter, son el índice más seguro para adentrarse en la psicología de nuestra raza. De la conjunción de estos atributos esenciales se desprende además la vocación política del boyacense, porque de allí surge el conocimiento de los hombres y de las circunstancias, el empleo de los medios más hábiles, de las sugerencias más finas y mañosas, y la eliminación de espejismos optimistas que pudieran desviar los medios empleados de la consecución del fin propuesto.

Para comprender mejor esta faceta, y con riesgo de incidir en la fobia centenarista, podría traerse a cuento una anécdota ilustrativa: Se dice que en alguna ocasión —hace ya mucho tiempo— un político, quejoso del poco lustre de la diputación de Boyacá en el Congreso, preguntaba en Bogotá, admirado, a don Carlos Calderón, cuál era la razón por qué en su departamento no se hacía una selección por lo alto, por qué se enviaban al Congreso representantes de tan poco relieve: Boyacá no envía esos representantes —respondió el interrogado:— *Es que ellos se vienen...*

El campesino sufrido y abnegado, laborioso y amante del terruño; el indio boyacense según se dice comúnmente, que labra la parcela y riega las notas de su cantar melancólico sobre el anaranjado oleaje de las espigas en sazón, o sobre el horizonte morado, violeta y verde de los floridos papales, también conserva entre los matices de su lenguaje el encanto del arcaísmo del siglo XV. Y este arcaísmo está puesto en su lugar. No hay posibilidad de hallarle sustituto, de reemplazarlo por la palabra moderna porque entonces el campesino caería en el amaneramiento de su "fabla", ya que domina ese caudal de giros y voces arcaicas y los conserva con recia y actual vitalidad en el torrente de su expresión cotidiana.

Este campesino contemporáneo de Cervantes, biznieto de Aquimín y Xugamuxi,

Pueblo Boyacense

supersticioso porque pesan sobre él todavía los embrujos de remotas hechicerías y las últimas resonancias del fecundo mito de Bachue entre las aguas de la laguna de Iguaque, es desconfiado en grado sumo de todo lo que no sean las promesas de ultratumba. Le cuesta trabajo creer en la efectividad de los cheques, en la seguridad de las sucursales bancarias. No cree en otra seguridad que en la que pueda proporcionarle su propio ingenio aguijado por la desconfianza. Los dineros de



BASILICA DE CHIQUINQUIRA

su negocio los lleva siempre consigo, pero no los guarda en la cartera al alcance del bolsillista; ni entre el amplio y peludo carriel a la usanza franca del santandereano. Duerme con los billetes y no le estorban, se despoja de saco y pantalones y permanece siempre con ellos, porque los guarda cerca de los tobillos entre un bolsillo estratégico, al amparo de manos intrusas, construido por el revés de los amplios calzoncillos de género de Samacá, el cual va protegido por el doble amarradijo de los hiladillos percutidos.

Tal a grandes trazos la índole y el carácter del pueblo boyacense. Acervo racial que con las poblaciones de Cundinamarca participa de hondas afinidades. Base ambos de la indiscutible raza en formación que puebla las comarcas aledañas y las planicies interiores de Colombia donde antes se asentaba la nación chibcha.

1º.—Silueta de la Ciudad Milagrosa.

En el fondo de un pequeño valle, en las márgenes del río Saravita cuya cuenca bordea un rosario de colinas verdes y par-

lleva su nombre. Desde el año de 1586, en que se efectuara el sobrenatural suceso en presencia de María de Ramos y de una india; desde esta época lejana, perdida en los albores de la Colonia, se convirtió aquel sitio en lugar de peregrinación. Desde entonces, todos los años en el mes de Diciembre se celebra la fiesta de nuestra señora de Chiquinquirá.

Antes de la construcción de carreteras y ferrocarriles, los caminos se veían en aquellos meses poblados de peregrinos de todas las regiones del país, y de la vecina república de Venezuela. En caravanas pintorescas, al compás de "chuchos", tiples, "calabazos" y "requintos", guitarras y capadores, panderetas, "carracas" y dulzainas, por entre nubes de polvo, o por entre barrizales interminables, los promeseros acudían a la villa taumatúrgica. Los pecadores y penitentes y los que solicitaban favores más ahincadamente con los brazos atados sobre amplios maderos en forma de cruz.

das, se asienta la ciudad de Chiquinquirá, y las torres de la basílica yenden el espacio blancas y solemnes, sobre la perspectiva millonaria del paisaje lírico inundado de tonalidades impresionistas, sobre el cual se desgranar a tarde y a mañana los alternados timbres de las campanas del Santuario.

La ciudad, antiguo caserío indígena como casi todas las poblaciones de Cundinamarca y Boyacá, debe su verdadero origen histórico a la aparición de la Virgen que

Mujeres de todas las edades. Algunas jóvenes y hermosas, sentadas en amplios galápagos sobre la mula corsaria cubierta hasta el codillo por las amplias enaguas de frisa; mocetones bizarros con polainas enlodadas o con zamarras de curtidas pieles moras, barrosas y negras, caballeros en

Por ERNESTO

OSPINA RODRIGUEZ

Para MICRO

Fotos de

LUIS B. RAMOS

machos semi-cerreros. Y el clásico arriero que al chasquido del zurriago conducía la mula pujadora cargada con las petacas forradas en cuero, que llevaba además de sobrecarga la carne seca, las gallinas y los pavos, el "salón" de la oveja y los perniles del cerdo.

Hoy han desaparecido estas escenas típicas debido al progreso mecánico. La construcción de carreteras y ferrocarriles ha relegado el camino de herradura al campo de las meras reminiscencias. Pero los romeros, hoy como ayer, acuden en diciembre al santuario milagroso, no ya sobre el lomo sudoroso de las cabalgaduras, sino en los furgones repletos de trenes especiales que en vaivén interminable vomitan y tragan muchedumbres sobre los andenes de la amplia estación. Los que no viajan por el ferrocarril hacen su recorrido en buses, camiones y automóviles que en largos cordones llenan las carreteras polvorientas, taladrando en el día la distancia con el sonido de pitos y sirenas, e incendiando la oscuridad de la noche en persistente y continua procesión de reflectores y linternas.

La localidad es insuficiente para dar albergue al abigarrado gentío. La marea humana se mueve perezosamente por calles, plazas y avenidas. Todo lo invade: templos, hoteles, fondas, tiendas y zaguanes. Nadie duerme en la noche. En círculos apretados por la multitud, en las cantinas y en los estancos bailan el torbellino y el bambuco mozas garridas y prietas, pródigas de vigor campesino, cortejadas y requeridas por las coplas de sus amantes y galanes. Y duos femeninos en que alternan las voces de las contraltos con las voces de las sopranos, lanzan al espacio los aires de las guabinas, que impregnan el ámbito de la noche y el murmullo del vocerío de una aguda dulcedumbre nostálgica, cuyo eco se pierde en el hemicíclo de las colinas silenciosas unguadas por la tenue lumbre de las estrellas del amanecer.

La especial vocación de la clase media del lugar por las artes manuales de talla y decorado se pone de manifiesto en el primer artístico con que artífices de su seno fabrican variadas miniaturas en tagua o "chicón", y en la pericia que revelan en la industria de la tiplería. Durante todo el año estos maestros artesanos que poseen una técnica heredada, y que deben parecerse mucho a los de la Edad Media y del Renacimiento porque transmiten su habilidad en el oficio de padres a hijos, construyen por centenares tiples, guitarras y bandolas para proveer en diciembre a los peregrinos y parrandistas. Otro tanto hacen los talladores de las miniaturas de tagua para proveer a los curiosos, de objetos para regalos y recuerdos. Por tal razón la juguetería, las diminutas bandolas y las preciosas miniaturas de chicón, adornan las vitrinas de almacenes de "chu-



CABALGADURAS DEL PROMESERO

cherías" de donde derivan la vida gran número de familias de la clase media.

Estas pequeñas industrias, tan autóctonas como artísticas, serían dignas del fomento y el apoyo oficiales, con parte mínima de los dineros que se destinan a satisfacer el boato de funcionarios inútiles. En ellas se revela el genio laborioso y artístico de nuestro pueblo boyacense. Una faceta, apenas, de sus múltiples posibilidades.

2º.—Silueta del bandolero de Occidente.

La provincia del occidente boyacense se extiende desde el valle de Chiquinquirá hacia las tierras cálidas, que en alud interminable de cañadas y cordilleras van descendiendo hasta las márgenes del río Magdalena. Pueblos regados a grandes distancias sobre las arrugas y encrucijadas de la variada topografía, algunos comunicados aun por el camino de piedra construido a manera de angosta escalinata por las cuestas crispadas de los Andes desde los remotos tiempos de la colonia. Salvaje y agreste escenario, hoyas mortíferas del Minero donde cuaja la esmeralda de un verde puro de aceite.

A estas zonas alcanzaron a llegar las incursiones de los panches, y se revisten de una ferocidad latente que vibra al unísono en el paisaje y en los hombres.

De allí ha surgido un tipo de bandolero especial. El pirómano y pistolero, saltador y trashumante de la brava montaña.

Allí nació "Cucacho" de estatura mediana y figura rechoncha, y Colmenares, esbelto y ágil. Estos dos bandoleros astutos y audaces recorrieron los caminos, los atajos y los deshechos, desde la tierra fría hasta las regiones templadas y las hoyas ardientes.

Ebrios de pillaje perpetraban al caer la noche un homicidio entre las neblinas

de las bocas del monte; un incendio a primera noche entre los cañaduzales y los trapiches, para coronar la cadena de sus hazañas con la violación de la impúber doncella ante la angustia de un anciano que golpeado, amordazado y atado por las muñecas al botolón de la cabaña, presenciaba la macabra pesadilla.

Estos bandoleros pasaron por los pueblos de la comarca, por las aldeas y los campos en sangrienta odisea. Acorralados por la policía muchas veces, le hacían frente hasta el último cartucho mientras se escurrían por las cañadas y laderas y las hondas "californias" pobladas de espesa maraña, de chuscales y de tupidos guaduales.

En medio de la vida aventurera de estos cuatreros, romántica a su manera, más de una vez cabalgaron a la grupa de la mula de su proyectada víctima pero en agradecimiento revocaban la sentencia, haciendo la llana confesión de un proyecto que de una vez por todas juraban no realizar jamás.

En las montañas tropicales, cerca de "Pitisoque" y "Juratena", del "Aguasal", "Camancha" y "Pisarrá" vivieron en conubio con mozas que raptadas y violadas y conducidas por amenazas terminaron participando de su vida aventurera y de la fascinación de la permanente acechanza.

Un día cayó Colmenares acribillado por la policía en una población de Santander mientras huía ataviado con ropas de mujer. A "Cucacho" lo entregó su amante mientras dormía, porque habría sido imposible y peligroso que los sabuesos lo apresaran despierto con el vivaz ojillo indígena atento tras el gatillo homicida.

(Este magistral panorama terminará en próximo número de MICRO).

OTRO GOLPE MAESTRO
que se suma a los muchos lo-
grados Año tras Año

Fuímos los primeros de SUR
AMERICA en dar la fausta no-
ticia de la INVASION ALIADA
confirmando nuestra norma
invariable de ser siempre

LOS PRIMEROS CON LA ULTIMA NOVEDAD

En Información....

En Arte....

En Elenco....

En Programas....

"LA VOZ DE ANTIOQUIA"

6.145, 3 Kcls.
49 Mtrs.

MEDELLIN
COLOMBIA



UNIVERSIDAD
EXATT
1.250 Kcls.
240 Mtrs.
Abierta al mundo

UN CORRESPONSAL COLOMBIANO EN EUROPA: AÑO DE 1883

Nada más sabroso e interesante que hojear viejas publicaciones colombianas. Con el propósito, claro está, no de compilar datos y fechas a la manera del señor erudito, sino a modo de un paseo retrospectivo por zonas de ingenuidad y, en ocasiones, de auténtico candor.

Es así como topamos con las crónicas europeas que allá por los años de la Regeneración solía enviar desde Europa a los periódicos bogotanos don Ignacio Gutiérrez Ponce, gran viajero y gran señor.

En una de éstas, dirigida por su autor a don Alberto Urdaneta, encontramos una deliciosa información en torno a los descubrimientos biológicos de Pasteur, en que se habla mucho de los "microbos", cuya diminuta y temible personalidad principiaba por entonces a intervenir activamente en la esfera de las investigaciones científicas de Europa. Esto de los "microbos" —claro está— no es un lapsus linguae del editor de MICRO, ni un error de imprenta imputable al cajista del Papel Periódico Ilustrado. Trátase de un caso de ortografía primaveral: por entonces no se conocía muy bien que digamos a los micro-organismos animales. Cuando Pasteur profundizó más en este vastísimo campo biológico, los "microbos" se transformaron en "microbios" comunes y corrientes. Algo así como los habitantes de Guachetá, cuyo gentilicio de "guachetunos" era alta y doblemente ofensivo para el buen nombre de la población, hasta que la academia Colombiana de la Lengua resolvió que estos distinguidos compatriotas no eran ni lo uno ni lo otro y acordó unánimemente distinguirlos con el noble y sonoro vocablo de "guachetenses".

Pero mejor que comentar las crónicas de don Ignacio Gutiérrez Ponce, escoger algunos de los párrafos más interesantes y leerlos morosamente:

París, 30 de abril de 1883.

Señor Director del
"Papel Periódico Ilustrado"
Bogotá.

Se ha dignado usted, con suma galantería, designarme para que refiera de tiempo en tiempo a los lectores de su respetable periódico, que tan ilustrado es en el fondo como en la forma, lo que acontece por estos viejos mundos. Hoy doy principio a mi grata tarea, la cual lo será más todavía si cuento con la benevolencia de aquellos a quienes estas líneas se dirigen...

No callaré los nombres de dos artistas eminentes, muertos a principios del año. El uno es el de Wagner, cuya música, in-

comprensible para unos, admirable para otros, ha ejercido de todas maneras una influencia notable, así en Alemania como en el extranjero. El otro es el de Gustavo Doré, a quien el arte debe inimitables dibujos para las obras de los más grandes ingenios. Quién no ha visto y admirado alguna de las innumerables producciones de su lápiz prodigioso y su pincel fantástico? Sólo él logró robar a Dante los secretos de su atrevida imaginación para hacerlos sensibles a la vista; sólo él pudo seguir a Milton en las altas regiones de su Paraíso, y copiar en la cabeza de Cervantes las variadas escenas de la vida de su inmortal machego.

Como a todo, señor director, ha de mezclarse algo de ridículo, la muerte de Wagner ha dado origen a una situación interesante. El ilustre compositor se había casado con la esposa de M. de Bulow, divorciada de su marido. Este, a su turno, había vuelto a casarse con la señorita Schanzer, actriz del teatro de Meiningen. Pero, he aquí que a la muerte del maestro, M. de Bulow ha tornado a enamorarse de su antigua mujer y quiere redivorciarse para recasarse con su primitiva esposa. Esto es lo que aquí llaman *les gaités du divorce*...

Sin advertir en ello, he brincado de las orillas del Sena al suelo alemán. Continuaré, pues, con la misma presteza hasta dar en San Petersburgo, en donde se prepara la gran ceremonia de la coronación del Zar.

En estos tiempos de dinamita, en los cuales tan inestable parece la tierra que pisan los descendientes de Pedro el Grande, aquella festividad, particularmente para los que se vean obligados por su posición oficial a asistir a ella, tendrá que ser de gran efecto; y pudiéramos apostar que, si algún infeliz criado de los que sirvan al banquete de honor, tiene la desgracia de que se le escape de las manos algún rimerero de platos, al ruido que éstos produzcan, saltarán de la mesa aquellos Grandes Duques, tan ágilmente como soldados de plomo cuando se da un golpazo sobre la mesa en que están puestos...

Y como yo mismo tengo ya miedo de que reviente cerca de mí alguna bomba, dejaré la patria de los Romanoff para trasladarme a Inglaterra, en donde se goza de una paz octaviana, y el pueblo, por ahora, no piensa sino en comer cordero. Así es la verdad, señor Director, y no lo tome usted a chanza. Es el caso que habiendo

sufrido los rebaños una gran mortandad, la Reina ha ordenado que, durante esta estación, no se vuelva a servir cordero en la real mesa. Al punto sus fieles súbditos han dado igual orden a sus respectivos marmitones, por lo cual aquéllos cuadrúpedos, más felices y tranquilos que el Zar de Rusia, han podido holgarse en las jugosas praderas de la verde Albión.

Poco más tendré que decir de este país venturoso; no omitiré, sin embargo, la noticia de que en breve Darwin, aquel que, con razón o sin ella, colocó al mono en nuestro árbol genealógico, tendrá un magnífico monumento que será erigido a su memoria por iniciativa de la Sociedad Real de Londres, y con la cooperación de las más notables sociedades científicas del globo. Lo cierto es que, aun permaneciendo uno extraño a toda apreciación de las doctrinas generales, científicas y filosóficas del ilustre difunto, no puede menos que rendir un homenaje de respeto al hombre que consagró su vida entera a trabajos del entendimiento y que prestó a la ciencia positiva señalados servicios.

Al regresar a París por el Canal de la Mancha, he sentido que aún no esté terminado el túnel submarino. La obra, sin embargo, está ya bastante adelantada por el lado de la costa francesa; y si se logra vencer completamente, como se logrará al fin, la poca voluntad de los ingleses con respecto a la continuación de los trabajos, el túnel se hará y tendrá todas estas ventajas: que permitirá un tráfico de trece a catorce millones de pasajeros por año, fuera de las mercancías; que el espacio que hoy se recorre en dos horas, con grave detrimento, a lo menos momentáneo, de las funciones digestivas, se hará en media hora, poco más o menos; finalmente, que el notable aumento del tráfico hará bajar los precios del transporte.

Ya estoy de regreso en la metrópoli y usted me perdonará que suspenda aquí esta correspondencia, porque mañana se abre la exhibición anual de pintura, Salón de 1883, y es hoy el día destinado a dar barniz a los cuadros. *C'est le jour du vernissage*, y a esta fiesta no puede faltar ningún amante del arte, ni podría yo quedarme sin dar a Ud. cuenta, como lo haré en la venidera ocasión, de lo que vea y observe allí.

Conque, hasta otra vista, señor director, y que los lectores me perdonen el mal rato que les he hecho pasar.

Ignacio GUTIÉRREZ PONCE

CARTAGENA

(Bolero)

Creación de L. C. Meyer

Cartagena,
brazo de agarena,
canto de sirena (bis.)
que se hizo ciudad.
Sonoro
cofrete de oro,
reliquia y tesoro (bis.)
de la antigüedad.
Eres jarra
de sangre y de farra,
fulgente guitarra
de notas sin par.
Cartagena,

oración de arena,
virgen macarena
que llora en el mar.
Minarete,
fulgor de mosquete,
caprichoso arete
tallado en cristal.
Serenata
que olvidó un pirata,
alfanje de plata,
sueño de coral.
(Letra ignoramos el autor.
Música: Adolfo Mejía).

Guabina Chiquinquireña

Vén, vén, niña de mi amor,
vén, vén niña de mi amor,
vén, vén, vén a mi ranchito
que te espero con ardor,
que te espero con ardor;
vén a mi ranchito
que te espero con ardor!
Sí, sí, sí, dulce y bella
noviecita,
niña de mi corazón,
vamos a ver a la Virgen,
y a pedirle protección;
y a rogarle con fe viva
que bendiga nuestra unión;
y a rogarle con fe viva
que bendiga nuestra unión.

Por ti, mi única ilusión,
por ti, mi única ilusión,
por ti, la calma perdí,
tengo enfermo el corazón,
tengo enfermo el corazón;
la calma perdí,
tengo enfermo el corazón.
Sí, sí, sí nuestra marcha
emprenderemos
de la aurora al despertar
y ante la Virgen bendita
nos iremos a postrar;
a pedirle con fe viva
que bendiga nuestro hogar;
y a pedirle con fe viva
que bendiga nuestro hogar.
(Música de
Alberto Urdaneta).

INFAMIA

(Tango)

Creación de "la alondra gaucha".

La gente, que es brutal cuando se ensaña,
la gente, que es feroz cuando hace un mal,
buscó, para hacer títeres en su guñol,
la imagen de tu amor y mi esperanza.

A mí qué me importaba tu pasado,
si tu alma entraba pura a un porvenir?
Dichoso abrí los brazos a tu afán
y con mi amor salimos de payasos a vivir.

Fue inútil gritar que quería ser buena,
fue estúpido hallar la promesa de tu redención!
la gente es brutal y odia siempre al que sueña,
lo burla, y con risas despeña su intento mejor.

Tu historia y mi honor, desnudados en la feria,
burlaron su danza de horror sin compasión;
tu angustia comprendió que era imposible:
luchar contra la gente es infernal;

por eso me dejaste sin decirlo, amor,
y fuiste a hundirte al fin en tu destino.

Tu vida desde entonces fue un suicidio
vorágine de horrores y de alcohol.
Anoche te mataste ya del todo y mi emoción
te llora en su descanso, corazón.

Quisiera que Dios amparara tu sueño,
muñeca de amor que no pudo alcanzar su ilusión.
Yo quise hacer más pero solo fue un ansia:
que tu alma perdone a mi vida su esfuerzo mejor.

De blanco al morir llegará tu esperanza
vestida de novia ante Dios, como soñó.

(Letra y música de E. Santos Discépolo).

"ASTOR"

SALON DE TE

UNA INSTITUCION AL
SERVICIO DEL BUEN
GUSTO MEDELLINENSE

HELADO
POSTRES
BIZCOCHOS
PETIT FOURES
MORITOS
GALLETAS
CONFITES
BOMBONES
REFRESCOS

todo al alcance de su mano en el

SALON DE TE

o llamando a los teléfonos:

134-47 y 193-26

CARRERA JUNIN No. 52-65



1960

Abierta al mundo

S. M. LA CHIRIMIA

NO acertamos a concebir, en segundo lugar, cómo nos las arreglaríamos para dirigir a un monarca el tratamiento de majestad, si llegáramos a ser presentados a un monarca. En primer lugar, no acertamos a concebir que nosotros lleguemos alguna vez a ser presentados a un monarca.

Decirle a un hombre "majestad" nos parece mucho más ridículo que el que le digan a uno maestro, profesor o doctor.

Pero el mundo de lo ideal no debe borrarse jamás de nuestra fantasía. Los conceptos de reyes y reinas deben perdurar en nuestro léxico y en nuestras concepciones poéticas.

Los reyes y reinas de verdad desaparecerán con el tiempo de la sociedad humana, a medida que la humanidad vaya perfeccionándose ideológicamente y se depuren los conceptos políticos de gobernantes y gobernados.

Del reino animal, únicamente el hombre es el que no puede formar reinos, como las hormigas, las abejas y los venerables gallinazos. Porque el hombre es el único animalazo que contraviene las leyes de la naturaleza.

Pero no hay ninguna degradación en declararnos vasallos de una "reina de estudiantes", de una ídem de unos juegos florales, de unas olimpiadas, etc. etc. Y aparte de esas proclamaciones de nuestra vida de expansión, hay mil conceptos para los cuales debemos reservar el tratamiento de "su majestad": Su Majestad el Bambuco, Su Majestad el Niño (es una de las denominaciones más bellas), Su Majestad, en fin, La Chirimía.

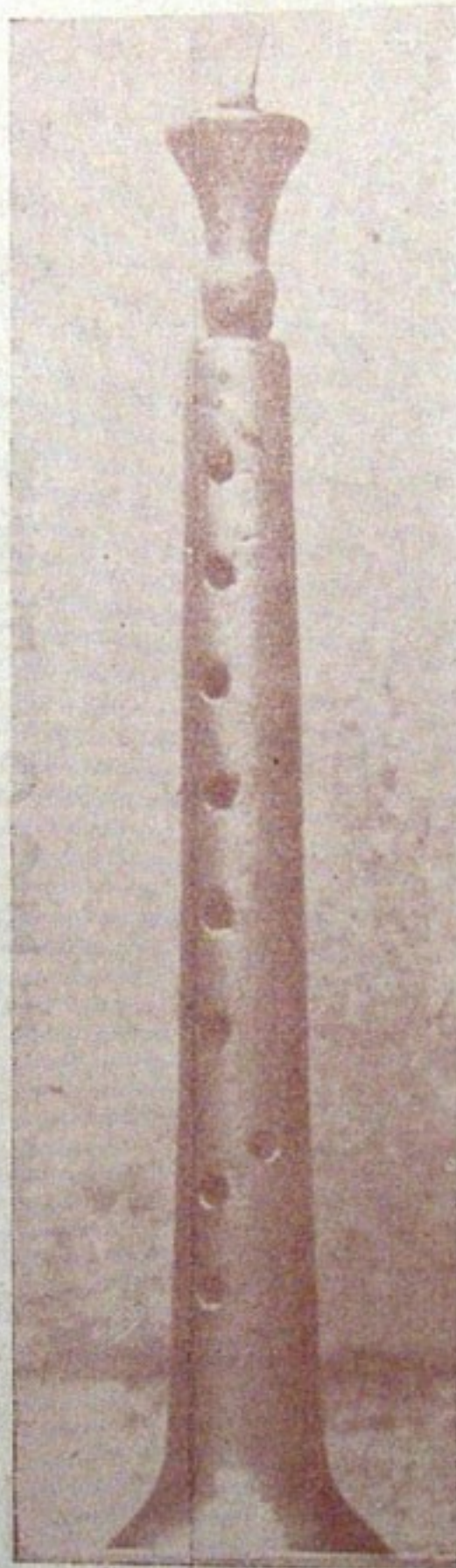
¿Cuándo vamos a ver en los desfiles de Medellín una formación de grupos, precedidos cada uno de ellos de su banda de chirimías y atabales? ¿No siente cada antioqueño en su imaginación qué impresión, tan distinta de la que le produce el estruendo de los tambores de guerra, habría de arrancarlo de su trabajo y sacarlo a la ventana de su casa, o a la puerta de la oficina, si oyera por las calles el guirigay de las chirimías?

Tambores y cornetas son una pátina que estandariza a toda la colectividad humana, borrando las características y la policromía de las nacionalidades. Ya que se hayan adoptado como el marcarrítmo universal de las columnas militares, no debieran extenderse a los pasacalles de las alegrías cívicas. El hecho de que el soldado vista un uniforme más o menos estandarizado, a base de colores kakis, correaes y casco, no se ha generalizado en ningún país a la población civil, que es la que guarda los rasgos más típicos de cada lugar.

*

**

Viene ahora la cuestión: ¿Es la chirimía un instrumento característico de Antioquia, o de otra sección de Colombia? A lo que rotundamente, y sin necesidad de consultar a los historiadores, respondemos: Sí.



Dos instrumentos como este, y un tambor, constituyen "la chirimía de Girardota", de la cual se ocupa en esta nota nuestro co-redactor.

Aunque existan modalidades muy afines a este instrumento en muchos países, su especial construcción y el nombre de chirimía son peculiares de aquí. Existe además la razón de valor folklórico de que el grado de características que requieren las modalidades juglarescas no es preciso que sea de exclusividad. Basta que estén adoptadas, de alguna data a esta parte. En Antioquia la chirimía tiene por lo menos 120 años.

En otros países toma el nombre de alboka, albugue, dulzaina, cornamusa, zampona y alcacer. En la orquesta sinfónica la tenemos elevada al rango de instrumento perfecto en el oboe y el corno inglés. Su timbre peculiar es el de vagido de niño de pecho.

Todas estas gaitas tienen un origen bucólico. Por lo visto, en todas las edades y en todos los países, ha sido el sonido que más fácil le ha sido al hombre producir, por ofrecer la vegetación salvaje multitud de tallos y hojas, canutos y espadañas, con que obtenerlo. Pudiera decirse que es el primer balbuceo filarmónico del hombre. Ricardo Wagner inmortalizó en su Tetralogía este nacimiento simplicísimo de la gaita. Sigfrido manda fundir una espada de temple insuperable. El día que se presenta donde el herrero para recogerla, la prueba vigorosamente contra el yunque, y la espada se parte en dos. Increpa al herrero, y él mismo, Sigfrido, se pone a fabricar su espada. En la propia escena tiene lugar la elaboración detallada de la espada. Echa en un perol trozos de hierro. Los derriete en la fragua. Vierte el caldo rojo sobre el molde. Con unas grandes tenazas sumerge el molde en el pilón de agua, levantándose una nube de vapor. Pone al acero la empuñadura, vuelve a descargar un mandoble sobre el yunque, y el yunque se parte en dos. Glorioso con la espada del temple que el soñara, vuela con ilusión de niño a ejecutar su primera faena, antes de dar muerte al dragón que le disputa el imperio de la selva. Recorta en espiral la corteza de un árbol y fabrica una zampona, con la que empieza a encantar el bosque. A las melodías de la gaita las hadas descienden de entre el ramaje y el cuadro escénico se transforma, velado por una espesa cortina de vapor de agua, sin bajar el telón.

Casi no hay autor célebre que no haya expresado sus ideas pastoriles mediante las notas del oboe.

Teniendo, pues, el campesino colombiano su espontánea creación del instrumento pastoril, ¿se habrá de dejar que se pierda, cuando esos vestigios de civilizaciones son los que todos los países tratan de conservar con el mayor esmero?

Conocedores de lo que estos instrumentos significan en otras tierras, de la gran fuerza nacionalista que en sí encierran y de todas las concomitancias de restauración que traen consigo; y siguiendo la norma que nos hemos propuesto, de que MICRO sea un poderoso vehículo de renacimiento folklórico, emprendimos hace unos meses una labor de agitación cultural en torno a la chirimía, que vamos a dar a conocer a nuestros lectores, para que cada cual haga lo que esté de su parte en favor de esta campaña.

Se empezó por la siguiente carta:

"Medellín, 4 de Diciembre de 1943.
Sr. Presidente de la S. M. P.
Presente.

Muy distinguido Sr. mdo:

De la manera más respetuosa me permito sugerir a la Sociedad la siguiente idea:

Aprovechar, en la próxima fiesta de la Candelaria (1º de Febrero), la

venida a la Villa de los típicos tocadores de la "chirimía", para establecer con ellos conexión.

Supongo que estos tocadores vendrán, o espontáneamente, o bien con tratados por el Cura Párroco de la Candelaria. Hay que ponerse al habla con ellos; congregarse una comisión de músicos de Medellín (el mayor número posible), entre los que no podrían faltar los Sres. Marceliano Paz, Roberto Vieco y Jorge Hernández S., y tener algunas entrevistas con los "chirimieros".

Hay que proceder a fabricar uno o varios ejemplares o modelos de chirimía y su atabal acompañante, como base para conservar estos instrumentos y poder estudiarlos a fondo al emprender las investigaciones folklóricas.

Estas investigaciones son muy costosas, y, mientras llega el momento de que reciban organización y apoyo oficial, hay que aprovechar las oportunidades que se presenten de hacer algo sin costo alguno por la supervivencia del folklore.

El mismo hecho de que la chirimía no se oiga sino en la fiesta de la Candelaria ya indica que tal peculiaridad no conserva más ligamen a la existencia que la vida o la salud de los actuales tocadores.

Creo que la S. M. P. es la llamada a hacer alguna gestión efectiva en relación con esta idea.

Soy de Ud. muy atto. y s. s.

Luis Miguel de ZULATEGI".

Llegada la fecha de la Candelaria, la S. M. P. pasó el asunto a la Sociedad de Amigos del Arte, y su señor Presidente, Marco A. Peláez, convocó a un número de músicos al salón de sesiones de la S. M. P. e invitó a los tocadores de la chirimía a que prestaran la colaboración de acudir a tal cita, con sus instrumentos.

Se llevó a efecto esta entrevista, un poco de prisa porque los chirimieros tenían contado su tiempo para sus compromisos.

Previamente se habían redactado diecisiete puntos, abarcando toda la información que se necesitaba de los chirimieros. De acuerdo con tales puntos, el Sr. Secretario de la S. M. P. y del Instituto de Bellas Artes, Don Gabriel Mejía Gómez, levantó esta breve acta:

"Febrero 2 de 1944. "AUDICION de la Chirimía de Girardota". Concurrieron las siguientes personas: Dña. Luisa Manighetti, D. Luis M. de Zulategi, Maestro Roberto Pineda, Maestro Joseph Matza, D. Eduardo Lira Espejo, D. Camilo Correa, D. Carlos Vieco, señor Gutiérrez y D. Gabriel Carvajal, fotógrafo. "Ejecutantes": José de J. Valencia, 44 años de edad; Luis Eduardo Valencia Alzate, 27 años, Justiniano Valencia A., 23 años. Son naturales de Girardota, hijos de Ricardo Valencia. Para cualquier información con ellos, puede dirigirse la correspondencia a los señores Rafael Alzate o Tiberio Toro. El padre de los Valencias, Ricardo, aprendió a tocar la chirimía de su padre José; éste de Ramón Valencia, padre de Cruz Valencia, que era su primo. Se dice que

Ramón fue músico en Bogotá. El clarín de chirimía está compuesto así: 4 piezas, así: caña, unida a un tubo metálico interno en una "boquilla", especie de carretel que se ajusta al cilindro en donde están los orificios para dar los diferentes tonos. No existen fabricantes de estos instrumentos. Los que poseen los Valencias, los han heredado. Siempre se acompañan con tambor; nunca con caja. Están en capacidad de enseñar a tocar esos clarines. A solicitud de los presentes, los Valencias tocaron las siguientes piezas: "El Alacrán", "Gavilán", "Gallinacitos", "La Fuga", "Guacamaya", "Mama por Dió" y "Juanico". Los señores Zulategi, etc., verificaron la copia provisional de algunas de esas melodías. Advirtieron los Valencias que su antepasado Ramón tocaba requinto.—Gabriel Mejía Gómez".

Don Marco Peláez encomendó al Sr. Roberto Pineda y al que esto escribe que elaboraran un informe para la Junta de Amigos del Arte. Hélo aquí:

Sr. D. Marco Peláez.

Presente.

Tenemos el gusto de presentar a Ud. el informe que nos solicitó sobre la entrevista celebrada con los Sres. Valencia, de Girardota, tocadores típicos de la chirimía, por un grupo de profesores invitados por usted.

La entrevista se celebró el día 2 del corriente, en la sala de sesiones de la S. M. P., a las 2 de la tarde.

El Sr. Secretario de la Sociedad, don Gabriel Mejía, levantó un acta de lo tratado en la reunión, anotando una serie de datos biográficos.

Los suscritos nos limitamos a informar sobre el aspecto artístico y sobre las deducciones que se desprenden de la entrevista.

Previamente se elaboró un memorandum o interrogatorio de 17 puntos, para concretar todo lo pertinente a la finalidad del acto.

El objeto de esta entrevista era el de aprovechar la venida anual de los chirimieros de Girardota en la fiesta de la Candelaria, para establecer contacto con ellos y obtener una información detallada sobre la tradición de la chirimía. Este instrumento es uno de los que entran de lleno en el folklore nacional, y como sucede con casi todos los elementos de este folklore, si no se le presta una atención técnica, en unos cuantos años más no existirá. Reciente es todavía la fecha en que en Antioquia se conocían otras dos bandas de chirimieros: la de San Vicente y la de los Paniaguas de la América. Una y otra han desaparecido por muerte de los tocadores.

En todos los países estos instrumentos populares tienen su culto honorífico en los organismos educacionistas. Generalmente, cuando la tradición no se cuida oficialmente y no se protocoliza en la Historia, acaba por perderse. Fácilmente podrían enumerarse aquí múltiples ejemplos de la literatura folklórica universal, con los cuales quedaría demostrada la urgencia de velar en Colombia por la conservación de sus riquezas en ese mismo campo. Prescindimos de mu-60



José de J., Luis Eduardo y Justiniano Valencia en pose especial para MICRO el día de la audición de chirimía en el I. de Bellas Artes.

cerlo en gracia a la brevedad y porque no creemos muy necesario convencer de esa necesidad a los hombres cívicos a quienes, por conducto de Ud., se dirige este informe. Afortunadamente se extiende en nuestros días la inquietud por estas disciplinas. Ya la modestia orgullosa que lleva a la indiferencia, por temor a parecer ingenuos, va cediendo el campo a la modestia constructiva, que excita a sacar del olvido las supuestas candideces e infantilidades, que los autores necesitan como rica materia prima.

En Colombia ha habido apóstoles de este movimiento, que indudablemente alguna contribución han aportado a la supervivencia de lo autóctono, siquiera no sea más que con su fervor patriótico. Pero ha faltado labor técnica, porque los técnicos no han querido secundar ese llamamiento.

Ya empiezan las máximas autoridades técnicas a recoger la iniciativa. Los Maestros Antonio María Valencia y Daniel Zamudio, por no citar sino dos nombres —hay muchos más— están empeñados en la empresa.

De eso se trata con el asunto de la chirimía. De llevar al Instituto de Bellas Artes de Medellín el estudio de esa modalidad folklórica, como de otras muchas que a ésa se seguirán, contando con la preocupación de la SMP, madre del Instituto, y de la Sociedad de Amigos de Arte, por que esa iniciativa sea una realidad.

Los señores Valencia, de Girardota, gentes sencillas de la montaña, no dejaron de dar cierta sensación de recelo al prestarse para la entrevista que se les propuso. Tal vez veían peligrar su calidad de únicos deposti-

CLUB DE LIBROS

Suscribase usted. - Cuotas de \$ 1.00 durante 22 semanas.

+++

LIBROS DE GRAN INTERES:

<i>Historia de la Conquista del Perú</i> por Guillermo Prescott, con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas. Empastado	\$ 9.00
<i>Historia de la Humanidad</i> , por H. W. Van Loon.....	6.00
<i>La Ciudad Imperial</i> , por Elmer Rice	4.80
<i>La Sal de la Tierra</i> , por Joseph Wittlin. Novela de ambiente polaco	2.40
<i>Manhattan Transfer</i> , por John Dos Passos	3.00
<i>El Gran Dinero</i> , por John Dos Passos	4.20
<i>El paralelo 42</i> , por John Dos Passos	3.00
<i>Bethel Merryday</i> , por Sinclair Lewis	3.60
<i>Dr. Arrowsmith</i> , por Sinclair Lewis	3.00
<i>Babbitt</i> , por Sinclair Lewis. Empastado	3.60
<i>El Hombrecillo de los Gansos</i> , por Jacobo Wasserman	3.60
<i>El Caso Maurizius</i> , por Jacobo Wasserman	3.60
<i>Los Judíos de Zindorff</i> , por Jacobo Wasserman	2.40
<i>Sherwood Anderson y Yo</i> , por Sherwood Anderson	3.00
<i>La Batalla de las Montañas</i> , por Jean Giono	3.00
<i>Los Hermanos de Nápoles</i> , por Franz Werfel	4.50
<i>Don Casimiro</i> . Novela maestra del escritor brasileiro Machado de Assis.	3.00
<i>El Proceso Franz Kafka</i>	1.80
<i>Superticiones de Galicia y otras preocupaciones vulgares</i> , por J. Rodríguez López	1.80
<i>El Advenimiento del hombre y otras conferencias</i> , por Roberto Novoa	2.40
<i>El Joven Arquímedes</i> . Novelas cortas por Aldous Huxley... ..	2.40
<i>La Vida Tormentosa y Romántica de Beethoven</i> , por Ricardo Specht	3.00
<i>Wagner</i> , el genio creador a través de sus obras por Eduardo Shuré	3.00
<i>Beethoven</i> , la lucha con el destino por Emil Ludwig	4.80
<i>La Música en la Sociedad Europea</i> , hasta fines del siglo XVIII, por Adolfo Salazar.. ..	5.80
<i>El Arte Gótico</i> , por Lucio R. Soto	6.00
<i>Antología de Poetas Americanos</i>	9.00
<i>La Noche Quedó Atrás</i> , por Jan Valtin	3.60
<i>El Mundo de Ayer</i> , Autobiografía de Stefan Zweig	3.00

Librería Universal

RAFAEL ANGEL VEGA B.

Maracaibo x Junín. - Tel. No. 149-48.



La chirimía de Girardota es llamada a colaborar en festividades religiosas de todo el departamento y, a veces, hasta de poblaciones caldenses. Esta foto, lograda por nuestro colaborador Gabriel Carvajal, muestra a los señores Valencia durante una procesión en Donmatías. Cabrá esperar que para un futuro no muy lejano la chirimía sea cultivada oficialmente y elevada a requisito sine qua non de las grandes fechas tradicionales?

tarios de una especialidad que constituye para ellos un orgullo de familia y hasta una pequeña fuente de utilidad económica. Para responder al reportaje, se consultaban los tres entre sí con la mirada y hasta se resistían a ejecutar los ejemplos que se les pedía. Al fin parece que se posesionaron de los móviles serios que se persiguen y prestaron francamente su colaboración.

Estos chirimieros no tienen ninguna preparación técnica. Ejecutan nuralemente de oído. Tienen un repertorio de 16 piezas. Los ejemplos que ofrecieron demuestran que ni siquiera se atienen a una interpretación uniforme. Sería imposible copiar sus ritmos, y tal vez ni sus melodías. Para conservar su toque característico se impone la grabación de su repertorio en discos. Esto permitiría a los compositores aprovechar esa interpretación virgen y deducir todas las aplicaciones a que se presta. Desde luego, estos tocadores sacan un mínimo rendimiento de los instrumentos, en los que cabe interpretar mucha más música.

Dicen ser propietarios de un par de chirimías que tienen 120 años y un tambor de 100 años; pero los instrumentos que trajeron no son tan viejos. En cuanto a la construcción de los instrumentos también se mostraban los Sres. Valencia un tanto reservados. Sin embargo, algunos de los asistentes opinaron que su fabricación no es ningún problema.

Como conclusiones prácticas sugerimos las siguientes:

- 1a.—Grabar en discos, en Medellín, los toques de los Sres. Valencia.
- 2a.—Fabricar ejemplares de chiri-

mías y tambor, que se guardarían en el Instituto.

3a.—Buscar personas, profesores o discípulos del Instituto, que quieran aprender a tocarlos.

4a.—Designar una persona técnica que sirva de intermediaria entre la SMP y los Sres. Valencia, para comunicar a éstos las decisiones que se tomen y se encargue de llevarlas a efecto, con facultades para conseguir presupuestos de grabaciones de discos y hechura de instrumentos y para estipular honorarios de los tocadores, con obligación de rendir cuentas a la Sociedad.

Dejamos así cumplida nuestra comisión.

Medellín, 7 de Febrero de 1944.

(Firmado) ROBERTO PINEDA

LUIS MIGUEL DE ZULATEGI

Considerado este informe por la Junta de Amigos del Arte, fue aprobado en todas sus partes, siendo nombrados los Sres. Marceliano Paz, Gustavo Lalinde y Roberto Pineda para la ejecución de todos sus puntos.

Pueda ser que no se estanque el carro y que, gracias a las actividades de todos estos señores que se han enumerado, sea una realidad en breve tiempo la difusión de este instrumentico, que alguna virtud de encantamiento encierra; si no la de descolgarnos de los aires un coro de hadas a gusto del consumidor, como el de Sigfrido, al menos el de hacernos un poco más infantiles, y un poco menos mamutes, carevinagres y antropófagos.

Luis Miguel de ZULATEGI

Radiodifusora

"LA VOZ DE MEDELLIN"

(1.215 Kilociclos)

ABRIRA PROXIMAMENTE
REGIA TEMPORADA DE

OPERA!

DURANTE 14 DOMINGOS
CONSECUTIVOS PASARA
LAS OPERAS MAS
NOTABLES Y ADMIRADAS

ESPERE

USTED ESTA TEMPORADA
EXCEPCIONAL!

"LA VOZ DE MEDELLIN"

está en el aire diariamente de las

10:30 a. m. a las 2:00 p. m. y de las
5:30 p. m. a las 10:30 p. m.



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

TRES DE FINO HUMOUR

Julio VICUÑA CIFUENTES fue un notable poeta romántico chileno, cuyas múltiples actividades vinculan su nombre a la historia cultural de su patria. Como poeta —íntimo, delicado y espontáneo— alcanzó en ocasiones aciertos innegables. Su humorismo es diáfano y sano y constituye un índice de la ternura patriarcal de su vida. Vicuña Cifuentes, recuerda y sonríe alegremente; observa, y sonríe también, pero esta vez un velo de melancolía mezclase a su sonrisa. El optimismo y el pesimismo, sabiamente dosificados, iluminan o ensombrecen alternativamente muchas de sus mejores creaciones líricas, entre las cuales cuéntanse dos bellos sonetos: **EL ASNO** y **RECUERDOS SANTIAGUINOS**:

EL ASNO

En la dehesa, sátiro; en el corral, asceta;
paciente como Job, como Falstaff, deforme;
con gravedad de apóstol, sobre la frente quieta
lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.

Ni la hartura le halaga, ni el ayuno le aprieta;
con su destino vive, si no feliz, conforme,
y prolonga su efigie de contrahecho atleta
en una innumerable generación biforme.

Vivió noches amargas, tuvo días lozanos;
le cabalgaron númenes, le afligieron villanos:
unas veces la jáquima, otras veces el freno.

Honores y trabajos tiempo ha los dio al olvido,
pero siempre recuerda su pellejo curtido
la presión infable del dulce Nazareno...

Julio VICUÑA CIFUENTES

Recuerdos Santiaguinos

Oh mis recuerdos santiaguinos!
Noches del Sábado de antaño,
en las que fueron partiquinos
los tontos graves que hay hogaño!

Tiempo de honrados libertinos,
de mucha bulla y poco daño,
nada de humores saturninos
de displicencia ni regaño.

Chicas alegres y bonitas,
Tías de pega, como ahora,
versos, paseos, rondas, citas.

Luégo una jira redentora
entre las buenas señoritas
para encontrar a la señora...

Julio VICUÑA CIFUENTES



Luis C. LOPEZ es continentalmente conocido como poeta humorístico. Pero para nosotros, mejor que un humorista es un psicólogo del fastidio. Nadie ha alcanzado acentos tan personales como él en la evocación del ambiente pueblerino. Porque parece que en todas las poblaciones descritas o sugeridas por Luis C. López, bostezara la patria a los acordes del himno nacional, cantado por los niños de las escuelas, se entiende. En ocasiones, los sonetos de este gran poeta nos recuerdan los caprichos de Goya y las ilustraciones de Doré. Oigamos a López en la evocación del Barbero y del Alcalde pueblerinos:

EL BARBERO

El barbero del pueblo, que usa gorra de paja,
zapatillas de baile, chalecos de piqué,
es un apasionado jugador de baraja,
que oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire.

Lector infatigable de El Liberal.—Trabaja
alegre como un vaso de vino moscatel,
zurciendo mientras limpia la cortante navaja,
chismes, todos los chismes de la mística grey.

Con el señor Alcalde, con el veterinario,
unas buenas personas que rezan el rosario
y hablan de los milagros de San Pedro Claver,

departe en la cantina, discute en la gallera,
sacando de la vida recortes de tijera,
alegre como un vaso de vino moscatel.

Luis C. LOPEZ

EL ALCALDE

El Alcalde, de sucio jipijapa de copa,
ceñido de una banda de seda tricolor,
panzudo a lo Capeto, muy holgada la ropa,
luce por el poblacho su perfil de bull-dog.

Hombre de pelo en pecho, rubio como la estopa
rubrica con la punta de su machete. Y por
la noche, cuando toma la lugareña sopa
de tallarines y ajos, se afloja el cinturón...

Su mujer, una chica nerviosamente guapa,
que lo tiene cogido como con una grapa,
gusta de las grasientas obras de Paul de Kock

ama los abalorios y se pinta las cejas,
mientras que su consorte luce por las callejas
su barriga, mil dijes y una cara feroz.

Luis C. LOPEZ

DE LA VIDA Y DEL CORAZON

Nada sobre la tierra proporciona un espectáculo más bello que dos personas enamoradas y armonizantes, sobre todo si son jóvenes. ¡Qué radiantes, qué despreocupados, qué valientes, qué alegres, qué optimistas marchan por la vida! Como que el amor en los corazones jóvenes es una bomba de fuego que arde, que invade el alma, y que llena de humo la razón.

¿Verdad que ellos no oyen, que ellos no sienten otra voz ni otra razón que la que el amor da y el amor dicta? Es, tal vez, hora única de la vida en que el espíritu verdaderamente resplandeciente y en que la dicha es absolutamente efectiva.

¡Qué venturoso estado el del amor, que tiene el privilegio de llenar de ventura a quienes lo poseen y transparentarse fuera de ellos hasta alegrar a quienes lo presencian!...

Si tu amado sufre, pon tu corazón debajo del suyo para que descanse sobre él como si fuera la muelle almohada. Recoge en tus labios sus lágrimas. Pon en el amargo de su llanto el dulzor de tus besos. Arrúllale la pena y cántale para animarle, para distraerle.

Es noble que mezcles el latir de tu vida a todos esos deberes. En la vida de tu amado confunde tanto tu alma con la suya que llegue un momento en que tú no sepas cuál de las dos almas es fuente de dolor o de consuelo.

Vela el sueño de tu amado, aunque le robes horas a tu propio sueño.

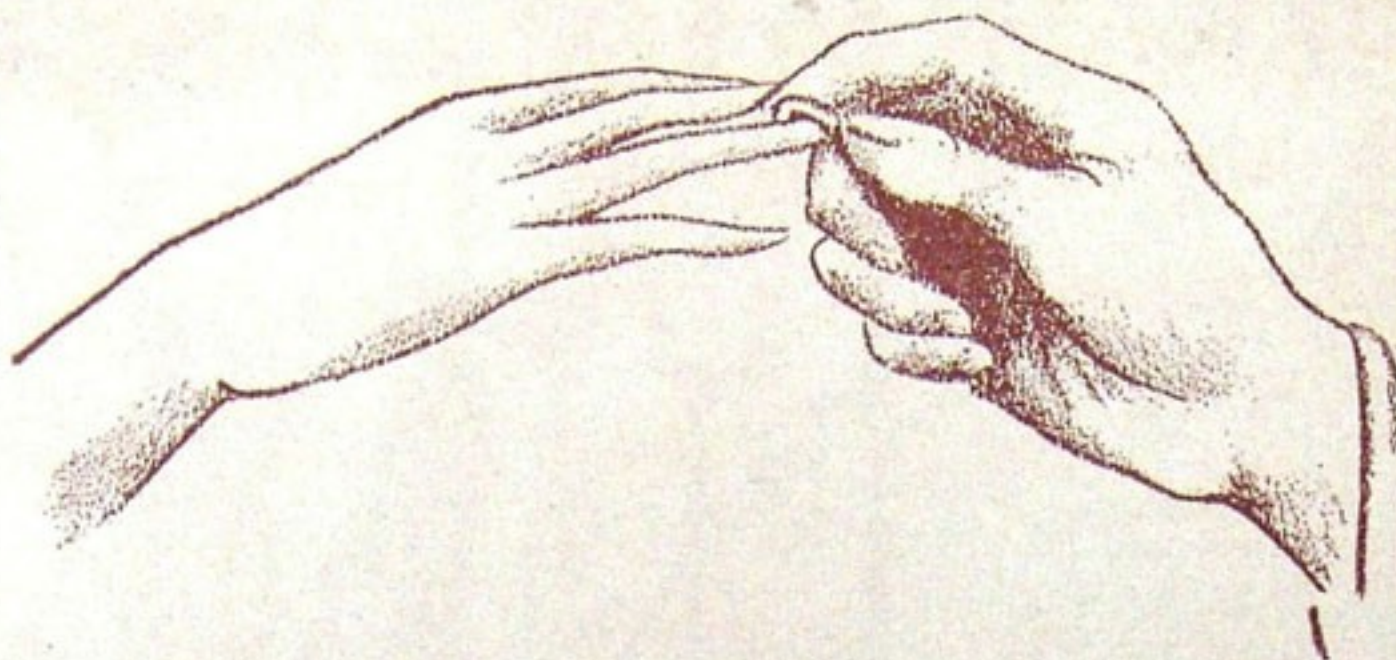
Entibia entre las tuyas la mano de aquel que sufre; comparte todo dolor entre aquellos a quienes amas y que te aman... Para eso eres mujer, para eso eres ángel bueno sobre la tierra.

Espía en tu espíritu los egoísmos que nazcan y dales muerte, sofocándolos con generosidad.

Sé samaritana por el largo camino de la vida. Sé cántaro generoso para las bocas que sufren la sed de consuelos.

Cada vez que alguien clame, sé tú generosa y pródiga, no renuncies a ser lo mejor sobre la vida del hombre y lo mejor para la vida del hombre.

Se habla con frecuencia de la edad



Ya que hay mujeres de cincuenta años que aún piensan como las de veinte.

Está probado que los mayores errores matrimoniales los cometen las jóvenes parejas. La juventud está siempre predestinada al fracaso; para eso el amor un sentimiento exagerado, encendedor y dominante. Lo prueba el espectáculo que cinco o seis años después o-

frecen muchos matrimonios. Ella procura encontrar emociones; él va de boca en boca, buscando el beso que ya no vibra en los labios de la esposa.

El matrimonio es una cuestión puramente de temperamento o de casualidad, de simpatía o de impulso. Pero realmente las parejas felices son las que llegan a la boda en una edad algo madura, cuando se han recogido enseñanzas y desengaños, donde la bondad se ha desarrollado, donde la cordura ha brotado, cuando se ha adquirido la tolerancia y la serenidad.

Nunca podrás retener por la fuerza y la imposición al hombre que una vez bostezó en tu presencia, que se aburrió frente a ti, que se sintió desganado.

¡Déjalo ir! No cierres las puertas ni los brazos. ¿Qué vale aprisionar su cuerpo si su espíritu ha volado ya? ¡Déjale ir! Peor sería que ese hombre permaneciera a tu lado, ausente de ti.

Por otra parte, ni tú, ni él, ni nadie sobre la tierra tiene derecho a sorberse trago a trago, como una medicina, la existencia ajena. ¿Qué con ella curas tu ansia de amor? Te equivocas. Eso puede ser un día, pero siempre y para siempre ¡no!...

Contra el desamor no mendiguemos nunca.

Haz una bandera con tu dignidad, y déjale marchar. Si su amor es amor, ya volverá... Y si no lo es, ¿qué más quieres que perderle cuanto antes?

En sus grandes tormentos de amor, el rey de Francia, el rey galante Luis XV, dijo esta sabia frase: "Quien amor persigue, amor le huye; quien huye del amor, el amor le persigue...".

conveniente de contraer matrimonio. Cosa que me hace sonreír, ya que hay hombres que a los veinticinco años tienen espíritu de cincuenta.

MUEBLES

en todos
los estilos,
clases,
calidades y
PRECIOS
d o n d e

RAFAEL VEGA G.

Carrera Junín
frente a la
FOTO OBANDO

Facilidades de

PAGO

Completísimo
surtido
permanente

Desde su número 60 presentará esta revista una doble página gráfica con las más bellas
NOVIAS DEL MES

Silvia WATTEAU

En CADA hora, de CADA día, de CADA semana,
 TODOS los meses del año, nuestro programa
 se lleva la palma por su Novedad y Calidad

Jueves 8 p. m.

JORNADAS
 HEROICAS

DOMINGO

6:00 Música Va-
 riada. 6:30 Para
 los amantes de la
 música. 7:10 Rosa-
 rio. 8:00 Teatro del
 Aire. 9:00 Alba del
 Castillo. 9:30 Bai-
 lables. 10:00 CBS.
 Noticias. 10:15.
 CBS. Filarmónica
 de New York.

Diario: 7:45 p. m.

EPISODIOS
 EMOCIONANTES

LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
12:00 Pantalla. 1:00 Selecciones. 3:30 Novela. 4:00 Desfile de Artistas. 5:00 Pantalla. 6:00 La Nación al Día. 7:00 La Nación al Día. 7:10 Rosario. 7:30 México Can- ta. 7:45 Episodios Emocionantes. 8:15 El Mundo en Mar- cha. 8:30 CBS. La Semana al Día. 9:00 La Nación al día. 9:15 Serenata Tropical. 10:00 CBS. Programas Musicales.	12:00 Pantalla 1:00 Selecciones. 2:00 CBS. Las Ideas no se matan. 3:30 No- vela. 4:00 Desfile de Artistas. 5:00 Pantalla. 6:00 La Nación al Día. 6:30 Fundamentos de la Conversación ingre- sa 7:00 La Nación al Día. 7:10 Rosa- rio. 7:30 Esquina de mi Ciudad. 7:45 Episodios Emocio- nantes. 8:00 Tea- tro del Aire. 8:30 CBS. Las Ideas no se matan. 9:00 La Nación al Día 9:15 Serenata Tropical. 10:00 CBS. Noti- cias. 10:15 CBS. Programas Musica- les.	12:00 Pantalla. 1:00 Selecciones. 2:00 Para los A- mantes de la Mú- sica. 3:30 Novela. 4:00 Desfile de Ar- tistas. 5:00 Pantalla. 6:00 La Nación al Día. 6:10 Salu- dos Amigos. 7:00 La Nación al Día. 7:10 Rosario. 7:30 México Canta. 7:45 Episodios E- mocionantes. 8:15 El Mundo en Mar- cha. 8:30. Música de las Américas. 9:00 La Nación al Día. 9:15 Serenata Tropical. 10:00 CBS. Noticias. 10:15 CBS. Pro- gramas Musicales.	12:00 Pantalla. 1:00 Selecciones. 3:30 Novela. 4:00 Desfile de Artistas. 5:00 Pantalla 6:00 La Nación al Día. 7:10 Rosario. 7:30 México Canta. 7:45 Episodios E- mocionantes. 8:00 Jornadas Heróicas. 8:30 Rapsodia Pa- namericana. 9:00 La Nación al Día. 9:15 Serenata Tropi- cal. 10:00 CBS. Noticias. 10:15 CBS Programas Musicales.	12:00 Pantalla. 1:00 Selecciones. 2:00 Rapsodia Pa- namericana. 3:30 Novela. 4:00 Des- file de Artistas. 5:00 Pantalla. 6:00 La Nación al Día. 7:10 Rosario. 7:30 Esquina de mi ciu- dad. 7:45 Episo- dios Emocionantes. 8:00 Variedades. 8:30 CBS Hacia un Mundo Mejor. 9:00 La Nación al Día. 9:15 Serenata Tropi- cal. 10:00 CBS. Noticias. 10:15 CBS. Programas Musicales.	12:00 Pantalla. 1:00 Selecciones. 3:30 Novela. 4:00 Desfile de Artistas. 5:00 Pantalla. 6:00 La Nación al Día. 7:00 La Nación al Día. 7:10 Rosario. 7:30 México Can- ta. 7:45 Episodios Emocionantes. 8:15 CBS. Hit Parade. 8:45 CBS. Cuarte- to Golden Gate. 9:00 La Nación al Día 9:15 Serenata Tropical 10:00 CBS Noticias-10:15 CBS Programas Musica- les.

Radio NUTIBARA
 Afiliada a Columbia Broadcasting System
 Abierta al mundo

NUESTRA PRESIDENTA DE LA REPUBLICA.—“Si las mujeres mandasen”, título de una zarzuela española, ha servido a Isabel del Mar, esposa del director de la Revista “Temas”, para abrir una encuesta entre damas distinguidas de Medellín. La crónica de Isabel del Mar, reportaje amenísimo salpicado de sanas filosofías femeninas, comprende entre otras las declaraciones de la gentil damita Consuelo Barrientos Cadavid, orgullo de los círculos musicales antioqueños. Hé aquí su “programa de gobierno”:

—“¿Qué haría yo en el poder? Al hacerme esta pregunta me doy cuenta de que nunca he ambicionado mandar y por lo tanto pensar qué haría si esto me sucediese.

Reconozco que la mujer, intelectualmente, puede ser tan capaz como el hombre, pero este campo de gobernar sí no ambiciono (tal vez por feminidad) que la mujer llegue a invadirlo.

Pero, si a pesar de todo llegásemos a gobernar. . . ¡Son tantas las cosas que hay por hacer! Después de velar por que el pueblo no sufra hambre y tenga trabajo e higiene, haría llegar hasta él la cultura. Fomentaría el arte, en forma



obligatoria, dando conciertos populares —después de formar buenas orquestas sinfónicas— y fundando un conservatorio en el cual se enseñase también baile clásico. Ambiciono que se escuche con más gusto una sinfonía que un bolero. No dejaría por ningún motivo que nuestro folklore fuese abandonado por el de otros países, como está sucediendo hoy por causa del cine.

No olvidaría el deporte, el cual debiera ser considerado tan importante como la aritmética. Parques, paseos públicos, estadiums, todo esto haría construir para que el pueblo encontrase qué hacer, además de trabajar.

Un factor que tendría muy en cuenta para la educación sería la selección de un profesorado competente y especialmente comprensivo como para saber tener autoridad sin obligar a los diferentes caracteres a ceñirse a un molde impuesto por una sola voluntad.

Comprendo que todo esto es un sueño casi irrealizable, pero un sueño es lo que me ha puesto a pensar. En medio de la realidad reconozco que los que gobiernan también pueden haber soñado todo esto, pero que tener poder y poder realizar son cosas tan diferentes, que sólo se comprenden en el caso —indeseable— de gobernar”.

Si hay alguien en el globo terráqueo que pueda mejorar este programa, que venga y lo diga. Si no hay quien dé más, nosotros votamos por Consuelo Barrientos. . .

OTRO PRESIDENTE BUENO.—El director de la Compañía teatral “Danzas y Cantares de España y América”, Joaquín Pérez Fernández, se dirigió a la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín solicitando motivos folklóricos. El presidente de la Sociedad, don Joaquín Jaramillo Sierra, atendió la solicitud de la manera más expeditiva. Nada de “nómbrese una comisión” ni “trasládese el asunto a tal sociedad”. El mismo, en persona, suministró al eminente artista Pérez Fernández la mejor demostración que se puede dar, preparándole una exhibición a cargo de los colonos y agregados de su finca.

Calcúlese el camino que se ahorraría para llegar a un espléndido resurgimiento nacionalista, si este ejemplo se repitiera millares de veces.

QUIÉN ERA EL “BARBARO”.—En nuestro trabajo culinario del anterior número de “Micro”, pusimos de aliño un grano de pimienta como un frijol al atraco perpetrado contra la Tocata y Fuga en Re Menor de Juan Sebastián Bach, por algún espontáneo encaramado en el órgano de la Catedral de Villanueva.

El joven músico Nicolás Torres, hijo de nuestro amigo don Nicolás, se nos acercó para explicarnos que él estaba reemplazando interinamente al organista de Villanueva y, por lo tanto, iban a atribuirle a él el irrespeto musical que censurábamos, siendo así que él nunca se mete con esas obras y que, además, había unos señores que estaban por esos días haciendo unos trabajos de acústica en la catedral, los cuales seguramente serían los autores del atropello.

Complacidísimos hacemos esta aclaración, en bien de la dignidad artística de este muchacho. Y, como se lo dijimos verbalmente, ya el auténtico “organista” de la Tocata se había descubierto a sí mismo, viniendo también a explicarnos de qué se trataba.

Resulta que el cabildo metropolitano contrató con el Sr. Joaquín Quijano el acondicionamiento de la acústica de la catedral, y este señor era el que hacía sonar el órgano a horas extrañas —a medianoche, por ejemplo— y en la forma que criticábamos nosotros, entrando a saco con la mencionada obra del gran Juan Sebastián Bach. El Sr. Quijano nos dijo que, aunque él fue organista en Alemania, en sus trabajos de Villanueva no le interesaba la música, sino los resultados acústicos.

Pero otra vez, que ensaye con “agua”. Así le contestaba un vendedor de perfu-

Almacén
PABLO PEREZ R.

Siempre
una
Novedad
en
Artículos
para
Hombre

+++

JUNIN No. 52-11

Teléfono 150-11
Medellín

junia

Continúa sacando
sus **Armas Secretas**
para bombardear las taquillas



JUEVES 13:



Con:
JOSE CIBRIAN
GLORIA LYNCH
CARLOS VILLARIAS

MIERCOLES 19:

**"FRANKENSTEIN
CONTRA EL
HOMBRE LOBO"**

Con: **BELA LUGOSI - LON CHANEY - ILONA MASEY**



JUEVES 27:

"Saludos Amigos"

De **WALT DISNEY** en colores

Y

**"YO QUIERO
UN NOVIO"**

Con: **GLORIA JEAN - DONALD O'CONOR**



UNIVERSAL
EA
Aberto a todos

"LA VOZ DEL TRIUNFO"

le recuerda sus principales

programas:

LUNES 8 P. M.:

"Hora Evangélica", a cargo del Pbro. Samuel Botero Restrepo.

MARTES 8 P. M.:

"Teatro del Aire".

MIERCOLES 8 P. M.:

"Minutos Bíblicos", a cargo de El Obrero Católico.

JUEVES 8 P. M.:

"Santo Viacrucis", a cargo del Pbro. J. M. Bahillo.

VIERNES 8 P. M.:

"Cadena Fabricato".

SABADO 8 P. M.:

"Hora Litúrgica", a cargo del Pbro. Fabio Ochoa.

DOMINGO 8 P. M.:

"Hora Mariana", a cargo del Pbro. Víctor Widemann.

DOMINGO 8 A. M.:

Trasmisión de la Santa Misa para los enfermos.

TODOS LOS DIAS:

7 p. m.: Radioperiódico "La Familia Cristiana", a cargo del Pbro. Andrés Sanín Echeverri.

+++

"La Voz del Triunfo"

Teléfono No. 170-61.

Apartado Nal. No. 422.

mes a un bobo que le pedía un poco para probar.

FOLKLORE ESPAÑOL.—Patrocinado por el Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación de Colombia, visita el país el Ducto Antonia Calderón y José Jordá. Su principal actuación en Medellín tuvo lugar en el Teatro Bolívar, acompañados por el eminente pianista Manuel Fuster.

Aunque la labor de este Ducto está muy lejana de los límites de lo perfecto, se destaca la preocupación muy digna de encomio del Ministerio de Educación, de estimular las inquietudes folklóricas de los colombianos, presentándoles ejemplos —los mejores que llegan por aquí— de intérpretes de folklores extraños.

Sin embargo, el recital se nos hizo pobre y árido. Jordá tiene una voz demasiado fea y Antonia Calderón tiende a subir. En sus versiones del cancionero hay hasta incorrecciones entre el dúo y el piano. Por otra parte, quieren reemplazar el colorido y tipismo inseparables del folklore con una especie de severidad académica... que no cuela. Se nos figura que así se canta en la España de Franco. Telones tétricos, indumentaria tétrica, público tétrico. Ausente toda la alegría y gracia españolas. Con dos taleguillas grises no es posible cantar indistintamente romances de Castilla, seguidillas de Triana y jotas de Aragón. La mímica y expresión de los dos cantantes recuerdan fuertemente a Buster Keaton (el Carepalo) y a Berta Singerman. Por todo lo cual y en consecuencia, hay que declarar notarialmente que el Ducto Calderón-Jordá resulta un espectá-



BANDONEON.—Francisco García, excelente bandoneonista argentino que ahora se hace aplaudir por el público de Colombia. García constituye la base de acompañamiento para Violeta Stoll, "la alondra gaucha".

culo de protocolo, frío y artútrico, indicado para almas estériles.

CONCIERTOS A GRANEL.—Es tal la abundancia de conciertos que NO hay, que verdaderamente se pasan las negras del burro buridano para escoger a donde ir. En semejante caldo por fuerza hemos de sentirnos unas solemnes ostras.

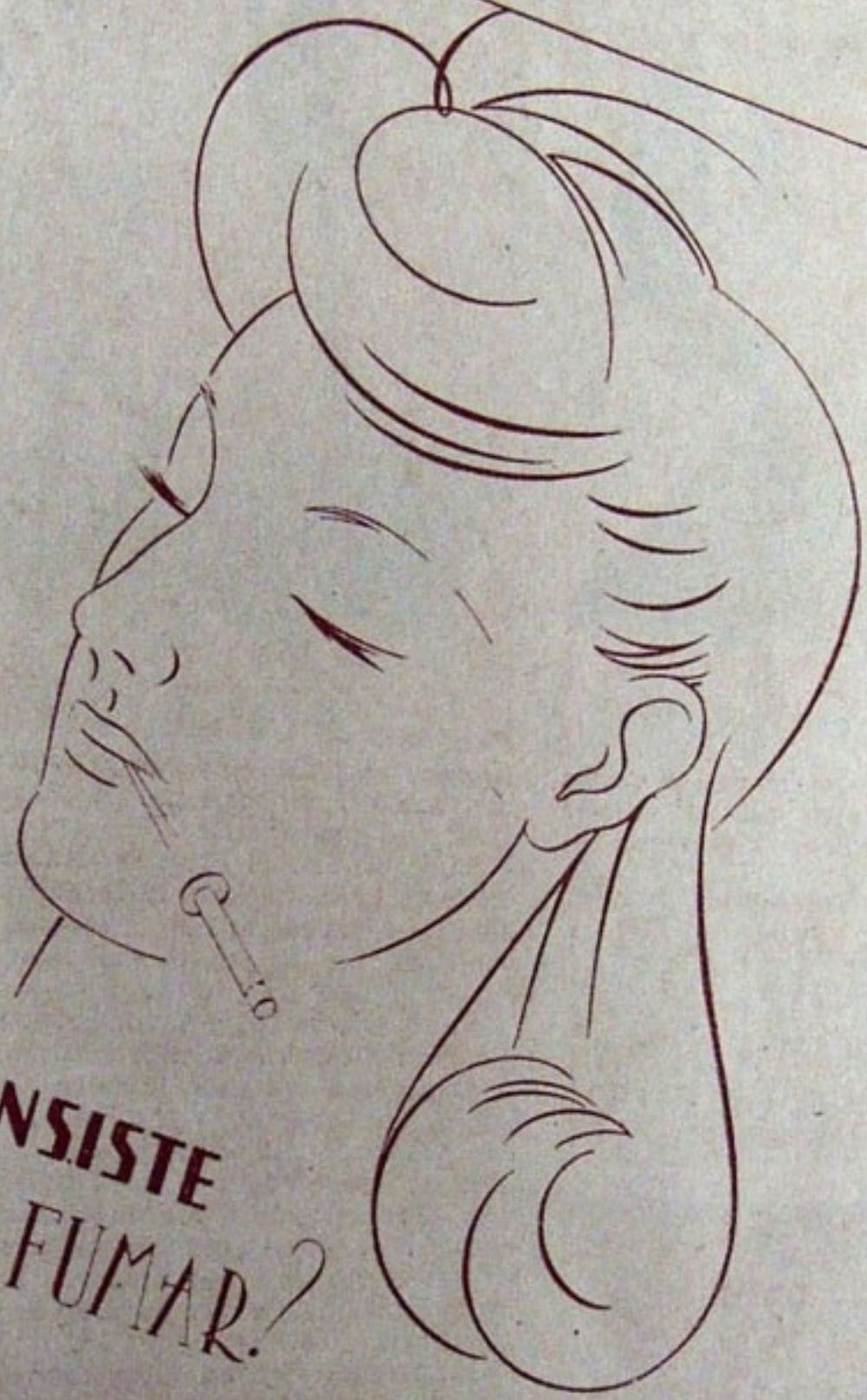
MAS INSECTICIDA.—No ha podido matar "MICRO" todos los bichos que ensayaban reseñas y comentarios musicales de los de la sopa boba. Todavía aparecen panegíricos idiotas de cosas pésimas. Es la libertad de imprenta... Y también la libertad de la inteligencia, que anda libre y no se encierra en esos cerebros ni a tiros...

CON CAPA DE SUSCEPTIBILIDAD.—En la encuesta que "MICRO" abrió sobre la transcripción del bambuco, no se pidió a nadie EXPRESAMENTE su concepto. Se dijo que se conocía la mente de algunos compositores que se citaban. Luego era precisamente la de los demás, la que se solicitaba. Así lo comprendieron talentos de la categoría de Daniel Zamudio y Jesús Bermúdez Silva, cuyos estudios honran ya la colección de "MICRO". Además, aquí no se trata de pararnos en puntillos ni susceptibilidades, sino de hacer alguna labor. No despierten dudas sobre su competencia para opinar sobre la encuesta, los que quieren perder el tiempo o desacreditar la empresa de "MICRO" buscando en nuestro lenguaje falta de diplomacia. Aquí no hay diplomáticos que valgan; ni intenciones tortuosas. Aquí se exalta todo lo que vale; se aplica el hierro candente a todo lo infecto, y ansiamos vernos vueltos trizas, en estas mismas páginas —y si lo hacen en otras, lo reproduciremos aquí,— por plumas que nos critiquen a nosotros, con la misma total ausencia de contemplaciones y con la misma honradez y respeto individual que es norma nuestra.

ZULATEGI



MEXICANO.—Hizo nueva temporada en nuestro país el cantante mexicano conocido por "el charrito negro". Varias emisoras y cadenas de cines lo programaron con buen éxito.



En QUE CONSISTE EL PLACER DE FUMAR?

Hay quienes sostienen que un buen cigarrillo produce cierta elación espiritual; otros buscan calma detrás del humo de buenos tabacos o asocian el acto de fumar con el placer del descanso corporal; hay quienes tejen sus ilusiones con hilos de azul y gris.

Con todo, el verdadero placer de fumar hay que buscarlo más bien en el sabor de los tabacos. Hojas de calidad como las que se emplean para Pielroja, producen todo el agrado de fruto en sazón; son un deleite para el sentido del gusto.

Nuestros expertos han aprendido a leer en cada hoja de tabaco colombiano todas sus características. Después de 25 años de pacientes estudios, ellos saben cuales son las clases que deben mezclarse para producir el cigarrillo más sabroso de Colombia!



QUE BIEN SABE!



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo



EDVAR HAGERUP GRIEG

EN el desfile de los meses, junio se distingue por haber dado al mundo —muy de cuando en cuando, es verdad—



IGOR STRAVINSKY



NICOLAS RIMSKY-KORSAKOFF

algunos espíritus cuya orientación revolucionaria imprimió nuevos rumbos al arte y al pensamiento.

El día 6, año de 1599, se cita en el calendario artístico como la fecha más probable del nacimiento de Velázquez, cifra y cúspide de la pintura española y precursor lejano del impresionismo.

El 10, año de 1819, nacía Courbet, cuyo realismo pictórico escindió en dos campos el panorama del arte francés. Courbet, genio insubordinado, pintó lo que veía con prescindencia absoluta de convencionalismos de escuela y de fórmulas académicas. Su arte alude casi siempre a asuntos burgueses, por él interpretados en tal forma que nos recuerda los procedimientos literarios de Balzac. Como precursor, Courbet pintó un bodegón —La trucha— y un Retrato de mujer que de hecho lo clasifican entre los iniciadores del impresionismo.

Diez años antes que Courbet, y en la misma fecha, nacía Roberto Schumann, cuyo genio llevó la escuela romántica alemana a su más alta expresión: lirismo concentrado y profundo que no tiene par en la historia musical de su raza. Y esto, sin olvidar que Schumann fue el fundador de la crítica musical —de la constructiva, se entiende—. En este terreno, le han salido tantos hijos y discípulos al pobre de Schumann, que si este resucitase en tierra colombiana se volvería loco por segunda vez al enterarse de lo que aquí se escribe con pretensiones críticas. El, que consideró la crítica musical como una nueva creación de la obra de arte!

El 15 de junio de 1843, nace Grieg, y con él la música erudita en Escandinavia. En 1834, el 19 del mismo mes, el pintor de los escenarios de baile, de los gestos frágiles y de las siluetas vaporosas de las bailarinas de la ópera: Degas, cuyo mérito principal, al decir de Paul Jamot, consistió en "hacer natural lo que de por sí constituye una verdad inédita o singular...".

21 de junio de 1908. Muerte de Rimsky-Korsakow, brujo de la paleta orquestal e iniciador de un nuevo concepto de lo pintoresco en la música sinfónica y dramática. Veintiséis años antes —un 17 de

junio— había nacido su discípulo Stravinsky, cuya obra se reveló al mundo artístico europeo a través de los célebres Ballets Rusos de Sergio Diaghilev.

Y allá, en la penumbra galante del siglo XVIII —28 de junio de 1712— veía la luz por vez primera un genial atormentado, que supo desnudar su alma para la posteridad, descubrió en el paisaje nuevos aspectos de belleza y en el alma rinconadas cuyo alumbramiento constituye uno de los precedentes del romanticismo literario del siglo XIX: Rousseau, padre involuntario de la Revolución Francesa, ante cuyos gestos heroicos y sanguinarios desplantes hubiera desfallecido de terror y de piedad el dulce y medroso amante de Mme. de Warens.

Como puede verse, si el mes de junio no es muy rico en efemérides artísticas, ha hecho surgir de lo desconocido, y también acogido en su seno a unos cuantos artistas cuyo ímpetu revolucionario rasgó en ocasiones el velo del templo: templo de los prejuicios académicos y del arte al uso de historiadores al por menor.

Treinta días cuya sucesión se repite una vez al año a través de la carrera inmóvil del tiempo: casilla sentimental, un tanto absurda e ingenua, que nos permite recordar lo que para siempre desapareció en los círculos de la nada y dividir lo indivisible: dos empeños que, por imposibles, son muy del agrado del soñador.

De las efemérides anteriormente enumeradas, hemos escogido tres fechas y tres hombres en esta ocasión.

EDVARD HAGERUP GRIEG
15 de junio de 1843.

Hace justamente un año se cumplió el primer centenario del nacimiento del célebre compositor romántico noruego. Para entonces, tuvimos el placer de traducir una breve estampa biográfica original de Helen Kaufmann, que diversas circunstancias nos impidieron publicar y que hoy entregamos a los lectores de MICRO. Dice así:

—“Los ojos de Edvard Grieg reflejaban —en sus frías y verdosas pupilas— (Sírvase pasar a la pág. 48).”

**TRIANGULO
DE COMUNICACION
ENTRE PRODUCTOR
VENDEDOR-CONSUMIDOR**



**"Radio
SANTANDER"**

BUCARAMANGA

4.775 Kilociclos

1.280 Kilociclos

Ondas Corta y Larga
simultáneamente

Afiliada a la Cadena
Panamericana de la
National Broadcasting Co.

...que al baritono Gonzalo Rivera lo tiene muy tranquilo la próxima venida de Carlos Julio Ramírez, por causa de aquello que aquí contamos de cierta cavatina.

...que la película "Anarkos" la seguirán exhibiendo sin propaganda de prensa en teatros de menor cuantía hasta sacarle los pesos que gastó el Dr. Meoz.

...que muchos "artistas" de Medellín se dejaron descrestar de herr Kats con unos rollos de 16 milímetros que vino a exhibir como muestra de su técnica.

...que Don Galán seguramente no había visto follies nunca o cree que los públicos de Colombia no son capaces de suponer siquiera lo que esa palabrita entraña.

...que Enrique Figueroa dice bambucos y pasillos con entonación de arriero paisa; pero que en cambio para canciones de otros géneros carece por completo de entonación.

...que ese señor mejicano que se presentó en la radio y los teatros con el nombre de "El Charro Negro" apenas tiene algo de negro: de charro y de cantante ni pizca.

...que a Mario Jaramillo le iba dando pataleta cuando la Colombiana de Tabaco le puso reemplazo para el Teatro del Aire coincidiendo con la nota de MICRO sobre su incapacidad.

...que a Rubayata no "le iba dando" sino que le dio la pataleta por causa de la misma nota, pues resultó ser el autor de los textos de los martes (Véase N° 57, página 74).

...que el señor Gabriel Castro recibió de Bogotá un telegrama así: "Doctor Castro, Medellín. Agradecidísima su comentario. Conchita Cintrón". (Eso es derrochar en cables!).

...que el tal telegrama acabó por ser un guiñapo, de tanto como el destinatario lo sacó para mostrarlo a sus amigos, conocidos y desconocidos. (Eso es gozar bien barato!).

...que los empresarios de Conchita Cintrón le amarraron las manos al cronista de toros, señor Rubayata, invitándolo al campo a "topar" a la rejoneadora peruana.

...que a eso se debió que la linda y valiente chica no fuera "vaciada" en el Periscopio como lo fue Juanita Cruz que no lo invitó a nada y que también estuvo desafortunada en la faena.

...que don Jaime Santamaría posiblemente se vea obligado a hacer un pequeño cambio en el nombre de su Cia.: eso de infantil ya no pega.

...que de no efectuarse el rebautizo del grupo, el público acabará por aplicarle el cuento de "la potranca" que murió de vieja.

CONTRIBUYA

USTED

 al alivio de los necesitados y desvalidos, comprando todas las semanas

LOTERIA DE MEDELLIN

"el seguro efectivo contra la pobreza"

Todas sus utilidades se destinan a obras de caridad y de asistencia pública.

NO LO OLVIDE USTED

LOTERIA DE MEDELLIN

JUEGA LOS VIERNES



UNIVERSIDAD
EAFIT

Abierta al mundo



Un saludo con Fieltrosa es mejor que otro saludo.

Fieltrosa

Realza la figura del caballero, con estilo y calidad inconfundibles.



MEJOR QUE.....

EL PREPARADO EN CASA

resulta el pan que producimos para sandwiches, para la mesa, para tostadas, etc., bajo el nombre de

PAN IMPERIAL

Se elabora con ingredientes tan puros y frescos que ni en su misma casa podría usted hacerlo mejor.

Pídalo a los Teléfonos 129-15 y 115-69.

PANADERIA IMPERIAL

Frente al Palacio Municipal por Carabobo

fundidades— no solamente el alma del artista, sino también la de su pueblo: a medida que se posaban en las partituras que escribió, impregnaban los cantos y rapsodias de un brillo nacional inconfundible, de un límpido encanto, personal y universal a un mismo tiempo.

—“Baladas, gnomos y barbudos gigantes, reyes de la montaña de pinos y de abetos, poblaron los cuentos que embellecieron la infancia de Grieg, suavemente deslizada en Bergen, donde nació el 15 de junio de 1843. Fue su genio malo un maestro alemán, que hubo de despedirlo cierto día en que por equivocación le presentó un tema y variaciones en lugar de una tarea de gramática. Su genio benéfico, Ole Bull, el amable violinista que supo comprender al pequeño compositor y que lo animó a consagrarse a la música. Y así, Grieg, que había heredado la sensibilidad artística de su madre, fue enviado al Conservatorio de Leipzig y luego al de Cristianía, en donde Nils Gade orientó definitivamente sus primeros esfuerzos.

—“En unión de su amigo Richard Nordraak, fundó en Cristianía la *Sociedad Euterpe*, cuyos miembros juraban solemnemente consagrarse al desarrollo y progreso de la música nacional. Nina Hegerup, prima de Grieg, colaboró con el compositor en forma desinteresada y nobilísima. Años después, y unida a él en matrimonio, se convirtió en la intérprete ideal de sus canciones y lo acompañó en diferentes jiras de conciertos por Alemania, Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca. Un viaje a Norteamérica debilitó la delicada salud de la compañera de Grieg, a quien la tuberculosis arrebató algunos años más tarde: sus sacrificios no fueron estériles, porque de su colaboración espiritual y artística con el genial compositor surgieron frutos de universal eficacia.

—“La suite *Peer Gynt*, relato escandinavo de una especie de Rip-Van-Vinkle que disipó su juventud en los festines del palacio del Rey de la Montaña en tanto que su madre y su esposa aguardaban en vano su regreso, es una exquisita sinfonía de programa —maravilla de colorido y de emoción— que el compositor escribió en su villa campestre durante los últimos meses de su vida.

—“Grieg escribió, a más de un célebre concierto para piano y orquesta y de numerosas obras de cámara, una serie de canciones en que estiliza grácil y delicadamente los aires populares y los cantares noruegos. A temperamentos más robustos y objetivos que el suyo abandonó Grieg las grandes concepciones dramáticas y orquestales: la música de Grieg, como su temperamento y constitución física, no es sublime, ni heroica, pero refleja en cambio —a maravilla— el encanto y la sinceridad de un espíritu soñador, de un verdadero poeta del color y del sonido.

—“Trolldhaugen, la residencia campesina en que murió Grieg el día 5 de septiembre de 1907, es venerado hoy como el santuario de la música noruega.

IGOR STRAVINSKY
17 de junio de 1882.

Fecha del nacimiento del árbitro ruso de las modas musicales del siglo XX. El autor de estas notas, mejor que exponer sus propios sentires sobre el gran compositor eslavo, ha creído mejor traducir, como en el caso de Grieg, una estampa biográfica de Helen Kaufmann, que dentro de un estilo eminentemente familiar y casi anecdótico caracteriza admira-

blemente a Stravinsky, situando su obra dentro del ambiente del cual es cifra y símbolo: el “ensayismo” revolucionario propio del arte del siglo XX:

—“La vida de Stravinsky, desde su nacimiento ocurrido en Petrogrado el día 17 de junio de 1882, ha sido una serie de atrevidos experimentos musicales. Fedor, su padre, fue un cantante de ópera que soñó con que su hijo cursara estudios de derecho. Rayaba éste, sin embargo, en los veinte años cuando conoció a Rimsky-Korsakoff. Abandonó entonces el estudio de las leyes y se unió al autor de “Scherezada” en calidad de discípulo y amigo.

—“En enero de 1906 contrajo matrimonio y se dedicó a la composición. Con un instinto certero de las modas artísticas, comprendió que los públicos y la crítica europea acogían y gustaban extraordinariamente de la ópera nacional rusa, y, en especial, de los *ballets* que Diaghilef animaba con su genio y pasaba en triunfo por el continente. Escribió entonces dos ballets que causaron sensación en París: *El pájaro de fuego* y *Fuegos artificiales*. Su nombre resonó en centuplicados ecos como el de un compositor llamado a imponerse en breve tiempo. Algunos otros de sus ballets —*Petrouchka*, *El ruiseñor*, y *La Consagración de la Primavera*— son casi populares hoy día. Los ritmos salvajes y la estructura tonal de este último causaron numerosos desmayos entre el público femenino que asistió a su estreno. En todos ellos se combinaba lo exquisito con lo terrorífico y lo pintoresco con lo humorístico en forma tal que impusieron en el mundo musical una verdadera moda. Trátase por lo demás de obras tan alejadas de un canon estereotipado como de un fácil efectismo.

—“Abandonando luego la búsqueda de grandiosos efectos orquestales y escénicos, orientó su polifacético talento hacia la composición de obras más cortas a base de conjuntos muy reducidos. Fijó entonces su mirada en los clásicos: en *Pulcinella*, encantador arreglo de un balletto de Pergolesi; en *Mavra* y *Renard*, óperas cómicas; en su Cuarteto de cuerdas y en sus piezas infantiles para piano, exprime verdaderos tubos de colores al óleo en paletas de miniatura, extrae nuevas sonoridades de los mismos instrumentos usados por las orquestas a partir del Renacimiento y nuevas armonías a base del diatonismo clásico. Su concierto para piano y una de sus Sonatas constituyen uno de sus numerosos experimentos musicales: el retorno a Bach.

—“Con su *Edipo Rey* imprimió a la estructura musical un nuevo y sorprendente giro; trátase de una especie de oratorio en latín, cuya rudeza de escritura no está atenuada por ninguna concepción al gusto predominante melódico de la mayoría del público. Esta obra, lo mismo que el ballet *Apolo Musageta* —en que Stravinsky se acerca a Tchaikowsky— y su concierto para violín, le enajenaron la voluntad y la admiración de muchos de sus amigos, quienes hubieran preferido que el maestro retornara a su primera manera.

—“Stravinsky continuó desconcertando al público y a la crítica con su *Octeto* —en que alcanza a percibirse el eco de la música de Rossini—, con su *Sinfonía para instrumentos de viento* y con su *Concierto para piano*. Nada, sin embargo, parece impedir que Stravinsky —un hombre dinámico y pulcro que usa monóculo y que a primera vista antojaríamos el gerente de una casa de banca— continúe revolucionando el arte de



Unidos por la fé...

...en la calidad de los tres tipos de VESTIDOS EVERFIT... Para obreros, empleados y patronos, la etiqueta EVERFIT es signo de máxima confianza.



EVERFIT

• LISTO Y A SU MEDIDA •

UNIVERSIDAD

EAFIT

Abierta al mundo

1960

los sonidos y el mundo de las formas y de las armonías tradicionales.

—“Su genio tiene dos profundas raíces: oriental la una y congénita, occidental la otra. Rimsky-Korsakoff y el arte tradicional ruso constituyen la primera y el arte francés moderno la segunda. Stravinsky es, en efecto, un compositor típicamente ruso cuyo poder de asimilación supera el ancestro musical de su raza. Y un revolucionario impregnado hasta el más secreto fondo de su ser por los procedimientos y las formas del arte clásico. Doble personalidad que contribuye a hacer de su obra un aporte definitivo y estable al paisaje musical del siglo XX.

NICOLAS RIMSKY-KORSAKOFF

21 de junio de 1908.

Corresponde al siglo XIX iniciar las corrientes del nacionalismo musical: cada país retorna entonces a su folk-lore como fuente de inspiración. La escuela rusa surge del movimiento romántico que a principios del siglo pasado promovieron en su patria Pouchkin, Turgueneff y Tolstoi. En 1836, el Teatro Imperial presentó en San Petersburgo una ópera de Glinka —“La vida por el Zar”—, que es el punto de partida de la escuela musical rusa y la piedra fundamental de una tendencia nacionalista de extraordinario interés.

La escuela rusa reconoce como iniciador a Glinka; como organizador a Mili Balakireff (1837-1910), que hacia 1860 reúne a cuatro compositores animados por los mismos ideales estéticos: César Cui, Borodine, Moussorgsky y Rimsky-Korsakoff, que integran el famoso grupo de “Los Cinco”.

Rimsky-Korsakoff ingresó a los 12 años de edad en la Academia Naval. A los 14, escuchó por primera vez óperas y sinfonías y a los 17 conoce a Balakireff y se inicia en los estudios de instrumentación. Después de realizar dilatados viajes marítimos por espacio de tres años, en su calidad de Oficial de la Armada Imperial, Rimsky regresa a su país, conoce a Borodine y escribe, siguiendo los consejos de Balakireff, su primera Sinfonía, ejecutada en 1865. Sigue la formación del grupo de “Los Cinco” y su amistad con Moussorgsky, cuyo primer fruto es el poema sinfónico *Sadko*.

A los 27 años de edad, Rimsky es nombrado profesor del Conservatorio de San Petersburgo en los cursos de instrumentación, composición y dirección de orquesta. Comprendiendo que su preparación técnica dejaba mucho que desear, entrégase a una labor autodidáctica de extraordinaria intensidad: su carrera pedagógica —así iniciada— ha de durar 35 años.

Por entonces comienza Rimsky a escribir para el teatro. De su primera época datan *Iván el Terrible*, *Snegourouchka* (Copitos de nieve) y *Noche de Mayo*. Instrumenta luego dos obras de Moussorgsky: *Kevantchina* y *Una noche sobre el Monte Calvo* y escribe, en menos de dos años, sus mejores poemas sinfónicos: el *Capricho Español*, *Scherezada* y *La Gran Pascua Rusa*.

El simbolismo wagneriano ejerce profunda influencia en Rimsky-Korsakoff a partir de 1888, año en que la famosa Tetralogía del Anillo del Nibelungo fue presentada en San Petersburgo.

Al último estilo del gran maestro es-

ARTE EN BOGOTA

Por ANDROS

Fecundo en toda clase de acontecimientos artísticos ha sido el mes de mayo para la ciudad capital: Feria del Libro con su correspondiente ciclo de conferencias y de conciertos; elección de nuevos directores del Conservatorio Nacional de Música y de la Escuela Nacional de Bellas Artes, los primeros ensayos y presentaciones de la Compañía Nacional de Zarzuela —éstas últimas a principios del mes de junio—, y las exposiciones del escultor Barba y del pintor Gonzalo Ariza.

EN LA ESCUELA DE BELLAS ARTES

Después de largos años de labores a puerta cerrada, bajo la égida personalista del pintor Gómez Jaramillo, un acertado nombramiento parece despejar la incógnita de la Escuela Nacional de Bellas Artes, cuyo nuevo rector, el maestro Luis Alberto Acuña, ha llegado a ella a virtud de un verdadero plebiscito del alumnado, plebiscito que en buena hora supo respetar el Consejo Directivo de la Universidad. Acuña aporta el contingente de su buena fe, de su gran capacidad técnica y estética y de su nunca desmentido idealismo, para adelantar una campaña de divulgación artística, para sacar a la Escuela de sus cuatro paredes y ponerla al servicio de la cultura artística nacional.

Con su arribo al timón de nuestra máxima institución de educación artística en el ramo de la plástica, Acuña cierra un ciclo personalista y estéril, fruto desmedrado del exclusivismo pseudo-revolucionario de Gómez Jaramillo y su grupo de amigos personales.

lavo pertenecen varias óperas y leyendas dramáticas entre las que sobresalen *La Leyenda de la ciudad invisible de Kitej* y *El Gallo de Oro*.

En 1889, Rimsky dirigió los célebres conciertos rusos de la Exposición Universal de París. Entre sus principales discípulos cuéntanse Liadov, Glazounow, Arensky, Stravinsky y Respighi.

Como características de la obra de Rimsky sobresalen las siguientes: a) Incorporación definitiva de la canción popular rusa en la música vocal e instrumental elevada; b) empleo de los antiguos modos eclesiásticos y de las escalas de tipo oriental; c) refinamiento técnico y estético llevado a su más alto grado expresivo en el terreno de la instrumentación, en cuanto Rimsky combina genialmente los timbres orquestales obteniendo así coloraciones y efectos inéditos, y d) inspiración predominantemente épica, en cuanto los elementos descriptivos priman en su obra sobre los subjetivos.

EL CONSERVATORIO NACIONAL DE MUSICA

Nuestros conocimientos del ambiente musical bogotano nos llevaron a predecir en la pasada entrega de MICRO que en la terna que por entonces barajaba la Universidad era muy probable que no figurase ninguno de nuestros grandes valores musicales: un Gustavo Escobar Larrábal, un Carlos Posada Amador, un Daniel Zamudio, un Rozo Contreras o un Bermúdez Silva. Globalmente, y con una sola excepción, nuestra cuasi-profecía quedó cumplida.

La nueva directora del Conservatorio, señorita Lucía Pérez, es pianista y profesora eminente dentro de su especialidad. Parece haber reaccionado con las injusticias, aberraciones y tropelías perpetradas en ese plantel por el señor Uribe Holguín y por sus secuaces: ha establecido en sus cargos a profesores meritorios y ha prescindido de otros notoriamente incapaces, llamados a la nómina oficial por el afán sectarista y apasionado del ex-director del Conservatorio.

Desgraciadamente, se ha olvidado de algunos elementos prestantísimos, que llamados como colaboradores suyos contribuirían a afianzar su labor y a justificar su presencia al frente del Conservatorio: nos referimos, expresamente, a Bermúdez Silva, Daniel Zamudio y Rozo Contreras.

Esperemos que los cambios anotados en el personal de profesores correspondan a un cambio fecundo en la orientación de las labores docentes y sociales del Conservatorio.

LA FERIA DEL LIBRO

Con éxito completo transcurrieron las épicas jornadas de la Feria del Libro, en que los libreros hicieron su agosto vendiendo malas ediciones a precios corrientes y en que la sección de Extensión Cultural del Ministerio, al igual que la de Cultura Popular, desarrollaron un ataque a fondo sobre la opinión pública por medio de conciertos, recitales, audiciones y conferencias.

Con la única excepción de la conferencia del maestro Rafael Maya, la literatura desencadenada por la Feria del Libro carece en absoluto de significación, como es el caso del discurso del señor Ministro de Educación Nacional, pieza hueca y oratoria que revela una pobreza alarmante de ideas.

Muy meritoria resulta, eso sí, la labor editorial del Ministerio, que con motivo de esta Feria preparó nuevos volúmenes

CIRCUITO ANTIOQUIA

TEATRO MARIA VICTORIA

Presentará las siguientes producciones de Estreno Exclusivas:

"LA LUZ QUE AGONIZA"
Charles Boyer — Ingrid Bergman

"DOS EN EL CIELO"
Spencer Tracy

"AQUI VIENE UN HOMBRE"
Carlos Julio Ramírez — (Tecnicolor)

"EL ANGEL CIEGO"
Margaret O'Brian

"LA SEPTIMA CRUZ"
Spencer Tracy

"DOS NOVIAS PARA UN MARINO"
Carlos Julio Ramírez

"LA CRUZ DE LORENA"
Jean Pierre Aumont

"K I S M E T"
Ronald Colman — Marlene Dietrich (Tecnicolor)

"E V O C A C I O N"
Irene Dunne

"AURORA DE SANGRE"
Margaret Sullavan

Todas de Metro Goldwyn Mayer

Superproducciones en español de Regios Film

"ROMANCE REBELDE"
Jorge Negrete

"MIGUEL STROGOFF"

De Clasa Film Mundiales

"CHINA POBLANA"
María Félix — en colores

"LA MONJA ALFEREZ"
María Félix

"DIVORCIADAS"
Blanca de Castejon

"EL GLOBO DE CANTOLLA"
Mapy Cortés — José Cibrian

"LA TREPADORA"
Ma. Elena Márquez

"A M O K"
María Félix

"EL CORSARIO NEGRO"
Pedro Armendáriz

"MURALLAS DE PASION"
Elvira Ríos

y en sus teatros

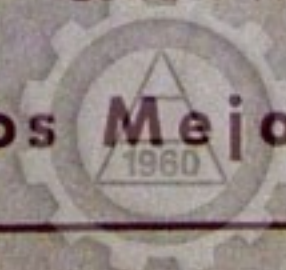
Buenos Aires - Medellín - Salón España y Balkanes,

las mejores producciones de las siguientes marcas:

Metro Goldwyn Mayer - Paramount - Columbia - Warner Brothers - 20th Century

Fox - Regios Film - Clasa Film Mundiales - Cónдор Film y Cueto Film.

"Las Mejores Películas en los Mejores Teatros"



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

Lotería de Medellín

"EL SEGURO EFECTIVO CONTRA LA POBREZA" EN EL SORTEO EXTRAORDINARIO Nro 679

verificado el 2 de Junio de 1944, resultó favorecido el número 6622 y fue cobrado por los siguientes:

Banco Comercial Antioqueño de esta ciudad para uno de sus clientes	\$ 50.000.00
Hijos de Alejandro Echavarría y Cia. Ltda. para un cliente suyo de una población de Antioquia	10.000.00
Misael Betancur Gil, policía Municipal de Medellín	5.000.00
Carmen Restrepo de González y Nicolasa López, de oficios domésticos	5.000.00
Jorge E. Villa y Mariela Gómez, zapatero el primero y fabricante de estuches para alhajas la segunda	5.000.00
Leonardo Zuleta Cataño, carpintero en esta ciudad	5.000.00
Tulia García Saavedra, de oficios domésticos en esta ciudad	5.000.00
Roberto Ramírez Estrada, jefe hornero en la Empresa Siderúrgica	5.000.00
José M. Londoño Molina, dueño de un granero en la carrera Palacé de esta ciudad	5.000.00
Victor Grégory Arias, dueño del Café Arrabal en la carretera de La América	5.000.00
SUMA.....	\$ 100.000.00

"SIACO"

Agencia de Fincas Raíces

especializada en la

VENTA DE
NEGOCIOS ESTABLECIDOS

El lema de

"SIACO"

e s

Comprar Caro a los
Vendedores

Vender Barato a los
Compradores.

Pida Detalles a:

"SIACO"

Apartado Nacional 226

Teléfono 160-34

de su ya muy extensa colección de Cultura Popular.

UN CONCIERTO RUSO DE LA BANDA NACIONAL

Bajo la batuta del maestro José Rozo Contreras, la Banda Nacional de Bogotá presentó a principios del mes de mayo próximo pasado un bello concierto de obras de compositores rusos, ejecutado en honor de la Embajada Soviética de Bogotá.

El concierto se abrió con una magistral instrumentación del Himno de la U. R. R. S., trabajado con exquisito esmero por el maestro Rozo. La Gran Pascua Rusa, de Rimsky-Korsakoff; la Noche sobre el Monte Calvo, de Moussourgsky y la Suite Cascanueces, de Tschaikowsky, integraron este significativo programa, que fue cálidamente aplaudido por un público que, como es ya costumbre, comprende en todo su valor social y educativo la obra que nuestro compatriota, director y compositor eminente, viene adelantando entre nosotros.

Es significativo el hecho de que este concierto, ofrecido a la Embajada Soviética con muchas semanas de anticipación por el maestro Rozo, hubiera merecido los honores de una réplica anticipada por parte de la Orquesta Sinfónica Nacional, que bajo la égida de su actual director se ha especializado en capitalizar iniciativas... ajenas.

LAS EXPOSICIONES DE BARBA Y DE ARIZA

Ramón Barba, escultor español incorporado ya —definitivamente— al ambiente bogotano, es un artista concienzudo y tenaz, que viene explorando sistemáticamente nuestro ambiente racial para darnos de él versiones vigorosas, trabajadas con excepcional honradez y con extraordinaria fuerza.

La exposición que de sus últimas obras presentó en los salones de la Biblioteca Nacional constituyó una prueba definitiva de su sentido de la materia plástica, de su dominio total de la forma y de su maestría técnica.

Si el maestro Barba se limitase a que sus obras hablaran por él, y evitara el asumir ciertas actitudes incompatibles con su calidad de extranjero y de artista, —porque hay que convenir en que su robusta personalidad lo lleva en ocasiones a ambicionar para sí lo que ni los más meritorios artistas nacionales suelen conseguir—, estimo que su obra no encontraría las resistencias que de ordinario suscita en un amplio sector de nuestra vida artística e intelectual.

Gonzalo Ariza es otro gran trabajador. Aunque nos dé la sensación de pintar pensando en el futuro comprador de su obra mejor que en su arte, no puede negarse que es uno de los artistas mejor dotados de nuestra época. Con motivo de su última exposición, ciertos críticos le han anotado que a pesar de su dominio técnico

se encuentra alejado de sí mismo, que todavía no ha encontrado su propia entidad, ni madurado suficientemente, ni dialogado profundamente consigo mismo.

A no dudar, se trata de una etapa de transición en su estilo que llega a afectar, incluso, su concepto del arte y de la vida, como que Gonzalo Ariza tiene que olvidar en estos momentos todo lo que de política y de colorido aprendió durante sus años de estudio en el Japón: cuando en su corazón Bochica reemplace a Hirohito, el artista puede considerarse redimido y nos ofrecerá la abundante cosecha de su arte, sutil y magistral de ordinario en su aspecto técnico.

LA COMPAÑIA NACIONAL DE ZARZUELA



Esta agrupación, bajo la dirección artística de Elías del Hierro y la musical del maestro José María Tena, acaba de estrenar en Bogotá una zarzuela de ambiente criollo: "El Regreso", libreto de Ricardo del Castillo y música de Tena.

En su interpretación han participado Alcira Ramírez, Pepe León, Guillermo Ramírez, Ma-

río J. González y otras figuras muy conocidas del teatro, el cine y la radio.

El intento de instaurar entre nosotros el reinado de la zarzuela española, previamente adaptada a nuestras costumbres y a nuestra sensibilidad, nos parece muy meritorio en realidad, aunque ignoramos si nuestro público sepa corresponder a los esfuerzos de los autores e intérpretes.

El libreto de "El Regreso" es muy acertado y abunda en pasajes y situaciones felices, de auténtico sabor criollo. Su desenlace, en cambio, parécenos excesivamente melodramático, fuera de tono dentro del ambiente natural del género chico.

La música es muy expresiva y demuestra que el maestro Tena ha sabido colocarse en el terreno del colombianismo, sin descender por ello a concesiones de mal gusto. De su partitura sobresalen las partes concertantes, en especial, algunos coros de singular belleza. También, las canciones y arietas de los primeros actos.

Sólo felicitaciones merecen del Castillo y Tena, gentiles amigos a quienes nos complace felicitar muy de veras por su noble labor artística, de tan auténtico sentido colombiano y de tan hondas proyecciones culturales.

Con pleno conocimiento de causa, el autor de estas notículas intrascendentes prescinde de muchas actividades, y de algunos hechos y sucesos de la vida artística de Bogotá; sobre todo, de aquellos que han sido supervalorados por una crítica interesada o previamente comprometida al elogio incondicional.

CP168

Cualidades PROPIAS



Yolanda Vásquez de la Cruz, cuyas interpretaciones del "bel canto" reflejan sus CUALIDADES PROPIAS de escuela y estilo.

La agradable combinación de levadura, lúpulo y cebada y su sabor inconfundible, son CUALIDADES PROPIAS de PILSEN, la cerveza predilecta de los buenos catadores.



PILSEN
La cerveza del mejor sabor



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

RAFAEL MAYA: CONSIDERACIONES CRITICAS SOBRE LA LITERATURA COLOMBIANA. Librería Voluntad, S. A. Bogotá, 1944. 146 páginas in f.

La aparición de un nuevo libro del maestro Maya es acontecimiento literario que no puede pasar desapercibido en nuestro país, en cuanto el insigne poeta payanés ocupa un lugar privilegiado en nuestras letras. Privilegiado y único, como que, desaparecido el maestro Valencia, corresponde al autor de "Coros del mediodía" y "Después del silencio" el cetro de la lírica colombiana.

La obra que hoy nos ocupa ha suscitado diversos comentarios, aviesos algunos, laudatorios otros. Y también, abundante cosecha de quejas a la sordina, alusiones veladas y descontentos hablados y escritos. Lo que resulta natural después de leer estas **Consideraciones críticas**, obra de análisis de la realidad literaria colombiana, enfocada con un criterio penetrante y afirmativo, pero ligero e insuficiente en ocasiones.

En catorce capítulos, el panorama literario de nuestro país se estudia desde un punto de vista francamente tradicionalista y católico, que no impide la comprensión de las manifestaciones más a-

vanzadas de la prosa y del verso. Comprensión que lleva a Maya al comentario directo, o a un discreto silencio que, en ocasiones, resulta más molesto para ciertas gentes que una crítica adversa.

Abunda la última obra del maestro payanés en profundas consideraciones de carácter histórico y estético en torno a los grandes temas y a los grandes nombres de nuestra literatura: se inicia con los primeros escritores de la república y sigue un plan que en parte resulta cronológico y en parte enfoca la materia globalmente, por géneros y escuelas. Dos capítulos de meditaciones sobre el estilo cierran el libro, en caudaloso desfile de fecundos conceptos.

De la posición tradicionalista de Maya nos habla muy claro en esta obra la extensión con que trata los grandes valores literarios de derecha: un Carrasquilla o un Gómez Restrepo, por ejemplo. Extensión que contrasta con el comentario escueto que le merece la obra de Barba Jacob, de Silva o de Carlos Arturo Torres, máximo ensayista colombiano. En ocasiones, el enfoque crítico resulta muy poco afortunado, como en el caso de Pombo, poeta que reflejó en sus versos todas las inquietudes del romanticismo universal, impregnándolas de un acento americanista inconfundible.

Porque, al fin y al cabo, resulta curioso el hecho de que el maestro Maya consagre a Luis López de Mesa siete páginas de denso y elogioso contenido a tiempo que en su libro no resultan merecedores de párrafo aparte ni Carlos Arturo Torres, ni José Eustasio Rivera, ni Tomás Carrasquilla, ni de mención especial Octavio Amórtegui, y muchos valores jóvenes que, no por estar olvidados de los círculos de poetas y escritores de moda, valen menos ni pesan más. Los honores que en el libro de Maya no merecieron ni Carlos Arturo Torres, ni José Eustasio Rivera, ni Tomás Carrasquilla, se tributan en cambio a Silvio Villegas, máximo simulador de cultura y periodista que con el tiempo está condenado a desaparecer de nuestra historia literaria, al igual que muchos otros nombres a quienes el maestro Maya concede en su libro demasiada beligerancia.

Con el debido respeto, y admirando sin restricciones los grandes aciertos de forma y de fondo que desde la primera hasta la última página encontramos en las **Consideraciones críticas**, antojásenos esta obra inferior a todas luces al denso contenido de los ensayos críticos que integran los dos primeros volúmenes de **Alabanzas del hombre y de la tierra**. Indudablemente, la última obra del gran poeta y del inimitable prosista que coexisten en Rafael Maya se resiente de una cierta precipitación que no se aviene con la serena y nobilísima labor creadora que en el campo de la crítica había ya realizado.

Lo que no obsta para reconocer que las **Consideraciones críticas** encierran profundas observaciones, juicios atinadísimos y una visión personal y feliz de muchos problemas de crítica y estética. No otra cosa podría esperarse del admirable escritor y del insigne poeta a quien sus amigos llamamos, cariñosa y emocionadamente, **el maestro**.

ALDOUS HUXLEY: EL JOVEN ARQUIMEDES. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires 1943. Colección "La Pajarita de Papel", N° 13. 215 páginas. Dibujos y viñetas de Luis Seane.

Traduce directamente del inglés Leonor de Acevedo. En esta obrita, y bajo el título citado, se coleccionan cuatro narraciones cortas del célebre escritor inglés: **El joven Arquímedes**, **Los Claxton**, **Cura de reposo** y **El monóculo**.

Estos cuentos nos presentan un Aldous Huxley muy distinto, pero no menos admirable que el autor de "Contrapunto": son relatos de grande intensidad dramática, saturados de un profundo contenido psicológico de estirpe freudiana. Entre todos, preferimos el primero, que no es otra cosa que la historia dolorosa de un niño prodigio italiano, en quien el dón matemático y la afición musical se manifiestan espontáneamente desde muy temprana edad.

Cura de reposo es, en cambio, un episodio pasional que nos recuerda la técnica de Guy de Maupassant y, a ratos, lo mejor de Zola. **El monóculo** es francamente expresionista por su técnica, y nos sumerge en un mundo larvado por oscuras esquizofrenias, al estilo de al-

Lea Cuidadosamente Este Aviso!

17¢ DE INVERSIÓN y 30 MINUTOS PRODUCEN DE \$100 a \$800
DIARIOS DE ESTUDIO DURANTE 30 MESES
 DIARIOS Si Ud. toma una especialización MENSUALES
 con las **Escuelas Internacionales por correspondencia**

Marque Ud. el ramo que le interese con una X y envíenos el cupón -

<input type="checkbox"/> INGENIERIA CIVIL	<input type="checkbox"/> SANITARIA	<input type="checkbox"/> HIDRAULICA	<input type="checkbox"/> F.F.C.C.	<input type="checkbox"/> CARRETERAS
<input type="checkbox"/> ARQUITECTURA	<input type="checkbox"/> RADIO	<input type="checkbox"/> MECANICA	<input type="checkbox"/> QUIMICA	<input type="checkbox"/> TELEGRAFIA
<input type="checkbox"/> ELECTRICIDAD	<input type="checkbox"/> VAPOR	<input type="checkbox"/> MOTORES	<input type="checkbox"/> DIBUJO	<input type="checkbox"/> LOCOMOTORAS
<input type="checkbox"/> PROPAGANDA	<input type="checkbox"/> COMERCIO	<input type="checkbox"/> IDIOMAS	<input type="checkbox"/> FRENOS DE AIRE	

— TODOS LOS CUPONES Y PAGOS DE NUESTROS CURSOS SON EXCLUSIVAMENTE EN MONEDA COLOMBIANA —

NOMBRE _____ DIRECCION _____ CIUDAD _____

En esta forma continúan sirviendo a sus alumnos las

ESCUELAS INTERNACIONALES

[Edif. Central No. 506 - Medellín]



Emisora "Siglo XX"

A LA CABEZA DE LA RADIODIFUSION ANTIOQUEÑA

*Ofrece a su Sintonía amenos
y variados Programas:*

RADIO - DIGESTO

(Comentarios)
DOMINGOS 8:30 p. m.

ESTAMPAS MUSICALES

(Coca Cola)
DE LUNES A SABADO
8:30 p. m.

VIENTOS DE BORRASCA

(Dramatización)
GRUPO TEATRAL "SIGLO XX"
LUNES, MIERCOLES, VIERNES
8:45 p. m.

NOTICIERO B. B. C.

(Desde Londres)
Diariamente 7:00, 9:00 y 10:15 p. m.

HOROSCOPO

DOMINGOS 9:15 p. m.

**DESDE HOLLYWOOD
EN GUERRA**

(Variedades)
DOMINGOS 7:30 p. m.

Permanentemente

los mejores
programas musicales

APRENDAMOS INGLES

MIERCOLES y SABADOS
8:15 p. m.

Historiogramas Radiales

(Por Luis Lalinde Botero)
JUEVES 8:00 p. m.



Abierta al mundo

Gratis

Cualquiera de las siguientes mundialmente famosas revistas:

- "SELECCIONES",
un año, 12 números.
- "SINTESIS",
un año, 12 números.
- "PAPELES",
un año, 12 números.
- "ATLANTIDA",
seis meses, seis números.
- "LA CHACRA",
seis meses, seis números.
- "CHABELA",
un año, 12 números.
- "AMENIDADES",
un año, 12 números.
- "VANIDADES",
seis meses, doce números.
- "LEOPLAN",
seis meses, doce números.
- "PARA TI",
tres meses, 15 números.
- "BILLIKEN",
tres meses, 15 números.
- "EL GRAFICO",
tres meses, 15 números.
- "LA FAMILIA",
cinco meses, diez números.
- "SUCESOS",
dos meses, ocho números.
- "CINE MUNDIAL",
un año, 12 números.
- "NORTE",
un año, 12 números.

para los primeros cincuenta suscriptores al club de libros

"CLUBESA"

que acaba de abrir

"EL PALACIO DEL LIBRO"

"SI SU BIBLIOTECA QUIERE FORMAR, CON "CLUBESA" PUEDE EMPEZAR.

Boyacá, contiguo al Royal Bank.

gunas de las novelas cortas de Dostoievsky.

Sólo elogios merece, no sólo la publicación de estos relatos breves del gran creador novelesco que ha renovado completamente las formas tradicionales del género, sino también la traducción, pulcra, atinada e inteligente, característica común a todas las publicaciones de esta deliciosa colección argentina, que dentro del panorama editorial americano ocupa sitio de preferencia en el ánimo de los bibliófilos de hogaño.

Porque ya era tiempo de que el común de los lectores conociese a Huxley —valor fundamental de la nueva literatura de lengua inglesa— en versiones distintas a las publicadas por ciertas editoriales chilenas que —dicho sea de paso— debieran incluirse en una especie de lista negra literaria, por atentatorias de los derechos del autor y del respeto que se debe a los lectores del continente.

Eduardo Schuré: WAGNER. EL GENIO CREADOR A TRAVES DE SUS OBRAS. Ediciones "Suma", Buenos Aires 1943. Colección "Música y Músicos" N° 2. Trad. de Gastón Gómez Lerroux. 341 páginas. in. f.

Edouard Schuré, filósofo y escritor francés del siglo pasado, fue uno de los primeros admiradores franceses de la obra wagneriana, a par de Gautier y de Baudelaire. La obra que se acaba de traducir y editar en la Argentina fue considerada durante muchos años como el Evangelio de la doctrina estética del gran creador alemán y en su lectura se formaron muchas generaciones de diletantes europeos.

Es una obra de acento y contenido románticos, pero de extraordinaria penetración por lo que dice al aspecto literario y filosófico del autor de la Tetralogía. En diez y seis capítulos, Schuré estudia la obra de Wagner con amoroso entusiasmo, empleando para ello un estilo pintoresco y verboso, aunque contenido casi siempre por ese sentido innato de la medida que tan característico resulta en pensadores, artistas y escritores franceses.

La obra, aunque dedicada preferentemente al comentario de la obra del profeta de Bayruth, relata en los primeros capítulos algunos recuerdos personales del autor, que conoció a Wagner, conversó con él y disfrutó de su amistad. Refiere también las principales circunstancias que acompañaron la gestación y la presentación de las grandes obras wagnerianas, analiza los argumentos y concluye con dos capítulos de extraordinario interés histórico para el conocimiento del grado de comprensión que alcanzó la gran reforma wagneriana entre sus contemporáneos: el primero de estos dos últimos capítulos se titula "Puesto que ocupa Wagner en la historia del teatro"; el segundo, "El genio de la música y el porvenir del arte". Ambos, constituyen una fervorosa apología de la teoría dramática del autor de Parsifal y una visión personal interesantísima de la evolución del teatro lírico, desde los griegos hasta la época wagneriana.

No fue Schuré un musicólogo propiamente dicho, pero su cultura excepcional le permitió captar algunos de los aspectos más interesantes de las realizaciones wagnerianas. Al leer esta obra conviene, sin embargo, recordar que los románticos exageraron frecuentemente el contenido filosófico de la obra de arte,

atribuyéndole en ocasiones una trascendencia metafísica rayana en el delirio. Defecto inherente a una época que, como ninguna, creyó en la eficacia práctica de las ideas filosóficas y en el "arte docente" y a la cual pertenece, y de la cual es concreción altísima, el mismo Wagner.

Con esta obra, las Ediciones "Suma" de Buenos Aires llegan al tercer volumen de su colección musical, brillantemente iniciada por Miguel Raux Deledicque con su extensa biografía crítica de Chopin y lamentablemente continuada con una mala traducción de una obra meramente anecdótica e increíblemente superficial: "La vida tormentosa de Beethoven", de Ricardo Specht.

C. H. KITSON: THE ART OF COUNTERPOINT. Ediciones de la Universidad de Oxford, Segunda edición. The Clarendon Press, Londres 1939. 344 páginas con numerosos ejemplos musicales.

Es este hermoso tratado uno de tantos volúmenes cuya adquisición debió a la gentileza del Consejo Británico, que por intermedio de la Legación de Inglaterra me ha hecho llegar una verdadera biblioteca de musicología, integrada por las mejores publicaciones de la Facultad de Música de la Universidad de Oxford.

El tratado de Kitson se divide en dos partes: en la primera se estudia el contrapunto clásico en todas sus especies, sobre ejemplos tomados de los grandes polifonistas italianos, españoles, franco-flamencos e ingleses del siglo XVI. En la segunda, se analiza el contrapunto moderno, concediendo especial importancia a su aplicación a la música instrumental de los siglos XVIII y XIX.

Un método claro y ordenado sigue el autor en la exposición de esta ciencia musical, fuente inexhausta de prodigiosas combinaciones a la cual han retornado los más grandes valores de la música moderna. Agotado el estudio de las especies del contrapunto simple, el autor trata de las diversas combinaciones del compuesto o florido y dedica dos capítulos finales a las modalidades del contrapunto vocal y a las posibilidades del instrumental.

La obra agota prácticamente la materia y, según entiendo, es considerada en Inglaterra como un texto clásico, algo así como el Tratado de Contrapunto de Gastoué, para los franceses.

PAREJA.—Antonia Calderón y José Jordá, hicieron larga y exitosa temporada en radios, teatros y cabarets de Bogotá y Medellín.



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

UNDERWOOD SUNDSTRAND



La máquina de sumar
por excelencia.

Nos quedan unas
pocas máquinas.

RAMON PELAEZ & CIA. Sucesores

TELEFONO: 107-87

*Anunciamos
porque creemos
en Propaganda!*

PROPAGANDA
BOGOTA



EPOCA LTDA.
MEDELLIN

UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo



Periscopio, Segundo Frente, apertura de festivales, producción de cuentos y quizás de algún libro, correspondencia con sus admiradores de todo el orbe, discusiones telegráficas con Juanita Cruz, suministro de primicias informativas a los amigos de su círculo, mantienen atareado a Ruba. Esta es la silla gestatoria de su ingenio.

Nuestro Rubayata quiso perpetuar en la placa fotográfica su regocijo por la llegada de su amigo Franco a la capital española, allá por los días en que Argain tenía el 100% de la sintonía nacional y Ruba la jefatura de redacción del diario donde hoy es colaborador con derrotero ideológico y control cuidadoso.

No sólo en la estatura y la coló se asemeja el escritor a don Simón Bolívar. Los lectores pueden ver bien aquí que hay otras similitudes: la arrogancia, la suficiencia, el perfil quizás, y, sobre todo, la chispa del genio que se le sale por los ojos. Y pensar que Camilo Correa, don Nadie, se atrevió a criticarle unos textos de radio!

COMPLACIENDO A RUBAYATA

Juan Roca Lemus, *Rubayata*, se salió de madre a causa de la notícula que en la edición pasada me permití pergeñar alrededor del programa llamado Teatro del Aire. Me puso negro y verde por tan inusitado atrevimiento, pues —según su modesto entender— no soy quien para glosar actividades literarias de quien, como él, es una especie de Fénix de los Ingenios redivivo para beneficio de "El Colombiano" y sus lectores...

Y hube de conceder la razón al inteligente y ameno operador del periscopio matinal: en realidad mi idoneidad literaria no está en tela de juicio sino que —ya juzgada y pesada por otros y por mí— pasó a declararse mediocre, falla, nula, ausente. Lo que me imposibilitaba para criticar la colaboración de Ruba en el decano de la prensa diaria antioqueña... pero no para emitir mi concepto sobre sus actividades radiotelefónicas. Desgraciadamente el periodista ocañero ha quitado la o a su gentilicio y mediante la mutilación se convirtió en cañero, más que cualquier antioqueño: a él no hay quien le pise siquiera la sombra en lo de "reventar ingenio" para todo. Y para decirlo se olvida de que las

yegüitas viejas que impulsan el mayal en los trapiches también "revientan ingenio"... de azúcar.

—Lo que te pasa a vos, me decía Juan Roca, es que tenés rabia contra la Colombiana de Tabaco porque no te ha dado anuncio para la revista.

Y fue donde Juancho se clavó hasta el tope: porque MICRO tiene contrato permanente de anuncio con la Cía. Colombiana de Tabaco; bien lo saben los encargados de la publicidad en esa firma industrial. Pero nadie lo culpa de su error porque a nadie se le exige aquí que haga o piense distinto a lo que sus posibilidades le permiten: Rubayata nos mide a nosotros con el cartabón de su propia estatura, ése que le hace elogiar a quien le paga o le adula, y denigrar de quienes no sean de su rosca o su grupo patrocinador. Así hube de hacérselo notar, con el compromiso de ponérselo en claro con abundancia de detalles en esta edición. Y éstos son los detalles, dos apenas, que bastan para respaldar lo que digo:

Vino a Medellín la torera Juanita Cruz y tuvo una actuación deslucida. Suficiente motivo para que Ruba posara de periodista independiente, "vaciando" a la diestra hispana —a pesar de que por ser hispana y ser derecha ya el escritor debería haberse comportado mejor—:

Admirables por su
BELLEZA

si los crían con
Banarina



Así con todo y su beatífica sonrisa —y el eterno buscar de un sucio en el ojo derecho, que todos le conocemos—, este señor “se le atravesó” a Rubayata cuando una empresa industrial le pensó pagar enormes cantidades por unas glosas radiales. Luis Ramos se llama el envidioso y es gerente de La Voz de Antioquia. (Ver contexto).

Los saboteadores generalmente esconden la cara, al menos en las películas. De ahí que Hernando Téllez haya sido pillado en reversa cuando se ocupaba en sabotearle un trabajo a Rubayata. No obstante la pérfida labor, el trabajo le fue entregado enterito a nuestro escritor... porque en país de ciegos el tuerto es Calibán. Digo rey.

Mismamente que hoy el Libertador ocupa elevados pedestales en las plazas principales de las ciudades y en los corazones de cinco repúblicas, Rubayata verá su estampa “baja de estatura y morena de coló” vaciada en bronce. Así lo cree él y para lograrlo vacía a todo el mundo y se opone a que le discutamos sus actuaciones en vida.

no uno sino varios Periscopios dedicó este comentarista imparcial a maltratar de palabra a la torera, en un todo acorde con el sentir popular: pésima tarde había sido la de Juanita. Los lectores se hicieron lenguas del valor del periodista “que no carga agua para nadie y llama a las cosas por su nombre”.

da de tener la revista los anuncios de esa firma. Pero no se inculpa aquí a Rubayata: con dos adagios disculpamos su

actitud: “el errar es humano” y “de la abundancia del corazón habla la lengua”. Penoso es, en cierto modo, tener que

Vino luego una torera-rejoneadora peruana: Conchita Cintrón. Su actuación no fue menos opaca que la de Juanita, según la opinión unánime de quienes pagaron por verla. Suficiente causa para que el periodista soltara otra media docena de periscopios comprobatorios de su imparcialidad alquitarada. Pero ello fue imposible porque los empresarios de Conchita habían invalidado al señor Roca: una invitación al campo a la llegada de la rejoneadora, complementada con otras muestras de simpatía más substanciosas fue bastante para coser la boca al defensor oficioso de los taurómanos. Las desafortunadas faenas de la peruana produjeron dos galeras de ditirambo firmado por Rubayata, el comentarista de quien los lectores esperaban el desquite de los diez pesos pagados por la pésima corrida.

Y es ése el que se manifiesta energúmeno porque en la insignificante revista MICRO nos permitimos criticar un programa de radio en el cual él escribe los textos “literarios”. Consecuente con su manera de obrar, nuestra actitud al criticar una audición radial de anunciador “grande” tenía que parecerle exteriorización de amargura: con lamentable error por la circunstancia ya anotada

En las frutas
su exquisita madurez.
En la Mujer
su atractivo personal

Vista con telas
Coltejer

UNIVERSIDAD
1960

Abierta al mundo

fatigar a los lectores con una larga tirada referente a tan insignificante pleito. Pero no puedo incumplir con el periodista amigo en lo de ampliar la notícula del número pasado. Porque otro de los "cargos" que tuvo a bien lanzar contra quien esto escribe fue este muy especial: "MICRO ataca diciendo sí porque sí y no porque nó, sin exponer razones". Es decir, cree Ruba que todo el mundo está obligado a garrapatear un metro de columna periodística, como mínimo, para decir algo. Como así le acontece a él... Veinte líneas, que fue nuestro comentario adverso a la literatura mediocre empleada como continuidad en el Teatro del Aire, no podían parecer suficiente a escritor tan prolífico y frondoso. De ahí que acceda yo a destinarle buen espacio de esta edición, con perjuicio de los habituales lectores de MICRO.

No se dijo aquí que ese programa fuera malo "porque sí". Y a las pruebas me remito trascribiéndolo todo en honor de Ruba:

"LEYENDAS.—Las que se hacen para los programas del Teatro del Aire son lamentables: los martes una cursilería que por poca cosa no cae en lo ramplón. (Unas greguerías traídas por los cabellos, y aquello de *vamos al aire!* o eso otro de *vámosle dando!* que... bueno, es la quintaesencia de lo chabacano). Y los domingos unos discursos ho-

rripilantes, escritos en prosa frigorífica unas veces y anestésica otras, completamente fuera del tono, de la movilidad que debe imperar en programas encaminados a entretener instruyendo. Para completar el cuadro —o el descuadre— Mario Jaramillo dice lo de los martes con énfasis de vendedor de específicos, y Tulio Fernández lo de los domingos "en tiempo de entierro". En resumidas cuentas, el Teatro del Aire está resultando: los martes Circo del Aire y los domingos Anfiteatro del Aire".

Así, exactamente, decía la notícula que puso energúmeno al veterano periodista. Digan los lectores si hay o no hay "razones" en ella. Al menos lo que yo creo razones, naturalmente discutibles por cualquiera, máxime por el interesado o los interesados. Sin rodeos ni miedos se da ahí una opinión sobre el programa en general, sobre las greguerías *agilísimas* de Rubayata, sobre las locuciones, sobre la literatura helada de los domingos, sobre la cursilería que es tono general de los martes rubayateños, etc. Así que el escritor santandereano podría muy bien rechazar las razones pero no apelar al trillado recurso de negarlas. (Y aquí me toca aclarar que, para la fecha de la comentada notícula, las continuidades de los domingos no las escribía Rubayata: actualmente sí, pues el anunciador cambió la prosa pesada por la cursi, dando innegable atractivo

popular al programa... Y que las locuciones aquellas quedaron reemplazadas por la muy eficaz de Marcos Eusse, voz y estilo que llevan la primera fila en oficio de tanta responsabilidad).

Y continuó complaciendo al camarada. Con perdón de los lectores. Para decir unas palabras sobre el delirio persecutorio de esta cumbre intocable del periodismo nacional. En ese plan se expresó así: "Lo que pasa es que aquí no pueden ver a nadie comiendo! Cuando, después de buscarme dos meses, me localizó el jefe de propaganda de la Colombiana para encomendarme los programas, tuve que empezar a soportar la persecución, el sabotaje de los envidiosos. Primero Luis Ramos se me atravesó impidiendo que se me entregara la locución, con el resultado de cercenarme el sueldo en un cincuenta por ciento; luego Hernando Téllez me sabotó la parte de los domingos haciendo que se le confiara a otra persona, con otro recorte del sueldo como consecuencia; y ahora vos —vos soy yo, Camilo Correa— estás tratando de que se me quite el resto. Si querés le digo a la Colombiana que te entregue la redacción de esos guiones..."

Y como en su día lo dije verbalmente al furibundo y delirante "autor", no creo que la Colombiana lo haya buscado dos meses, por varios motivos, entre otros el de que por mucho que él se esconda siempre es fácil localizarlo; no

La Casa de los Millones

La Super-comedia Argentina que está batiendo todos los records!!!

SERA PRESENTADA SIMULTANEAMENTE EL

SABADO 15

en el Granada

Matinee, Vesp. y Noche

0.40 y 0.15

con

LUIS SANDRINI

OLINDA BOZAN

Teatro
COLUMBIA

(En Buenos Aires)



SABADO 15

en el Colombia

Matinee, Vesp. y Noche

0.15 - 0.25 y 0.35

Dos horas de risa
viendo la mejor
comedia del año!

No se la pierdan!

UNIVERSIDAD
Granada

"El más popular de la ciudad"

creo que Luis Ramos, en su calidad de gerente de La Voz de Antioquia, tenga interés en atravesarse a un fulano que va a escribir unas malas leyendas para uno de tantos programas de su emisora; no creo que Hernando Téllez, en su carácter de director artístico o colaborador de programaciones, tuviera interés en sabotear a alguien a quien no podría envidiar en ese terreno, aparte de que no es él persona para intrigar por centavo de más o menos; y no creen los lectores —ni lo cree el mismo Rubayata— que yo quiera quitarle el resto de ese pan tan amargo: vivo de otras entradas, no tengo un nombre literario para ofrecer a ningún anunciador y me tiene sin cuidado que los forasteros coman tranquilos en Medellín. Más: si por acaso la Colombiana pensara en confiarme lo que Rubayata denomina equivocadamente "guiones", yo cedería el pago al escritor suplantado: me bastaría el placer de enseñar a un columnista político la diferencia que hay entre escribir sobre Mamatoco y redactar textos para radiodifusión. Hacer guiones es cosa que no todos podemos, estimable camarada. Y continuidades —que es lo que usted hace— tampoco resultan bien a quienes no conozcan el repertorio musical, la capacidad de los artistas, la sicología del radioescucha. Como prueba de ello está la medida de pata que usted dio en cierto programa con Antonia Calderón y José Jordá: que le informen en La Voz de Antioquia lo que el español comentó al oír una de sus originalísimas e ingeniosísimas greguerías.

Continúo. El día de marras me manifestó Rubayata: "no estoy dispuesto a permitir que cualquiera critique mis actividades". A lo cual respondí y pongo por escrito: el estilo y las ideas del señor Juan Roca Lemus —sobre todo el estilo, pues la ideas generalmente no se le notan— no han sido criticados por MICRO en lo que atañe a diarismo. Pero entrando el consagrado escritor al campo de la radio, ya cambia la cosa. Aunque arda el mundo he de escribir aquí mi pensamiento en cuanto toca con radio, cine, teatro, folklore, etc. sin pararme en la omnipotencia de las personas a quienes deba referirme. El límite de mis opiniones es mi propia conciencia, y los linderos de las palabras usadas se hallan en la ley de prensa. Y si cualquier día amezco ganoso de extender el radio de acción de la revista, no habrá temor para cumplir ese deseo: algo ha de servirle a uno ser dueño de sus actos, dueño del vehículo en que escribe y dueño de una mente tal vez no brillante de figuras retóricas pero sí lúcida de ideas sanas.

Risa causa que sea Rubayata quien intenta poner coto a la libre expresión de las ideas en la prensa! El, que a todos superó en la diatriba, que a fuerza

de escribir opiniones atrevidas fue declarado no grato al periodismo, que se reservó las opiniones hasta que lo tuvo a bien —y hasta que le fue quitado el puesto público que lo hizo enmudecer—, que con la misma desfachatez llama negro a lo blanco y blanco a lo verde si así le conviene a su deseo, pretende ahora rodearse de inmunidad e impunidad, prevalido de su auto-endiosamiento. Es el más inteligente, el más instruido, el más conservador, el más derechista, el más cercano émulo de Cervantes en el estilo, el más semejante a Simón Bolívar en la estampa, el más mordaz en el panfleto, el más demoledor después de Laureano Gómez y antes de Montalvo, el más versátil de los comentaristas, el más ima-

ginativo de los cuentistas —sin omitir para el más aquello de "La Caja"—, el más amigo del general Franco, el más temido del general Miaja, el más temible enemigo del comunismo, el más grande apologista de la libertad y de Bolívar, el más envidiado por sus colegas, el más informado de los estrategos de café, el más alto exponente del nazionalismo colombiano, el más acreditado coronador de reinas y discursador de festivales veintejuleros...; y por lo tanto no puede soportar que un Perico de los Palotes llamado vulgarmente Camilo Correa "se meta con él". Hasta razón tendrá. Pero como el tal Perico escribe en propiedad, habrá que soportarlo.

(Quiero explicar qué es eso de que Ru-



... a mi
también
me encanta
el excelente

CHOCOLATE

Sanson



El alimento básico de la familia

PUBLICIDAD CRONIO

Abierta al mundo

TRIALTO

(Bolívar x Moor)

SABADO 15

Soberbio estreno

LAS MIL Y UNA NOCHES

con

MARIA MONTEZ

JOHN HALL

SABU

La más grandiosa, gigantesca y espectacular super filmada íntegramente en Colores naturales!

ALAMEDA

(Colombia x Tenerife)

SABADO 15

Soberbio estreno:

"EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO"

con

JOSE CIBRIAN

GLORIA LYNCH

CARLOS VILLARIAS

La épica leyenda de dos príncipes que lucharon a muerte por el trono de Francia!



MAJIJA

El único ciudadano de Medellín que no ha sido acusado de tener envidia a Rubayata. Por algo será...

ba se siente sosías del gran caraqueño: en uno de aquellos famosos Periscopios-vaciadas para Juanita Cruz, el columnista decía muy campante que "en la estatura y la color" y no sé que otras señas se asemejaba él al Libertador).

En caso, muy posible, de que el camarada no tenga suficiente con estas digresioncillas —como él las llamará pues jamás las aceptará como materia de discusión— quede encomendado al número 59 de la revista otra ampliación: para ella bastará la trascripción de unas cuantas de las famosas leyendas radiofónicas que a martes y domingo tenemos que soportarle los radioescuchas. Eso sí será definitivo: el mismo inimitable estilista podrá ver en ellas cómo los buenos nadadores se ahogan a causa de la confianza que van cogiendo en sus ponderadas facultades.

CHAUVINISMO.—Con motivo de haber conseguido el profesor Pietro Mascheroni su licencia para trabajar en la radio, los colegas —sus colegas— armaron el lío mayúsculo. No se quedó cuerda por halar a fin de impedir que La Voz de Antioquia repusiera al director italiano en el puesto que anteriormente tuvo en aquellos estudios. Nuevamente salió a relucir el socorrido recurso tinterillesco de los comunicados, carteles, pliegos, memoriales y demás, todo firmado por un sindicato o federación de músicos que quiere aparecer como representativo de todo el gremio, cuando en realidad de verdad es una camarilla al servicio de dos o tres individuos. Se insultó al profesor Mascheroni, se sacó a evidencia todo lo que los atacantes creen deshonesto, se intrigó, se amenazó y, por lo visto, salió adelante la campaña pues el artista no ha llegado a los micrófonos.

Una vergüenza, sin más ni menos: Mascheroni ha hecho por la cultura popular de Antioquia en sus diez años de labor en Medellín, lo que sus detractores nunca iniciaron siquiera en una larga vida. La obra de Mascheroni en la radio —siguiendo la que en La Voz de Antioquia iniciara el maestro Tena— no puede com-

pararse con lo que los "artistas" intriganes pudieron realizar encastillados en su maloliente chauvinismo, en sus sesiones presididas por Incapacidad y Dolor del bien ajeno. El señor Pedro Pablo Santamaría —coordinador e impulsor de la ridícula ofensiva de hoy— ha reconocido, cuando así convino a sus intereses, la idoneidad del italiano. Por eso ahora no puede siquiera hablar de que el señor Mascheroni esté eficazmente reemplazado por don Jaime Santamaría en la dirección musical de La Voz de Antioquia: sus malévolos ataques no pueden pasar de la cantinela aquella que ya tanto le conocemos: que si el pan de sus compañeros, que si la protección a sus artistas antioqueños, que el orgullo patriótico, que si el *desinterés*, que... que en fin, todas las monsergas antes esgrimidas con motivo de los concursos en que no ha podido obtener un premio, o de cualquiera otro evento que no lo tenga a él como eje.

Lo que Medellín debe a Pietro Mascheroni por su Cía. Antioqueña de Opera, no podrán jamás entenderlo los que rodean al señor Santamaría. Descontando desde luego el interés que el músico italiano tiene en tal obra: ni él ni nadie está hoy para quijotismos. Pero se puede ser honesto y hacer labor plausible —altruista, aunque parezca paradójico— al mismo tiempo que se buscan utilidades. Y es eso algo que el señor Santamaría y sus áulicos nunca pudieron hacer. Con excepción del profesor Bravo Márquez —a quien este departamento y el país todo deben la creación y sostenimiento de un Orfeón— ninguno de los músicos raizales puede exhibir una hoja de servicios que sirva para enorgullecerlo. Componer pasillos y bambucos —así sean ellos magistrales como lo son los de don Pedro Pablo Santamaría— es nada para merecer el agradecimiento público y entrar a la historia.

A mi entender —y con ello apenas conseguiré ganar otro mérito ante los músicos locales para la fama que vienen dándome de extranjerista, de antipatriota— el grupo que sigue la política cavernaria de don Pedro Pablo Santamaría está retardando el progreso artístico de su ciudad y su departamento. Los alumnos de piano que hoy nos enorgullecen y constituyen un bello futuro espiritual para Antioquia, tomaron lecciones de Mascheroni, Manighetti, Fuster; los de violín aprendieron de Matza y Salazar —extranjero para los músicos locales hasta el momento en que lograron sindicalizarlo—; tuvimos una Opera cuando Mascheroni la realizó tomando base en elementos genuinamente populares, en su mayoría desconocidos; el profesor de canto que tenemos —don Gabriel Mejía— no nació aprendido: fue a tomar lecciones a Europa, es decir, aprendió con extranjeros; un tenor Luis

Macía que tenemos no se hizo por indicaciones de los señores Santamaría: sus profesores están en Bruselas; las dotes maravillosas de una Alba del Castillo van en descenso notable desde que el extranjero de Mascheroni dejó de ser su director y el antioqueño Santamaría la tomó bajo su conducción; la bella voz —la más bella de cuantas hay en el país— de una Gilma Cárdenas salió a la popularidad gracias al extranjero de Mascheroni... Y sería cosa de no acabar si fuera a quedar completa la lista.

Tenemos que convenir en que Colombia —y mayormente Antioquia a quien el gobierno central mantiene prácticamente abandonada en materia de arte— apenas se inicia en estas cosas. Tener "oído" y ser nacido en el parque de Berriño no son factores suficientes para conducir la música, para formar los directores del mañana. Los esfuerzos que nuestros músicos —meros ejecutantes de algún instrumento en su mayoría— hacen aparentemente a favor del arte en su tierra, están enfocados en tal forma que sólo un resultado pueden obtener: estancar lo que tengamos en potencia, estorbar el adelanto de los que ya empiezan a abrirse paso, crear un ambiente de incomodidad e inseguridad que en cualquier momento nos dejará sin profesores idóneos. Cuál de los señores del sindicato de músicos de Antioquia se cree capacitado para reemplazar a Mascheroni en la batuta de la Opera o en la orquesta de la primera emisora, a Joseph Matza en las lecciones de violín y a doña Luisa Maniguetti en las de piano en el Instituto de Bellas Artes? Cuando estén listos esos "repuestos" y todos —alumnos y público— estemos convencidos de que en realidad "encajan", enarbole el sindicato la bandera del criollismo absoluto: MICRO lo secundará. Mientras tanto dejen trabajar y conténtense con hacer la parte de trabajo que buenamente pueden hacer.

DISCULPAS.—Tengo que dar muchas a los lectores del ambiente radial. Porque en estas ediciones últimas he tenido bastante abandonados los temas menudos de la vida artística relacionada con radio, como son TEMPERATURA DE PROGRAMAS, NOTICIAS DE LOS ESTUDIOS, etc. Formalmente hago el compromiso de normalizar este asunto desde el número 60. Y no en el 59 porque ha de ser ese 60 el marcador de la revista-tipo que a través de cinco años vengo buscando.

OPERATICAS.—En la actualidad está en temporada la Cía. Nacional de Opera, con su anterior elenco y nuevas figuras. Aún no han llegado por MICRO datos concretos sobre el éxito o lo otro de esta temporada. Creo, naturalmente, que lo otro no se registre. Por otra parte, la Cía. Antioqueña de Opera se apresta

a su tercera temporada en Medellín, seguramente para luego salir por varias ciudades en jira que todos esperamos hace tiempo. El profesor Mascheroni se muestra seguro del suceso que esta presentación ha de tener.

La Cía. de Opera de la Costa Atlántica, dirigida por los señores Biava (músico italiano veterano en estas cuestiones) y De la Riera, no salió muy bien librada económicamente en su intento de "penetración" artística en Barranquilla. Las taquillas no correspondieron al esfuerzo de los directores, a pesar de que el elenco estaba encabezado por figuras de carácter nacional.

El bajo Humberto Pasos, antioqueño que tuvo que irse a Bogotá para lograr que se diera oportunidad de lucimiento a sus facultades, estuvo casi un año en Medellín, actuando para La Voz de Antioquia. Ahora ha regresado a la capital para ocupar su puesto en la Opera Nacional. La Cía. antioqueña no le dio cabida, a pesar de que los directores no niegan que este muchacho es elemento muy valioso en su género.

TEATRALES.—La Cía. Nacional de Revistas Musicales, que empeñosamente viene sosteniendo el ciudadano suizo Robert Allaz, ha terminado su segunda jira. Campitos, Meyer y Elsa Subiría se hicieron aplaudir estruendosamente en los departamentos del Valle, Caldas y Antioquia. Ahora está el grupo en Bogotá posiblemente preparando nuevas sorpresas para una tercera *tournee* nacional. Este espectáculo es de lo más agradable y limpio que el país haya visto: ojalá siga adelante. En la jira que acaba de terminar sobresalió la pareja integrada por Julien de Meriche e Irma Bonola, bailarines y parodistas de gran mérito.

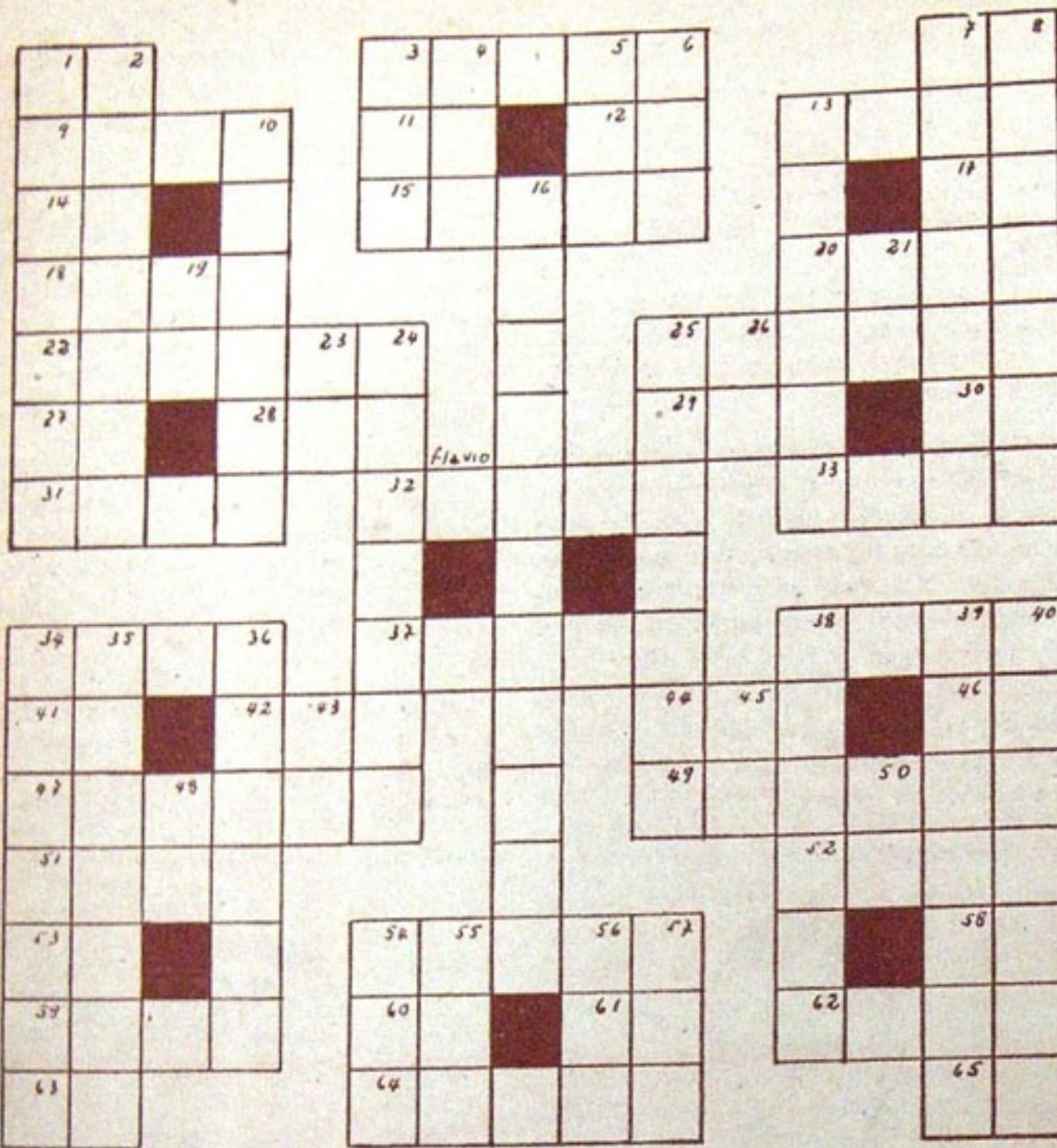
ZARZUELA.—El grupo denominado "Frutos de la Montaña", fundado y dirigido por el señor Jaime Santamaría, puso *El Conde de Luxemburgo* en el teatro Junín. Su éxito negativo puede demostrar que ya el público empieza a cansarse de niños precoces, máxime cuando de los niños apenas queda memoria por razón de los varios años que han corrido sobre el elenco desde cuando con razón se denominó Cía. Infantil.



SALUD...! Y MAÑANA
O. K. Gómez Plata
(tienen el prestigio de lo que nunca falla)

UNIVERSIDAD
 Abierta al mundo

SI TIENE TIEMPO SOBRANTE



HORIZONTALES

- 1 Río de Europa (Inv.)
- 3 El mejor magazín colombiano.
- 7 Interjección. (Inv.)
- 9 Boca córnea de las aves.
- 11 El mejor.
- 12 Vocales distintas.
- 13 Artefacto para dormir.
- 14 Interjección. (Inv.)
- 15 Curar, aliviar.

- 17 Repetido, dios de las fiestas. (Inv.)
- 18 Una o varias cosas separadamente.
- 20 Estuve muerto.
- 22 Hotelucho, albergue. (Inv.)
- 25 Que se estiman.
- 27 Nota de la escala.
- 28 Reza.
- 29 Oxido de calcio.
- 30 Sociedad Anónima.
- 31 Rezas.

- 32 Planta iliácea de la que se extrae el acíbar. (Pl. Inv.)
- 33 Patos.
- 34 Coger, agarrar.
- 37 Nombre de mujer.
- 38 Acostumbrar.
- 41 Virtud.
- 42 Demostrativo.
- 44 Río de Europa.
- 46 Hiedra de la China.
- 47 Apellido.
- 49 Agata listada alternativamente de colores claros y oscuros. (Pl.)
- 51 Nombre de persona que dio origen al de un vicio. (Inv.)
- 52 Acuerdo de dos o más personas para encontrarse en un lugar determinado.
- 53 Preposición inseparable.
- 54 Oriundo de Arabia.
- 58 Nota de la escala. (Inv.)
- 59 Nombre de mujer.
- 60 Ciudad de Caldea.
- 61 De usted. (Inv.)
- 62 Destino, estrella.
- 63 Pronombre.
- 64 Afán, ligereza.
- 65 Carta de la baraja.

VERTICALES

- 1 Obscurecido, sometido a opacidad.
- 2 En el toreo, peón de pica.
- 3 Adverbio de cantidad.
- 4 De éste modo. (Inv.)
- 5 Vía, calle, camino.
- 6 Escuchar.
- 7 Cariñosa, amante.
- 8 Prendas de vestir.
- 10 Crepúsculos.
- 13 El director...
- 16 Ciencia de adivinar el porvenir por medio de evocaciones.
- 19 Entrega.
- 21 Palabra inglesa que traduce viaja, va. (Inv.)
- 23 Repetido se usa para arullar. (Inv.)
- 24 Alfiler que se usaba en los sombreros de las damas.
- 25 Que ya no es, no sirve.
- 26 Repetido se usa para llamar a la madre.
- 34 Apúrrese, preocúpase.
- 35 Períodos de tiempo.
- 36 Vaso en que se depositan óleos.
- 38 Solos, sin otros en su especie.
- 39 Líquido de sabor acre, obtenido en la oxidación de ciertos alcoholes.
- 40 De color rosa (Pl.)
- 43 Dativo y acusativo. (Inv.)
- 45 Negación. (Inv.)
- 48 Preposición inseparable.
- 50 Corporación Industrial.
- 54 Tuna, espina. (Inv.)
- 55 Consonantes repetidas.
- 56 Autobús.
- 57 Demostrativo.



ANIBAL UPEGUI
MEDELLIN

DISEÑO Y REALIZACION DE MARCAS, ETIQUETAS,
CARTELES,
FOLLETOS.

TELEFONO: 138-15

+
PUBLICIDAD
GENERAL

+



57 Demostrativo.

"ANTONIA SANTOS"

(Continuación de la página 15)

ASESOR MILITAR

Actuó en las batallas un pelotón de soldados de la Escuela de Artillería, bajo la dirección del capitán del ejército Manuel Prada Fonseca.

Las armas y cañones fueron facilitadas por el Musco de la Escuela de Artillería.

PARTE TECNICA

El personal técnico que intervino en "Antonia Santos" es el siguiente:

Director: Miguel Joseph y Mayol.

Ayudante: Gabriel Martínez.

Argumento: Doctor Elio Favio Echeverri.

Guión Cinematográfico y Diálogo: Gabriel Martínez.

Consultores históricos: Horacio Rodríguez Plata y Belisario Mathos Hurtado; de la Academia Colombiana de historia.

Fotógrafos: Salvador Castello y Domingo Torres.

Laboratorio: Domingo Torres.

Iluminación: Enrique Bello.

Maquillaje: Max Factor, aplicado por Humberto Onetto.

Decorados: Ing. Renato Martínez.

Ing. de Sonido: Guillermo Schroeder.

Sistema de sonido: C. E. S.

DICEN ELLOS...

GABRIEL CASTRO, refiriéndose a la reproducción de *La Macarena* que publicamos en nuestra edición pasada: "Eso es terrible! Carece en absoluto de perspectiva, pues la perspectiva tiene que ser vertical". (Debió ser dibujante o por lo menos arquitecto, el señor Castro).

SAMUEL PARRA, en uno de sus fantásticos programas desde el Bosque: "Señora, usted puede adquirir una bella cartera sin derogación". (Seguramente se refería el señor locutor a una cartera sin ministro).

ANTONIO HENAO, haciendo el maestro de ceremonia para el último programa teatral de Mario Jaramillo: "Concurridísima concurrencia: vamos a tener el gusto de presentar a nuestra Alba del Castillo en imitaciones de Shirley Temple, Marta Domínguez, las hermanitas Oviedo, Libertad Lamarque, Elvira Ríos, Grace Moore y algunas otras expresiones de música de cámara". (Comentarios a cargo del lector).

L. C. MEYER, anunciando su propia interpretación del bolero "Cartagena" que tantos aplausos le ha merecido: "Seguidamente voy a tener el honor de presentarles una interpretación del bolero "Cartagena", del compositor mejicano Adolfo Mejía. (Pensar que el negro Meyer, costeño, aún no sabía que Mejía es su coterráneo!).

CURIOSIDADES...

ALBA DEL CASTILLO (por mal nombre Libia Ochoa) creyó del caso a-

pelar a imitaciones para sostener su nombre artístico. Ahí la vimos en el Junín haciendo caricaturas de artistas conocidas, posiblemente muy logradas como caricaturas pero desdorasas para el crédito artístico que ella ha ganado personalmente. El arte de imitación, señorita del Castillo, es apenas un recurso para quienes no tienen nada original para explotar. Usted vale mucho cantando y a eso debe seguir dedicada.

MARIO JARAMILLO se presentó al escenario del Junín, con el teatro lleno, para el tercero de sus programas humorísticos. Y saben ustedes lo que hizo? Sacó los chistes anotados en un papelito y, delante de los espectadores, iba "chuliando" los ya usados. Algo despampante, sólo creíble por tratarse del público medellinense que siempre tragó entero cuanto le dieron. El caso no es original: el señor Joaquín Fuster se había dado el lujo de tocar un concierto leído, previniendo al público de que se veía obligado a ello por no haber podido prepararse lo suficiente.

"ANARKOS", película que el señor Kats hizo milagrosamente "de hojitas", está pasando por lo más bochornoso que a una película puede pasarle: que la exhiban a escondidas...! Como suena: por ninguna parte se ven anuncios de esta superproducción, pero en ciertos teatricos de barrio se proyecta, previa exhibición de trailers. Como quien dice, proyecciones privadas para públicos de excepción. Por lo tanto puede decirse que "Anarkos" es una cinta de grandes proyecciones... privadas.

UN HEROE DE LOS DE DURA CERVIZ

(Viene de la pág. 25)

Y como si éste fuera el final más sublime y suntuoso que podía tener su relación, el mulato se lamió los labios en tanto que los ojos le chispeaban.

Tengo para mí que si tal es la opinión de este hombre, serán pocos los que no la suscriban: ningún premio tan digno de la honradez sostenida a pesar de la ignorancia y de las situaciones tirantes y comprometedoras de la miseria, ningún galardón tan hermoso para esa buena fe que no vacila, ni que mejor le cuadre el trabajo duro y heroico, contra el cual nada valen estorbos ni peligros inminentes, como esa bendita paternidad llena de halagos y retribuciones divinas, en que el corazón enamorado y la creadora fantasía hallan la realización, no siempre sospechada, de aquellos sueños vagos e informes, aunque luminosos, que deslumbraron el espíritu y le dejaron el anhelo de una ventura poética y desconocida.

Esos individuos que entre la infracción de la ley divina y los tormentos de la miseria, entre el sacrificio de la honra y el de la existencia, optan por el hambre y el desamparo de los hijos, o por una muerte segura, miserable y aun trágica; esos héroes tanto más sublimes cuanto más oscura es su condición y más ignorado el culto que rinden al carácter; esos hombres de dura cerviz hasta para dejarse convencer de las conveniencias que resultan de no hacer muchas migas con la honra y llevar el pundonor en el forro del vestido, constituyen, a no du-

darlo, el más sólido cimiento de las instituciones sociales, son la sal que impide la corrupción de éstas, y merecen, por lo mismo, algunas consideraciones de los que están arriba, y ejemplo bueno y saludable que en vez de la perversión comuniquen noble estímulo.

Tenga la República esa clase de ciudadanos, y aunque no falte tal cual bribán pegado de la ubre, no habrá quien no exclame regocijado como el mulato Manuel: "Hijue la mujercita pa saber criar hijos!".

Camilo BOTERO GUERRA



Entrañas de Niño

NOVELA CORTA DE
TOMAS CARRASQUILLA

Este escrito es sacado de unos papeles viejos y ajenos. Su publicador actual lo dedica, como poquedad de agradecido, a la noble dama Doña María Jesús Alvarez de Villegas. (Medellín, junio de 1906).

Memoria: si fuiste el combustible de tu hermana la inteligencia y el terreno propicio para tu amigo el sentimiento, fuiste, también, el consuelo de los pequeños, de los vencidos y de los tristes. Ayúdame en esta vez, memoria amable, que tengo de recordar futilidades y tiempos muy distantes. ¡Ea, pues, amiga!

— I —

Vivíamos en El Silencio, a pocas cuadras del villorrio donde vine al mundo. Al través de los frutales y sembrados, parecía desde casa un montón de escombros polvorientos y miserables. De su centro se elevaba enantes, como tronco carcomido, la torre vetusta de una iglesia que ya no existe.

El Silencio, que por herencia de mi

madre había ingresado en el patrimonio de la familia, era una finca extensísima con mucho monte en las cumbres, dehesas en las faldas, tierras de pan llevar en vegas y laderas, varias casas, bastantes barracones y tinglados y muchísimas agregaciones y dependencias.

“La casa de los amos”, que decían los labriegos y que habitábamos siempre, era un ejemplar un tanto raro en las regiones antioqueñas. Un mi trisabuelo,

español de la cepa, según cuentas, y de las Encartaciones, a lo que entiendo, debió de reproducir en aquel caserón algún otro más o menos solariego, más o menos señorial; algo que le fingiese en la extranjera breña el lar paterno, la merindad querida, la patria vasca, a donde nunca jamás debía tornar. Lo digo porque aquella vetustez es chapetona, genuinamente chapetona, en conjunto y al por menor. Tiene partes de un vi-

so, partes de dos, pavimentos de enormes ladrillos trenzados a la diagonal, o de bambas anchísimas, aseguradas con unos clavos que ni los de Cristo. El roble y la piedra campean por todas partes. Los pilarones, cuadrados, con talladuras en forma de tulipanes y de peras, terminan en zapatas desmesuradas, de tres atravesaños, curvados a estilo arábigo; las vigas, biseladas y con relieve, llevan rosetas y modillones. Un decadente colonial cometi6 en puertas y alacenas, en balaustradas y ventanas, las figuras todas de la ret6rica churrigueresca. Los goznes y los pestillos, las bisagras y las fallebas, parecen de calabozo. En el pin6culo de aquella techumbre empinada y conveja, se alza, solitaria y atrevida, una veleta de bandera, con una cruz en la punta.

Jam6s profanaron las ma6eras con pintura alguna: lo remitieron al tiempo. El les ha dado esa p6tina gris, apizarrada; esos golpes negruscos, especiales, que el colorista m6s h6bil apenas si se atreve a imitar.

Al tenor del continente era el contenido: armarios y pupitres de copetones prolijos e historiados; arcones con patas de garra y esfera; sillas conventuales con guadamaciles grabados y remates de talla; **cuja**s con barandaje de balaústres y palitroques; tarimones, mesas, y esquineras, con arnillas cortadas en picos, en ondas, en garabatos; marcos de cuadros que denuncian la mano paciente de un benedictino. Sabe Dios d6nde habr6n parado aquellos retratos que se destacaban imponentes en los muros encajados de la sala. Mi antecesor de marras — Taita Gori, que decimos sus descendientes — un viejo muy rasurado y de gran cumbamba, est6 de casac6n rojo, coleta y espad6n; lleva el sombrero bajo el brazo izquierdo; est6 muy compungido y de hinojos, ofreciendo con la diestra mano su coraz6n enorme y cruento a la misma Princesa de Valvanera, que asoma arriba, entre el hueco del 6r-bol sacrosanto. Al pie de tan piadosa efigie l6ense los pormenores de la consagraci6n con ues que son vees, con equis que son jotas, con efes que son eses. Haci6ndole pareja a tan cristiano caballero, est6 su ilustre esposa: una se6orona agr6a y ce6nuda de rostro, flacuchenta de cuerpo, escotada, con talle a estilo imperio, mucha joya, zarcillos de l6mpara, mitones, tres rosas en una de las crenchas y un peinet6n muy 6ureo y muy volado, por remate y coronamiento. Frente al fidalgo matrimonio campeaban, por su austeridad y adustez, dos personajes de 6pocas posteriores y de distinta progenie. Son los parientes Villalares. Lleva el uno guedeja y atalaje a lo Espronceda, un aire muy pronunciado de rep6blico, y una inscripci6n abajo, en que consta que el retratado hubo de empu6ar con providente mano las riendas del supremo Gobierno democr6tico. Es el otro un sacerdote; una figura l6vida, asc6tica, espectral. No lleva leyenda alguna; pero la tradici6n, mejor que la escritura, se la ha forma-

do y no asi a lo cotiliano y ordinario. Seg6n ella y los varios mamotretos y pergaminos que de 6l se conservan, era un gran letrado, un sabio de a folio. Simpatizaba con la idea de la emancipaci6n hispano-americana, ajust6ndola a la m6s estricta teolog6a. Hay pruebas irrecusables de que tuvo correspondencia con los Nari6os y Mirandas, cuando **Los Derechos del Hombre** germinaban apenas en pechos tan facciosos. Trascendi6 esto hasta los altos mandatarios peninsulares, y c6tame que un d6a el avanzado cl6rigo fue llamado a Cartagena de Indias, donde el santo oficio le puso a buen recaudo. Las postrimerias del Padre Villalares quedaron en el misterio, si bien es cierto que en 6poca no muy remota sent6ase a6n, en el propio gabinete que 6l ocupara en nuestra casa, un olorcillo ofuscador de carne chamuscada. Pido una remembranza patri6tera para este h6roe ignorado.

Independientes, y atr6s del edificio señorial, estaban los cuartos de la servidumbre, los de labor, las caballerizas y la le6era.

Unida a 6l por la sacristia, como el alma al cielo por el comulgatorio, elev6base la capilla, erigida a la patrona de la familia, la consabida Virgen de Valvanera. Cuando yo pude darme cuenta de aquel edificio ya estaba mudo y ruinoso. Un temblor le habia truncado la fachada, y las campanas, muertas, sin badajos, yacian por ah6 en la sacristia, como almireces abandonados. Ve6ase el cielo por las cribas del techo, y cubr6an el maderamen el polvo y las telara6as. Tomado por las goteras estaba el retablo; el camar6n, como cuenca sin ojo; el ara, como cuerpo sin alma. Monse6or Plata habia prohibido el culto oficial en los campos; y las im6genes, los vasos y ornamentos sagrados, asi como los otros enseres rituales, se habian llevado a la iglesia del lugar. Tan s6lo quedaban all6 las pilas del agua bendita, llenas de terr6nes, polillas y gusarapos; un San Jer6nimo macabro, quebr6ndose la armaz6n del pecho con enorme piedra, y un cuadro espantable de 6nimas, en donde una infeliz, muy consumida y lacrimosa — el 6nima sola, probablemente — purga sus culpas, separada de sus compa6eras y medio envuelta por las llamas azules de la purificaci6n.

El 6nima 6sta y la banda negra y rumorosa de murci6lagos, que se alborotaba al menor ruido, eran poderosas a que yo no entrase a la capilla, desde que no fuera bien acompa6ado. Y eso que aquella desolaci6n me atra6a; sentia all6 un no s6 que de tristeza, de respeto, de miedo; una emoci6n tan extra6a, tan compleja, que a veces se me hac6a preciso experimentarla. Qued6bame siempre, despu6s de entrar all6, un dejo de melancol6a que a m6 se me antojaba t6nico y saludable a mi esp6ritu. Era eso como una dulzura amarga, como una tristeza alegre; era una impresi6n sin nombre que ni hoy mismo puedo definir. Acaso fuese la avidez infantil al despertar de la fantas6a; acaso el instinto

masculino de arrostrar peligros; o, tal vez, que en mi coraz6n de ni6o, no maculado por la culpa y ungido con el 6leo de la piedad, surg6a el dolor del creyente al sentir, en el propio lugar que fue de adoraciones, la nostalgia de Dios Sacramentado.

Volvamos a la casa. Las avispas y los abejorros, las golondrinas y las palomas, los reptiles e insectos, han dejado sus huellas por muros, techos y aleros; el liquen, el musgo y las par6sitas han vestido piedras y tejados, 6rboles y troncos, broqueles de pozo y machones de pared; el rigor de las estaciones ha dejado aqu6 una ro6a, all6 una mancha, acull6 una excrecencia. Del sal6n al huerto, del oratorio al establo, se respira el mismo aire de vejez, de tristeza, de soledad. La leyenda, la conseja y los espantos se ciernen en ese ambiente. Mi t6o, el sacerdote, sale en altas horas y hace sonar, con ta6ido pavoroso, la vajilla de plata, repleta de oro y pedrer6a, que dej6 soterrada al partir a Cartagena. En el **corredor de las argollas**, junto al pozo de la alberca, 6yense, al amanecer de cada viernes, quejumbres lastimeras, mezcladas con resoplos de coraje. No es para menos. Taita Gori sol6a, tales d6as y a tales horas, desayunar a la cuadrilla de esclavos con una azotaina en que daba la sangre a la rodilla. Por entre una hilera de naranjos centenarios, que separa la huerta del jard6n, vaga en las noches lluviosas de Noviembre una alma en pena. El blanco sudario que la envuelve, flota y flota entre una llama p6lida y difusa.

Todos estos horrores, unidos a los muchos comentarios de las diversas personas que visitaban nuestra casa — amenas de las mil supersticiones de la infancia y del pueblo, — fueron acumulando en mi cabeza una balumba de miedos y recelos, que hasta ah6... Por fortuna que otras balumbas la contrarrestaban. La religiosa, verbigracia.

Si; yo era muy religioso, si no por tendencia, por sugesti6n al menos. En casa, a m6s de cumplirse al pie de la letra todos los preceptos de la madre Iglesia, practic6banse cuantas devoci6nes puede inspirar la piedad m6s arraigada y mon6stica; como que era ella la caracter6stica y la consigna de la familia. Enumero. Rosario vespertino, con misterios y suplementos; alabados matinales, que al prorrumpir de mi padre, se propagaban por la serie de aposentos, cual contagio de fervor; escapularios y rosarios en pechos de grandes y peque6os; bendici6n de alimentos antes de comerles; hacimiento de gracias despu6s de comidos; 6ngelus en coro, al tocarle las campanas; avemaria y gloria al sonar de cada hora; vela a Santa Ana todo martes, al Sant6simo todo jueves y l6mpara perpetua ante la Virgen familiar. Mam6 y la abuelita rezaban a ma6ana y tarde el oficio parvo de Mar6a. Padre le6a por la noche la vida del santo correspondiente. Las se6oras todas de la casa lavaban los corporales de Nuestro Amo; bordaban pali6s y pa6os lit6rgicos,

y tenían a su cargo altar en la iglesia. En cuanto a novenas y arreglos de santos... ¡No se diga!

Yo me encantaba con todo esto. El culto era para mí como una fascinación, y las oraciones una delicia. Más que los relatos extraordinarios, más que los milagros mismos, me seducía la forma autolocutiva de las peticiones. Ese yo esto, yo aquello y lo otro, me hacía sentir mucho, sin entender jota. Yo aprendía aquí un pedazo, allá otro. La trabazón y enredos que hice de las **Excelencias del Carmen** y de **La Pasión, del Ejercicio de las Ánimas** y del **Oficio parvo**, de novenas y trecenarios, de trisagio y estaciones, no son para contarse. Por muchos meses tuve obsesión de rezo y a cada instante se me oía:

**En la de Faula,
villa de Calabria,
nació Francisco
al mundo decadente.**

Se me figuraba ser yo, yo mismo en persona, el Francisco en referencia. ¡Yo quería tanto al santo de mi nombre! Entre muecas y correteos, repetía con voces fingidas y grotescas estribillos de gozos, en extravagante revoltijo. Aquello de que, "dice Santa Brigida que quedó su cabeza como si la hubieran metido en una tina de sangre", lo declamaba con frecuencia; pues este pasaje de la canónica narración se me clavó en la memoria como un dardo.

Virá, la abuelita, me fomentaba las aficiones, con rezos a tarde y a mañana, con ejemplos y pasajes del Nuevo y del Antiguo Testamento; mas no pudo enseñarme el catecismo; todo lo del padre Astete me parecía feo y aburrido sobremanera. Yo no ansiaba sino lo patético, lo imprecable, el versículo, el ritmo, todo lo que me sonase a sujeto y me hiciese creer que era yo mismo quien sentía y expresaba por su propia cuenta. Yo me identificaba con todos los formuladores de oraciones; la fórmula era mía y mía la idea y los afectos míos. Tales misticismos me obligaron a formular a mi turno. Virá, maravillada, dichosa, me ayudaba a veces en tales creaciones. Vaya una muestra:

"Aquí te pongo estas flores, oh Princesa de Valvanera, para que me hagas bueno y formal, y para que me quites el miedo a los espantos y al padre Villalares". Y yo agregaba a veces: "y para que me compongas estas cumbambas de Taita Gori". Porque yo era muy cumbambetas, y esto se me figuraba la causa suprema de mi fealdad.

Pero ¡oh sepulcros blanqueados!... A mis pánicos, supersticiones y religiosidad les contrarrestaban sentimientos muy malos y empujosos. Se me antoja hoy, q' eran éstos más ingénitos que conseguidos. Si en ese entonces me fuera posible definirme a mí mismo y ser franco y sincero, a buen seguro que no le pido a la Virgen lo que reza mi jaculatoria. ¡Quién sabe qué de iniquidades le hubiera implorado! No eran los san-

tos los que me trastornaban; eran los **guapos**, los mandones y los bonitos; los reyes que todo lo podían, los encantadores que hacían de las suyas; los héroes todos y los triunfantes. Yo llevaba en la cabeza una titiritera de Año Cristiano, de Historia Sagrada y de cuentos populares; y siempre me inclinaba más a los victimarios que a las víctimas, más a lo lindo que a lo bueno, menos a lo útil que a lo superfluo. La hermosura moral no me resultaba. Herodes mismo con haber degollado todos los muchachitos "de Belén y sus contornos", me gustaba por tremendo y arrestado; y eso que yo entendía que "sus contornos" eran los niños suyos, los reicitos.

Pero acaso más que la grandeza del poderío, me deslumbraba la de lo bello. Cuanto tenía por lindo, era para mí una cosa allá casi divina, o sin casi.

Inducíame todo esto a mil rarezas y barrabasadas. No podía convenir con que mi padre calzase alpargatas y se pasase el santo día regando coles y rábanos y enredando tomateras, y pepineras. Le irrespetaba de pensamiento, cuando le veía aquellos pantalones comidos por el fondo, aquella ruana pastusa a listas azules y aquel jipijapa tan mugriento y tan seboso. Sólo cuando cargaba el palio, en traje de carácter, se me revelaba como padre. A mis hermanos mayores se me figura que les aborrecía: eran los tres unos jayanones del terruño, a cual más hirsuto y montaraz. Nunca se calzaban, y, en los días de fiesta, cuando se atacaban las bragas de pañete, la ruana nueva con forro de bayeta y el aguadeño, se me hacían más ñoes que si llevasen los trapajos de labradores. Fastidiábame sobremanera oírles hablar siempre de bueyes y de recuas, de mulas y de enjalmas, de fletes y de argüenas; del precio de la panela y de los granos; de la vaca Mengana y de la yegua Perenceja. Tales temas me parecían la última degradación del entendimiento humano. Yo veía en la agricultura, en la ganadería y en todas las labores del campo, una cosa abyecta, infamante, propia sólo para gente pordiosera, negra y caratosa.

En un viaje que hizo mi padre a Medellín, trájome, como regalo muy precioso y estimulante, un carriel muy cuco y repulgado. Verlo yo, esponjarme como un sapo y estallar en llanto, todo fue uno.

—¡Yo no es zambo, ni pión!—grité atragantado—¡Yo es pa señor de saco!

—¡Este muchachito no va servir pa nada!—exclamó furioso uno de mis hermanos.

—¿Cómo voy a servir? dije energúmeno, caso soy sirviente!

—¡Ya lo están viendo!—interviene Virá. ¿Que no va a servir para nada...? ¡Acuérdense de mí!

¡Pobre Virá! En esta vez te engañaron tu santidad y tu corazón de abuela.

Cándida Rosa, nieta del mayordomo y amiga de mis hermanas pequeñas, andábase por allí, oprimiendo los lomos de su primo Cuco, hijastro de la cocine-

ra. Si fogoso era el bribón, no era menos gallarda la amazona: una cuarteroncilla regordeta, dientes de rata, de labios y ojos encendidos. ¡Canelita pura! El ejercicio la traía agitada; por fundón, una colcha guñaposa; por corroscá, un enredo de helechos y de flores, y una hoja de árbol del pan por sombrilla. Sonreía al verla de tal guisa, retornóme al punto, con guñada y todo; quitóse a poco del caballo, y sacando del seno dos caracoles, de esos que se encuentran en las rozas, vino a ofrecérmelos muy zalamera. Recibí el obsequio con un tantico de displicencia. Anduvo por ahí haciendo mil posturas con la cola y la sombrilla. En momentos en que Cuco no la viera, se me acercó con disimulo, y, puestos los ojos en una enjalma que tenían al sol, me dijo arrulladora: "Paquito... ¿Busté por qué no es novio mío...?" Me quedo pasmado. Sólo encuentro una escupa y se la mando, que ni un judío. Tras el salivazo, los caracoles. ¿Zambas a mí, que iba a casarme con princesa?

Cuco me pagó desde ese día el desafuero de su prima; le tumbé y le dí de mojicones y puntapiés hasta dejarle rendido. Sobre el infeliz mulatico, que me quería como perro al amo, ejercía yo todas mis tiranías y crueldades.

Neronianas, caliguéscas en extremo eran las que cometía con los indefensos animales; piedra a los perros y a los cerdos; palo a las mulas y a las vacas; chuzo y zurriago a todos ellos. Cuando lograba encostalar al gato y echarle al agua, era la dicha. Los gallinazos me mantenían humillado, porque todas mis tretas y artimañas fueron infructuosas. Tuve que contentarme con insultarles y medirles puño. Los sapos eran mis enemigos personales. ¡Que le tiran leche y que se muere! me advertían cada rato. ¡Nada! En cuanto les ponía inflados y lácteos, a fuerza de porrazos, les ataba de las patas... y a las horquetas de un chamizo. En lo más recóndito y clandestino de la huerta, allá en un ángulo del vallado, detrás de unos higuerillos tropicales, mantuve muchos días el árbol escarmentoso de mis justicias. Allí pagaban los malvados el negro delito de lesa hermosura; allí morían lentamente, achicharrándose desde antes de expirar. Yo presenciaba su agonía; veiales estremecerse, crisparse; les observaba aquellos ojos brotados, verdosos, implorantes, que se iban empañando. Al comprender tanto suplicio, sentía una delicia, un transporte, que, de recordarlo ahora, me dan escalofríos y tristeza. Pienso a veces que puede ser la crueldad el móvil inicial de las acciones humanas.

Descolgaba los cadáveres, negros, tostados, consumidos; eso no era sapos; era un juguete, un capricho de príncipito romano. Les tiraba contra las piedras, y el chasquido que producían me sonaba tan sabroso, me daba tanta risa! Como una vez se me ocurriera tirarles con ellos a las sirvientas, armóse en aquella casa el escándalo horrible. Mi Tu-

la, liberta que crió a mi madre y que era, por ende, capitana de la falange, levantó su voz, como un Zola, con un **Yo** acuso formidable. Descubierta el pastel, no valieron ni huída ni escondite, ni ficciones de jaqueca, ni valió Vira, ni el **sursum corda**. Papá me ajustó seis correazos de padre y muy señor mío; mamá, después de excomulgarme me degradó a chocolate de harina, por diez días; mis hermanas me pusieron de perverso, de atroz, de facineroso y mala entraña, que yo mismo les creí; la abuelita, consternada, temblorosa, me veía ardiendo en los infiernos. ¡Virgen santa, qué cosa aquélla!

De ahí adelante hubo paz en el imperio bactraciano; pero no en los corrales. Escamado y todo yo siempre amagaba con las mías. Odiaba a los piscos por que me remedaban, a los patos por el andar, a las gallinas por bobas y a los pollos por aquellas zancas y aquel canto. Sólo el gallo y los palomos merecían mis consideraciones.

Los caballos, desde que fueran chisparosos, resopladores y tumbones, se me imponían por el poder y por la belleza. A **Ranguillas**, mi buen jamelgo, que me traía y me llevaba de Herodes a Pilatos, con la mansedumbre de un justo y la urbanidad de una inglesa, jamás pude cogerle querencia alguna; era tan raquíptico y tan runcho como su dueño; estaba ya tan anciano, el animalito. Ni yo despuntaba tampoco por lo hipico, como mis primos y mis hermanas. Desde niño me fuí a lo canino y puse a **Mentor** en las mismas entretelas de este corazón tan negro.

Mentor era la hermosura, la nobleza y la inteligencia hechas perro. Escultural, hierático, nevado; con manchones asimétricos, de un negror radiante; el pelo, una felpa en hondas; la cola, una rosca de nervios, desmelenada en bucles; la cabeza inquieta, irreprochable; el alma en los ojos. Era un rey de Terranova, proscrito por los hados inclementes a estos **guiacos** de mi patria. Nadaba como los pescadores de su isla, latía con tañido de clarines, y era correo de gabinete y de encomiendas. Guardaba nuestros lares, apilotado en el umbral de la entrada. Si yo tosía o hablaba adentro, él me contestaba desde fuera para decirme: "Duerme sin cuidado". Por las mañanas, al abrir la puerta de mi cuarto, caían sobre mi cuerpo endeble los remos nervudos de mi amigo. A veces los ponía en mis hombros, me lanzaba una mirada enigmática, rozaba mi cuello con su cabeza y me gruñía al oído. Era una invitación a amarnos, y yo acudía siempre. Nos tendíamos; nuestros brazos se enlazaban; se unían nuestras cabezas; y la lengua rosada y ardiente del cuadrúpedo lamía mi frente y mis mejillas y mis ojos y las cumbambas del Taita Gori. ¡Me decía con los ojos tantas ternezas! Yo leía en esa pupila húmeda y misteriosa un amor tan triste y tan entrañable, una consagración tan absoluta, que en ocasiones me le quitaba, estremecido; el cuento de **La bella y la**

fiera surgía en mi mente y se me antojaba que en el cuerpo de aquel animal tan extraño estaba encantada un alma, tal vez la princesa con quien iba a unirme.

— II —

Pero volvamos a los sapos.

¡Oh Mentor amigo! ¡Cómo te engañaron aquella vez! Mi madre te llamó de los corredores de adentro, tu acudiste, y yo, entretanto, fui conducido al suplicio. Seis veces la correa justiciera cayó sobre mi cuerpo endeble, y tu no pudiste defenderme; a más alta ocasión estabas destinado. Dondequiera que te halles, espíritu providente, tienes de evocar aquella tarde, la más memorable de nuestra historia. Ni la abuelita, ni mamá, ni alma humana, me hicieron el menor duelo. Tu fuiste el único, el único ser que yo tenía en el mundo. No bien tornaste a mi lado y lo supiste todo, ya estabas tu abrumándome a consuelos. Conteniendo el llanto, silenciosos, humillados, salimos de aquella casa. Nadie nos detuvo. La plétora de sollozos estalló afuera. Eramos unos botados. Peor que unos botados, porque a ellos no les pegaban, ni los querían matar, como a uno. ¡Pues bueno! El llanto arreciaba.

Pasando por el costado exterior y por frente a la capilla, tomamos el camino real, por entre el rebullicio azogado de lagartos que aun buscaban el resistero. Unos totumos enmarañados nos brindaron asilo muy discreto y muy umbrío. Tumbados en una piedra, medio ingeridos en la maleza, compartimos largo rato la botadura y la vergüenza. Yo gemía y tu me acariciabas; lloraba y te bebías mis lágrimas. ¡Cómo te quise entonces, oh amigo incomparable!

Maravillado de que no me corriese la sangre a raudales, recordé aquel verso de **La Pasión**, donde dice que "la carne salió pegada de la túnica interior", y me figuré mis ropitas a manera de cataplasmas cruentas de pellejo mío. Sí; ya sentía la pegadura, los dolores. Al desnudarme, al quitar la ropa... ¡Ay, Dios mío! Y la escena de mi propia despellejada se me representó aterradora. ¡Sangre! ¡Qué horrible era ver chorrear la sangre de los cristianos! ¡Y yo que no podía verla, yo que había caído redondo cuando mi hermano Lucas se cortó la mano! Me tocaba, me tanteaba, presa de la angustia. Despertar, verme eso... ¡Imposible!

¡Ay, mi Diosito! ¡Darle a uno tanto cuero, ponerlo así por unos sapos!... ¡Y mi Tula, que le había metido tantos cuentos a papá! Y Vira, que no había sido para untarme algo, para ponerme siquiera una telaraña; Vira, la ingrata, que ni por chance se había asomado... ¡Ay, Dios mío!

¡Por la pica!... ¡Por la pica!... Y no encontraba qué hacer por la pica. ¡Quién me diera una cadena bien larga para enlazar la veleta y echárselas abajo de un tirón! ¡Quién fuera aquél hombre tan guapo que tumbó la iglesia, con toda la gente adentro, para hundirlas en

techo de una coca! ¡Quién pudiera prenderles la huerta lo mismo que una roza!... ¡Oh poder de los gigantes y encantadores! Si al menos fuera yo capaz de subir con Mentor solo a los cuartos de arriba, para tener el gusto de tumbarles de las vigas todas las turegas de maíz y cortarles todos los tercios de arroz y derramarles a los patios toditos los cueros con cacao. ¡Pero cómo? ¡Cómo, si esos eran los cuartos del padre Villalares? ¡Ah! ¡El padre...! Sentí frío en el tuétano y el pelo como agujas. Me asombraba en pleno día por entre el bejuquero. Lo sentí junto a mí; era él mismo, el rostro cadavérico del retrato, encabado en un cuerpo que se perdía, que se volvía aire. Me iba a hablar. ¡Virgen Santísima de Valvanera! De la piedra me bota el espanto, salto del sombraje, rompo malezas, me enredo. Desatentado, las piernas de trapo, el corazón como un potro, intento correr y me caigo, intento gritar y me atraganto. Allí me tiendo enloquecido, a morirme, a que me lleve el cura. Me abrazo al perro, me ciño a su cuerpo, me aferro a su lana, y el mundo se me va.

Lo que pasó entre el ánima y tú, nunca me lo revelaste, Mentor amigo. Sólo sé que me salvaste, que me volviste a meter dentro del cuerpo la vida que se escapaba; cuando torné a ella aún me lamías, aún insuflabas dentro de mí ser el aliento misterioso. El espíritu protector, encantado en ti, obró el milagro con esplendor magnífico: ese espíritu, que tenía poder sobre las ánimas, te devolvió a tu Paco tal cual era a la mañana de ese día aciago. Sí; yo no quedé insulso ni bobito, como quedan los cristianos asombrados; yo no sentía casi las llagas de la flagelación; yo pude incorporarme, andar, dar las gracias a la Virgen y al Señor; yo sentí muy bien que el ánima estaba ahuyentada. ¡Qué hicimos entonces, Mentor querido? Recuerdo que no tuvimos corazón para tornar a casa todavía, ni para quedarnos un segundo bajo aquellos totumos malhadados. No más escondites, no más umbrías ni espesuras; necesitábamos campo abierto, soleado, como las lagartijas. ¡Qué hacer? Tu guiaste manga arriba; te entendí al punto: **El Morro**, nuestro lugar favorito. Pues allá. ¡Qué se nos daba a nosotros de los furores de Febo, ni de aquel aire que hacía charamusquinas y no movía una paja?

Uno, aunque no se embohe con un esombro, siempre queda después con un enredo allá como rastro de ánimas, muy triste y muy confuso. Yo subía con frecuencia al Morro a retozar con Cuco y con Mentor, en los asientos de una casa que ya cubría el rastrojo, sin que nunca hubiese reparado en nada de ellos. Pero esa tarde me parecieron aquellos restos tan tristes, tan impresivos. Yacían por ahí las piedras de moler, el fogón ahumado todavía, los grumos inerruptionables del hollín, maderos podridos, tejas dispersas; asomaban los cimientos como raigones y un quicio de canto como una lápida; las pencas ociosas sos-

tenían un esquinazo de pared, incrustado de avisperos. Jubilados, baldíos, testigos presenciales de un pasado que a nadie interesaba, de una historia que siempre sería ignorada, se consumían de tristeza dos naranjos y un cidro, bajo costras de líquenes y guñapos de telarañas. Pensé no sé qué cosas tan melancólicas de esos árboles que ya no tenían dueño, de los hogares apagados, de las casas que se abandonaban y se dejaban morir, que volví al llanto. ¡Sentía con esto una tristeza tan adentro del corazón, una pena tan extraña y tan dominadora y tan incomprensible! Se me ocurría que ese sufrir no era por mí, por propias desventuras, sino cosa aparte, ajena a mi persona. Esto me ponía más confuso y amilanado. ¿Por qué sufría uno con las cosas? ¿Por qué con unos escombros que ni le iban ni le venían, que nada importaban?

La rabia se me había pasado, y con la rabia el aburrimiento, los deseos de venganza y el ansia de prodigios. A mis padres, con quienes estaba tan resentido momentos antes, les quería ahora con un cariño que me hacía llorar de puro gusto. ¡Cosa más rara y particular! El castigo que les merecí, ya no era injusto ni desmedido; adivinaba que era una cosa muy grande y muy sabia de los papacitos de uno. Pensé en la abuelita y me entró una angustia y una lástima de mí mismo, por haberla aborrecido un minuto, que me dieron ganas de rezarle como a la Virgen, en desagravio de mi ofensa. Mas no lo hice, por que se me supuso que era tanto como ponerla de ánima del purgatorio. Esto sí me aburría y atormentaba. Tendría que darle muchos besos en la frente, en esas canas tan lindas, en las mejillas; y, "por mi culpa, por mi grandísima culpa" "a esa Vira querida", se me iba apretando el pecho y se me formaba adentro, muy hondo, como en el centro mismo del corazón, un zurullo de lágrimas concentradas que pugnaba por salir y se atrancaba.

¿Y por la falta, origen del castigo? Yo no sé.... pero, aunque el pecado se me hacía ya muy grande, y enorme mi maldad, no podía sentir hartos dolores, por más que lo procuraba. Me daba sí de no tenerlo, de figurarme un pecador empedernido.

—¡Ablándame este corazón, Virgen querida de Valvanera, para que me pueda confesar mañana—le imploré con toda la fe que acendrabas. Mas, por lo pronto, no sentía ni conatos de ablandamiento.

Seguían las tristezas.

Te observaba los ojos, Mentor de mis entretelas, para ver qué me decías; te planchaba las orejas algodonosas, te cogía aquellos dientes tan blancos y tan agudos que se asentaban en mis carnes con gentil caricia. Abrías la boca, me enseñabas las cavidades color de rosa húmeda, agitabas la lengua encendida, jadeabas insinuante; pero te guardabas el secreto. Estabas tan afligido como yo; me parecía que también llorabas. ¿Qué

adivinanza tan horrible era aquella? ¿Por qué no me la descifrabas tú, que no podías ignorarla?... Mas ya iba sospechando: si había quedado bobito, tal vez asombrado del todo, y no lo comprendía aún y tú no eras capaz de darme la noticia. ¿Sabrían los bobos que eran bobos? ¡Quién sabe!.... me dije estremecido. Será, tal vez, que me voy a morir.... esta noche.... o ahora mismo....

Lo que pasó por mí en tal momento lo saben la Princesa de Valvanera y "San Francisquito querido", en cuyos patrocinios me entregué. Sólo supe después — y así lo he recordado siempre— que asumí ahí mismo carácter de agonizante contrito, ya que no sacramentado; que los golpes de pecho le hacían dúo a los del corazón; que encargué a mis santos y al perro de muchos mensajes para mis padres y la abuela, a fin de que me perdonasen y pidiesen por mí; y aún me parece que algo hubo también para los sapos.

Arreglada el alma, puse las manos sobre el pecho, según la forma clásica, me entiesé, me alargué y apreté los párpados para que las pestañas me quedaran bien bonitas. Me veía difunto, me sentía ánima. Y es tan raro el pensamiento de los cadáveres, que recordé que ni en el cuadro de la capilla, ni en ninguno semejante, había visto tan siquiera un ánimo: todas eran hembras. No sé cuanto tiempo permanecí en difuntes, ni de las más ocurrencias que en ella me sobrevinieran, como no sea la de haber abierto los ojos al fin y al cabo, cansado de la tumba. No supe, tampoco, si eso era para resucitar de veras o para vivir muerto. (Crean algunos que fue para lo último). Pensaba que Mentor habría ido a llevar la triste nueva y a traer quien recogiese el insepulto. Pero no; era amigo así en vida como en muerte. Junto a mí estaba, inmóvil, hierático más que siempre, espantando las moscas y los tábanos con la actitud de rezo que yo le había enseñado, para que orase conmigo; una actitud semejante a la que luego he visto en las esfinges. ¡Con cuánto recogimiento velabas a tu amigo!

No resucité glorioso, pero sí muy transportado y con algo del otro mundo embebido por todo mi ser; un algo más fúnebre todavía que los otros de mi existencia precedente. Bien diverso era esto del miedo de los suspirios, de las aprensiones; era un no sé qué severo, medio religioso, henchido de unción y de piedad; era una tristeza suave y tranquila, un sufrir muy bonito y muy sabroso, del cual saqué al momento unos gustos muy grandes y muy particulares.

Yo miré mis penates tendidos allá abajo en la calma soporosa de aquella tarde diáfana. El viento se había altagado, y el aire, no sé si azul o blanquecino, se dilataba en un hormigueo martiginoso con que parecían temblar las cosas quietas. El sol de las cuatro bañaba aquel interior monástico, y los muros los veía de porcelana, y de charol

las techumbres. La yedra y las pitahayas que lo ceñían, las enredaderas que lo velaban, la variedad de flores y de arbustos, de frutales y de palmeras, que en torno le rodeaban, parecían todos como acabados de barnizar. Eso tan blanco y tan negro, tan profusamente verde, tuvo de antojarseme luego al punto cosa de cementerio. Apenas si sobresalía la parte de dos pisos: tan desmesuradamente altas eran las de uno solo. La planta del edificio señorial tenía forma de E, y de L la de sus dependencias.

Estas dos letras, L E, tan juntas a la vez que tan inarmónicas entre sí quedarían decir mucho, contenían una cosa muy grande y muy profunda. Y eso no lo habían hecho aposta; se veía que eso había salido así.... ¡Ah! Y a las cosas que salían, que resultaban, yo les tenía un recelo, un temorcito allá.... Por eso no me fijaba en las nubes; porque me salían cosas muy miedosas. Miedo no me daba ahora de ese letrero; pero sí unas cosquillas por dentro, un ansia de adivinar, de saber qué significaba.

A mi imaginación de niño, nacido y criado entre prácticas y símbolos religiosos, entre milagros de santos y de encantadores, me sugería eso, en aquella crisis de superstición y de afectos encontrados, algo así como la clave, como la cifra de un destino: el de mi familia; el mío acaso.

¿Eh?.... Pues en el silabario, cuando uno llegaba a la E grande, estaba el elefante pintado; luego esta E de mi casa quería decir el elefante también.... ¿La L?.... No me acordaba de animal. Tal vez era el león.... ¿Pero el león y el elefante junticos? Ni eso, ultimadamente, era una L grande; más bien era como la escuadra del negro Félix. ¡Virgen Santa, qué cosas éstas para dar desespero y enredar a uno! Cuando yo fuera grande y **Magistrado** tenía que saber eso y todas las cosas que salieran ellas mismas.

Yo seguí viendo muchas muy medrosas; pero a mí ya nada me asustaba. ¿No es cierto Mentor? Tu veías conmigo.

Como el pasadizo que comunicaba con la capilla nos lo tapaban las espesuras de unos mangos, la veíamos aislada, solitaria, avanzando hacia el ribazo del camino, como un sepulcro encantado que se quisiera salir del cementerio. En la E, en el propio palo céntrico, veíamos un túmulo muy triste enteramente. Parecía festoneado con ciprés y con hinojo; era una como jaula, entre glorieta y comedor, levantada posteriormente sobre la cepa de un tamarindo. La pared del "cuarto de El Magistrado", con dos ventanillas arriba y una puerta abajo, la veíamos como su calavera. ¡Cosa más patente! ¡Qué tal si no hubiera sido ahora! Muerto me recogen. Aquí y allá, como adornando las tumbas, divisamos los jazmines de Malabar y los azucenos de la Habana, blancos y virginales de puro florecidos; y, dividiendo los lotes de los difuntos, los cercos de limón y de uñegato, tan aplomados y parejos como

si fueran a codal y escuadra; mientras que arriba, muy arriba, recto, medido, trazado en el aire, destacado en la vaguedad del horizonte, se nos imponía glorioso ese otro cerco que, al juntar sus penachos, les formaba la fila de equidistantes cocoteros, tal vez para que no les entrasen los espíritus de los duendes. ¿Te acuerdas, Mentor, de aquel paraguas del tamarindo? ¿Quién fuera gigante para hacer con él una administración de todos los curas y los Santísimos del mundo! Todos cabían, y sobraba paraguas. Más allá, blanca, relumbrante, interceptada a trechos por las frondas asfálticas de unas ceibas, tendía **La Magistrada** sus tisúes para dar más esplendor al fúnebre aparato; mientras que acá, en el abuhardillado del testero, se erguía la veleta como el negro estandarte de una procesión de ánimas.

—¡Ah, las ánimas! ¡Siempre las ánimas! ¡Válgame Dios! — me dije dándome en la frente la palmada de todo descubrimiento.—¡Pues si estamos en Noviembre! ¡Cómo no había caído en la cuenta! Sí, señor: eso era todo; eso eran aquellas tristezas, los sustos, la asombrada y la difuntez y todo; eran las ánimas, las benditas ánimas del purgatorio, que sacaban recursos para implorar sufragios. ¡Pobrecitas! Eran unas muditas que pedían por señas. ¡Y uno aquí sin acordarse de ellas, ni para darles la limosna de un padrenuestro tan siquiera! Y el infeliz padre no había venido a hacerme nada malo ni a contarme del entierro, sino a pedirme oraciones. ¡Dios mío! ¡Tantísimos años en el purgatorio por ese entierro! Y cómo estaría de necesitado cuando hasta de día le salía a uno. Tal vez necesitaría de una oración mía; tal vez yo, su tocayo tan chiquito y tan malo, sería el llamado a sacarle de penas. ¡Pues cómo no! Pues por eso era el miedo tan grande que le tenía; y el pensar en él cada rato, y el estar viendo el retrato sin querer verlo. ¡Y yo que ni el día de la procesión al cementerio le había rezado nada en formalidad! ¡Uno sí que era ingrato con las ánimas! Bien decía la novena. Le iba a pedir plata a Vira para mandarle decir al padrecito una misa de esas tan preciosas de a tres curas en ringlera; y quemar hartísimo incienso para que oliera bien sabroso. Ni la novena, ni las **Excelencias del Carmen** las sabía enteras; pero lo que recordé de una y otras se lo endilgué ahí revuelto y trabucado. Recéle después, a él solo, **Los tres Padrenuestros del Camarero**, que tienen mucha virtud y muchísimas indulgencias; y, luego, a las ánimas en montón, y, terminé con mi jaculatoria a la Virgen, cuya fórmula cambié improvisando de acuerdo con las circunstancias del momento.

—¿Por qué se vuelve uno calavera y ánima y espanto? ¡Decidme, Princesa!— le imprequé a poco. Nada me dijo Ella; pero me fui sintiendo muy a gusto y tan formal y juicioso como un señor grande. Con todo lo que había entendido y

descubierto, ¿qué miedos ni qué cuidados me iban a entrar ya? ¡Tan bobo que había sido, creyendo que estaba asombrado!... Sí ado....

El padre Lobo y la misma Vira no me habían dejado comulgar todavía, después de tres confesiones, porque diz que, como no tenía buen uso de razón, iba y hacía alguna cosa mala al recibir la hostia con Nuestro Amo adentro. Pues ahora lo verían. ¡Mi uso de razón sí lo iban teniendo todos! Por eso se me había demorado tanto; pues según Vira iba a completar mis nueve años en los julios venideros. Pero ya que se demoró, fue para venir todo junto de una vez. Por eso había sido aquello tan horrible. ¡Y haber pensado que era la hora llegada! Todo eso, así eran las cosas, se lo debía al ánima del padrecito. Pues en agradecimiento había de aprenderme todita la doctrina para poder comulgar por él bien ligero. ¡Qué sabroso era ser uno bueno y tener juicio y uso de razón! Y, a fin de derrochar todo este lujo flamante y repentino, me dí a pensar cosas muy encumbradas y a contemplar de lado y lado. Por primera vez se insinuaba en mi espíritu la hermosura de la naturaleza y de la región.

El Vadillo, allá a lo lejos, hacía un garabato blanco y se perdía, hacía otro y tornaba a perderse, entre el arbolado que sombreaba los cultivos. Más acá, surgía Escudero, como las fichas revueltas de un dominó; al frente flechaba su torre la aldea de Encinares; y, cual garzas pescadoras, se apostaban en ambas orillas los cortijos de Peñoles y de Aldaflorida, de Vegahonda y de Santainéz.

Tenía al frente una cordillera de perfiles casi horizontales, atrás una sierra áspera, de torrentes impetuosos, que regaban nuestras labranzas. Por ella bajaba **la Magistrada**, llamada así en memoria y reverencia del prócer de mi familia, y el hilo cristalino que abastaba la casa. Al pie se espaciaba la huerta, como ciudad tirada a cordel, con sus monumentos de barbacoas inaccesibles a la hormiga, con sus pedregones sembrados de parásitas. Allá veía al papacito justiciero, siempre enredando aquellos pepinos de olor y aquellos badeos tan mimados. ¡Pobrecito mi papá, que había tenido que pegarme tan duro! Pero ya no tendría por qué castigarme. ¿Volver yo a darle motivo? Yo recé aquí por él unas oraciones muy lindas que iba sacando.

Así y todo, yo siempre esperaba que alguno de casa viniera a consolarme, de propio impulso o mandado por la abuela. Acaso mi hermana Lucía, que me quería mucho; tal vez mi Tula misma; siquiera Cuco. Atisbaba y nada. ¡Qué íbamos a hacer! Lo peor era que sentía mucha hambre, y, aunque era muy pasada la hora de tomar la media tarde y muy grandes mis juicios y virtudes, no tenía aún la cara suficiente de apañarme solo a casa, así sin ningún pretexto y paliativo. Esa vuelta, después de una huída tan larga y sin que nadie me reclamase, se me hacía cuesta arriba.

Mientras más me demorase, más se empeoraba la situación, y, por otra parte, tampoco era prudente, así, acabando de pasar tanto suceso, aguardar el doble del Ave María, por ahí tan solo y tan lejos de la gente. Un padrenuestro a San Francisco para que me sacase del trabajo.

¡Y me sacó! A tiempo que caía al camino real, regresaban del pueblo unos agregados de la finca, con varias bestias descargadas. No sé si por gentileza o por efectismo, escogí la más triste de la partida: una borrica decrepita, pelada de lomos y lanuda de patas, que traía árguenas. Ahorrajado en tal vehículo, enroléme, precedido por Mentor, en la arrieril caravana. Al pasar por frente al costado exterior no ví a nadie en las ventanas, ni después en los portales ni en el jardín delantero. Cruzamos la esquina de verja, y, siguiendo de largo hasta la entrada de las bestias, tomamos puerta adentro por la avenida de naranjos, donde a filo de media noche salía en tal mes el espanto de las flotantes vestimentas. Como al llegar al cuarto del aparejo no viese tampoco alma nacida, tuve a bien voltear por las pesebreras y dar con mi arrogante individuo en el patio de la cocina.

—¡No le digo!... ¡Si es tan cizañero!—exclamó Mi Tula en cuanto me echó los ojos encima, con zalamería muy cariñosa y desagraviante.—Per-onde se topó esa burrita y esas árguenas? ¿Taba en el sitio con los arrieros? (Que nó, contesté por señas). ¿On'taba, pues?

—Por ai... en El Morro.

Y se me viene y me desmonta y me lleva cargado hasta el corredor del horno y agrega con mimo y chiqueo:

—¿En El Morro? ¿Y cómo yo no lo vide, con todo lo que lo atisbé? ¡Sí! Se jué pu-ai a coger el tole con su Mentor y se li-olvidó la media tarde, y vino quemao como un tiesto. Camine a beberse su cacao, q'esta tarde es con pan-dequeso caliente. Ai l'hice su rosca bien grande y con harto aliño.

Y proseguí con ella, cogido de sus manos, por el pasillo que daba ingreso al segundo patio, hasta **el chocolatero**, que llamaban: una galería contigua al viejo comedor (palo Norte de la E), con enredaderas y tiestos de flores, donde se reunía la familia, por las tardes, a tomar el fresco y la indispensable jicara.

Allí estaba papacito, repantigado en su poltrona frailerá, con una criatura en cada muslo: su hija Elvira 2ª y su nieta Beatriz 3ª. La copa de coco, con pie de plata, pasaba de las barbas del patriarca a las boquitas de las dos rivales, que también se embigotaban. Lucas, el primogénito, padre de la nieta, y su mujer, María Landázuri, compartían una misma taza, trago él y trago élla, en primitivo conyugalismo. Cecilia y Lucía, silenciosas y preocupadas, apenas si probaban las suyas. Mis otros dos hermanos no habían vuelto aún de sus trabajos; y faltaban Vira, mamá, y las tres hermanas mayores. Sentíase olor apetitoso de canela y nuez moscada, y cier-

ta tirantez que luego me olió a entripado. Nadie me dirigió la palabra, nadie me alzó a mirar, ni siquiera mi sobrina, que me hacía tantas fiestas. Me senté tamañito en mi puesto; pero resuelto a atacar la copiosa ración que me propinó Mi Tula. Principiaba apenas, cuando comparece mamacita, rauda de andares y rumorosa de faldas, derecho contra mí, "¡Este facineroso!... ¡Te fuiste hasta el Morro a hacer el mimo! ¡Te pareció que te íbamos a traer con palio!" Ella me trataba siempre con una contumelia tan fingida y encubridora de cariño, que a menudo me la reía en su propia cara, gozoso de oírle los dulces improperios; pero bien comprendí en esta vez que la cosa iba de veras. Me pareció que había llorado, que estaba con el ofusque, que decían en casa.

—Allá está mamita muy mala, con la palpitación—me agregó luego—y sabé y entendé que vos tenés la culpa y que la vas a matar con todas tus iniquidades.

Yo estallé en llanto.

—No me vengás ahora con escándalos (prorrumpo nerviosa, atrincando los dientes y alzando el puño), porque te ajusto otra! ¡Virgen Santa, mi Madre! ¿A quién saldría este muchacho tan verdugo?

—Eso es el Gori, hija—contesta mi taita con toda su bonhomía;—¿no ve que son judíos?

—¡Naturalmente! Todo lo malo que tenga le viene por mí—responde ella, con voz enronquecida e insegura. — Por el lado de los Santos no puede sacar sino santidades.

Rióle Cecilia el juego de palabras.

—¡No se ría!—siguió doña Beatriz Solsona.—Eso es así. Ustedes, los Santos, los Ferreros, los Santamarías y... toda la corte celestial, ya estuvieran canonizados, si no fuera por mi ralea. ¡Pero figúrense, nosotros, los Goris y los Sigüenzas, los Calatraveños y los Solsonas, nosotros los Villalares!... Nos debían meter al presidio; quemarnos por judíos.

—Pues lo que fue al padrecito—se deja decir don Ignacio Santos con cierta marrullería que le era familiar—no sería por decir misa que jalaron con él.

—¡El Padre Villalares era un santo!—protesta la dama, erguida, segura, haciendo vibrar su voz de plata.—¡Un santo como los que figuran en el almanaque! Si lo acusaron, si lo hicieron morir, fue como a los mártires. Papá, que vivió con él, me lo decía siempre, y papá no mentía, ni era de raza devota como ustedes. El Padre era un santo y un sabio, más humilde que la tierra que pisaba. Lo nombraron canónigo y no aceptó el nombramiento; lo nombraron cura de Medellín y no aceptó tampoco. Su curato único fue la pobre aldea de Encinares. Del pie de altar no reclamó un centavo partido por la mitad; no recibía diezmos ni primicias, ni sus bienes fueron suyos; fueron de los pobres. Aquí vivió como un anacoreta; su alimento eran legumbres, cuando no ayunaba al traspaso; no probó más vino que el de

consagrar, y hasta del agua del chorro se abstenía. Su cama era esa cuja donde ustedes guardan sus arroces; esa cuja, pelada, escueta, con dos troncos de algarrobo en la cabecera, que eran sus almohadas. Su vestido era un caracol de trapo viejo, y debajo un cilicio pegado a los riñones. De sus penitencias y maceraciones contrao muchas enfermedades, y enfermo lo sacaron para llevarlo a Cartagena... Este fue el malvado a quien acusaron; este fue el avaro que dejó enterradas todas sus riquezas. (Pausa). Y no fue el Padre Villalares el único santo, ni el único sabio de la familia; también lo fue su sobrino, El Magistrado, mi tío Juan de Dios. Si lo dudán, ahí están los apuntes que tenía mi hermano, el Padre Bonifacio, para escribir la vida de estos dos parientes. Entre las cosas del padre, que le remitieron a mamita desde Roma, después que él falleció, vinieron esos apuntes. ¡Si esto lo sabe todo el mundo; si esto está escrito en papeles públicos y hasta en libros! Sólo aquí en esta casa no lo han sabido todavía, ni lo sabrán nunca, por lo que veo. Aquí se venera la memoria de estos hombres tan grandes, poniendo de troje y de tenería los cuartos donde ellos habitaron; y dejando caer la capilla de la familia, donde el sacerdote celebró por tantos años; y tumbando la casa para buscar los tesoros que dejó a la tierra; y haciéndoles creer a los extraños que el alma del tío arde en el purgatorio, o quién sabe dónde, en castigo de su avaricia. Esta es la memoria que aquí se guarda a los deudos; este el respeto que aquí se tiene a la familia, y a la sangre y a la religión. (Transición). ¡Ya se ve; quién se va a fijar en estas simplezas! Sólo yo, que tengo tantas manías y tanta ranciera. Y estamos tan indigentes, tan en la inopia, que si se gastan cuatro reales en remendar capillas, que nada han de producir, y en hacer trojes inútiles, nos morimos de hambre. ¡Majaderos que son ustedes, que no saben de tanta miseria! ¿Por qué no tumban la casa de una vez? Este es un cascarón que nada vale, que no deja un cuartillo de perro; una cueva donde sale hasta el tigre y los espantos y todas las ánimas en penas. En vez de ponerse por ahí a hacer roticos como los ratones, a escarbar como las gallinas, derribenla, échenla al suelo, pónganle agua, como a las minas; vuélenla a pólvora. Así se sacan los tesoros de Montecristo, y a las almas del purgatorio... y a mí de tantas mortificaciones y pecaderos.

Dijo y salió. Sus ojos, melados, siempre tan dulces y acariciantes, fulguraban llameantes; dilatábanse temblorosos los bordes de su nariz judaica; de morena que era, estaba pálida como una enferma. Yo quedé subyugado, arrojado de puro emocionado, entre sí lloro o no lloro. Siempre me había parecido mamacita mucha gente, pero nunca tan grande ni hermosa como ahora.

—¡Mamacita es una buena Magistrada! ¡Pero ha bueno que contó—me dije, muy satisfecho, cuando salí del pasmo. Mas, al mismo tiempo que me ufana de mi madre, volvía a entrar en nuevos cuidados. Amén de mi culpa por la palpitación de Vira, había sacado en limpio de toda la retahila que eso era como "un regaño muy maluco" para todos, hasta para el mismo papacito. De este nuevo enredo sacaba algunas hebras que me enredaban más, a pesar de mi estremo de razón. ¿Cómo aclarar el punto, si todos los grandes estaban como yo? ¡Si dijeran algo, si conversaran!... Por vía de consuelo torné a mi cacao, pero, ¡oh tarde de las rarezas!, me lo había echado al cuerpo sin saber cómo ni cuando. Ni siquiera un recuerdo me quedaba del roscón, tan ponderado. El silencio seguía cada vez más tirante, y las dos criaturas se iban adormitando en los muslos genitores.

—Recíbamenlas—artículo al fin el jefe de la tribu, dirigiéndose a las mujeres; y luego declara muy compungido: —Se le subió bien subido. ¡Pero así tan frenética no la había visto nunca!

—¡Hijuedíos!—repone Lucas, como en secreto.—¡Nos metió el fierro hasta los hígados! ¡Ni el Padre Lobo cuando no paña en el púlpito por los diezmos! Has ta razón tendrá ella. Siquiera que no estaban aquí Adriano y Bonifacio, que son a cual más ardiloso y que han buscado tanto: algo le habían contestado. ¡Y los tulle!

—Pues vos tampoco estarés muy inocente—le dice su mujer, muy chancera.

—¿Yo?.... Pues no mucho enteramente; yo siempre he echao mis cavai-tas, y lo mismo mi papá, por ai por el calicanto de las escaleras y por el cuarto de los huéspedes, que es donde más ruidos se sienten. Pero escondido de ella, eso sí, porque me comía vivo.

—¡Los miedos de algunos!—gruñe Cecilia.

—¡Esto siempre fue mucha pifia!—murmuraba mi señor padre, rascándose la calva.—Ahora le prende la jaqueca con la rabieta y nos acabamos de embromar.

—Tal vez no, don Santos—le dice Cecilia, que por mimarlo le trataba por el apellido con que le nombraban los extraños.—Ella quedó como si le hubieran reventado una inflamación; debe estar descansada.

—¡Aténgase a descansada, hija! (Nueva rasquiña).

—Pero, papacito—interviene Lucía, con tonito meloso de reconvección.—¿Para qué le fue a salir con esas?

—Ya vas vos a ponerle cartilla a los mayores! — resonga la otra.

—No, Cecilia, no es cartilla, ni falta de respeto; pero... ¡Pobrecita mi mamá! Ella que se entripa tanto, cuando a Vira le da el ataque.

—Sí, m'hija—conviene él, muy razonable.—Eso fue un zafón.

—Fueron dos, don Santos—apunta la



enemiga de cartillas.—Uno contra los Goris y otro contra el padre. ¡Figúrese! ¡Mentarle a ella la prosapia para cosa que no pueda parecer!

—Sí, hija. Es que yo también estoy esta tarde tan ofuscado con todas estas churumbelas. Y volteó a mí con unos ojos que, aunque no eran de regaño, se me fueron muy adentro. ¿Tendría yo la culpa de tantas cosas? Consulté a Mi Tula con la mirada.

—Vaya conténtela, papacito—suplicó Lucía, palmeándole por hombro y espalda.

—Será lo mejor—accedió el padre, levantándose de la poltrona.

Pero hubo de quedarse suspenso, por que a ese tiempo salía mamá por el pasadizo, armada de trapo, tenazas y martillo, seguida por el negro Félix, que traía una escalera.

—¿Eso qué será?—murmuró Cecilia, —¿Irá a haber descendimiento?

—¡Callá la boca, enemigo malo!—le dice María, muy apurada.—¡Callá, que nos confisca por parejo!—Todos nos pusimos en expectativa. Mamá y el negro siguieron hasta la sala. Ella, muy ligera y repechada; él, todo torcido y balanceándose, pues era perniquebrado. Oyéronse a poco golpes violentos de trapo, y, en seguida torna Félix hacia adentro, con la efígie de aquella dama del peinotón excelso.

—¡Ai está, pues!—exclama la Cecilia. —Ni doña Estefa de la Selada se escapó!

Papacito que se rasca de aquí para allá, puja que pujará, abre tamaños ojos. Lucas, no pudiendo contener la curiosidad, sale a asomarse con Elvirita a cuestras, por patrocinio y escudo. Lucía, Mi Tula y yo, le seguimos. Cuando llegábamos sacaba el cojo al padre Villalares; sentí de nuevo el estremecimiento de la asombrada, y me agarré de las faldas de Mi Tula. Observamos desde la puerta. Mamá sacudía por el reverso el retrato de **El Magistrado**.

—¿Y eso qué contiene, madrecita?—se aventura a interrogar mi hermano, con zalamería reconciliadora.

—Un retrato.

—Sí, señora...., pero.... ¿por qué los descolgó?

—Me parece muy raro que me pregunte—contesta ella, sin levantar la cabeza.

—Es que.... como su mercé me dice, ¿yo qué voy a saber?

—No? Pues si no sabe, es inútil que lo pregunte, (suspendiendo la tarea y fulminándole una ojeada de las suyas). Hay cosas que, si no las sabe uno por su propia cuenta, nadie puede enseñárselas.

—¡Ah viejita brava!—exclama el hijo, tratando de abrazarla.

—¡No, Lucas!—protesta ella, apartándose.—No me venga ahora con paparras, que yo no soy una muñeca. Mientras yo viva o sea algo en casa, no permito que nadie irrespete la memoria de mis muertos.

Lucas volteá cola, entre corrido y sonriente.

—Pero, mamacita...—implora Lucía.

—¡Quitá de aquí vos, querubín de estribo!

Voltea también a tiempo, cabalmente, que entraban a los corredores Adriano y Bonifacio. El pobre querube, con el índice en los labios, con guiños y con gestos, todo confuso y aterrado, les dice que no chisten, que no avancen, y, asiendo a ambos por las manos, les lleva hasta el corredor. Papacito, en el colmo de la murria, atisba desde **El chocolatero**; mientras que a la indina de Cecilia la alcanzo a ver en el cuarto de María, con el pañuelo en la boca, descuadernándose sobre un baúl.

—¡Pero no ve, Paquito! me dice la regañada.—¿Pa qué fue a matar esos sapos?

Tu que dijiste, y yo que emperro.

—¡Eso también y todo es mucha cargadilla!—Salta Mi Tula, cogiéndome de nuevo.—¿El niño qué culpa tiene de tu-estas afugias y contiendas?

Y, enjugándose el llanto con el delantal, sale conmigo rezongando si Dios tenía qué. “¡Es pa que se metan con **La Condesa**!.... Si yo m'imagino qu'iban a jorobar di a tanto, me callo mi pico. ¡Ponése mi-amo don Santos a echar de los Goris!.... ¡Consiá judíos! ¿Onde los habrá visto escupiendo a los cristianos? ¿Será por tan tirana qui-ha sido Ñora con él? ¡Qué tal que no fuera por Ñora! ¿Onde les daba l'agua en esta casa? Ella será la que los escupe a todos a juerz'e plata y consideración”.

Porque para Mi Tula, lo mismo que para mí, no existían más judíos que los de Semana Santa, y las personas que escupían a otras. Recordando al punto mi salivazo a Cándida, me di a pensar que acaso mi taita no carecía de razón. ¡Gracias a Dios que ya me había acusado de ese pecado tan grande!

Una vez en los dominios de mi protectora, fui consolado de tantas tribulaciones, y resarcido con usura de la media tarde no gustada. Mentor y yo compartíamos a un tiempo los gozos, como habíamos compartido los dolores: yo, sentado en un poyo, sacándole la quinta delicia a un migote que era una gloria: un revoltijo de rosca, **pelado** y quesito, en una pucha de chocolate de harina. Mentor haciendo castañear la lengua, con ritmo encantador, en su lebrillo de piedra, donde Mi Tula le había puesto cuanto bazofia halló a mano. El pobre estaba tan hambreado como yo. La mulata comentaba el acontecimiento ante las otras fámulas, celebrando las voladas de **La Condesa**, con todo el fanatismo que ella le inspiraba.

Agotado el tazón hasta la zurrapa, como sintiese muchos tragines por el extremo del corredor, donde Félix tenía su banco de carpintero, fui a enterarme de lo que pasaba. Y no era cualquier circunstancia: el cojo, ayudado por mamacita en persona, desclavaba del bastidor el lienzo de un retrato: ¡era el del padre! ¡Siempre el padre! Con dis-

mulo y a respetuosa distancia, les observaba todas las maniobras. Lienzo quitado, era enrollado al punto, con muchos cuidados y condiciones. Vueltos a sus respectivos lugares los esqueletos de los bastidores, sacaron coletas y encendidos, y, marco por marco, fue envuelto, liado y encaramado por allá al rincón más decente de un zarzo, donde los apilaron lejos de todo trebejo profano.

La Condesa salió luego cargada con los rollos. Mi Tula fue a ofrecerle sus servicios; pero, en vez de aceptarlos, se vuelve a mí animosa y me dice:

—Cuidado, don matasapos, cómo va a salirle ahora a mi mamá con el cuento de los retratos.

—¡Eh, su mercé!—responde mi protectora.—¿Pa qu'es decil'eso? El casu-és ningún picón; ¿ondi-ha visto qu'él cuento ni lo negro e l'uña?

—Pues para que no se le vaya a ocurrir.—Y siguió pasadizo adentro, sin que yo me atreviese a seguirla para ver qué hacía de los rollos.

—Hoy sí pues!—gruñe Mi Tula, en cuanto nos vimos solos.—Hay que quemarle ramo bendito a **La Condesa**.

La palpitación de Vira no era para alarmarme en lo más mínimo. Sobre no ser cosa nueva, yo no veía en ello más que un poquito de cama, en medio de los mil cuidados y cariños con que todos la rodeábamos; y cuando estaba encamada se me hacía más linda y más queridita. Contra la oposición de mamá, era yo el más asiduo en tales casos, haciendo acto perpetuo de presencia, con ese alarde del que se cree muy interesante en una situación y muy solidario con cuantos en ella actúan. Pero en esta vez recelaba el verme con la abuela. Tanto, que ni me había atrevido a preguntar por ella. Ignoro si sería remordimiento por haberla aborrecido un momento, y por creerme causa de sus males, o vergüenza por la azotaina, o efecto de tantas y tan seguidas impresiones, o todo eso junto; pero es lo cierto que, a medida que se acercaba aquella entrevista ineludible y retardada, me iba amontonando, amontonando. ¡Si Vira estuviera solita, no tan de lo peor!.... Pero ya veía la montonera de todos. ¡Valiérame Dios en este otro trabajo! Aquí de mi tocayo de Paula, invocado en lo más secreto de mi corazón.

Como Tula me afease tan desnaturalizado proceder y me instase a que pasáramos al aposento de Ñora, acogíme muy de mi grado bajo su bandera y bajo el protectorado de Mentor, que me seguía, tan fiel como siempre.

—Aquí stán los perdidos—anuncia desde la puerta la negra ujiera que me deparó el tocayo.

—¡Conque por fin parecieron!—contesta la abuelita.

No vi nada por lo pronto, pues la lamparilla de la Virgen apenas daba vislumbres a ese cuarto tan enorme. Creí que hablaba desde el lecho; mas, cuando pude notarla sentadita en su silla, junto a la puerta que comunicaba con el oratorio, entre el cerco de nietos, mi ale-

gría dominó los otros sentimientos y corrió a ella transportado. Peguémele a su cuerpo, apoyándome a un brazo del asiento.

—¿Dónde estaba el pasmadito de la casa?—me dijo ella, atrayendo mi cabeza hacia la suya.

—¿Yo? Por ahí, con Mentor.

—Eso sí: se fue a llenarse todo de lardillas; a asolearse harto, para que coja un buen tabardillo. — Y su mano pasaba por mi pelambreira como retazo arrollado de terciopelo.

—¿Le dió muy dura la palpitación?—le pregunté en voz baja.

—No, mi hijito: no me dió muy dura—contesta en voz alta.

—¿Y le duró mucho?

—Un momento nada más. ¿No ve que ya estoy muy aliviada? ¿Y por qué no había venido a verme?

Le puse la boca en el oído y le dije:

—Era que yo tenía mucha vergüenza... Pero ahora le doy picos.

—¡Pobre mi pasmado!—exclamó ella besándome.

—El que no te conozca que te compre—murmuró esa Cecilia.

—Y hoy, como que le fue algo mal al Magistrado—dijo Adriano, de cuya presencia no me había dado cuenta.

—Por fin le volieron sogá—afirma la cruel hermana.

—¡Caso fue sogá!—protesté gemebundo.

—No me le digan nada a mi pobre avistrujo—ordenó Vira con su vocecita rascada, que era un arrullo.—El no vuelve a hacer esas cosas. ¿No es cierto?

Con la cabeza juré que no, una y mil veces.

Cecilia y Adriano siempre dijeron maluco de mí. Tan siquiera que Bonifacio, Valvanera y Librada, que también estaban ahí, no eran molestos como ellos.

—¡Esta Vira tan picarita!—le dice Lucía, que era la menor y la más consentida de las cuatro.—A nosotras sí no nos hacías tantos mimos!

—Sí, Vira—afirma Adriano.—No te supimos dar raspao de jarrete, como este marchante.

—¡Es que ya no se acuerdan, estos ingratos!—dice la anciana, devolviendo plácida aquella charla del cariño. El tratamiento de vos que le daban sus nietos adultos, y que a mí me olía a irrespeto, disque la encantaba.

—Tenemos mucha memoria—apura Cecilia. Pero no hay que recordar. Esta Viravira ha sido con todos una abuelita... así medio desentendida ella. Sólo el Paço tiene bula del Santo Padre: ¿no es cierto, Bonifacio?

—¡Ju!—contestó éste, que no hablaba ni lo necesario.

—No, mis hijos—se defiende la señora, con toda su santa ingenuidad.—Que lo diga Mi Tula: soy igual con todos. Pero los viejos somos como el perro: el que nos agasaja nos compra; y, como este pobre cumbambón ha sido tan zalamero conmigo y como no tiene ahora quién le haga la competencia....

Si a la viejecita le halagaba aquella comedia de la ternura filial, a mí me desvanecía el verme objeto de tales conversaciones y envidias.

Nadie me rivalizaba, en efecto. Cuando yo estaba en la mente de Dios me precedieron en casa dos ángeles, que se volvieron al Cielo; después de mí hubo otros tantos que alcanzaron la misma suerte. Los cuatro dizque eran a cual más hermoso; a mí por feo y canijo no me quisieron de angelito en la Corte Celestial. Yo sólo disfrutaba del usufructo de Vira y de Mi Tula; yo solo, porque las mellizas, aunque muy bellas, traviesas e iguales, no estaban por la abuela ni por nadie. A estas gitanas nómades de seis años no les alcanzaba el tiempo para sus muchas y diversas obligaciones. Bajo la dirección inmediata de Cándida, plantaban el aduar en las raíces del tamarindo, en la leñera, en los rincones del jardín, a la sombra de astromelios, de clavellinos, en cualquier parte. Molían tierra y amasaban barro y tornaban a moler y volvían a amasar. Criaban prole numerosísima de bellotas, de trapajos, de almohadas. Levantábanse con los pájaros, y con el último trago de la media tarde, entre el farfullar bostezado del **Bendita sea tu pureza** y del **Con Dios me acuesto**, quedábanse como muertas de tan duro trabajar.

Lucía tampoco me hacía sombra. Verdad que aun jugaba a las muñecas y que era tan niña como yo; pero sus quince años y su estatura de veinte no eran ya para chiqueos. Beatricita, la omega de la tribu, apenas principiaba a caminar; y los dos pichones de Lucas no eran todavía gentes para desbancar a Paquito.

La tertulia y el ajonjeo continuaban en torno de la abuelita. Librada, Valvanera y Bonifacio, siempre escuchando; parla que parla los restantes; Vira y yo, abrazados; Mentor, hecho una rosca a nuestros pies; la mulata arrellanada contra la puerta. Sentíase olor eclesiástico de flores encerradas y de paños limpios, y algo religioso flotaba en aquel grupo íntimo. La figura airosa y decorativa de mi madre aparece en el umbral. Viene serena y sin cara de jaqueca. Al verme ceñido a Vira, me dice, entre fuerte y dulce:

—Ya se vino a colgandear y a acabar de enfermar a mi mamá. Apenas meriende se acuesta. Ya lo sabe.

—Bueno, señora—le contesté con insólita sumisión.

—Si no me está molestando, hija.

—No le hace, señora; siquiera nos dejará en paz. Y ustedes (dirigiéndose a los mayores) tampoco le hagan la tertulia muy larga. Y ya es la hora del rosario. No sé por qué no habrán llamado.

Uno tras otro fuéronse escurriendo los hermanos. Mi Tula y yo permanecemos.

—¿Por qué fué, hija, esa determinación de quitar los retratos?—pregunta Vira, con esa curiosidad infantil de los ancianos.

—Yo le diré a su merced.... Pero, en vez de decirle, se vuelve a Mi Tula y le manda:

—Llévese a ese muchachito, que la tiene sofocada.

Orden era de **La Condesa**.

—¡Eso sí!—me decía yo al salir—¡Cuando van a contar cosas han de rumbar a uno!

Esquillonazos tenues convocaban a poco a la familia.

* * *

El portón, de arco e imposta a estilo de iglesia, abríase en mitad de la fachada. En lugar de zaguán, le seguía un no como vestíbulo, amplísimo, enlucido siempre y destapado al interior, merced a unas soleronas de a tercia y a dos pilastras de piedra, con poyos en los tramos laterales, que sostenían el muro del segundo piso. Sobre el arco de la puerta, en un nicho de bóveda ovoidal, guardaba sus lares la veneranda Valvanera. Las clásicas manos de los artistas quiteños habíanla esculpido en el hueco de tronco contrahecho, sentada sobre el águila, inscrito el rostro en disco irradiado de custodia, con su Hijo Dios en el regazo y coronados ambos de imperial insignia. Dos lámparas, con más hojalata que cristales, la alumbraban noche y día; dos escaños, arrimados a los poyos, convidaban a rezarle día y noche. Cual plegarias perpetuas de almas virginales, le ofrendaban su conventual fragancia las macetas de albahaca y de aroma, enfiladas siempre sobre los poyos. A la derecha, según se entraba, rasgábase la enrejada puerta del oratorio, que, a guisa de presbiterio, tenía el retablo al frente y puertecilla a los costados. Daba la una a los portales exteriores y la otra al aposento de la abuela.

Aquella entrada abacial, de paz y de frescura, de poesía y de misterio, hubiera sido mi lugar predilecto, a no tener encima, precisamente, la biblioteca-troje donde vagaban los manes del cura inquisitoriado; máxime cuando, a tan buenas partes, agregaba el incentivo de la prohibición: allí no se permitían risas ni retozos, ni fumar, ni comer siquiera. Como en el propio oratorio, guardábase en tal recinto la actitud religiosa. El extraño que traspasase esos umbrales tenía de entender al punto que la casa de **El Silencio** era un templo.

En aquel punto se congregaba la familia a rezar el rosario. No bien llegaban los hombres de sus labranzas y se acostaban los párvulos, tomaba mi padre un esquilón remanente de la capilla, y, tilín, tilín, afuera; tilín, tilín, adentro; llamaba a todo el mundo. Con frecuencia acudían vecinos y aun personas del pueblo, especialmente los sábados, en cuyas tardes había pago de salarios, enseñanza de doctrina y merienda para todos; como que el rosario de casa alcanzaba en aquellos sencillos tiempos mucha boga y renombre. En el portal exterior se situaban jorna-

leros y agregados; la servidumbre femenina en los corredores de adentro; en el recinto el señorío; de rodillas todos, desde el "Abre, Señor, mi boca" hasta el último amén; el patriarca en un taburete; las señoras en alfombras; los hombres en los escaños; Vira y yo en la puerta consabida; ella sentada en su silla; yo, a sus pies, sobre una colchoneta, entre si me tiendo o me arrodillo, entre si rezo o divago.

En aquella tarde, en que no le sonaba el esquillón a papacito, cual solía, tampoco iba yo a obrar a lo ordinario. Renunciando las blandicies de la cerda y el dulce arrimo de la abuela, fui a postrarme de rodillas, en el santo suelo, entre los autores de mis días. Por su puesto que Mentor se me hizo al lado, en la actitud aquella. Muy raros debíamos de estar, muy lindos y muy edificantes. Yo oía, sin oírlas, las preces fervorosas de mi amigo. ¿Estaría yo pecando?

—Pero ¿cómo?—pensé al momento.—¿No dice ahí en el oficio, que rezan todos los días mamá y Vira, tan sabroso, que todos los montes y todas las quebradas y todos los animales y los pajaritos y toditas las estrellas y el sol, también adoran al Señor? Pues si lo adoran los piscos, que son chinches, y las culebras, que pican, y el rejalgar, que es veneno, ¿cuánto y más no ha de adorarlo un perro tan bonito y tan bueno y tan sabio; un animal que tal vez tiene adentro algún alma de cristiano? Esto es al Señor; pero ¿y a la Virgen? ¿Quién sabe!... ¡Ah! Pues bueno: aunque no sea a Ella, siempre reza: que sea pa mi Dios solito.

Libre el escrúpulo, me entró un susto como miedo; pero que no era malo: en vez de quitarme la devoción, más bien me la aumentaba. Y luego que el rosario iba saliendo tan entonado y tan parejo, y sin ningún embolate el cambio de avemarías y padrenuestros. El rezar de papacito no era ya como rumbido de cucarrones, sino como cura predicando; mis hermanas, quietas, clavadas, parecían imágenes con habla. Por la puerta, de par en par, entraban revueltos los olores del jardín y la arboleda, y afuera, como chispas desprendidas de un cohete, principiaban a cruzarse los cocuyos.

La Virgen y el Niño estaban tan hermosos y tan contentos, por todo lo que los queríamos, por ese modo tan lindo con que les estábamos rezando. Les relumbraban los ojos, como ojos de verdad; ya iban a mover los labios, a sonreírse con nosotros. El, con su corazón en la manita; Ella, con el suyo. Después de regalárselos recíprocos, nos los ofrecían, en retorno de tanto cariño.

Yo se los recibía, se los recibía a los dos; yo quería tenerlos, guardarlos siempre. Y, para merecer aquel regalo de la Princesa y de el Principito, para que no me los fueran a quitar después, iba a rezarles hartísimo; a ser muy bueno y muy obediente. ¡Ahora sí era de verdad! ¿Para qué me servía entonces mi

uso de razón? No volvería nunca a robarles los huevos a los pajaritos ni a tumbarles el nido; no volvería a arañar la pared, ni a pasar **La Magistrada** contra la corriente; nunca jamás volvería a escupir a los cristianos, aunque fueran caratejos o negros injuriadores; nunca jamás, a matar los animales de mi Dios—que lo adoraban parejo con uno—por más que fuesen feos y corronchos.

Fijo en el nicho, cruzado de brazos, rezaba y rezaba, como ebrio de fervor. Me escuchaba, me escuchaba a mí mismo, como si no fuese yo. Sí: mi vocecilla transportada sobresalía entre tantas; percibíala clamorosa y vibrante, cual acordes de violín en la orquesta. Por simpatía iba siguiendo el ritmo de mi madre, y su voz argentina y límpida, más expresiva en las preces que en todo, parecía arrollar la mía, envolverla, matizarla con la suya y subirla en una sola hasta la Madre Valvanera. ¡Cuán dulce y fortificante resultaba esta fusión!

Pero no era mi voz únicamente lo que manecita levantaba: era que, como ella tenía "una alma tan grande"—según decían siempre Vira y papá,—esa alma cargaba la mía, tan chiquita y tan débil, alzándola y sosteniéndola por allá muy arriba, tal vez hasta los ángeles.

Con tal verdad y eficacia sentía el encumbramiento, que todo yo me estremecía de dicha. En un solo efecto, en un querer sin nombre, más grande que **El Vadillo**, que era mi término de comparación, confundía a la mamá del Cielo con la mamá de la tierra, poniéndolas a una y otra al nivel de Vira, que es cuanto podía decirse. Por conexión con ellas, pero más abajo, por supuesto, entraban papacito, Mentor, Mi Tula y mis hermanos.

Aquellas articulaciones de la compañía de mamá y yo volaban serenitas y limpias, como unguidas con un óleo milagroso. Ansiaba que llegásemos a la **Oración Universal**, que tiene palabras y retahilas tan bonitas; que me tocara el turno en los padrenuestros de las ánimas, para rezar más bello todavía. Pero no alcancé esa gloria: de pronto, en medio de mis sublimaciones, sentí una fatiga y un malestar físico, que no eran por la posición tan violenta. Cuando íbamos en el **Virgen purísima y castísima**, un relámpago iluminó la casa, y un trueno, que parecía estallar de entre el cimientito, me hizo saltar como pelota. Ya estaba yo con esa angustia, con esa sobreexcitación indecibles que desde niño me producen siempre las tempestades. Rompiendo por entre las mujeres, disparéme oratorio adentro, hasta el regazo de la anciana.

No supe cómo terminó el rosario ni me tocó la bendición. No presencié cómo mis hermanos—según la santa usanza de mi casa—vinieron unos tras otros y por orden de edades, a ponerse de hinojos entre mi padre y mi madre; ni cómo fueron en seguida a postrarse ante la abuela; sólo entendí que la tormenta

arreciaba; que, en medio de un Magnificat coreado y clamoroso se agitaban en lo alto haces inflamados de palma bendita.

— IV —

La tronamenta ha calmado y la lluvia cae, ind'cando, con su parejura y lentitud, que habrá para rato. Papá no está para leyendas, y los hermanos mayores y mi madre departen, de sobremesa, en el comedor. Por las risas que se les oye desde el aposento de la abuela, comprendo que el ramo bendito ha obrado también sobre esta mamacita incomparable. Yo he vuelto del susto y de la angustia; pero, lo mismo que el cielo, lluevo y lluevo. En balde me dan consuelos Vira y Mi Tula; en balde trato de atajar el llanto y de confortarme con la merienda, porque los puñeros se me hacen sin yo quererlo y las lágrimas no dejan de saltar y de caer algunas en aquel chocolate que se me vuelve.

—¡Busté sí, Paquito!—me dice la decana del servicio.—Parece mismamente que se l'estuvier'arrancando l'alma. Tómese su meriendita en sana paz, que ya maunifica y el ramo huyentaron las centellas.

—Yo no quiero más—le contesté, entregándole la taza.

—Válgame! Antós s'istá de muerte. Ella sale y yo me arrimo a la abuelita.

—No ve, mi hijito—me susurra al oído, recostándome la cabeza a sus rodillas—Si tuviera la conciencia tranquila, si no hubiera cometido esos pecados con los pobrecitos animales, no le daba tanto miedo de la cólera de Dios.

—¡Yo no lo vuelvo a hacer—prometo con vocecita quebrada.—Allá verá, Vira, que no lo vuelvo a hacer.

—Sí, Paquito: nunca en su vida lo vuelva a hacer. Hoy lo castigó su papacito; otra vez lo castigará Nuestro Señor. Pero ¿no es cierto que está muy arrepentido de sus faltas?

—Mucho!—y este **mucho** me salió como envuelto en un sollozo entrañable.

—¡Bueno, mi pobre avistrujo! Ahora vamos a rezar juntos el acto de contrición, para que Dios le perdone.

Ella que dice y yo que me arrodillo. Creo que los ángeles, mensajeros de oraciones, debieron llevar muy arriba aquella plegaria de la abuela y del nieto. Luego vino el plan de que a la semana siguiente, si el tiempo y la salud lo permitían, iríamos al pueblo, para que confesase, únicamente; que lo que era comulgar no tenía ni para qué pensarlo, con todas las señales de irracional que estaba dando. Noticiéla, así por encima, del advenimiento de mi razón. Pero ella me significó que había que darle cuarentena al asunto. Me provocó hablarle de mi promesa de misa, por el ánima del sacerdote santo; pero, merced a cierto pudor natural, que desde niño tuve, con mis asuntos propios y aun con los ajenos, me abstuve de mencionar cosa alguna remitiendo el punto para ocasión más oportuna.

Pero si le pregunté, a poco:

—Oh, Vira, ¿qué es la inquisición?

—¿La inquisición, m'hijo?... Y ¿por qué me pregunta eso?

—¡Por que sí!

—¡Usted si que saca cosas! ¿No?...

—¡Dígame!

—¡Eso ya no hay!... Cuando sea grande y Magistrado, lo sabrá. Los niños no tienen para qué saber eso.

(¡Sí! Lo mismo de siempre: a cuenta de que uno era chiquito no le decían nada).

—¡Bueno! Pero ¿por qué quemaron al padrecito Villalares?

Ella abrió mucho los ojos, aquellos ojos suyos, azules como la flor de linaza.

—¡Eso es que la gente se lo figura! No crea eso, Paquito. Al padre no tenían por qué quemarlo ni hacerle nada... Cuando él se fué estaba muy enfermo y muy viejito. Por allá se moriría de sus enfermedades.

Aquí siguieron otras preguntas y respuestas, en conexión con el relato de mamá y con varios cabos sueltos que yo había juntado. No quedaba duda: en mi familia había santos, no sólo de apellido.

Apenas eran las ocho; más, por cumplir la orden terminante que me dieron, no por sueño ni deseo, me recogí en mi nido, tras el pabellón de la abuela, previas las jaculatorias y bendiciones de ordenanza. Mi madre vino a recibirla de la suya y a cambiar con ella la paz de despedida en las frentes nobilísimas. Siempre recordaré aquel beso cotidiano que unía y levantaba hasta el Cielo aquellos dos corazones. Esta escena, que había presenciado tantas veces, cara a cara y al través del pabellón, tuvo para mí, en esa extraña noche, no sé qué de triste que me conmovió hasta hacerme revivir el llanto. Con ser que la hija se despedía muy contenta, porque la palpitación de la madre no había ascendido a nada.

Mi Tula, que dormía siempre en el cuarto de su señora, como el genio de la fidelidad, trajo a poco su petate y lo tendió frente al lecho monumental, cerca al enorme armario. Allí se acurrucó hasta que ella termine sus oraciones. Doña Elvira se incorpora, luego, al rato, en su silla. "Sacramento el altar Nora", salta la esclava libre, y se rinde a las plantas de la anciana, la cabeza baja e hincados los hinojos. Otra costumbre que se me vuelve novedad y que también me enreda entre la tristeza y la alegría. Siento que la ayuda a desnudarse, a subirla a la cama, a colocarla en las almohadas; siento que la cubre con la motosa "colcha de macana", único abrigo que ese clima tórrido permite al cuerpo senil, que ha menester calor. En seguida, como de ordinario y a fin de que Nora no vaya a sofocarse, recoge a lado y lado los paños de aquel cortinaje blanco transparente, que es un puro lujo y, retorciéndolos desde arriba, los asegura con las cintas a los balaústres de las barandillas. Aparece el esqueleto de aquel armatoste esculpido, todo pintorrajos y doraduras, que, más que le-

cho, semeja una casita de balcón, rematada cual las andas de ese entonces. Aparece, asimismo, la facha yaciente de Paquito: es su cama una tarimilla, su colchón una badana, sus mantas la merita sábana, y esa sin que le tupan el tejido almidones obstrutores, si no se asaría que ni un plátano.

Era consigna el no chistar ni moverme después de acostado y el dormir con la cara a la pared, a esa pared que cubrió Vira con una zaraza de floronas fabulosas y hasta con media docena de imágenes diminutas, ya enmarcadas, ya en papel puro, revueltas con cruces y escapularios. Así, la dejaría dormir en paz; no me acostaría del lado del corazón; vería, si desvelaba, cosas santas; y no tendría el diablo por donde arriármeme. Yo, la criatura de los miedos, nunca le tuve ninguno, valga la verdad, a este enemigo de las almas. Acaso por esto faltaba a la consigna las más de las veces. Pero, en aquella noche inicial, en que debutaba en uso de razón, en azotes y en tantas cosas, tenía que ceñirme absolutamente a los rigores de la disciplina. La vida nueva que ante mí se abría tal lo ordenaba. Pero cágame que, al primer ensayo, la obligación se me hace cuesta arriba. Necesitaba volverme del otro lado, moverme, hablar una palabra siquiera. Dormir... ¡ni bamba! Sentía una inquietud, un desbarajuste, que no me podía hallar en aquella tarima. Mientras más procuraba el sueño, más despierto estaba. Oía todas las andanzas de papá que no se acostaba sin registrar toda la casa y sin que cada mochuelo estuviese en su olivo; oía, por la serie de piezas, el trajín de unos y otros al recogerse en sus camas; y aun me parecía oír el rascarse de Mentor contra la baranda del portal. Y yo no podía toserle, ni darle a entender de ningún modo que debía acompañarme. Sin devoción en unas partes, con muchísima en otras, rezaba unas oraciones remendadas y revueltas. Apretaba los párpados y veía allá dentro de los ojos unos hormigueros relumbrosos, verdes y amarillos; los abría y, al fulgor de la lámpara de la Virgen, al de las velas que prendieron a Santa Bárbara y al que llegaba del oratorio, los santicos y escapularios, una chapase de Mentor contra la baranda del portanza que hervía como gusanos de cosecha, que aleteaba como un avispero alborotado. Me parecía que todo eso lo tenía yo metido dentro del cuerpo. No pude más y me volví del otro lado. La señora y la negra dormían, dormían todos los de la casa, y yo estaba solito, como botado otra vez y sin Mentor. El agua seguía, seguía igual y despaciada. El reloj, aquel reloj que, en su pilar eterno de maíz, me decía siempre Pa-co-fe-o-y-cum-bam-bón, Pa-co-fe-o-y-cum-bam-bón, hacía rato que me estaba diciendo unas palabras que yo no quería oír pero que siempre oía. Alcé a verlo, tal vez para que no me dijera tan maluco ni tanto. Muy lindo y como de oro era el relieve

apaisajado que enmarcaba la muestra: allí estaba la Virgen, montada en la borriquita, con el Niño cargado, y San José a pie, con un bordón en la mano. Pero, aunque los alumbraban muy bien las velas, me parecieron feos y asustadores. Y las pesas y las sombras que hacían en la pared ya no eran "como viejos bailando": eran como animales medrosos, que andaban de aquí para allá, como los sapos tostados, cuando los columpiaba en las cabuyas. Yo seguía rezando aquellos enredos que no eran oraciones ni nada. Sonó a un rato la campana, y conté. ¡Las once! ¡Las once de la noche!; una hora que yo nunca había oído! "¡Virgen querida de Valvanera...!" ¡Ya casi iba a salir el ánima en pena, por entre los maraños viejos! ¡Como Mentor pudiera ahuyentarla...! Vira con la cara vuelta a la orilla, dormía como un niño, y poco mayor que el mío era el bulto que hacía bajo la colcha. No le sentía la respiración. Su pelo no se distinguía de la almonada, pero, ¡qué horror!, una mariposa negra se le había asentado. Ya iba sobre mi cara. Comprendí, en medio del espanto, que era la cinta de terciopelo con que se ataba la moñita; mas, por eso mismo la situación apuraba: aquello "salía sin que nadie lo sacara". Me fijé en una de las trozas que ella se hacía sobre las orejas, recogiendo en culebros dos cañales sobre otro, y esto también "salía", y peor aún que la mariposa; es o era como un galón de capa para funciones de difuntos y ánimas. ¡Vira se iba a morir! Tal vez ya estaría muerta! Tal vez no sería ella, sino yo! Por ahí dentro del cuarto andaba el ánima del padre, y quién sabe cuántas más. El terror se me fué a la boca del estómago, y era tal, que, aunque quería gritar, yo no podía. Sin saber cómo ni cuándo, me vi en el suelo, frente a la cama. Las piernas me bailaban y sudaba frío. Me agarré de una columna para no caerme.

—¡Qué es!—exclama la difunta incorporándose.—¿Por qué se levantó?

Yo no contestaba.

—¿Qué tiene? ¿Por qué está así?

—Es... que yo... ¡toy viendo cosas!—pude articular entre acecido y acecido.

—¡No sea bobito ni embelequero! Vuelva acuéstese. Récele la oración a la Virgen, para que se vuelva a dormir.

—Pues si ya yo la recé. (Y aquí me emperro).

—Acuéstese, pues, conmigo. Pero se está quedo y calladito.

(¡Qué tanta maldad! Sentí horror a la idea de arriármeme a la abuelita).

—¡No, no, Vira! ¡Con usted, no!—gimo en el colmo del apuro.—Más bien con Mi Tula.

Corro a la estera de la negra y me inclino a su corpachón caliente y transpirado.

—¡Virgen Santa!—exclama despertando.—Si que me asustó! Pero ¿y eso qué contiene, pues?... ¿T'cof'ermo?

(Tiemblo entre sus brazos, pero no contesto, por no hablar llorando).

—A ver, ¿qu'es lo que tiene? Diga m'hijo. Pero no se asuste asina, qu'es pior! (No contesto tampoco).

—¿Soñó alguna cosa maluca?—preguntó Vira.

—No... señora. Yo... no sé.

—¿Válgame! Pero ¿le duele algo?

—Yo tengo una cosa, declaró al fin.

—¿No ve! Eso es de la asoliada. Como no se vaya a enfermar de veras...

—Si él no tiene nada, Nora: pues más qu'está con miedo. Es que tiene tantas cizafias esta criatura!

—Consuélelo, porque ahora ni duerme ni nos deja dormir. No piense en bobadas y estese quedito y verá como se le pasa.

La negra me soba y me dice a media voz:

—Ahora le traigo su almuada y sus sábanas, pa que duerma aquí con yo. ¿No ve que si trasnochamos a su Vira se güelve a enfermar?

Así lo hace a poco. Guardamos silencio y siguen las sobas. Los temblores y el miedo se me van quitando, pero siento por todo el cuerpo como hormigueos, unas hebras que me tiran y un nudo que me aprieta, no sé dónde. Me suelto un ratico de Mi Tula, porque el calor me sofoca. Ella se va dormitando. Apenas se oye la lluvia. No bien cierro los ojos, veo caras que me hacen gestos; veo asustos y bobadas: raíces que se vuelven v.e.jas chuchumecas y andrajosas, animales que se agrandan, que se pierden al momento y vuelven de otra laya. Veo la calavera que "hace el cuarto de El Magistrado", lo mismo que desde el Morro; veo las dos letras que hace la casa, como si estuviera allá. Abro bien los ojos, me despabilo y rezo otra vez lo primero que se me ocurre. Despierto y todo, veo de mentiras, al padre, más flaco y consumido que en el retrato. Es por los ayunos y la penitencia. Y sí, conocer la inquisición, también la veo; es una señora que está sentada en un taburete muy alto; tiene la cara tapada, y abajo de ella, como en el cuadro de la Virgen del Carmen, está la candela donde se está quemando el padre.

Está más esqueletado que el San Jerónimo de la capilla y arde como chamiza seca. Revive la escena de los totumos y me convenzo de que estoy asombrado definitivamente, de que el despertar de mi razón fué un engaño y de que voy a morirme muy pronto. No siento espanto, sin embargo; siento tristeza, desolación; tristeza por el padre, por las ánimas, por Vira y por mí, y una muy grande, y como aparte, por papacito. Pero no es sólo por las personas, es por las cosas también: por los sufragios, por las misas y las procesiones, por las imágenes y por todo. Es muy diferente de lo que me dió en El Morro y, si no más duro, más cierto. Me parece que eso me duele en el cuerpo; que lo siento en la cabeza y en el estómago, como una aporreadura. Me creo bobito, enteramente; me veo comiendo carne cruda y haciendo muecas y gestos feos,

como Garritas el bobito de Aguascaleras. Tan bobo estoy, que me da pesar y angustia del migote de la media tarde y lo estoy recordando y viéndolo cada rato. Por no pensar en esas cosas, reparo el retablo de la Princesa, que era de Taita Gori; el retablo traído desde España y que es el más milagroso de todos. Pero no me da alegría tampoco. No me parece hermosa ni querida como la quiteña; apenas se ven las coronas y la custodia, porque son de oro, pegadas a la tabla. Me acuerdo de los prodigios que hizo la Virgen y me entristecen también como todo lo otro; me entristece la muerte de don Jorge Martínez, despedazado por la caída del caballo; "la muerte tan linda" de Coloma, entre la cueva, y se me va figurando que los trapos retorcidos del pabellón son aquella sierpe, con escamas como de acero, de cinco varas y media de larga y tres cuartas de gruesa, que mató el pastorcito con la ayuda de nuestra patrona. No la veo más: quiero consolarme en los otros santos. ¿Pero cómo? Al Señor de la humildad lo veo más llagado y lastimoso que siempre; a Santa Rosalía de Palermo sólo le distingo la calavera, que blanquea sobre una piedra, y a las otras imágenes que tienen caritas alegres y mantos lindos, no les da la luz. ¿Cómo no estar bobito, si todo me afligia y me daba temblores? Aquella enormidad de armario, con ser pintado como un altar, negrea sobre la pared.

Me fijo de pronto en el copete y aquel aguilón de dos cabezas, con las alas abiertas y un trompo atrancado en el ángulo de los pescuezos, se mueve como animal de verdad, y se mueve el facistol de plata, y el misal y el corderillo pascual que tiene encima, y la bardera que sostiene en una pata; y los santos y los muebles, todo se mueve y voltea.

—¡Mi Tula! ¡Mi Tulita!—llamó a media voz.

—¡No se ha dormido!

—No. Vea cómo se mueve.

—¡Busté si tá enfermo! ¡Ta jaito, jaito!

(Un gemido, un lamento corrió por la estancia).

—¡Oiga por Dios! (Abrasándome a ella).

—No sea pendejete. ¿No ve qu'es el viento que se coló por los postigos del oratorio?

(El gemido sigue. Es un ay prolongado de agonizante).

—¡Oiga Mi Tulita!

—Si es el viento, Paquito, y la vele-ta que rumba.

—Son las ánimas y el padrecito Villalares que nos piden sufragios. Recemos, Mi Tula; recemos juntos. Recemos—le imploro, tan gemebundo como el viento.

—¡Virgen Santísima, mi madre...! Busté si que saca cosas d'esa cabeza! Ni un grande m'hijo.

—Recemos.

—Recemos, pues, pero pasito.

—Los tres padrenuestros del camarero.

Y me arrodillo, recostado a las cade-ras de la negra.

En meses como aquel venían desde el pueblo en alta noche, los devotos de las ánimas, a pedir oraciones, y usaban unas voces tan del otro mundo que siempre que les oía echaba a temblar. Mientras rezábamos, les esperaba, y tal me sentía, que daba por evidente que pedir ellos y yo caer muerto iba a ser una misma cosa. Si no los animeros, vino algo peor todavía. Y fué ello que, en uno de los aleros de las ventanas—que los tenían, por no tenerlos el techo,—dió su queja al aquilón un búño aleve. Aquel ¡cu-rru-cu-tú! se me fué hasta las entrañas. Di un chillido y me fuí sobre la negra.

Cuando vuelvo en mí, me rodean papá, mamá y Lucía. Me pasan de uno a otro, me sacuden, me zarandean; preguntan, indagan: "¿Comió rejaigar?" "¿Se mojó acalorado?" "¿Se metió a la ciénaga?" Siento que no es soñando; pero parece. No sé; no puedo explicar; tengo frío y me sofoco; me duele, me duele mucho, pero no sé dónde; por el pecho me sube y baja algo que me raspa y me arde; siento náuseas y "fatiga mortal". De pronto me da una morridera, distinta y peor que la de El Morro: el sudor se me vuelve granizo por la frente, por la nuca, por todo el cuerpo; estoy por dentro atrancado, el resuello me sale con trabajo. "Hago viejos", me retuerzo, me zangoloteo, me muero de veras. Imploro con los ojos que se me brotan. Al través de las lágrimas que los empañan, veo que van llegando hermanos y hermanas. Los veo a todos como en un remolino. Lucía llora muy recio. Me tienen en la cama de mamacita. Me ponen en la boca tazas de agua caliente. Trago pero me ahogo. De pronto, me reviento por dentro; me voy de bruces sobre alguna y la enso-po. Es un chorro espeso, ácido, amargo; pero no sale todo. La muerte de Custodio, el marido de Mi Tula, tantas veces contada por ella, pasa por mi cabeza, como centella de evidencia. En cuanto puedo, articulo: "¡Se me reventó la giel, como a Custodio!"

—¡Tome más, Paquito—Y Lucía me pone de nuevo la taza...

De ahí en adelante, todo se me enreda. Sólo me acuerdo—pues aquello ha quedado como una bala incrustada en mi memoria—que me hallaba cerca de un peñasco negro y rajado. Una sed horrible me quemaba el gáznate, lo mismo que una llama. De pronto, por una grieta, salta un hilo de agua; corro a poner la boca; pero el hilo se acaba y por la grieta asoma una lengua blanca, larga, lamosa; una lengua de muerto, fétida y putrefacta. Aquella lengua, sin labios, sin dientes, sin paladar, dijo, como en un ronquido y en una convulsión: "¡Este será!" "¡Este será!"

Es fama, en los anales de la familia, que di un grito aterrador, que me tité



de la cama y que, por un instante, recobré el sentido.

— V —

Me di cuenta de mi real persona un medio día. Lo primero que mis ojos vieron fueron los de Mentor, tan tristes, tan compasivos, fijos en mí, como resucitándome. Estaba frente a mi cama, en medio de la puerta que caía al corredor, clavado sobre sus cuatro patas, agitando de lado y lado los bucles de la cola. No sé qué me dijo; pero me dijo algo. Desde aquel momento fui desenredando, desenredando, hasta coger de nuevo el hilo de mi vida, que estuvo al revetarse.

Los primeros días de aquella convalecencia fueron "el Paraíso del encanto", que dice el trisagio. Qué gozos con los trompos y las maletas que me fabricó el negro Félix y con aquella alcancía, con siete pesetas y once reales adentro, que yo hacía sonar como un guacho. Qué glorias con esos alpargates abigarrados de rojo y verde con que se iniciaron mis pies en la caballeresca viacrucis del calzado: con el pañuelo de seda, con un pato nadando en cada esquina, que Vira me arrolló al cuello, como el constrictor de lujo; con aquel cordero, de estandarte y todo hecho a imagen y semejanza del bendito que tenía sobre el atril.

Pero, ¿para qué son dichas, si no han de durar? Pronto vinieron los misterios dolorosos: ¡qué hambres aquellas y qué espejismos los del hambre! Soñaba despierto, entre lágrimas y gemidos, con la bandeja de plata colmada, en morro de arroz con leche; soñaba con las ollas humeantes de tamales, de esos tamales del sábado, en que Guadalupe ponía todos sus sentidos y potencias; soñaba con hornadas de roscas, como ruedas de carro. Sentía que todo eso, y lo más que hubiese en casa, me cabía en aquel estómago, atormentado por las nostalgias del sustento. Pero sueñe usted para que vea las ironías de la realidad. Mis realidades eran abrumadoras: unas tazuelas de sagú chirle, que me sabían a la pura mugre; otras de caldo, que dizque eran sustancia y que me parecía un veneno.

Mi llanto no conmovía a Vira, ni a mamá ni a nadie. A Tula y a mí nos pusieron en entredicho por temor de que ella violase las sagradas prescripciones de la medicina. Cuco, cuando entraba a jugar conmigo, era registrado, como un revolucionario. A Cándida Rosa y a las mellizas—sospechosas ante la suspicacia de mamacita—no las dejaban arrimar adonde yo estuviese.

Aquella enfermedad misteriosa, de nueve días, aquella fiebre enloquecedora, que había enredado a todo el cuerpo médico de la casa y de Colmenares, no era para menos. Mi padre, que las daba de galeno, que consultaba siempre a Buchan, "el autor", que él llamaba y que era su oráculo, juraba y perjuraba que había sido "indigestión insolva-

da"; mamá alegaba que, fuera de esto, hubo ataque al cerebro; a don Vicentico, el médico del pueblo, aunque de acuerdo en lo último, no lo apearon de "fiebre inflamatoria"; Vira y Tula se sostuvieron siempre en que fué un tabardillo de primera fuerza. Yo daba por evidente que todo había sido y era hambre, pura hambre. Según cuentas, me aplicaron todos los brebajes y potingues, todos los vejigatorios y fomentos que ordenaba la terapéutica de entonces.

En todo caso, yo padecía—según la expresión de mi compasiva apoyadora—"yelo de agonía", y estaba, por ello, "tránsido y perfilado como un armitaño". Todos los de la casa, aun la misma negra, se me hacían otros tantos verdugos. Corredores y patios...ni pensar en ellos: me tenían secuestrado en los cuartos. Las puertas todas, que eran enrejadas y con postigos hasta abajo, las cerraron con llave y sólo dejaron por entrada la del salón, donde papacito o algún otro estaba siempre de centinela. El pobre de mí vagaba del oratorio al cuarto de los hermanos, que era el último de la serie y donde había pasado la enfermedad, como un carricuí enjaulado. Me revolcaba en todas las camas; debajo de todas hacía columpios; tiraba almohadas, enlazaba taburetes y me acometían ansias de hacerles hartos daños, de rayarles la pared y de quebrarles trastos.

—¡Si yo ya estoy aliviado!—gemía cada rato. Lo mismo que nada.

Desde mis prisiones veía pasar a Mentor con el cesto en la boca; eran las once para mis hermanos, que trabajaban por esos días en un arrozal ahí cercano. Al ver asomar aquellas puntas de servilletas, me figuraba los cuartos de queso de ojo, los bizcochos, las cocadas, y, a propia hora, me emperraba a llorar de hambre y de rabia. Hasta Mentor conspiraba contra mí; hasta a él, en cuanto lo veía con el canasto, le llamaba, le hacía señas para que se acercase a las rejas; pero él se apartaba más, hacía una comba, mirándome triste y receloso, como si me dijese con los ojos: "¡Imposible, Paquito!", y seguía apurando el paso, tal vez más triste que yo. A su vuelta venía a contentarme, a que le perdonase; volvía más humilde, más cariñoso; pero yo le daba azotes con el lazo y no me dejaba querer. El pobre amigo se echaba a mis pies acobardado por nuestra situación.

Mamá, que en su vida me había contado nada, quiso entretenerme esos días con *La lámpara maravillosa* y con la *Historia de Tobías*. Supuse que serían unas bellezas acabadas; pero no aliviaban mi pena; mientras contaba veía yo gallinas fritas, pavos asados, sartas de longanizas. Todas mis hermanas me estaban queriendo mucho y me regalaban juguetes; pero, en lugar de agradecimiento, sentía incomodidad. Cuando veía la hilera de las cinco, bordando con Vira, en el bastidor, un paño de altar, que a la sazón trabajaban, me acometían ímpetus de cortarles aquel trapo tan tem-

plado, de escupirseos y de hacerles males. Aquellos chasquidos de las agujas, al pasar la tela, me irritaban. ¡Como todas estaban bien llenas y mantenidas, podrían hacer hasta rochela con su paño! Y para eso que a papacito se le habían olvidado los pepinos y las tomatas; no desamparaba la puerta un segundo. Lo estaba aborreciendo. No pensaba sino en enlazarle una pata de la silla, tirar y tumbarlo. Pero yo con qué alientos? Mientras se iban a comer, ponían de centinela al negro Félix. Me daban ganas de aventármele a los mordiscos. Oía el ruido de los cubiertos; sentía aquellos olores tan deliciosos de la comida; adivinaba si era frito o estufado, cocido o asado; veía la mesa y lo que le servían a cada uno. ¡Todos *jartando* lo que quisieran y uno muriéndose de hambre! Pensaba siempre en los gigantes y encantadores; pero ya no quería a los santos, ni aun a la Princesa; pero ni tampoco ansiaba ya ser bueno ni formal. Todo lo echaba en hora mala, y los lagrimones me corrían por las escuálidas mejillas. Me veía igualito al Padre Villalares, de puro flaco y consumido. Lo que querían todos era que uno se muriera de hambre, ¡como si uno no fuera cristiano! Entraban la comida por las puertas de atrás, que daban al callejón, para que yo no viese, y cuando Mi Tula se acercaba por los corredores, con las bandejas medio vacías, exclamaba algo así: "¡Cita la criatura! ¡Allá verá el pollo que le voy a matar pa que se lo coma entero!" Yo la veía chiquitica y la remedaba devorando con los ojos aquellos remanentes. Vira sobaba cada rato al avistrujo, se lo comía a caricias, pero las lágrimas del animalito hambriento no la ablandaban, tampoco; siempre el sagú y la sustancia, y la sustancia y el sagú. Quería que llenase con rezos a la Virgen; pero yo me resistí al fin.

Los días del ayuno dizque eran veinte, por lo menos, y faltaban nueve. Ni bamba de yo aguantar, si no me daban comida de verdad, de la que se mascaba, y llenaba. No me creían, no me hacían caso, y cada rato sudaba frío, y cada rato veía hebras y plumazones bailando en el aire, y se me iba el sentido y no podía dormir, pensando en comida. Tanto, que ni miedo me daba ya de las ánimas, ni del padre, ni del espanto de los naranjos, ni de nada. La rabia que mantenía me había puesto muy guapo. Yo me sentía, después de esa enfermedad, tan distinto de antes. Se me figuraba que en esos días habían sucedido y estaban sucediendo tantas cosas tan nuevas y extraordinarias.

Serían las doce. Mamá, tres de mis hermanas y Mentor habían ido a bañarse a *La Magistrada*; Vira y las otras dos rezaban una novena en el oratorio; yo, entre bostezos y suspiros, me deslizaba de baúl en baúl, de tarima en tarima, como una larva; papacito, siempre recostado en su poltrona, fuma y repasa libros santos. Me llego a la sala y ¡oh milagro! lo veo dormido como un justo. No pienso, no vacilo: débil y todo, me es-

capo corredor adentro. No hay nadie. Entró al cuarto del **chocolatero**: nada, ni un bizcocho, ni una arepa, ni una papa; las dos alacenas cerradas. Volteo por el corredor de las hornillas: nadie, ni nada tampoco. Hambre afuera como adentro. La desgracia me persigue. No hallo otro remedio que ir a recoger naranjas. Recuerdo, de pronto, que en el callejón, junto al cerco de limones, suelen poner a secar, sobre una barbacoa, almidones o harinas. Me parece una delicia darme un atracón de cualquiera de tan ricas viandas. Corro allá y sólo veo un cedazo. Una inspiración me viene, destapo y ¿qué miro? tamaña pulpa de tamarindo, que han puesto a fermentar al sol, en un plato. Acometo a dos manos, me atarugo, trago entero, me la echo al cuerpo íntegra, dichoso, radiante. Cuando mascullo el último bocado, asoman por los naranjos Cándida Rosa y las dos gitanillas. Les falta tiempo para correr con la noticia. En tal momento llegan los bañistas. ¡La que se arma en aquella casa!

Al fin determinaron darme vomitivo. Lo traen; me resisto, me lo quieren echar por la fuerza, me hacen gavilla. Reniego, pateo, lloro, se los derramo.

—¡Morite, pues, enemigo malo!—grita mamacita exasperada.

—¡Tan siquiera comí comida!—aúllo, resuelto a todo. Como nada me sucedió, triunfamos Mi Tula y yo: pollo en arroz, al día siguiente; carne al otro, y, antes del plazo estipulado, me andaba yo, muy campante y gentil, por toda la casa, insoportable e imperativo, que ni autócrata con dolor de muelas.

Lo que no entendí en los primeros días lo fui comprendiendo poco a poco, por las frases y palabras que cada uno lanzaba. Era ello que mis delirios, en la fiebre, los tenía a todos impresionados, y que de mi enfermedad se consideraban responsables, cual más, cual menos: Mi Tula, por la acusación; papá, por el castigo; mamacita, por el discurso sobre los santos de la familia, y todos a una, por los terrores de que habían llenado mi cabeza con los enterrados, espantos y ánimas en pena. Por un comentario de la negra, vine en conocimiento de que la **Condesa** y don Vicente habían tenido una larga conferencia sobre mi enfermedad, y que ambos a dos temían todavía que yo me deschavetase a cualquier triquitraque. De la conducta que mamá observaba conmigo, últimamente, deduje yo que seguía alarmada.

Yo quedé, desde entonces, con la hermosa propiedad de delirar a cualquier fiebre, y hasta sin fiebre, en ocasiones. Todavía me hace reír y entristecer Cecilia, remedándome en los desvaríos y retahilas de aquella mi primera enfermedad.

Según el tal remedo, y descontando, por supuesto, la mucha música que la remedadora le pone, eso fue algo así como el sumario detallado de cuanto acumulaba mi fantasía de niño amedrentado y supersticioso. En aquel revelarse

inconsciente de una almita, toda conurbada y caótica, salieron a girar el asombro y la embobada consiguiente, el padre Villalares y la santa Inquisición, las ánimas y los sufragios pedidos, la muerte y la resurrección en **El Morro**, la misa de promesa con tres curas, la calavera que hacía el cuarto de **"El Magistrado"**, las letras que hacía la casa; salieron a girar mi uso de razón, mi ansia de comulgar, las promesas de virtud y de aprecio a los sapos, mi amor al papacito justiciero; salieron el alma encantada en Mentor, la mariposa negra posada sobre la cabeza de la abuela, el águila del armario, el girar de la alcoba; en fin, que si los de casa hubieran sido mis confesores y confidentes, no estuvieran tan enterados de todas mis fantasmagorías interiores.

Mi Tula decía a cada rato: "¡Y quien lo ve tan pasmao! ¡Que se atengan a distraído! La capacidad es lo que no deja crecer esta criatura".

No podía definirme bien a este respecto. A veces me chocaba; sentía como vergüenza y humillación; pero algo me indicaba interiormente, sin que pudiera entenderlo del todo, que con tales particularidades había adquirido cierta celebridad y un como ascendiente muy poderoso sobre toda mi familia. Paquito, al sentir el desvanecimiento delicioso del niño consentido y autorizado, se iba cargando de mesas, con más fuerza que antes. Eso de que no pudieran pegarle a uno porque se enloquecía de pura la impresión era un privilegio que no podía pasar inadvertido para un mocoso de mi calaña. Y, como todos somos bastante más Maquiavelos de niños que de hombres, yo disimulaba estos conocimientos de mi gente, como mejor podía, hallando en ello el deleite del engaño y del disfraz, como que la inconsciencia de la vida, al despertar de la malicia, tiene a veces más luces e inspiraciones que este sonambulismo del adulto experimentado y dueño de sus actos.

En los últimos días de aquella convalecencia que, desde la levantada del ayuno, alargué en cuanto pude, entreguéme en cuerpo y alma a los placeres eclesiásticos. Después de tal crisis, suscitábase en mí un orden de sensaciones, en que no entraban para nada el miedo ni el agüero. Mi vuelta a la salud, como la del sol, tuvo aquella vez muchos pajaritos alegres que me cantaban por dentro. Yo era un curita regocijado: ante un auditorio, compuesto de Cuco, Cándida Rosa y las mellizas, enjaretaba, desde el púlpito de un arcón altísimo, unas prédicas ciceronianas, en que, a los centones de pñeces y jaculatorias, se mezclaban, como en tabla de lotería, adivinanzas, **décimas** y **relates**. No es por alabarme; pero para el empate y engranaje de tan elocuentes disparatorios, tenía especial habilidad. Decía Cecilia que iba a ser payaso; pero la abuelita me diputó, desde entonces, por un orador sagrado de toda cuenta.

Bajo el lecho de la optimista Vira, ba-

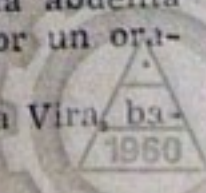
jo esa fábrica tan alta y espaciosa, estaba el altar. Allí misaba a cualquier hora, cantando, a cuanta voz tenía, el **Prefacio de Francisco Vera**, que me había enseñado el cojo Félix, con la tonada ritual y la historia del suceso que la ocasionó. Valvanera, que era la más beata de la casa y que estudiaba para monja, tenía este prefacio por cosa muy mala e irreverente. Trataba de impedírmelo, hasta con pagas; pero, mientras más se empeñaba ella, más me desgañitaba yo, debajo de la cama. ¿Cómo podía callarme, si aquel era mi mundo?

En aquel recinto, tan íntimo y tutelar, deslindado de la tierra por los paños del pabellón que besaban el suelo, sentía yo la dicha de ser cura, de ser tan querido y de mandarme yo solo. Al través del anchísimo calado que colgaba por delante del colonial armatoste, por entre aquellos leones pareados, con lenguas de saeta, que sostenían en sus lomos coronas imperiales, veía yo ese cuarto tan grande y las gentes que le habitaban, cual si fuesen mis dominios y mis vasallos. A veces, como abismado en mi cariño por la abuela, me ponía a contemplarla silencioso, por entre aquellas rejas cándidas de hilo. La *uei sodoi soun opurii 'iilli ns ue nra 'riudop d 'sojels sus ouos souuq* ante ella, toda mi realeza. No: yo no podía ser rey de Vira; era ella la reina mía.

No era alta ni garbosa, como mamacita; pero sí más blanca, más linda y más querida. De sabias, por ahí irían; pero la madre no leía en libro tan bonito como la hija, y aunque su habla sonaba tan sabrosa y en zumbidos, no era de plata, como la de mamá. Era la abuelita entre señora, entre muñeca y entre paloma. Papel de seda arrugado parecía su cutis, y a pesar de ser calentana, animaba sus mejillas ese sonrosado de la senectud, que imprime tanta gentileza a las ancianas. No la jorobaron los años; la rectitud de su cuerpo armonizaba con la de su conciencia.

Sobre el trenzado recogido y plano, que medio le cubría las orejas, llevaba siempre peinetas muy menudas de carey; no le faltaban los aretes de perlas negras; vestía faldas oscuras, nunca luctuosas, y corpiños ligeros, escotados y de manga corta. Velábase el pecho con una pañoleta de muselina, cogida en la cintura. Sobre aquel fondo immaculado, colgaban siempre, cual las insignias de su nobleza, el escapulario del Carmen y el rosario de azabache engarzado en filigrana. Sus zapatos de tela, muy acicalados, eran los de una niña; y en toda esa viejecita, tan pulcra y tan ceñida, tan bien acondicionada y tan correcta, había un no sé qué de candor y de inocencia que la asimilaba a la niñez, sin que el más ligero rasgo de chochera turbase la ecuanimidad de aquel ser más de ocho veces bienaventurado.

Aunque muy quebrantada de salud, trabajaba, en cuanto suspendía los rezos. Más que las palpitaciones de su corazón enfermo, la confundían los ocios



y la cama que tenía de guardar. Calados los espejuelos, ya en pie, ya en su silla, lavaba y aplanchaba los corporales, con todas las sagradas precauciones que el asunto requería; hacía las camisas de papá, las flores para los santos, y bordaba mejor que sus nietas. Los vestidos, gorros y boinas de Paquito, así como los 'paños de mano', en que echaba el resto, la mantenían en atareos.

Mediante muy buenos aguinaldos y la promesa de hacerme, por Reyes, una nochebuena especialísima, lograron mandarme antes de Navidad a tomar aires fríos a **Los Robles** y a casa de los mayordomos. Librada, que era la abnegación de la familia y el paño de lágrimas en todo evento, fue la designada para vigilarme, hacerme grata compañía, repasar la doctrina y demás perfiles. Ella, en el overo de mamá, Adriano en el de San Francisco y yo en el decrepito **Ranguillas** — que Bonifacio iba a reponerme por un potro negro, ya casi amansado — partimos al siguiente lunes.

—VI—

Mientras me engordan los aires de cordillera, será bien meterme de señor grande y hacer una intercalación histórica, para la mejor inteligencia de esta interesantísima y trascendente parte de mi vida.

Doña Elvira Gori y Villalares de Solsona frisaba en ese entonces en los setenta y seis años. Era su patria Santa Cruz de Vadillo, la ciudad de nuestros blasones antioqueños. Unigénita, huérfana de padre, riquísima heredera, sobremanera hermosa y de la más esclarecida alcurnia que por acá se conozca, claro es que se pirrarían por ella todos los mozos casaderos de su clase. Y así dizque fue en efecto. Aun el mismo magistrado aspiró a la mano de tan interesante sobrina; pero el sacerdote consabido, por cuya boca hablaban el saber y la santidad, se opuso abiertamente a este himeneo entre parientes tan cercanos. Es fama que, merced a aquel amor imposible e insustituible, murió célibe el ilustre repúblico.

El feliz a quien la suerte reservaba tal esposa andábase muy distante de Santa Cruz. Era don Bonifacio de Solsona, oriundo de la Habana y educado en la metrópoli. Entre una expedición de ingleses, que en busca de oro arribaron a la Provincia al finalizar el siglo antepasado, vino el venturoso caballero. En San Nicolás de Arma, donde a la sazón quebraba corazones la hermosa, fue el flechazo y el hallazgo de la mina. Era él gallardo y arrogante de figura, seductor y exquisito de maneras, alegre y chicotero de carácter, de alta estirpe y calidad. Cuentan que a doña Beatriz, madre de la heredera y señora de muchas recámaras y cavilaciones, se le juntaron cielo y tierra con aquel pretendiente novido de las estrellas, y mucho más cuando sobre él corrían leyendas tenebrosas. Quiénes aseguraban que era un

desalmado traficante en negros; quiénes, que un pirata espantoso; cuáles, que un prófugo de los presidios de Ceuta; teniéndolo los más benévolos e imparciales por un aventurero de buena presencia. Aunque él traía consigo los papeles y credenciales del caso, y las referencias de sus compañeros no podían serle más favorables, doña Beatriz no aflojó hasta después de largas y demoradas informaciones, venidas desde Cuba y de cuantas partes indicó el aspirante; y eso porque a la aspirada le iba matando un amor galopante. Así y todo, a la dama se le quedó adentro la espina.

Y no se engañaba el corazón de la madre; que toda hostia se hizo para ser sacrificada. Papá Solsona era tremendo y tormentoso como él solo, y, si bien es cierto que en algo se hacía perdonar de su mujer, con las ternuras y finezas que a veces le prodigaba, tenía, además de sus barrabasadas, otros medios algo extraños de torturarla frente a frente. Era hombre instruido, gran conocedor de la historia y un tanto enciclopedista. A esta nota heterodoxa, que lastimaba en lo más íntimo y sensible la conciencia de la dama, educada en el santo temor y amor de Dios y en los principios monárquicos de la colonia, agregaba la de repetirle y recalcarle siempre — no sé si por hacerla rabiar, o por que él lo creyese, o porque así sea en efecto — que los Goris, lo mismo que otras familias criollas de la Provincia, eran judíos de raza, judíos de la pura cepa de Toledo, convertidos al catolicismo, a trueque de la región cántabra de las encartaciones, que les fué adjudicada. Tamaña aseveración exaltaba a la nobilísima católica, a pesar de su masedumbre, y era ocasión de muchas y reñidas disputas y de sacar a cada paso los pergaminos, para probarle, al obcecado marido que en aquella estirpe de los Goris, que descendía en línea recta del mismo rey don Pelayo, no podía correr otra sangre que la generosa y sacratísima de los godos.

Papá Solsona apoyaba ardientemente el levantamiento de las colonias contra la metrópoli, y, si no se metió de lleno en nuestras contiendas de independencia, fue porque, más que patriota extranjero, era buen vividor y amante de la comodidad. De ahí le vinieron los muchos entruches con el Padre Villalares y con **El Magistrado**, a quienes veneraba con todo y ropas.

De matrimonio tan noble como mal congeniado, resultaron tres varones y otras tantas mujeres. Si don Bonifacio no fue modelo de maridos, fue un padre que en nada se opuso a los gustos y vocaciones de sus hijos. El primogénito no llegó a hombre; Adriano, el segundo, que salió al padre, siguió a Córdoba al Santuario, y, si no a sablazos irlandeses, tuvo la misma suerte del héroe; y el tercero, piadoso como la madre, murió en Roma acabado de ordenar. Asunción, la mayor de las hijas, se metió monja carmelita en el monasterio de Medellín;

Barbara casó muy joven con un samario y vivió desde entonces en Santa Fe; y mamá, que era la última, no se apartó nunca del lado de sus padres; pues fue condición expresa, al arreglarse su matrimonio, que vivirían todos juntos.

Los Santos son originarios del norte de Antioquia, y, si nobles y honorables, eran pobres y ordinarios, educados en los rudos trabajos de la minería y del campo. Si mi padre soltó unos pocos pelos de la dehesa, fue, sin duda, por haber vivido diez y ocho años al lado de aquel suegro de tantos ribetes y campanillas. Los dos, muy conocidos de tiempo atrás, por asuntos mineros, simpatizaban muy bien, acaso por contraste. Su convivencia fue una fusión de bienes e intereses, en que cada cual conservó su independencia. Más que suegro y yerno, fueron amigos y compañeros. Poco tiempo después del casamiento de mi padre, abandonaron el laboreo de las minas, que tanto les apartaba del hogar, y establecieron en Santa Cruz y pueblos comarcanos empresas agrícolas y otros y diversos negocios. Don Ignacio Santos, muy devoto y rezandero de suyo, formó con su suegra el beatismo de la familia, sin que don Bonifacio entrase ni saliese en tales misticismos. A pesar de sus calaveradas, rumbos y jaleos, adelantó no poco el caudal de su mujer, pues a más de afortunado en las minas, fué hábil negociante y enérgico luchador.

Muerto el viejo verde, muerta la animación de la casa: ella entró en uno de esos duelos de lustros, que antaño se usaban, y la piedad y el monasticismo se fueron acentuando en la familia, hasta convertirse en una segunda naturaleza. La partija de la herencia no ocasionó ningún disgusto entre hermanos tan bien avenidos; y en la época a que me refiero, hacía tiempos que la abuela, con sabia prudencia, había repartido sus bienes entre los tres, reservándose para ella la cuarta parte. A mis padres les adjudicaron **El Silencio**, y, aunque tenían comodísima casa en Calmerares y tres más en Santa Cruz de Vadillo, hacía algunos años que residíamos en esas posesiones, donde mi padre y la abuela cifraron sus delicias.

Mamá, según repetía él a cualquier propósito, y así era en efecto, tenía muy rebotado el Solsona: no obstante su devoción y el patriarcal abiente de su casa, era regocijada y chispeante. El cubano, entre varias cosas, le había enseñado a cantar, acompañándose de una famosa guitarra barcelonesa, que ella guardaba como una reliquia; y, por allá de higos a brevas, cuando había huéspedes y paseos de cierta clase, o se ocurría en el pueblo alguna diversión entre las gentes de calidad, ella no se hacía rogar: cantaba y bailaba como la más disipada. No sé cuáles ni cuántas serían sus habilidades en tales artes, ni si las tendría realmente; pero, cuando ella y don Juan Landázu-

ri, el suegro de Lucas, ponían la "contradanza obligada", ese baile que parece llevar en sus giros y evoluciones el donaire y el señorío españoles, yo me gloriaba de tener una mamacita tan garrida y salerosa. Y cuando al puntear, no sé si reidor o gemebundo, de su guitarra, entonaba **El Jaleo de Jerez**, modulando y rebujando esa voz suya, yo me quedaba hipnotizado y traspuesto y abría aquella boca. A don Santos, que era de los mariditos enyerbados, entiendo que le acontecía lo propio. "Doña Beatriz", como la nombraba siempre, era para él un ser indiscutible como el dogma.

Bien podría pasar, en su época, por muy instruida e informada. No le estorbaba lo negro; al contrario: conocía sus algos de historia y sus pocos de literatura, y, si incorrectamente, traducía el francés con bastante facilidad. Especialísima era en el gobierno de su casa y de la servidumbre; cultivaba muy hermosas flores, las dibujaba muy bien, las imitaba en cera, trapos o papeles; y, como papá Solsona había sido un gastrónomo consumado, era ella una gran sabia en el ramo culinario. Vivía muy acicalada y le agradaban adornos y galanuras como a una muchacha. Su hermana doña Bárbara de Praga, le enviaba desde Santa Fé de Bogotá los vestidos y las prendas de lujo para ella, Asunción y Cecilia; pues Lucía era aún una chicuela y las otras dos unas beaticas, refractarias a estas vanidades. Le disgustaba sobremanera que sus hijos no hubiesen estudiado, y mucho más todavía que fueran tan montañeses en sus trajes y en sus maneras; ni tampoco le agradaba demasiado, que papacito no se diese la importancia que le correspondía, según su rango y su fortuna.

Y no porque fué roñoso ni cicatero; sino que, criado en primitiva sencillez y en el ahorro de nuestras montañas, no alcanzó de hombre a adaptarse al rumbo bamballero de mi abuelo. Desde que no fueran trapos o joyas para "Doña Beatriz", todo le parecía superfluo. Ni del atavío de sus hijas, ya mujeres, se preocupaba el buen papacito; pues en aquellos tiempos la supremacía de la madre se manifestaba desde el traje. ¡Y ver ahora!

Si la casa continuaba con el mismo pie de lujo en que la dejó el abuelo, era porque, a más de haber en ella mucho acumulado, los dineros de Vira los gastaba mamacita a su sabor y talante.

La abuela era el sol de aquel sistema. El culto de que era objeto, en la casa y fuera de ella, lo devolvía con creces. Había hecho pingües donativos a las iglesias y hospitales, y la limosna salía de sus arcas como de fuente bendecida.

No hubo tales Reyes ni tales carneros; por allá, después de pájaros, conseguí a fuerza de gemir y empalagar, que volviéramos al **Silencio**. ¡Cuáles fueron las efusiones y plácemes de Vira y de todos! Les parecí muy repuesto, y la feliz abuela aseguraba que me había puesto muy buen mozo en menos de un mes.

Si no yo, el caserón lo transformaron en tan pocos días. Fuera de los paredones exteriores, que eran y son de piedra sin revocar, todo él lo habían remendado y enlucido y no se veía por ese maderamen una telaraña ni para remedio. Patios, callejones y jardines parecían retocados.

Pasados los transportes de bienvenida, me dijo mamá, muy satisfecha: "Camine y verá, Paquito, qué hermoso está todo". Y salimos con Lucía y Mentor, que quería comerme de la alegría.

El azaroso **corredor de las argollas** era otra cosa: las tales habían desaparecido y, en su lugar se extendía una espetera, de cuyos ganchos colgaban muy alineados y corruscantes chocolateras y tazuelas y sartenes; al pie levantaron un poyo, con hornillo; y todo eso lo enjabelgaron de cal teñida con bolo. De la alberca centenaria no quedaban ni vestigios; el patio lo habían empedrado de nuevo, con tres eras en cuadro, ya sembradas. Pasamos a la hilera de naranjos. De veinte que eran sólo quedaron nueve, y éstos descumbrados y limpios de toda lama y parásita: los otros habían sido arrancados de cuajo y por alternabilidad. Paralela a ellos corría el agua por su cauce de ladrillo, como una lista de cristal. Mentor brincaba en torno mío; daba volteretas a lo gato para coger mariposas, corría de aquí para allá. ¡Entendido! Con tantas locuras y retozos me expresaba que el ánima en pena ya no saldría por esos naranjales tan distintos; y mamacita, que era adivina, me dijo, allá con cierta insinuación:—¿No ve, Paquito, qué tan alegre y despejado? ¡Esto ya es otra cosa! Aquí nunca han venido espantos; pero ahora menos. ¿No ve que todo quedó como nuevo?

—¡Ah mamacita para saber!—pensaba yo.

—Camine vea el granero.

Una gran novedad. Con parte desocupada, con parte agregada, habían construido un gran salón en el extremo de las dependencias, con paredes de guadua abierta, y rodeado de anchísimos corredores, para asolear el cacao. Tornamos adentro y papá se nos unió.

—¡Ahora verá lo bueno!—me dijo Lucía. Dimos la vuelta por los corredores y mamacita me cogió de la mano, al tomar la escalera. Desde el primer peldaño vi yo todo el engrudo y toda la arena que habían gastado para sacarle tanta veta a esos tablones tan antiguos. No sentía recelos. En verdad

que un cambio tan completo era para borrar el pasado! Mamacita tenía tanta inventiva en esa cabeza! Había hecho quitar el tabique, que dividía las dos salas, y eso quedó tan grande como el local de la escuela. Vigas, alfaridas, travesaños y paredes brillaban de puro blancos. Sillones, escaños y mesas brillaban de puro limpios. Los retratos de taita Gory y de doña Estefa habían salido del corto cautiverio del zarzo, y colgaban pegados del arranque del techo, él siempre tan cumbabón, ella tan avinagrada. Los libros de papá Solsona y de **El Magistrado**, que dormían hacía luengos años el sueño del olvido, entre el polvo y la polilla, fueron desenterrados y alineados en dos enormes estantes. Un mesón circular ocupaba el centro, cubierto con un manto o cosa así, todo bordado de vistosas flores. Hasta ocho cuadros, con vidrios rayados de oro, daban mucha alegría, clavados por ahí, muy equidistantes y simétricos. Sancho devoraba las espumitas de las bodas aquéllas; su amo volaba en Clavileño; la pastora Marcela decía el discurso, etc., etc. Tan guardados habían tenido tales adornos, que ni noticias tenía de ellos.

Yo me iba encantando con esas novedades.

Restábame la última prueba: la entrada a los cuartos laterales.

—Colá, hombre—me dijo papacito,—no seas tan carroña.

Mamá le hizo una seña y repuso:

—El ya no es ningún majadero para creer en mentiras de sirvientas y de Cuco. Entre, Paquito.

Guiado por ella, traspasé el umbral del Padre Villalares. Siempre sentí cierto frío; pero pude disimularlo. Ahí estaba el retrato, medio cubierto con un paño blanco. El lecho de las penitencias se perdía entre holandas y franjados; y una colcha de damasco carmesí, con más caireles y alamares en picos que una pandereta española, parecía espantar el miedo. A lado y lado de la puerta del balcón, ocupaban los ángulos altas esquinas, tendidas como altar. Daban decoro, sobre la una, dos fanales, con ramos de papel adentro, a La Inmaculada, de bulto, que había sido la imagen predilecta del santo sacerdote; en la otra se elevaba su Crucifijo—una escultura denegrada y cárdena, miedosa en otras circunstancias,—en medio de candeleros de plata, con una riquísima naveta al frente, por adorno y complemento. El hueco del cerrado ventanillo que caía al camino real, lo llenaban, muy acodados y embutidos, dos carros de infelices eclesiásticos. Parecióme aquello más para rezos que para espantos, y, como mamacita siempre tenía el vicio de adivinarle a uno, me dijo muy cariñosa:

—Vamos a rezarle la oración a Cristo Crucificado y una salve a la Virgen, para que me lo hagan bien formal y



para que no vuelva a enfermarse.—
Dicho y hecho.

Cuando entramos al gabinete de El **Magistrado**, me sentía un héroe. También estaba el retrato, pero destapado; y todo eso muy compuesto y distinto: habían cegado los ventanucos, que formaban los ojos de la calavera. ¡Mamacita siempre tenía que ser una magistrada!

Salimos al balcón. El centro rasgado arriba en ángulo, sostenido abajo por pilares y mucho más ancho que el volado, lo arreglaron con escaños y tientos florecidos, como un conversadero. Me pareció que ni de encargo para decir las misas y echar los sermones. Si eso era como una iglesita.

—¿Y todo este rigor de libros los pasó papa Solsona?—le pregunto a aquella mamacita, en cuanto tornamos a la sala.

—Todos, mi hijito, y otros muchos más.

—¿Más? ¡Imposible! ¡Entonces era también magistrado!

—Era muy instruido. Pero eso no es nada, para los libros que hay en el mundo.

(Pasma e interrogatorio sobre cuántas casas, como aquella, podían llenarse de libros. Si ella no me engañaba, el mundo no podía con tanta inmensidad. El saber y mamá eran una misma cosa).

—Ya ve, pues, cuánto hay que aprender, para que se aplique harto y pueda ser doctor y magistrado.

—Sí, mamacita: si yo me apliqué en **Los Robles**. ¿No ve que Vira me echó el catón y la citología? Ya voy donde "Dios crió la luz". Pregúntele a Librada.

Lucía y madre se entusiasman y me predicen lo sé cuántas sapiencias y magistraturas.

—¡Ello dirá!— exclama mi taita, con su gruñidito de duda, y luego agrega:

—Bueno, hombre: ¿por qué es que te da miedo de las cosas que salen sin que nadie las saque? ¡Explicáme a ver qué es eso!

Me dió vergüenza, y del "Porque sí!" no me sacaron.

Mamá toma la palabra: nada salía por sí solo: todo lo sacaba Dios: no se movía una hoja sin su santa voluntad. Pero eso teníamos que ser muy buenos y esperar lo que El dispusiera, y otras cosas; a cual más botita y patente. Y, como los horizontes de mis futuras sabidurías y de mis presentes virtudes se me destaparon en aquel momento, yo pedí que me volvieran a poner en la escuela. Ahora sí no iba a ser como la otra vez en que todo se volvió gímites y novillos. Pues si tal prometía, me aparaban la promesa. Casualmente que, en el pueblo, acababa de abrirse una enseñanza de toda cuenta. Esto era viernes; a la semana siguiente sería mi entrada.

Esa tarde vinieron del pueblo las

Calatraveños, dos señoras solteronas, muy amigas de mamá y de Valvanera; sumamente moderadas, calladitas y escurridas. Eran muy formales en casa, y en mi enfermedad nos habían servido y ayudado, más que si fueran nuestras hermanas. Con ellas nos fulmos al **Morro** a hacer allá la media tarde; se llevó la guitarra, y mamacita cantó con Cecilia la **Atala** y tonadas muy preciosas, que yo no le había oído. Vira y Librada, únicas que se quedaron, nos pusieron el antejo desde la huerta. Papá, Lucas y Adriano, ayudaron a prender la candela; Mentor y yo rodamos juntos; les hicimos caballo, pareados, a las mellizas, y otras muchas alegrías; nos acordamos de aquel día tan amargo y tan horrible; pero no nos dió miedo, ni tristeza, ni vimos la casa y las letras como aquella vez, ni quedaban señales de calavera. Volvimos radiantes con todo lo que nos estaban queriendo, y nos reímos por dentro de cuando fuimos botaditos.

Vira me tenía vestidos nuevos, con los que iba a estrenar una prenda, que me puso muy orgulloso.

Como, debido a la enfermedad, me había separado de su rincón, mamacita determinó que siguiera en cama aparte, y me tenían arreglada la mía, muy cuca, con todos mis santos y escapularios, en medio de las de Adriano y de Bonifacio, en aquel cuarto donde me había hablado la lengua del difunto. Mas, por mí habían pasado tantos y tan seguidos acontecimientos, que apenas me dieron unas tristezas chiquitas y un temor que disipé con oraciones.

Mi Tula, cronista sempiterna de cuanto se relacionase con Nora y "La Condesa", contóme al día siguiente como ésta les había "tocado el cacho", a todos los sirvientes y agregados y les 'cantó misa mayor'. Todo fué que, en cuanto estuvieron reunidos, declaróles terminantemente que los ruidos, las ánimas en penas, los aparecidos y los entierros se habían acabado por completo en la casa; q' el q' no creyera, o tuviera miedo todavía, no tenía más que pedir su paga y tomar el portante; y que, de ahí en adelante, ni una palabra sobre el asunto, se pena de despedida, para sécula seculorum. Nadie se había ido y todos estaban muy convenidos en que ahí jamás hubo cosa parecida a espantos.

Por supuesto que yo no podía quedarme atrás.

Supe después que papá hizo venir un oficial de Colmenares, para que viera la capilla; que había encargado las maderas y demás materiales para perfeccionarla; y que, por pascua, a más tardar, principiarían los trabajos. To-

do esto me pareció un gusto, de esos que quitan el juicio, y más al entender, como entendí, desde luego, que mamacita se iba a salir con la suya.

Vira había prometido a la Valvanera, por mi salud, una misa con revestidos, en que comulgaran todos los de la casa; y cuando el atracón de la pulpa, agregó entrada de rodillas, desde el atrio hasta el altar. El martes próximo, que habría en el pueblo padre forastero—el doctor Rada Nates, nada menos,—era el día señalado para la fiesta. En casa estaban en mil preparativos de conciencia y de otras cosas.

Yo confesaría solamente, y la abuelita comulgaría por los dos; mas como ella, no podía andar arrodillada, yo lo haría por ambos, y así quedábamos empatados. El lunes, por la noche, ya me tenía ella arreglado y expedito para la confesión de aquel pecado tan horrible de los sapos, que tantas consecuencias había tenido.

Amaneció aquel martes algo feo y nublado. A las seis y media llegaban hasta la portada el padre excusador, los ciriales y la música. La Princesa del retablo fue saliendo de su casa, muy serena y derecha, a hombros de mis cuatro hermanas mayores, sobre unas andas empavesadas con arcos y tendido de flores y ramaje. Yo la miraba y sentía remordimiento; después de no haberme dejado morir ni embobar, todavía no me parecía bien linda, aunque sí muy poderosa. Muchas gentes se nos agregaban, e íbamos muy despacito, haciendo posas cada rato, para que la abuelita no se fatigara. Detrás de la Virgen iba yo, pegado a Vira, seguidos de Mi Tula, que le llevaba el taburete, y de Mentor, que no se nos apartaba. Mamá, Lucía y otras señoras, iban adelante, incensando, en tazuelas de plata puestas en platos muy floridos. Al lento son de una marcha íbamos rezando el rosario, por grupos. Aquella música, aquel humo de iglesia que se difundía por el campo, la capa tan lujosa del sacerdote, los vestidos rojos de los acólitos, los ciriales, la cruz; todo ese aparato ritual, sacado, por mi salud, hasta un camino, se me iba haciendo, si muy hermoso, un tanto extraño y asustador. Entramos a la plaza como en triunfo. Creía que todos se fijaban en mí, más que en la Virgen. Desde el atrio nos abren campo. Las de las andas demóranse en la puerta; nos reparten, a pares, velas encendidas; cuando cada cual tiene el suyo, póstranse a una las cuatro Hnas. y tras ellas la familia toda. Lenta, pausadamente, con dificultad algunos, sin ella los más, uno tras otro, fervientes, poseídos de unción, esclavos de la Princesa, nos vamos arrastrando de hinojos por la calle que nos abren. La abuelita, única en pie, sobresale entre los suyos, inclinada la cabeza, cruzados los brazos, sin luces. ¿Para qué? Era ella un cirio que ardía siempre ante su Dios.

A poco arrimo al confesonario, conteniendo el llanto, impresionado por la ceremonia. El padre me envuelve en el

"ENTRAÑAS DE NIÑO"
quedará terminada en
el próximo número 1960

LA EDITORA NUEVAMERICA

Edificio La Bastilla No. 215

LE OFRECE LA
OPORTUNIDAD
DE COLABORAR
EN EL CINE NACIONAL!

+

EN FORMA FACIL,
ECONOMICA, RA-
PIDA Y EFECTIVA

+

ATENCIÓN!



"CURSO COMPLETO DE ARTISTA DE CINE"

EN 20 LECCIONES

Y

CURSO COMPLETO DE TECNICO EN ARGU-
MENTOS Y GUIONES CINEMATOGRAFICOS"

EN 20 LECCIONES



SOLICITE PROSPECTOS
INMEDIATAMENTE A
EDITORIA NUEVAMERICA
(La Bastilla 215)
MEDELLIN - COLOMBIA

SEA USTED UNO DE LOS
PRIMEROS EN LLEGAR
AL CINEMA CRIOLLO!
CINCO PRODUCTORAS
LE BRINDARAN CABIDA.

1960

Abierta al mundo

La CINEMATOGRAFIA

NACIONAL HA NACIDO!



"ANARKOS"

"ALLA EN EL TRAPICHE"

"ANTONIA SANTOS"

Y

"GOLPES DE GRACIA"

SON LOS PRIMEROS JALONES DE NUESTRO ARTE SEPTIMO
DE AMPLIO FUTURO ARTISTICO, PATRIOTICO Y COMERCIAL

ALISTESE USTED YA MISMO

PARA ENTRAR CUANTO ANTES EN LAS HUESTES FILMICAS:

LA EDITORA NUEVAMERICA

SE CONSTITUYE EN COLABORADORA DE LOS AFICIONADOS E INTERMEDIARIA
ENTRE ELLOS Y LOS PRODUCTORES. EN OTRAS PAGINAS DE ESTA EDICION
VERA DETALLES DE LO QUE SON Y QUE LABOR VAN A DESEMPEÑAR
EL "FICHERO FOTOGENICO" Y LOS "CURSOS POR CORREO"

Ultima Hora:

MEDELLIN, JUNIO de 1944
Gran entusiasmo ha causado en todos los círculos la noticia de que próximamente los equipos y estudios para la producción de películas en esta ciudad. Los hombres de empuje que desde meses atrás venían estudiando la posibilidad de fundar una productora, han activado las labores en tal sentido, a la vista de que las películas "Antonia Santos" y "Golpes de Gracia" alcanzaron el primer premio en exhibición privada. Según informes privados, es muy posible que para el mes de diciembre del presente año se halle en plena actividad la "Cicolsa" (Cine- matográficas Colombia S. A.), para continuar lanzando una película cada 3 meses como mínimo.

